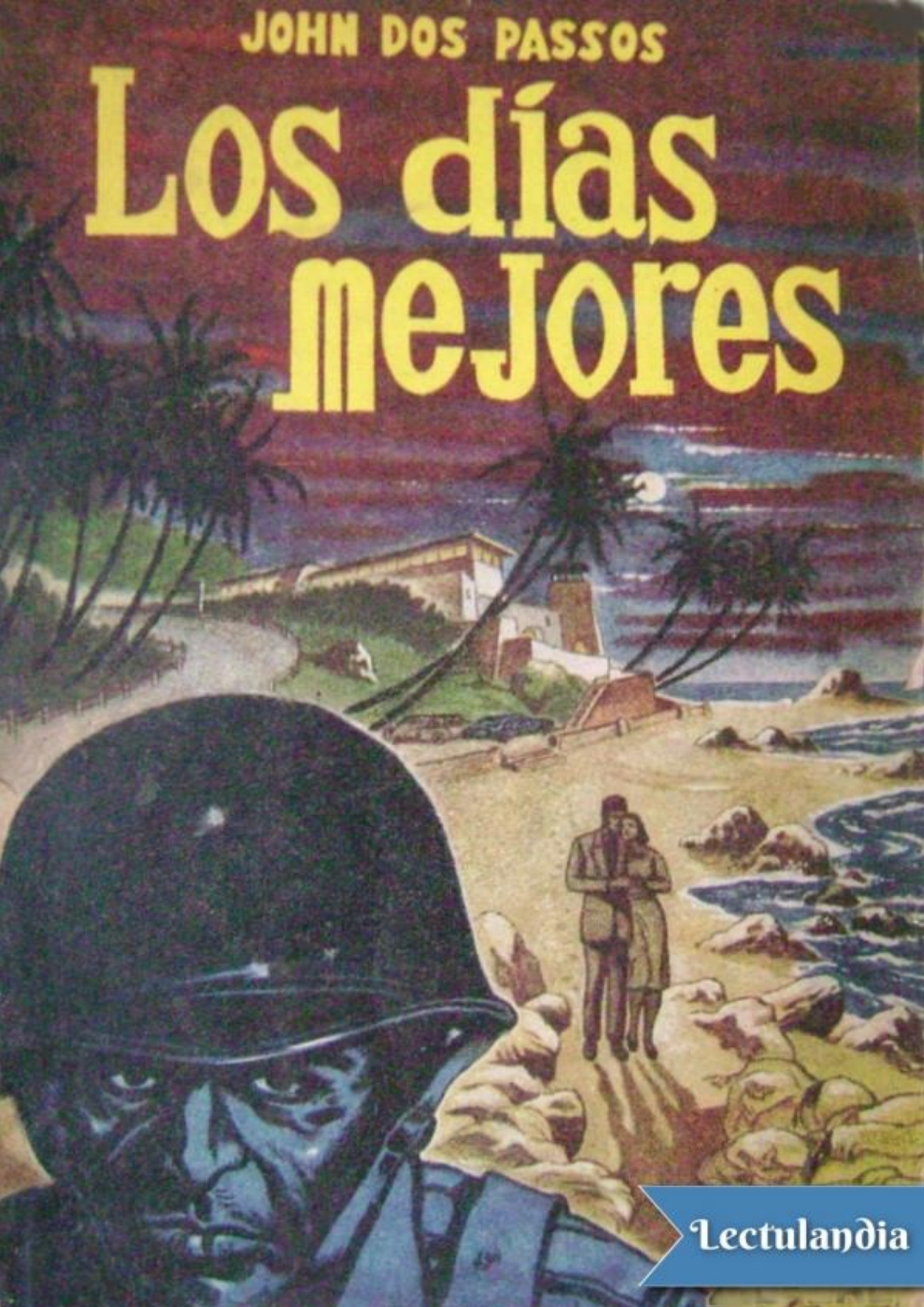


JOHN DOS PASSOS

Los días mejores



Lectulandia

Esta novela semiautobiográfica narra la enternecedora historia de un amor maduro y rememora con trazos de gran maestría, el panorama de una década de brutalidad y de horror en el mundo. Con sobrado motivo, al conocerla, Jean-Paul Sartre calificó a John dos Passos como «el más grande novelista de su generación».

Lectulandia

John Dos Passos

Los días mejores

ePub r1.0

German25 25.11.16

Título original: *The great days*
John Dos Passos, 1958
Traducción: Hernán del Solar

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

El hombre del impermeable con cinturón se yergue, indeciso, en lo alto del barandal. Le zumban los oídos. Mira, pestañeando, a través del brillo incoloro del aeropuerto, hacia la hilera de indescritibles cobertizos y barracas que echan una pálida sombra en la luz tempranera.

Pero no es eso lo que evoca. El avance de los pasajeros le obliga a bajar la escalera con piso de goma, y lo que tú recuerdas, pobre diablo —se dice a sí mismo— es la base de hidroaviones, el globo azul oscuro en medio del vestíbulo brillante, el resplandor de los bronce y unos nombres de ciudades del Sur: Camagüey, Paramaribo, Belem, Porto Alegre; el sol por todas partes; y los amigos de tez curtida que le reciben: «Qué felicidad la de verte, Ro», y sus vigorosos apretones de manos, sus miradas inquisitivas y sus frases estrambóticas: «Ro, rodando como una piedra»; y los tragos en las mesas alegres, junto al sol, bajo el viento salobre del Gulf Stream; y su mirada —más allá de las caras risueñas—, a la superficie purpurina del agua, al horizonte lleno de nubes y, bajo las nubes, a la oleada profunda del océano y la visión de unas islas en el filo del viento.

Con su contraseña en la mano, el hombre del impermeable con cinturón se mete en la cola que aguarda ante el mesón de los equipajes. Mira el reloj de la pared. Una hora y cuarenta y cinco minutos para que llegue el avión en que viene ella. Tiempo para calmarse. Se ve mirando dos maletas inglesas de cuero duro. No parecen las suyas, pero tienen que serlo. Ahí está su nombre: «Roland Lancaster; Hotel Lafayette», en los sucios marbetes. Cuánto aburre ver ese nombre en un montón.

«No sólo de eso se hastía uno», le dice una desdeñosa vocecilla interior. Destruyen el viejo hotel; y cada vez que él publica algo, también los críticos destruyen su viejo nombre. Oye el desdén en su propia voz cuando le pide al empleado que guarde sus maletas. Pero ¡qué hacerle!, no tiene la culpa ese muchacho. La desdicha que se proponía olvidar trepa por él, biliosa. Abandonado. Cinco años antes hubiera habido alguien aguardándole: la cara agria de algún viejo compinche animada por una sonrisa llena de recuerdos, o algún reportero joven que se levanta temprano para venir a pedirle su opinión sobre la actualidad.

El impermeable inglés con su forro pesado. Lo traba. De ahí su molestia. Nevaba la noche anterior en La Guardia.

Desayuno. Come algo y olvida. El desayuno acabará con la acostumbrada tristeza. Es el primer desayuno del viaje.

El hombre del impermeable con cinturón compra un diario de la mañana, se sienta ante el mesón y pide huevos fritos con jamón a una camarera fatigada. Cuando abre el diario, la fuerza de la costumbre casi le ha hecho esperar ver su nombre. Diablo, nadie sabe que está ahí. Pero tampoco les importaría algo si lo supieran.

Ahora es fácil... ¿No soñó siempre encajonar su vida estropeada y despacharla a un depósito de cosas inútiles? Y cambiar de nombre e irse a otro país. Una nueva vida en adelante. ¿Y bien? Otra chica viene volando a reunirse con él. No es mala cosa. Un hombre puede empezar de nuevo a los cincuenta y nueve, si es bastante hombre.

Roland Lancaster sonríe sobre su taza de café. Cree adivinar cómo se verá pronto Elsa, cerrando los ojos en su asiento del avión bullicioso, con esa expresión hosca e indescifrable que le observó, bajo los mechones de cabellos rojos, mientras dormía esa noche en el tren.

Bebe su jugo de naranjas.

Está saboreando el café.

Los títulos del diario se desvanecen tan pronto como los ha leído. Por tercera vez trata de leer la columna sobre la denuncia del fiscal del distrito por una substracción de bienes en un sindicato de tahúres.

En mitad de la página se borran las letras..... ¿Está enamorado de Elsa o no lo está? Es una extraña muchacha. Demasiado joven para él; pero le han sucedido tantas cosas: su desventurado matrimonio la ha envejecido. Abandonada. Lo necesita tanto como él a ella.

Más.

No sólo es cuestión de dinero. Es su confianza lo que ella necesita, su habilidad para averiguárselas siempre, y cosas así. Volverá a tener mucho dinero una vez que vuelva a meter su garra en el mundo. Siempre ha ganado dinero. Pero tendrá que decirle que ahora está a punto de verse en bancarrota. No es una chica que bromea. La cifra de \$ 49,50 salta en su mente como un total en una caja registradora. Éste es su saldo bancario. \$ 49,50 fue su saldo en el Banco después de pagar el precio de los pasajes y de sacar dinero contante y sonante para el viaje. Al menos, no está sobregirado.

Siente una amarga mueca en su cara. En sus viejos tiempos estuvo siempre sobregirado. No importó nada en los viejos tiempos, con todo el dinero que venía. Toda su vida encontró la manera de hacer dinero cuando lo necesitaba. Ahora la encontrará también, pero tendrá que andarse con cuidado. Elsa no es caprichosa. Pero ha sido un loco al echarse encima todo ese dinero. Debió comprar cheques expresos en lugar de traer consigo ese gran montón de billetes. «Compra cheques expresos en La Habana», se recomienda con prudencia. Desliza la mano al bolsillo trasero de los pantalones para asegurarse de que su cartera está ahí todavía.

Mientras sorbe el resto de su café sigue con los ojos a la camarera que cojea tras el desvencijado mesón, con un trapo en la mano. Su cabello rizado ha encanecido y se le ve negro hacia la raíz. Bolsas bajo los ojos. Patas de gallo. Piel hundida y granujienta. Cansada. Se ha acostado demasiado tarde esa noche. Edad madura. Abandonada.

Elsa es joven y fuerte; pero ésta es la clase de trabajo que debería conseguir si se viese varada en alguna parte. La camarera y Elsa viven en el mismo mundo.

Un juego, sí, es un juego este viaje para ambos. Es posible que encalle con Elsa por ahí.

¿Qué pensaría la camarera si supiese que, mientras sorbe su mísero café, tiene tres mil buenos billetes en el bolsillo? Un juego. Pero sucede que Elsa, sí, Elsa es de esas muchachas para amantes de un jugador.

Tiene que reconocer que no sabe gran cosa acerca de qué clase de chica es, sobre todo con esos muchachitos siempre a su lado. La viejecita que vive en su rincón, como la ha embromado él, refiriéndose a eso. Y unos mellizos que no quieren nunca ir a acostarse. ¿Cómo se las arregló el condenado artista para mantenerlos a todos?

«... En cuanto a mí —piensa el hombre del impermeable con cinturón—, nunca fue un problema el dinero. Nunca tuve el menor tropiezo para mantener a Grace ni para pagar la cuenta del colegio de Chips o Louie, hasta que terminaron sus estudios. Las dificultades fueron otras, por no dirigirlos convenientemente, pobres diablos. Bueno: el ejército y la marina se encargaron de ellos. La guerra de Corea. Al Tío Sam corresponde convertir en hombres a los muchachos...».

La camarera lo mira con ojos legañosos.

—¿Otra taza de café? —pregunta.

Él no le contesta.

... Y la cara pálida y rígida de Grace, en la cama del hospital, con el cabello en desorden sobre la almohada. «Es culpa nuestra, Ro. Si nos hubiésemos empeñado, ellos podrían...».

Fue el día antes de que muriera.

Trata de no pensarlo. Son ésas las cosas que lo agobiaron, y más vale no recordarlas.

La camarera lo mira fijamente. Amontona el cuchillo, el tenedor, la taza y el platillo en la bandeja sucia, y limpia las migas del mostrador con la arrugada servilleta de papel.

—¿Se siente mal? —pregunta.

Menea él la cabeza.

—A mí no me importa decirle que yo sí —murmura ella, suspirando.

Para apartar sus ojos indagadores, pide otra taza de café.

Tiene que pensar en Elsa.

Comienza a evocar meticulosamente los últimos meses. Nunca estuvieron solos realmente, salvo esa noche en el tren de Pensilvania, cuando bebieron tanto whisky. Iba a escribir ese gran artículo sobre Chicago. Qué sacudón produjo el artículo. Endemoniadamente bueno, es verdad.

Ha terminado el café.

Por cuarta vez trata de leer la acusación del fiscal del distrito.

Se siente inmensamente desdichado.

Habría sido tan sencillo morir el día en que los japoneses atacaron el avión de observación sobre Manila...

... El negro combustible del motor dañado se vierte sobre el ala junto a mí; y la expresión pensativa con que el P. R. O., en el asiento próximo, se pasa la lengua por los labios; y nuestra serenidad cuando le entregamos los pesados cinturones con municiones al artillero, que los hace desaparecer por el lanzabombas. «Me imagino que después van a tirar fuera a los corresponsales» —grité—, y alguien lo repitió por el aparato de intercomunicación, cosa que los muchachos me agradecieron porque así los animaba.

Dios mío, cuán vivos nos sentimos cuando saltamos del avión a la red de acero de la base de Lingayen, y cómo nos reíamos ante los que nos aguardaban con extintores y la ambulancia. Vivos como para vivir mil años.

Fue después de mi regreso a casa cuando empezó la desdicha...

El hombre del impermeable con cinturón mira en la pizarra el número del avión de Chicago. Ha estado esperando pacientemente, pero ansioso, además; no obstante, ahora está a un paso de verla.

Algo asustado, por cierto.

Los sirvientes, con sus casacas blancas, colocan la escalera contra el costado de plata trémula del avión, mientras él pestañea precipitadamente, afirmado en la barandilla, mirando hacia el sol.

Se abre la puerta. La camarera de a bordo le sonrío a alguien. Sale gente apresurada, pálida, con apariencia invernal; Elsa entre todos, alta, desaliñada, con el cabello sobre los hombros. Su pelo brilla, crudamente rojo, en el sol vibrante. Todavía usa esos zapatos de lona con suela de goma, demasiado grandes. Sin embargo, camina bien. Pasos largos y tranquilos.

—Bien —le dice ella, poniéndole la mano en un brazo. No he pegado los ojos. ¿Y tú?

La besa, pero su boca le rehuye.

—¿Desayunaste?

Frunce los labios:

—Desayuno de avión. Justamente empezaba a dormirme cuando la camarera me lo puso ante la nariz. ¿Cuándo salimos?

—A las diez y treinta. Rancho Boyeros dentro de una hora. Almorzamos en ese lugar cuyo nombre he olvidado, a la entrada de Obispo.

—¿Las Delicias? —pregunta con una sonrisa alegre e infantil. Él se sorprende de lo bien que pronuncia el español. Ahí fue donde estuvimos con Mortimer Price. La lengua se le atolondra. El gran hombre fue muy amable con nosotros. Nos invitó a su mesa y todo lo demás. Aunque todo el mundo dijo que nos había tratado con rudeza.

—Le gustan los jóvenes ambiciosos y trepadores.

—Ambiciosos y trepadores, ¡puf!

Le miró con ojos duros como guijarros. Pero sonrió en seguida.

—Al otro día nos encontramos contigo. Por cierto que nos encantaba hallarnos con todas las celebridades.

—Tú salías del ascensor en el viejo hotel español.

Recuerda la piel rosada bajo el blanco bordado de su blusa; la densa rojez de su cabello; los ojos castaño claro, redondos como los de un escolar sorprendido; el franco: «¿Cómo está usted?»; el alegre: «¿Quién iba a pensar encontrarlo aquí?»; el fuerte apretón de manos, como de hombre: «Gov dijo que usted estaba en el mismo hotel, pero no le creí».

Hacía apenas un año, no parecía joven; más bien como abandonada, recuerda Ro. Con ella venía, bamboleándose, ese muchacho pequeño y pálido, de ojos negros, extraordinariamente anchos y parpadeantes. El gobernador Haines. Ro recuerda que su primer pensamiento fue que ese muchacho debía estar espantosamente aburrido, como todos esos chicos de Nueva York que triunfan demasiado pronto.

«Esta vez el mundo será nuestro». La voz de Ro atruena en sus propios oídos, mientras en el comedor sienta a Elsa a la mesa. Advierte una sonrisa fingida y desaprobadora, tras el mesón, en la cara fatigada de la camarera. La boca de la camarera se ha contraído. «Lo bastante viejo como para ser su padre», eso es lo que la camarera debe de estar pensando; y de repente se ve a través de los ojos de la camarera: un viejo cansado, decrepito, ansioso de una muchacha.

—Tómame el café mientras me ocupo de nuestras cosas —le dice a Elsa en tono más perentorio de lo que supone. Una taza de café, por favor —le pide a la camarera con voz de desafío. Es para la señorita.

Se siente como un agente viajero, mientras cruza la sala de espera, estrujando entre los dedos las puntas de las contraseñas. Es apto para tales cosas; bien sabe Dios cuánta práctica tiene ya.

Cuando ve sus dos viejas maletas patéticamente apoyadas la una en la otra sobre la balanza, la ternura le aprieta el corazón como una mano. Debieron de haber pertenecido a su madre. No son las maletas de un buscador de oro, ciertamente. Son las maletas con que una sirvientilla sueca viene a dar a Ellis Island.

Todavía están húmedos sus ojos cuando regresa. Piensa en cómo contarle a ella ese cómico vuelo con Mortimer a Lisboa, durante la guerra, y la vieja base de hidroaviones, y el Dorchester durante los bombardeos, y el Washington de esos días, dedo avizor en el pulso del poder; los días cuando Kev West era aún una isla y allí estaban, para pescarlos, todos los peces del mar, y —para beber— todo el whisky imaginable en todas las tabernas, y todos los grandes tipos del mundo para la amistad. Tiene que encender en ella ese sentimiento, que es el de los grandes días.

—Puerta cuatro dentro de diez minutos —le dice. Su pulso se ha agitado un poco con el vértigo de la partida.

Le mira ella con las cejas fruncidas cuando se inclina por sobre la mesa para coger la cuenta.

—Ro —le pregunta—, ¿de qué color tenías el pelo antes de que se te pusiera gris? Siente él una tirantez en sus manos.

—Ya debías saberlo: más bien rojizo. —Y advierte que hace castañetear los

dedos.

—Hubiera preferido que no fuera así. Mi marido también fue pelirrojo. Los colorines nunca se entienden.

—¿Y qué me dices de Gov? Su pelo es negro.

Sus ojos son de nuevo como guijarros. Se han apagado de súbito.

—No tenías para qué recordarlo —contesta, haciendo pucheros.

—Pero, Elsa —le dice en tono paternal—, ambos tenemos que recordar un poco nuestras vidas. La Habana va a estar llena de recuerdos para mí. Para ti también. En buenas cuentas, ahí nos encontramos por primera vez, el año pasado. Tú salías de ese decrepito ascensor abierto.

—Y pensaste que yo también estaba decrepita, ¿verdad? —Ahora se burla.

Ríen ambos. La atronadora voz del *speaker* anuncia la partida de su avión. Tomados del brazo, corriendo, salen al sol.

La ternura vuelve a invadirlo cuando se inclina sobre ella para amarrarla al cinturón del asiento. Le parece sentir como si sus ojos pudieran llenarse de lágrimas.

—Nos ha costado tanto estar juntos —murmura, poniendo el labio contra su oreja.

No usa perfume. Siente en la nariz el aroma de su pelo rojo. En las yemas de los dedos percibe el calor de su cuerpo.

El avión ha comenzado a correr por el aeródromo; ella no puede oír ya lo que él le está diciendo. Le sonrío tranquilizándola. También le sonrío ella. Es suave y animador sentir el muslo de la muchacha contra el suyo. Necesita una mujer así. Pone su mano en las de ella, sobre el regazo. Y ella la aprieta entre sus largos dedos. Hace años que no se ha sentido tan feliz. Ambos miran, atentos, la brillante superficie del ala.

Rugen los motores para despegar. Se estremece el avión. Los motores aceleran. El avión comienza a cortar el viento. Ya están en el aire.

Durante un rato, Miami se despliega, al otro lado del extremo del ala, en cubos rosados y blancos, después es como un mapa en el muro; luego el avión pasa rápidamente sobre la bahía salpicada de botes de juguete y la caprichosa arquitectura de los hoteles, y el largo trecho de playa borrosa donde rompe la oleada. Después se aleja, sobre el mar rizado, tan azul que es purpurino, y se ven abajo las nubes, sobre el Gulf Stream.

Todo acude tan rápidamente a su memoria que no sabe cómo empezar. Pero debe decírselo. Hasta ha de hablarle de Thurloe, de Thurloe y Grace; y de Mortimer Price. ¡Qué no sabe acerca de Mortimer!

—Recuérdame que te cuente algo de Mortimer —murmura Ro al oído de Elsa. Las puntas de su pelo rojo le cosquillean la nariz cuando se vuelve a él con una sonrisa de no haberle entendido. Parece como si no le reconociera. También está ella sumida en su sueño. No trates de hablar —le dice él débilmente—; se irritan las cuerdas vocales.

Minutos después, de nuevo es el agente viajero. Apunta junto a su naricilla hacia

un recodo de tierra y agua, coloreado como en un libro de geografía, blanco, amarillo y verde fangoso, con trocitos verde claro que se tornan azules donde se hallan los canales.

—Son los Cayos de Florida —grita.

Es como ir cayendo, cayendo en un profundo sueño cuando las palabras abren camino en la memoria, mientras dice: «Los Cayos de Florida».

... Hacía escasamente un año que me había casado con Grace. Nos recuerdo sentados al sol, plegada la capota del Ford *roadster* que nos compramos en Miami. Cuánto nos gustaba ese viejo modelo A. Íbamos por la áspera carretera sur de Homestead. Grace conducía. Yo no podía quitarle los ojos de encima, tan bonita, fuerte y confiada, con su pelo tan rubio en esos días, cubierto con un pañuelo azul. Cuando advertimos que estábamos atrasados y teníamos que correr para alcanzar el *ferry* mantuvo —mientras dirigía— la puntita de su lengua rosada entre los labios.

Era nuestro primer viaje al Sur. Discutíamos, al correr hacia la embarcación, acerca de si habíamos cruzado el Trópico. Insistía ella en que lo habíamos cruzado. Yo le explicaba que no. «Pero si yo *siento* el Trópico, Ro», me decía, mientras nos sacudíamos sobre el puentecillo, frente al viejo y rechinante *ferry-boat*. Después, un motor asmático nos alejó de la playa, y permanecemos en la proa mirando el ópalo del agua, que reflejaba un cielo donde pasajeras nubes eran, por debajo, de un color verde claro, porque le arrebatában los visos al mar. Mirábamos los negros pájaros de la altura, y los pelícanos que volaban en fila, y las gaviotas que se balanceaban como en juego, y las blancas garzas que se levantaban de los bajíos. Eramos tan felices que casi no podíamos soportarlo.

La travesía pareció tomarnos el día entero. El aire era salobre e increíblemente suave.

Almorzamos, en el automóvil, lo que llevábamos en una cesta.

Lamentamos dejar la embarcación. Cuando lo hicimos, nos hallamos en un blanco camino de coral entre los cayos, a través de alamedas de achaparrados limoneros invadidos por la hierba. Vino después otro *ferry* que traqueaba junto a los majestuosos arcos del terraplén de la vía férrea de Flager, que festoneaban el horizonte.

Viaje más corto esta vez, por agua más azul.

De nuevo el camino de coral y, tarde ya, la entrada en un pueblo perdido, de casas descoloridas por el sol, en el cayo más occidental, que olía picantemente a coral podrido y a esponjas echadas a secar.

Detuve el coche junto a una cerca rota, bajo una palmera que susurraba en el viento marino, para preguntarle a un negro el camino para llegar a la casa de George Elbert Warner. No lo sabía, por cierto. El próximo hombre fue un cubano que no hablaba inglés. A cada momento me hacía parar Grace para mirar una u otra planta florida. Por fin encontramos la casa tras un seto de hibiscos, frente a una olvidada bahía donde viejos botes, lanchones y embarcaciones a vela destrozados hallábanse

volteados, abandonados en los gredosos bajíos.

Era una casa de madera blanca con un balcón salidizo. Había gente bulliciosa, bebiendo y gritando.

Cuánto nos alegraba vernos en esos días. Ahí estaba Mortimer, de palabra severa, con esa expresión displicente de joven profesor de Columbia; pero no había perdido ese aspecto inseguro de hombre del Oeste que no se halla todavía amparado por la experiencia. Vivía aún con su primera mujer, Lou, una muchacha robusta y coloradota, con anteojos. María, la mujer de George Elbert, tenía brillantes ojos negros y pelo oscuro, lustroso como azabache. Y Jug Wells, muchacho del lugar que poseía una tienda de aperos marinos, había traído a su agraciada esposa, de nombre Alzira. Estaba también la soberbia Alicia Thurloe.

Antes de que Mortimer saliera a Casa Marina en busca de los Thurloe, George Elbert había hablado desdeñosamente de Roger Thurloe, tratándole de ricacho, y Mortimer había defendido a Thurloe de ser tan rico. Siempre estaba Mortimer, en esos días, defendiendo a alguien. Por cierto, fue años antes de que Thurloe se convirtiera en todo un personaje de la Administración. En ese tiempo no pensaba en Washington. Trabajaba en un Banco de Nueva York. Mortimer siempre tuvo olfato para descubrir a los hombres influyentes antes de que lo fueran. Los Thurloe habían venido de Hobe Sound en el yate de alguien. Les había encantado el Key West y decidieron pasar ahí unos días. A todos nos agradaban y Alicia Thurloe era tan linda que a nadie le importaba que fuese rica o pobre.

Me sentí contento esa tarde porque Grace supo avenirse muy bien con George Elbert y María. Era la primera vez que los veía y pensé que yo había sabido hablarle de mis amigos. Era agradable verlos a todos con ese juvenil aspecto tan saludable que se adquiere al aire libre. Qué lindas mujeres teníamos en esos días y qué bien hablábamos. Parecían no tener fin las cosas que se nos ocurrían.

Los Warner nos pidieron a todos que nos quedáramos a comer. Tenían de cocinera a una mujer alta y bronceada, llamada Lottie. Sonreía en torno a la mesa con su hilera de blancos dientes cuando aparecía con los platos desde la cocina. Comimos de prisa en una mesa de pino, ante una cisterna de concreto, en la parte trasera de la casa, bajo una enramada de pasionarias. Grace celebró el sabor de un pescado que comía por primera vez. Estaba cocido y rociado de limón y sal; viejo desabrido le llamaron. Lo acompañamos con un vino tinto español que George Elbert compró, en buena cantidad, a un asturiano que lo trajo de La Habana. Los tomates eran locales. Alicia Thurloe declaró que nunca en su vida había saboreado tomates mejores. Grace me daba leves puntapiés bajo la mesa para hacerme entender lo bien que lo pasaba.

Apenas terminamos el pastel de guabas, George Elbert estaba vociferando ya: «Vámonos». Jug Wells llevó los aperos de pesca en su gasolinera. Yo conduje, por turno, a todos los asistentes hasta el muelle. El auto de Mortimer carecía de combustible y por esos días los Warner no tenían automóvil.

George Elbert insistió en que siendo Mortimer y Roger Thurloe demasiado

inexpertos, no les iba a dar las mejores cañas. Apenas había bebido un poco se empeñaba en embromar a Thurloe. Le hizo traer el balde con la carnada, unos mújoles entre pedazos de hielo, con una botella de champaña en medio. Cada vez que se encontraba conmigo en un rincón me silbaba al oído: «Ese comerciante es endiabladamente rico».

George Elbert estaba en su hora de malhumor. Rezongó insistentemente en que habíamos perdido lo mejor de la marea por quedarnos de sobremesa tanto rato. Cuando nos internamos por el canal, nos divertimos de tal manera en el bote estrepitoso, respirando la agrídulce brisa tropical, que nadie prestó atención a los rezongos. Jug Wells nos mostró el viejo vapor de ruedas varado en el bajío durante un huracán de hacía años. Su timonera brillaba cubierta de espliego a la luz de la luna, contra la postrera raya de azafrán, hacia el Oeste. Grace y yo estábamos cogidos de las manos como colegiales, despreocupadamente, y apenas advertíamos que George Elbert no podía oírnos, reíamos y nos mordisqueábamos la oreja, diciéndonos que antes de hallarnos en el bote estuvimos más contentos y que nada nos importaba pescar o no.

Ocurrió que Grace sostenía la caña en que picó el primer pez.

Lanzó un grito al ver a uno, grande, que mostraba sus escamas de plata a la luz de la luna, a través de la estela de la embarcación. La pobre Grace hizo lo que pudo —animosa como era—; pero no logró aspar la cuerda con la rapidez necesaria. Cuando George Elbert le arrebató la caña de las manos era demasiado tarde. El pez se había soltado.

George Elbert se enfureció y no se calmó gran cosa cuando Roger Thurloe, de quien se había estado burlando por considerarle un ignorante mequetrefe de Hobe Sound, cuyos dedos no tenían pizca de soltura, hizo picar al segundo pez y se las ingenió hábilmente con su arpón para traerlo a un costado del bote.

Nos amontonamos, sin respirar, en la borda, para mirar al agotado pez que asomaba, pálido, en el agua lechosa iluminada por la luna. George Elbert arremetió con el arpón y falló, lanzando una gruesa palabrota cuando la cola del pez, destelleante, golpeó con fuerza y desapareció, dejando a Thurloe sosteniendo un cabo de cuerda rota.

George Elbert vio una huella sangrante en la base del pulgar de Thurloe.

—Nunca tomes la cuerda con la mano —aulló. ¿Para qué crees que es la caña?

María alejó una posible discusión gritando que ya era tiempo para el champaña, y las muchachas se agruparon en torno a Thurloe para vendarle la mano. Grace y yo no pudimos menos que celebrar la calma y el buen humor con que éste trató de quitarle importancia a la cosa. Lo primero que advertimos en él fue ese divertido asombro que demostraba. Nos hizo apreciarle, a pesar de su pequeña mandíbula puntiaguda y su boca apretada. Grace gritó que ver saltar el tarpón había sido el momento más impresionante de su vida. Alzira chilló que los odiaba porque no se comían. Lo impresionante era verlos saltar.

Hasta George Elbert olvidó su malhumor bajo la belleza de la noche. La belleza nocturna nos calmó a todos. El mar era de leche bajo la luna. Nos sentamos, silenciosos, en un rincón del bote, bajo la brisa tibia, respirando el olor caliente de la gasolina del motor que rezongaba a nuestros pies, bebiendo champaña en tazas de latón, con la luz de la luna en torno, mientras los anzuelos rastreaban a popa.

No hubo otros peces que picaran esa noche. Jug Wells dijo que la marea había cambiado. Cuando nos cansamos de vagar por el canal, volvió la embarcación al muelle. George Elbert nos exigió que lleváramos inmediatamente a casa todos esos instrumentos de pesca; pero cuando regresamos y el cielo, con la luna, se ponía cada vez más brillante, nadie quiso ir a acostarse.

Los llevé a todos nuevamente al pueblo, en el modelo A y George Elbert hizo que nos acogiera el asturiano coloradote que vendió el vino. Nos sentamos a una mesa larga bajo una única bombilla eléctrica, tras un biombo, en la parte trasera de su oscuro restaurante, mientras fue sacando botella tras botella de su vino español, y pan, anchoas y queso.

Mientras bebíamos, comíamos y conversábamos, yo miraba a través de la ancha sala un curioso modelo antiguo de vapor, modelado en el muro opuesto. Me complacía sentirme lejos, la quemadura del sol mientras corrimos entre los cayos en mi automóvil abierto, el gusto salobre de mis labios, el sabor ácido del vino, y, además, la impresión de que nunca en mi vida había estado en una mesa con hombres que charlaran tan bien.

Grace se ovillaba a mi lado, fuerte y clara como una paloma. Tenía una deliciosa manera de volver cómico lo que decían los demás. Nunca la había querido tanto. George Elbert habló de los contrabandistas de ron entre los cayos y de pescadores cubanos que hacían contrabando de dinero. Jug Wells, que habitualmente no decía una palabra, soltó su lengua de repente, para hablarnos de viveros de tortugas y de cocodrilos que nadaban visiblemente por el Golfo, desde Bélize, y de cómo una vez cogió un crótalo a cinco millas de ahí.

Era en el año de la bancarrota. El principio del fin del capitalismo. Mortimer la comentaba. Planeó sabiamente una economía sana y abundante. Con su tranquila modestia, Roger Thurloe dejaba hablar a Mortimer, tan fríamente como había manejado la caña, hasta que llegó al final.

—Pero supongamos, Mortimer, por decir algo, que ustedes, los que dirigen, no lo hacen bien.

—Tendríamos que hacerlo bien.

—¿Quién puede asegurarlo?... Con criterio de comerciantes pueden determinar rápidamente si se produce dinero o no...

—La economía, en su conjunto, consiste en producir artículos y servicios.

—¿Y qué criterio adoptarán si los balances no corresponden a lo esperado? ¿Quién decidirá si han trabajado eficientemente o no?

—Decidirá el público. Hacer dinero no es lo único que cuenta.

—¿Pero cómo puede decidir el público sin comprobar las cifras?

Mortimer permaneció cohibido un momento. Thurloe se echó a reír como si los aprietos fueran suyos y no de Mortimer.

Los Thurloe, evidentemente, se divertían. Tal vez Alicia dejaba ver un poquito que había bebido. Tenía una risa más bien descarada y el aspecto de una noble inglesa de Gainsborough. Mantenía una actitud condescendiente con los intelectuales. Parecía sentir algo así como que se hallaba de visita por los barrios bajos.

Fue George Elbert el que hizo callar a Mortimer cuando éste volvió a referirse a una economía dirigida. George Elbert gritó con su acostumbrada violencia que todos los gobiernos se componían de tramposos y que así había sido desde el principio de los tiempos: los gobiernos eran una banda de ladrones siempre relacionada con los que se enriquecían en el negocio de las tabernas y los prostíbulos.

—Pregúntenle al asturiano; él les dirá lo que es un gobierno.

Pero el asturiano sonrió solamente, mientras se sobaba las manos sobre el delantal verde de bayeta, y decía:

—Lástima, señores, pero tengo que cerrar.

Nos levantamos todos sin interrumpir la conversación. Debíamos tener la impresión de que aún quedaban por decir cosas de la mayor importancia. Nadie quería ponerle atajo a la noche. George Elbert y Mortimer continuaron discutiendo en la acera acerca de si a todo gobierno se le podía describir como una banda de ladrones.

Trocitos de luna caían a través de las hojas bronceadas de un árbol y brillaban en el suelo como puñados de monedas desparramadas sobre el pavimento. George Elbert anunció que iba a buscar a Manolo, el cojo que tocaba el acordeón en el bar de los pescadores; ésa era una noche para bailar.

—Toma el auto —me oí decir con acento de gran señor. Grace y yo queremos caminar. Seguiremos a pie.

Lo que deseaba era un breve instante a solas para acariciarla y besarla tras de la oreja; pero Grace lo tomó a mal. «Es nuestro auto —estalló—; van a irse en nuestro auto».

Largo rato pensé que era una broma. Sabía engañar a veces. Pero sólo cuando rompió en llanto comprendí cuán enojada estaba. Traté de distraerla señalándole el viejo faro que se divisaba a través de la luz de la luna.

—Pero si estamos en una isla —traté, como un idiota, de explicarle. No pueden llevarse el auto de la isla.

Era tarde. Todo el día habíamos estado corriendo en automóvil y embarcados. Grace se sentía cansada. Nunca fue la chica más razonable del mundo. De pronto advertimos que no nos hallábamos solos. Roger Thurloe se había quedado fuera, mientras los otros se metían en el automóvil. Debió de sentirse cohibido en medio de unos enamorados que reñían. Lo que hizo fue treparse en una cerca y tenderle a Grace un puñado de flores blancas y fragantes.

Las llaman damas de la noche.

Su agilidad nos asombró. Debe de haber contado entonces poco más de cuarenta. Tenía la quieta sonrisa de siempre cuando se acercó con las flores. Más tarde, cuando conocí mejor a los Thurloe, decidí que debieron ser años de curiosos caprichos de Alicia los que le dieron ese tino. Grace lanzó un grito de alegría y los tres nos fuimos taconeando hacia el bar de los pescadores...

El hombre del impermeable con cinturón no puede recordar más. Rostros oscuros. Una sala repleta. La visión de todos ellos bailando. El conjunto se convirtió en imágenes pequeñas vistas por el revés de un telescopio, cada vez más chicas y lejanas, hasta desvanecerse por completo. Cuán lejano todo eso.

Con un estremecimiento recuerda dónde está.

¿Cuántas vidas ha de vivir un hombre antes de morir?

Elsa se ha dormido, apoyada la cabeza en el visillo color de ante. Su boca está entreabierta. Sus dientes no son muy hermosos; pero tiene unos labios bellamente dibujados.

Más allá de sus cabellos rojos, ve el hombre unas grandes nubes blancas como malvaviscos, bajo el sol, y su sombra oscura en el mar espumoso. Le alivia no tener que hablarle. Le da la posibilidad de ordenar mentalmente cuanto desea contarle.

«Hacerla sentir todo lo que he sido, todo lo que le he dado al mundo —le murmura una voz íntima—; eso es lo que debo hacer que sienta. Es mujer que ha leído. Tiene verdadero gusto por la literatura. Comprenderá».

La mira cariñosamente. Duerme todavía. Repara en que sus pestañas son más oscuras que sus cabellos.

Le toma suavemente la mano para que despierte. Ya han dado la señal: «Desabrochen los cinturones. No fumen».

Abre los ojos, sobresaltada. Silba el aire de los ventiladores. El avión brinca levemente bajo la agitación de un chubasco.

De nuevo se hallan a pleno sol, mira hacia unas rocas anilladas por la resaca, unos mangles desgredados y unas playas que van creciendo; y luego vuelan, más bajo, sobre las colinas de Cuba, majestuosas de palmeras.

Elsa sonrío ahora.

Todo parece muy alegre cuando bajan en Rancho Boyeros. Los caminos están mojados por el chubasco reciente. Se ven flores. La hierba es muy verde. Las maletas están ahí. Los aduaneros son respetuosos y corteses. Un oficial de inmigración, de immaculado uniforme blanco, se quita la gorra.

—*Mr.* Lancaster, es un honor. Permítame que me presente: José María Cisneros.

—Le pasa a Ro su tarjeta. En nombre del periodismo cubano, permítame que le dé la bienvenida... Leo, con admiración, sus artículos. Su nombre es famoso en mi país.

—Eso fue hace años. —Ro advierte su tono displicente y lo cubre con una risa.

Hace como que trata de encontrar su tarjeta en la cartera. Creo que ya no tengo ninguna —dice.

—Un nombre como el suyo. No hay necesidad —dice el oficial de inmigración. Su voz es mimosa. Todavía recordamos sus artículos sobre América Latina. Magníficos. Sus compatriotas no se interesan mucho por América Latina. ¿Viene a escribir sobre nuestra situación política? —Chasquea la lengua y hace un gesto desaprobador con la mano. Están ustedes servidos —sonríe y pone los ojos en blanco, zalameramente—, en nombre de la solidaridad del hemisferio...

—Esta vez no traigo misión alguna —dice Ro.

Se da cuenta de que los ojos en blanco del oficial de inmigración caen, rápidos y comprensivos, sobre Elsa.

—Ah, un viaje de recreo —dice el oficial de inmigración sonriendo confidencialmente. Bien: que lo pasen ustedes con toda felicidad.

Se estrechan las manos otra vez y el oficial de inmigración de uniforme inmaculado le pide a otro oficial, de uniforme un poquito menos inmaculado, que vele por que no les recarguen el precio del transporte de las maletas y no tengan que esperar mucho un taxi.

—Esto es lo que pasa cuando se viaja con una celebridad —dice Elsa. La última vez nos demoramos una hora.

Elsa parece caminar por el aire. Le da fuertemente el brazo. No se hablan en el automóvil, demasiado ocupados en la contemplación, a través de las ventanillas, de los colores y formas de la ciudad soleada.

Ro se pasa el cepillo por el pelo gris y tieso. Mira los muebles familiares del viejo hotel español; un tocador, un guardarropa y dos sillas arrimadas a los altos muros enlucidos. Después se va de prisa donde Elsa. Es el cuarto contiguo.

La encuentra acodada en la ventana, mirando a través de los tejados las chimeneas arracimadas, los adornos de piedra de la fachada de la catedral, los mástiles y cascos de los barcos, más allá, en los muelles, la luz viva del puerto y las antiguas fortalezas, en el lado opuesto, grises y desvanecidas en el cielo llameante.

Elsa no vuelve la cabeza cuando se inclina sobre ella.

Bajo ellos, en el mediodía, la ciudad se agita, rumorosa, tendida al sol. De la calle sombreada sube el humo azul del café que tuestan, el rumor de las bocinas, los gritos de los vendedores de periódicos y los chillidos de los que anuncian boletos de lotería. Los alisios que vienen del mar refrescan sus rostros.

Cuando desliza su brazo por los hombros de ella, siente endurecidas sus espaldas. La empuja, impaciente, al interior del cuarto y trata de atraerla contra su cuerpo, de cubrirle los labios con su boca.

—Todavía no —dice, jadeando, apretados los dientes. ¿No te das cuenta? Podemos esperar antes de...

Sus brazos son sorprendentemente musculosos. Mientras ella lo rechaza, se ve en el espejo del tocador; un viejo ansioso, de cara gruesa y apergaminada, que lucha torpemente con una desaliñada pelirroja.

—No seamos ridículos —murmura él.

La toma de los hombros y procura obligarla a que lo mire, para hacerla reír con algo que se le ha ocurrido: todavía se ve a sí mismo como joven y audaz periodista, no hermoso pero de buena apariencia e irresistible con las mujeres. Pero en el espejo ya se vio como otros le ven. Desea que ella advierta esta broma amarga, que tal vez sienta piedad de él.

—Tienes que permitirme, esta vez, que me divierta —le explica ella acentuando sus lentas palabras. No sabes lo encantador que es encontrarse ahora aquí. Es la emoción más grande que he tenido en mis veintiocho años. Y lo mira de frente, con esa franqueza que tanto le gusta. La vez anterior no tuve esta suerte. Imagínate viéndome en un sitio como éste, convertida en la novia de un pobre tipo.

—La novia de un pobre tipo —ríe él roncamente—: buen título para unas «Confesiones».

De nuevo sus ojos se endurecen; se aprietan sus labios.

—Tengo hambre. ¿No iremos a almorzar a alguna parte?

—Vamos. No es lejos —le responde. Y otra vez se halla animado. El almuerzo será alegre. Siempre me gustó caminar por Obispo.

Le mira los pies mientras aguardan el ascensor.

—¿No tienes zapatos mejores? Creo que éstos de lona son malos para caminar.

—Son los únicos que no me lastiman los pies. —Y lo mira, hosca.

—Tal vez podremos encontrar un buen par. Me imagino que caminaremos un poco por la ciudad, después del almuerzo. Es la mejor manera de conocerla.

—Vamos —responde ella. Creo que todo me va a gustar.

Cuando se detienen en la calle angosta, repleta de automóviles que pasan en fila interminable, brillando al sol, ella frunce los ojos.

—Me gusta, pero me hiera la vista —murmura. Es triste cosa ser colorina en los trópicos.

Pasan ante una pequeña tienda cuyo escaparate está lleno de anteojos de todos los colores imaginables.

—Podemos comprar uno —le dice, agitando la mano.

—Sería espléndido.

Demora larguísimo tiempo en elegir un par. Se prueba anteojos verdes, ambarinos, azules, plásticos y de vidrio.

—Ninguno se me acomoda en la nariz —se queja ella. Y a él le cuesta muchísimo convencerla de que no se decida por unos enormes anteojos de carey. A cada nuevo par que le pasa el vendedor, corre ella a la acera para probarlos al sol.

—¿No es divertido? —pregunta riendo.

—Creí que tenías hambre, muchacha.

—Tengo hambre, pero, sobre todo, quiero un daiquiri —exclama, y de súbito echa a andar con un par de anteojos verdes, de montura verde, de vidrios verdes.

Tarda él un poco en obtener el vuelto, de modo que tiene que correr para alcanzarla.

La encuentra en medio de la calle, relampagueándole el cabello, dando pequeños brincos con sus zapatos de lona demasiado grandes, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Todos los hombres la miran fijamente.

Ro está sin aliento cuando la alcanza.

Pasa una mano por su cintura y la obliga a avanzar, estrechándola.

—Pórtate más seriamente, Elsa —murmura con seriedad. No te olvides de que en un país latino no hay que excitar a nadie. Conocí muchachas que volvieron a casa con las nalgas amoratadas por los pellizcos.

—Conociste muchachas... Apuesto a que fueron unas provocativas. —Y echa bruscamente atrás la cabeza.

—Me refiero a mi mujer —le contesta seriamente. A Grace. Se volvía loca con eso.

Elsa le aprieta el brazo, de repente, con su codo.

—Pobre Rolando —murmura—; en la que has caído.

Él recordaba Obispo repleto de gente vistosamente vestida; caparazones de tortugas y azabache en los escaparates de los joyeros; encajes, cueros de caimanes,

mantillas, bastidores de libros que uno hubiera querido ver en las librerías, puestos de fruta, una continua tentación de mangos y mameyes, guayabas y piñas; hoy la calle parece larga y vacía, con sólo las interminables filas de automóviles relucientes. Los escaparates están manchado por las moscas.

Ambos se sienten cansados y sudorosos cuando cruzan ante las siemprevivas que sombrean la entrada del restaurante.

—Un turista demasiado activo —se queja al dejarse caer ante la mesa más cercana. No me lo esperaba.

—Conozco una mesa mejor —le contesta él. Durante todo el trayecto por la calurosa calle empedrada ha estado pensando en conseguirse una mesa ante la última ventana, donde siempre hay una brisa y el estrépito del tránsito no es ensordecedor.

—No puedo dar un paso. —Frunce la boca. Dame un daiquiri helado antes de que me caiga por tercera vez.

Ro recuerda vagamente al mozo viejo de cara hosca, pero el mozo viejo no le reconoce. Ro le hace su pedido en español y él le responde en inglés.

Cuando el mozo se dirige al bar en busca de los cócteles con su andar de pato, Ro estudia cuidadosamente el menú. Recuerda viejos tiempos. Desea que el almuerzo resulte excelente.

El olor del ron, de las limas, del pan fresco y los manteles almidonados le evocan muchas otras comidas de años atrás, con Grace y su hermano Joe y su mujer; todos ellos con sus hijos, la mesa se tornaba una barahúnda, y los chicos eran realmente cómicos, aunque los mozos estuvieran furiosos. También hubo comidas con prolongadas sobremesas, en compañía de George Elbert, Mortimer, María, Lou, Sánchez Herrero y los Basques, oh Señor, los Basques; y además, comidas difíciles con políticos cubanos, a los que trataba de incitar a decir cuanto sabían, para emplearlo en una historia u otra.

—Con Gov comimos siempre langostas y ensalada de coco —dice Elsa.

—Mucho mejor es la jaiba —responde Ro, complaciente. Pero, Elsa —añade, procurando aminorar la irritación de su voz—, por favor quítate esas anteojeras para que yo pueda ver con quién almuerzo.

Apenas llega el mozo con los cócteles, ella pide otros.

Cuando los trae se quita los anteojos oscuros y los echa en su maletín.

—Ahora me siento bastante bien —dice, sonriéndole rápidamente a Ro de una manera que él ha creído siempre particularmente atractiva.

Enciende un cigarrillo, resopla alegremente y lo mira a través de la mesa.

Entretanto, Ro pide una «fruta bomba» rociada con un poquito de limón —pero que estén bien maduros, le recomienda al mozo— y cangrejos con mayonesa y un puñadito de arroz.

—Y ensalada de cocos —vuelve a pedir ella.

—Que traigan si quieres —dice él—, pero a mí me han parecido siempre con gusto a madera. ¿Y qué vino?

Sacude la cabeza.

—La cerveza local es excelente.

—... Para mí, de Milwaukee... Odio la cerveza —dice ella. Mi padre trabajó en una cervecería... Sólo daiquiris —añade, lanzándole a Ro una mirada maliciosa. Hileras de daiquiris...

No presta atención alguna a la papaya, aunque él trata de interesarla, explicándole que en Cuba hay que pedir «fruta bomba», porque papaya es una palabra gruesa.

—Trataré de recordarlo —ríe ella.

Los daiquiris ya los han puesto de acuerdo, de manera que cuando uno ríe, el otro ríe también. Cuando llega el tercer daiquiri, Ro está listo para contarle esa divertida historia de lo que Mortimer llamaba su condenada suerte, en un casino de las afueras de Lisboa, en su viaje a Londres durante los bombardeos; pero Elsa se apoya en la mesa y se ha embarcado en el cuento de su infancia infeliz, comenzando esa noche del tren de Pensilvania antes de que empezaran a desvestirse.

Una vez que está lanzada en eso, no hay cómo detenerla: es un torrente.

Amaba el colegio, probablemente porque lo odiaban tanto en casa. Su madre fue lo bastante indiferente como para permitirle por fin ir al colegio. Pudo hacerlo porque el padre ganaba bien su dinero, aunque la madre mantenía aún esas ideas que trajo consigo de su país treinta años antes. No hay que educar a las muchachas, lo que hay que hacer con ellas es obligarlas a trabajar en el hogar. Elsa odiaba esos quehaceres. Quería escribir: el profesor de inglés leía siempre sus cuentos en clase; dio un verdadero golpe como Julieta en las representaciones de los primeros cursos, y cuando el club dramático escribió su propia pieza musical en el último año de estudios fue la estrella. Hubieran hecho cualquier cosa por ella en el departamento de inglés. Sabía que podría obtener una beca; pero su madre dijo que no y el padre no se atrevió a contradecirla. Había dicho su madre: «Elsa debe trabajar», y entonces se las arregló para conseguir trabajo, precisamente esa clase de trabajo que más podía enloquecer a su madre: bailar en San Luis, en la Sala de Plata.

Aborrecía la Sala de Plata, pero más aborrecía su casa.

Calló cuando el mozo se llevó las cortezas de papayas.

—Para mí no fue tan malo ese período de mi vida —comenzó a decir Ro, apresuradamente.

Todas esas reminiscencias le hicieron sentir la necesidad de hablar de sí mismo. Su vida se le apareció claramente como un camino que se contempla desde la ventanilla de un automóvil.

—Me gané la vida durante mis estudios; trabajé afanosamente. Pero la gente de mi pueblo estuvo pronta para ayudar a un muchacho laborioso. Tuve buenas oportunidades. Oh, Señor, cuántos vaivenes —se oyó decir—. Los últimos cinco años han sido horribles.

Sintió que la desdicha lo dominaba.

Todo había sido horrible, le interrumpió ella. Volvía a lo suyo. El único que le

había dado una oportunidad, declaró de prisa, fue Rube Mothershead, que dirigía la Sala de Plata. Tal vez le hubieran podido llamar un viejo alcahuete; pero a ella, por cierto, la trató muy bien. Era de Milwaukee y todavía solía leer los diarios locales. Había leído el comentario de su espléndido desempeño en la representación del Drat Club, de modo que cuando ella fue a verle se mostró dichoso. La acomodó en el departamento de su mujer divorciada. La trató como un padre; honestamente, no era mala persona. Era un especialista en abrir campo a las muchachas; quería casarla, por lo menos, con un millonario.

Casi quedó destrozado el corazón de Rube cuando se casó con Al...

... Elsa se entusiasma con su relato. Brillan sus ojos. Parece regocijarse con el daño que ha hecho. Calla súbitamente cuando aparece el mozo. Tiene abierta la boca, pero no sale un sonido.

Jadeando, resoplando, el mozo deposita una ancha bandeja de metal repleta de patas rojas y negras de jaibas, rodeadas de mayonesa y hojas de lechuga. De las jaibas sube una fría vaharada de arrecifes de coral, de yodo de las rocas profundas y de tajadas de limón y de aceite.

—En mi opinión —comienza a decir Ro, con un movimiento preliminar de las manos—, las jaibas son de las mejores cosas que se pueden comer en este mundo.

—Esto es lo suficientemente bueno como para otro daiquiri —dice ella guiñándole un ojo al mozo, como una parroquiana habitual. Se siente dueña de sí.

Mientras engulle las jaibas no deja de hablar. Ro piensa que debe impedirle que hable con la boca llena...

... Al tocó en la Sala de Plata durante dos semanas y cuando se marchó, se fue con él. Era un promisorio director de orquesta, y ésta era propia. Todas las chicas enloquecían por él. Fueron como hermano y hermana, más que amantes. Él era pelirrojo, como ella. Algo más o menos incestuoso; y ella pensó siempre que eso fue lo malo. Él nunca tuvo una oportunidad de niño, lo mismo que ella. Hubiera podido ser un gran músico, si los suyos le hubieran permitido estudiar adecuadamente. Ambos se sentían rencorosos con todo el mundo.

Y eso les unió; y ella no pensó sino en abandonar la Sala de Plata. No deseaba malgastar sus noches meneándose ante un montón de comerciantes aburridos.

Se inclinó, masticando al hablar.

—Deseaba leer y escribir poesías, y ansiaba tener un hijo...

Fue una dura lección... Al no se comportó tan bien después de casado. Algo le hizo desentenderse de su trabajo, me imagino, y los empresarios le arrebataron a sus músicos y tuvo que volver a sus canturreos en la orquesta de otro tipo; y tuvimos que corretear en medio de la noche de un endiablado pueblecito del Oeste a otro, y yo encinta y con vómitos todas las mañanas. Manejaba muy ligero, como para asustarme. Eran unos demonios esos hombres, y la mayor parte del tiempo se

dopaban. Qué no podría escribir como mujer de un músico de baile. Al vivía de aspirinas y benzedrina. Yo no tenía veinte todavía. Si no hubiese sido un bribón, me habría cuidado más. Una noche destruyeron el auto cerca de Amarillo, Texas. Creí que iba a tener al chico ahí mismo. Fui a ver una doctora para que me examinara a la mañana siguiente. Dijo que físicamente me hallaba muy bien, pero que era un montón de nervios. ¿Sabes lo que hizo? Llamó a mi madre por teléfono desde su clínica y le comunicó que si no deseaba ver muerta a su hija me enviara dinero para volver a casa. Así lo hizo mi madre. Vinieron muchos sinsabores, porque a ella no le parecía bien todo eso; pero me cuidó hasta que nació Alma, y Al regresó mientras me encontraba aún en el hospital, diciendo que contribuiría y que tenía un contrato para todo el invierno en Chi, y que si deseaba irme con él. Lo seguí como un pelele.

Elsa había dejado de comer y de nuevo comenzó a fumar.

Ro bebe y la mira. Le gustaría que no fumara tanto. Había desistido de hablar de sí. Eso lo hará después, cuando vivan juntos. Ahora debe disfrutar del descanso en un país extranjero. Tiene que dejarse llevar por un río de daiquiris, satisfecho, y saborear las jaibas y el arroz y la mayonesa y los bollos y el pan fresco, mecido por la incesante cháchara en español de en torno. Dejarse llevar, eso es.

Se echa atrás en la silla y la contempla. Es una hermosísima muchacha. Aunque hable con la boca llena, es una hermosísima muchacha. No hay hombre en la sala que le quite los ojos de encima. Es espléndida.

Bebe a lentos sorbos el daiquiri que se ha prometido que sea el último. En el chorro de luz que viene de la calle fulgurante y se filtra por las oscuras hojas de las plantas de junto a las ventanas, entre espirales de humo de tabaco por encima de las mesas, deja vagar sus ojos, como un cubano lo haría deliberadamente, por sobre sus pechos y las líneas nítidas de sus labios malogradas por el lápiz, y alrededor de sus mejillas transparentes bajo los cabellos alborotados.

El mozo revolotea junto a ellos con la tradicional crema de queso y el pastel de guamas.

Ro se endereza y pide un cigarro.

... En casa era demasiado horrible, le dice ella. Apenas su madre la veía leyendo un libro encontraba para ella algún quehacer. Demonios, fue un descanso irse a Chicago con Al, a un lindo departamento, con una sirvienta para que durante ciertas horas atendiera a la chica. Debió haber sido feliz entonces, pero no lo fue. Alma comenzaba a andar ya por todas partes y estaban en camino los mellizos. Por cierto que no sabía que eran mellizos. Se hubiera tirado al lago, de haberlo sospechado. Las mañanas eran espantosas. Nunca fue una buena dueña de casa. Jamás se lo enseñó su madre. Cree que hubiera sido gastadora, pero Al nunca tenía un centavo después de pagarse.

Al se disgustó con los empresarios y terminó el contrato. Le costó, claro está, ir

con él a ver a Rube. Y ella, gorda como una casa con los mellizos. Rube fue lo más amable posible. Le dio a Al otro mes en San Luis. Cuando nacieron los mellizos, no pudo sentir lo mismo respecto a Al. Nada de mellizos en la familia. Al era un bribón.

—¿Qué tal un café? —le interrumpe Ro a la primera pausa.

Mueve la cabeza con un guiño.

—¿Y un B. y B.?

—Por cierto. Hoy es nuestro gran día.

«Déjate llevar —se dice a sí mismo—, no te atormentes por el dinero, ni por los artículos en las revistas, ni por el estado de la nación; haz lo que ella hace, déjate llevar».

—Fue Gov el que me acostumbró a los B. y B. —le dice. Hay cosas que le aprendí. Honestamente, Ro, hice cuanto se puede en el mundo por él. Le mira fijamente a los ojos. No fue culpa mía.

Ro se echa hacia atrás en la silla cuando enciende el cigarro. Se miran.

—Me gusta estar con un hombre maduro que fuma un cigarro —dice con voz ronca. Bien —agrega apresuradamente, temerosa de que vuelva a interrumpirle su historia—: Nos hubiéramos visto en apuros si no hubiera sido por Rube. Hasta terminó pagando el hospital cuando nacieron los mellizos, y por la muchacha después, y todo lo demás... Fueron tiempos difíciles. —Se soba la cara. Rube no pudo ser más comprensivo. Me decía continuamente que si dejaba de tener hijos podría ser una de las mujeres de más éxito de América. Hasta pensó que algo podía hacer con Al, pero luego se desilusionó, y cuando Al se fue a San Luis con ese contrato, Rube comenzó a traer al Gobernador Haines. Rube se interesaba por Gov porque era de Milwaukee y tenía gran éxito, aunque se hallaba inquieto por su vida sexual... Había tenido ciertos trastornos nerviosos. Rube creía que necesitaba una linda muchacha. Yo había conocido a Gov, un poquito, en la escuela, aunque nunca tuve nada que ver con él o cosa parecida. Era de esos muchachos que me dejaban fría, para decir la verdad. Todo lo que entonces me interesaba era nada más que escribir una novela; pero claro está que los chicos no me dejaban tiempo.

Encendió otro cigarrillo.

—Apuesto a que ahora han convertido en un infierno la vida de mi madre. —Rio. Tal vez la hagan pagar algunas de las cosas que me hizo a mí.

Dejó su cigarrillo al borde del plato y bebió un sorbo.

—Lo que pensaba —dijo lentamente, mirando al techo a través de una bocanada de humo— era llegar a ser una de las chicas de Orpen Molloy.

Ro se incorporó, levantó el cigarrillo depositado sobre la crema de queso, y se lo puso entre los dedos.

—Conocí bien a una —dijo Ro. Terminó en un sanatorio.

—Acaso yo hubiera terminado también en uno... Háblame de ella. Claro está que

cambiaron las cosas y en lugar de escribir una novela me convertí en la novia de Gov Haines. Esperamos hasta que yo obtuviera mi divorcio con Al, por supuesto.

Tomó la copa vacía y la hizo dar vueltas, pensativamente, sobre el mantel. Ro llamó al mozo. Ella le sonrió, satisfecha.

—Ahora me callo. Creo que algo me estabas contando.

—La vida de cualquiera —comenzó a decir— es pura cerveza y juego de bolos... Sospecho que tuve éxito de muy joven. Es una enfermedad americana. Por eso siento cierta simpatía por tu amigo Gov. Pudo llegar a ser un gran muchacho.

—No lo conoces... Claro está que fue una sorpresa el encontrarme con que el muchachito de cara de pájaro que conocí en la escuela salió del ejército convertido en una pila eléctrica.

—Su éxito fue fenomenal —y Ro advirtió una pizca de envidia en sus palabras. Debe de haber engatusado a un montón de texanos.

—¿Y qué prueba eso?

—Eso le puede permitir a un hombre redondearse una fortuna antes de llegar a los treinta.

—Poco le importa a una muchacha una cosa semejante si el tipo es un infeliz —repuso ella. Alargados los labios, pareció estudiar la cara de Ro a través del líquido ambarino de su vaso de brandy.

—Tal vez tenía una pequeña apariencia de incapaz —admitió Ro, riendo torpemente. Le molestaba la mirada dura de ella. Recordó nuevamente al hombrecillo de anchos ojos parpadeantes. En realidad, no tuvo ocasión de tratarle; pero su cara se me ha quedado en la memoria. Supongo que era algo aburrido, pero me dejó la impresión de que me hubiera gustado oír lo que pudo tal vez decirme..., alguna cosa, al menos.

Ella no le escuchaba.

Para entretenerla, Ro comenzó a decirle cuánta prisa llevaba esa tarde en que la vio por primera vez en el hotel, porque tenía, en el Nacional, una cita con Mortimer Price. Mortimer tenía que contarle algo.

—Y Mortimer —añade Ro, riendo— siempre se disgustaba cuando no se hablaba de él en los periódicos. Mortimer se estaba convirtiendo, en Washington, en el principal especialista en los asuntos del Caribe. Nunca pude saber por qué —Ro frunce el ceño. Ya sabes que nunca pudo aprender español. Lo poco que aprendió fue lo que le enseñamos George Elbert y yo.

Ro se advierte riendo chillonamente como una colegiala.

Elsa ha echado atrás la cabeza y abierto la boca. Sus ojos toman esa curiosa mirada redonda y brillante que a él le place tanto.

—Imagínate lo que es haber vivido con celebridades toda tu vida. Fuera del país a los veinte y poco más —recita. Corresponsal de guerra en cualquier frente..., íntimo amigo del gran Roger Thurloe. Conocido de Mortimer Price y George Elbert Warner y los Molloy. El señor Price contó divertidísimas historias acerca de los Thurloe esa

noche que lo encontramos en este restaurante... No parecía impresionado en absoluto por el muchacho, aunque estuviera muerto ya, y decía que su mujer era algo extraña. Me hubiera gustado quedarme ahí. ¿No crees que yo hubiera sido una espléndida secretaria para un hombre famoso?

A Ro no le gusta la manera con que dice la palabra «famoso»; pero de todos modos ríe.

—Trata de serlo, por triplicado —le dice en voz alta.

Ríen ambos a un tiempo. Comer, beber, divertirse, se dice Ro, es lo que les aproxima.

Pide la cuenta.

—Qué te parece si damos una vuelta por la ciudad; hace tanto tiempo que no me siento tan libre.

Calcula la cuenta más cuidadosamente que otras veces, a causa de todos esos daiquiris. El total parece correcto. Harto caro, pero qué diablos, piensa, mientras amontona billetes en la bandejita de plata del mozo. Un buen artículo puede poner las cosas en su lugar. En Nueva York se sentía demasiado desalentado para escribir. Un sinsabor tras otro.

Eso se llama aventura. Eso lo hará reaccionar. Un hombre necesita sentir que se halla en el timón de su destino.

—¿No estaban buenas las jaibas? —dice evocadoramente mientras la toma del brazo. Tiene un poquito de miedo de verla tambalear.

—Las jaibas enfermaban terriblemente a Gov —ríe dice maliciosamente al oído. Todo lo que comía le enfermaba... Claro está que le estoy agradecida por haberme traído aquí y por haberme comprado todos esos lindos vestidos y haberme presentado a Joe Herkimer, tú debes conocerlo: el atleta famoso. Ahora se ha retirado; y al pintor subjetivista Pinillo, y... —aquietta la voz— a Paco Cortés.

Se paran en la puerta y sienten el calor como de horno del sol de la tarde en sus rostros, desentendiéndose del vocerío de los lustrabotas y de los choferes de en torno.

—Vamos a verlos.

Mantiene la mano sobre su muñeca y le habla rápidamente:

—Le escribí a Joe que venía... No tiene nada que ver con Paco... Paco no es de su grupo. A Paco lo iremos a ver esta noche para la rumba. Puedes hablar español con él y pedirle que te hable de las comparsas...

—¿En el carnaval?

—Claro está —le aprieta la muñeca. Le mira con ojos brillantes. Hay cosas de esta ciudad que todavía no conoces.

—Creí que no había nada. En Río, ahora...

—Es cosa que yo sé, en cambio. Ésta es la ocasión. Los domingos en la noche en Lent. Gov me decía que le aburrían... Tomemos ese auto...

Cuando cruza la calzada tiene que pararse de repente para rehuir a un negrito de cabeza rapada que le agita bajo la nariz un montón de boletos de lotería. Ro corre

detrás. Los zapatos de lona se le han salido de los pies. Ro los coge entre las risas de los lustrabotas y los haraganes.

La portezuela de un coche azul de turismo se ha abierto, esperándoles, y ahí está, sonriendo, un hombrecillo de cara amarilla y con casaca de cuero. Elsa se deja caer en el asiento y toma los zapatos. Antes de ponérselos, le muestra a Ro la marca negra de las suelas sobre su pie desnudo. Ríe.

—Creo que tendremos que ir a la playa —dice. Tendré que comprarme un traje de baño —murmura bajito, cuando parte el automóvil... Y su mano vuelve a presionarle la muñeca. Dile que vaya despacio —le dice con vocecilla amedrentada. Esta mañana, el hombre manejó muy rápido. Desde lo que me ocurrió en Amarillo me atemoriza la rapidez.

—Antes, tendremos que comprarte un buen par de zapatos —le dice Ro a Elsa.

El muslo que ha presionado el de Ro en cuanto éste ha subido junto a ella se aparta un poco.

—Un traje de baño —murmura.

—A «La Primavera» —le dice Ro con voz firme al chófer. Y vaya lento.

Es una tarde caliente. Las calles atruenan con el tránsito. Yo no siento como que es él quien va sentado junto a la muchacha en el coche limpiísimo de La Habana. La pierna del hombre que toca la de la mujer no le parece suya, como tampoco la mano que sostiene la mano angosta de ella. Su verdadero «yo» se halla lejos, años atrás, antes de todos los asuntos de Washington, antes de la muerte de Grace...

... Fue en el otoño cuando arrendamos la casita de *Miss Nanny* en una callejuela de Alexandría. *Miss Nanny Carter*. Cyarter, decía ella. Grace la halló simpática. Grace decía que *Miss Nanny* la hacía pensar en una de esas flores secas que suelen encontrarse en un viejo álbum de familia. Debió ser un álbum de la familia Lee. Fue Grace la que arrendó la casa. Yo no pude dejar de sentirme un poco molesto cuando vi metida en casa a *Miss Nanny*. Le había oído rezongar algo así como que deseaba mantener un cuarto para guardar todas las viejas cosas de la familia; pero no me esperé ver a *Miss Nanny* guardada con ellas. Supuso que tenía una entrada aparte; pero hacía sus repentinas apariciones en la parte de la casa que nos correspondía. A Grace le gustaba decir que pasaba por entre los muros como el ectoplasma. Los niños estaban en casa ese año. Nos habíamos averiguado para tenerlos en la Escuela Episcopal. Once y trece. Naturalmente, en cuanto uno de ellos se ponía a examinar una silla antigua o una mesa, caía una pata, y aparecía inmediatamente *Miss Nanny* con su cara de pesadumbre rezongando entre sus encías por los viejos muebles de los Cyarter, o los Ludwell, o los Lee. Lo primero que nos confesó fue que no podía soportar su dentadura postiza. La reparación de los viejos muebles de familia de *Miss Nanny* nos tomó la temporada entera, y terminamos por contribuir en la compra de una dentadura nueva. *Miss Nanny* se mostraba tan desconsolada cuando se descomponían las cañerías, que no nos atrevíamos a sugerirle que al dueño de casa correspondía arreglarlas. Grace decía que fue George Washington el que instaló las cañerías de *Miss Nanny*.

Los trastornos de *Miss Nanny*, las continuas lluvias de hollín en el patio y la llegada de los niños del colegio tejieron, para Grace y para mí un telón de fondo desagradable en ese año de nerviosidad pública.

A causa de *Miss Nanny* pudimos conocer realmente a los Thurloe. La pobre mujer no contaba con un céntimo y vendía su casa; pero pedía por ella un precio tan enorme que nadie podía comprarla. Una tarde de octubre, en el agradable otoño de Virginia, estábamos sentados en el jardín de *Miss Nanny*, entre los crisantemos, mientras los niños hacían sus tareas en el vestíbulo. Era en el otoño siguiente a la caída de Francia y Dunkerque y los bombardeos de Londres. Los diarios estaban repletos con la

campaña Wilkie-Roosevelt. Iba a contarle a Grace la noticia de que había firmado un contrato con «Park-man's Magazine» por algunos artículos sobre Inglaterra durante los bombardeos, cuando repentinamente aparecieron en la verja Roger y Alicia Thurloe. Roger se encontraba ya en un alto cargo administrativo y acababa de ser nombrado en un nuevo puesto con rango ministerial. Comprendían que permanecerían en Washington durante el resto de la guerra y buscaban una casa. No les habíamos visto desde los días de Key West y tardamos un minuto en advertir quiénes eran. Nos reímos todos acerca de cuán dispuestos estaban a comprar la casa hallándonos nosotros en ella.

Roger y Grace volvieron a simpatizar de inmediato. Grace se veía admirablemente linda esa tarde, aunque tenía la nariz manchada de hollín. Usaba un amplio traje de verano, de punto, que nadie hubiera podido llevar. Entramos, para evitar la lluvia de hollín, e invitamos con una copa a los Thurloe, en espera de *Miss Nanny*. En realidad, Alicia bebió bastante e insistió en lo divertido que era encontrarse con algo imprevisto. Hacía seis meses que no habían tenido una tarde libre. Esta vez, casualmente, *Miss Nanny* no estaba, cosa que nunca sucedía. Los Thurloe lo pasaron tan bien que cuando Grace les invitó a comer aceptaron gustosos.

Fue una tarde agradable. Roger les habló a los niños sobre las tareas, sobre el fútbol y sobre el rechazazo que tenía Babe Ruth, de modo que le encontraron encantador. Grace le escuchó sin perder palabra. Cuando se trató de que yo iría a Inglaterra por seis u ocho, semanas, se sintió interesadísimo. Deseó un informe privado acerca de cómo resistían los ingleses. «A la larga, siempre son los civiles los que ganan la guerra». Estaba tratando de que Mortimer Price hiciera un viaje; pero Mortimer no parecía muy dispuesto. Me sentí intrigado porque había almorzado con Mortimer ese mismo día y no me había dicho una palabra acerca de un viaje a Inglaterra. «De todas maneras, Mortimer nunca informará sino de acuerdo con el parecer oficial» —dijo Roger. «Y yo deseo saber cómo se ve la cosa por fuera». A Roger no le desagradaba Mortimer, pero lo conocía bien... Los lados flacos de Mortimer constituyeron entre nosotros un motivo para reír un poco... Así, pues, gracias a *Miss Nanny*, me encontré con una misión privada de la Administración, además de mis obligaciones para con el magazine.

Mortimer cayó desagradablemente de las nubes cuando supo que Roger y yo nos tratábamos como amigos, por el nombre. Ciertamente que en Washington todos se trataban por el nombre de pila, al menos en la ausencia, de modo que eso nada importaba. Pero Mortimer se había acostumbrado a considerar a Roger Thurloe como propiedad personal, como su instrumento privado dentro de la Administración. Supe después que, a pesar de ser por esos días muy buenos amigos, Mortimer se las había averiguado para mantenernos a Grace y a mí lejos de los Thurloe.

Nunca se acostumbró a la idea de que estuviéramos más cerca que él de los Thurloe. Demasiado cerca. Si no hubiese sido por Roger Thurloe, por el tenso, brillante, trágico, maravilloso y desgraciado Roger, todo habría podido ser diferente.

Cuando Mortimer supo que yo iba a Inglaterra por encargo de Roger Thurloe, Mortimer hubiera querido matarlo.

Por cierto que se vio obligado a dominar sus nervios para ese viaje. No creí que lo haría, realmente, hasta que me lo encontré a bordo del Clipper en Miami. Nos hallamos sentados ante un whisky con soda en el Clipper, a diez mil pies de altura, enfurruñado Mortimer mientras me comunicaba, en voz baja, que llevaba consigo un seguro de vida por 75 000 dólares, y que no pensaba volver vivo de Inglaterra a causa de esos bombardeos que cada día eran peores.

Nunca olvidaré la cara de infantil alegría en que se convirtió el largo rostro como de linterna de Mortimer cuando el camarero nos dijo que nos detendríamos en las Bermudas para arreglar un tubo de combustible descompuesto. Fue un maravilloso descanso. Como llegar al paraíso cuando se espera ir al infierno. Pero yo pensaba cuánto más estupendo hubiera sido aquello si Grace estuviera conmigo en vez de Mortimer. Disfrutamos allí de veinticuatro horas: la quietud del vacío hotel inglés; Mortimer y yo desacostumbradamente altos, flacos, desgarrados, con una panza incipiente; yo colorín y Mortimer moreno, sumergiéndonos y nadando como dos colegiales en el agua de seda azul, frente al muelle del hotel; y las lindas muchachas inglesas, de maliciosas sonrisas, que nos llevaban a navegar después del almuerzo entre las islas. Pensé que por todo el imperio resultaba agradable ser americano. Esas muchachas nos hicieron sentir, precisamente, que ser americanos era algo divino.

La travesía fue deliciosa: cenas alegres, whisky con soda a ras del sol, sobre las nubes de alabastro; la vista del nuboso Pico; y el mar índigo entre las Azores verdes.

Cuando finalmente el Clipper se posó, sin una sacudida, en el extenso Tajo y alargué el cuello para atisbar por la ventanilla las numerosas colinas de Lisboa y las cúpulas y las fachadas oscuras y barrocas con sus pesadas techumbres de tejas amarillas, advertí que Mortimer estaba realmente alarmado.

Había empezado a contarme quejumbrosamente cómo un hombre debía emplear lo más convenientemente posible los últimos días de su vida. Bebimos muchísimo vino en la comida, esa noche, en Lisboa. Después de comer, Mortimer me dijo que no pensaba acostarse, de manera que nos pasamos la noche jugando desesperadamente con depreciados escudos en el casino de Cascaes. Mortimer no cesó de lamentarse. «Ésta es una suerte maldita», se quejaba, mientras se metía en el bolsillo unos sucios billetes.

Ambos nos moríamos de sueño, camino de Coimbra, esa mañana. Yo nunca me preocupé excesivamente de mi pellejo; pero el terror de Mortimer era contagioso. Por cierto que me helé entero cuando subimos al avión holandés para dirigirnos a Inglaterra. El suizo de cara pálida y cuadrada, tras el escritorio del hotel, nos había estado susurrando que los nazis habían derribado uno de esos mismos aviones holandeses, en la bahía de Vizcaya, la semana anterior. Meneaba la cabeza con asombro: «Llevaba personajes muy importantes», decía.

Era la primera vez que oía yo eso de V. I. Ps. Tales palabras «very important

personajes» (personajes muy importantes) fortalecieron a Mortimer. Cuadró los hombros y las mandíbulas como diciendo: «Soy yo».

Y Mortimer cambió por completo.

Yo pensaba, mientras me arrellanaba en mi asiento, que ésa era la primera vez en mi vida que comprendía el significado literal de la frase «helarse entero». Ni los tranquilos ojos azules ni la vigorosa apariencia de los jóvenes holandeses que tripulaban el avión me aquietaron. Mis manos y mis pies eran de hielo durante el viaje a Bristol; pero Mortimer parecía sereno.

Fue la primera vez que comprendí cuán vanidoso era Mortimer. Nada le importaba morir ahora con tal de morir como un V. I. P. ¡Oh Señor, la displicencia de Mortimer con el hombre del guardapolvo del Foreign Office que nos recibió en el aeropuerto, cuando éste resultó ser un lector de mis artículos! En lugar de preocuparse de Mortimer se dedicó a interrogarme ávidamente acerca de lo que llamaba la ciencia del reportaje, durante, todo el trayecto a Londres, en el trencito que tenía, a mi parecer, una apariencia siniestra, como tren de un cuento de Conan Doyle.

Mientras íbamos en el compartimiento reservado, a través del verde espinaca de los campos ingleses, en el crepúsculo lluvioso, nuestros ojos acechaban ansiosos las primeras señales de las destrucciones provocadas por la guerra, sentí a Mortimer resoplando de importancia, junto a mi asiento. Por fin, no pudo soportar Mortimer las disquisiciones del hombre del Foreign Office acerca del genio americano para el reportaje, y dejó caer una frase que comenzaba así: «En el preciso momento en que salía yo del gabinete del Presidente...».

—Oh, sí —interrumpió blandamente el hombre del Foreign Office—, nosotros no hablamos nunca de tales cosas.

Mortimer se desquitó cuando llegamos a Londres y fue conducido a Dorchester en un automóvil del gobierno, porque su misión era semioficial, en tanto se me dejaba en la obscura luz azul de la estación, para que descubriera, solo, mi camino hacia el Savoy, en medio de la ciudad en penumbras.

La poesía del obscurecimiento de Londres. La belleza de las calles negras y atestadas por donde se había de ir, alertos los sentidos por el conocimiento de que una tonelada de ladrillos podía caerle a uno en la cabeza en cualquier instante. Las lucecillas azules del tránsito. Cómo brillaban los rostros cuando se encendía un fósforo.

Curioso es que no estuviera nunca, realmente, en un raid aéreo. Viajé por toda Inglaterra sin ver uno solo, aunque bloques de casas ardían aún en Bristol cuando allí estuve, y cuando me encontré en Great Yarmouth el «blitz» había sido la noche anterior.

Heroísmo. No comprendí tal palabra ni siquiera en Francia, en la guerra anterior, pero sí cuando estuve en Inglaterra. Esos británicos regordetes y serenos. Defensa Civil: su seguridad impasible cuando acudían a sus quehaceres.

Ese coloradote guarda-incendios en el pueblecito junto al mar, que era vendedor

de periódicos en su vida privada. Lo encontré encogido en la parte trasera de su casita. Ésta había sido hecha pedazos —me lo dijo— el día antes, durante el «blitz». Su mujer venía caminando a gatas entre ladrillos rotos, desde los profundos escombros, disculpándose por parecerse a un limpiachimeneas. Llevaba entre las manos un patito sucio, pero sano y salvo.

—Nos gusta para la Navidad —explicó el vendedor de periódicos.

Luego se disculpó, y después de murmurar que no recordaba desde cuándo no dormía verdaderamente, se alejó a cumplir sus quehaceres de vigilancia nocturna.

Y ese absurdo curita de la iglesia de la Reina Ana, en el East End. De la iglesia no quedaban sino cuatro murallas negras y un rincón del campanario. Se afanaba entre las ruinas para reunir a las esposas y los hijos de sus feligreses que debían salir de la región hacia mejores refugios, en algunos omnibuses, y sus palabras y sus gestos eran exactamente los mismos de tiempos de paz, para algún picnic dominguero de los escolares. Revisaba hasta los biberones. «¿Está segura de contar ya con todos sus sandwiches, señora Grigg?».

Y el director de cine y sus amigos de Mayfair, que arrastraban un carrito durante millas a través de las calles destrozadas, para llevar té caliente y sandwiches a algunas familias afectadas por los bombardeos en Tottenham Court Road, y desamparadas; entretanto, serenamente, señalábase el claro-oscuro de las ruinas por el camino.

Y el muchacho del mercado de Covent Garden que se jactaba en su jerga nasal de haber apagado una bomba incendiaria con una bolsa de repollos.

Y esos hombres llenos de tizne, con sus baldes, esperando las bombas en el techo de San Pablo.

Y las manos entumecidas y los pies húmedos dentro de las botas empapadas en medio de la llovizna de hollín, y, por todas partes, el olor a trapos quemados.

Y yo sentado ante mi pequeña máquina suiza de aluminio, entre las viejas cortinas de damasco del Savoy. El olor rancio, y yo siempre hambriento, porque lo único que se podía conseguir era un pedazo de tomate chamuscado y trocitos de tostadas húmedas; y fumando cigarrillos de paja, en busca de las palabras que hicieran sentir a los demás que también husmeaban, en el aire, la destrucción, y veían las ruinas humeantes de los grandes almacenes a lo largo del Támesis, y sentían el vacío de la ciudad despanzurrada más allá de San Pablo y el anacronismo de un árbol verde entre las chispas de ruinas recientes.

Aunque sabía que eso menguaría un poquito el efecto de los artículos que preparaba para el magazine, tuve que contárselo todo a Roger Thurloe, en casa de *Miss Nanny*, la noche de mi regreso. Apenas había tenido tiempo para darle a Grace un buen abrazo y saludar a los muchachos, y he aquí que me llamó por teléfono, preguntándome si no me molestaba su visita.

Vino solo. «No está bien», me dijo brevemente cuando le pregunté por Alicia. Estaba pálido y como abandonado.

Me interrogó interminablemente. Estaba ansioso de detalles. Me hizo repetir cuanto había sucedido desde el momento en que bajé del avión holandés en ese aeropuerto del oeste de Inglaterra, cuyo nombre nadie podía decir. Se encantó con el pato y el vendedor de periódicos de Great Yarmouth, y con el muchachito que apagó una bomba incendiaria con una bolsa de repollos, lo mismo que con el director de cine y su carrito; pero lo que más le gustó fue mi encuentro con H. G. Wells.

Se le salían los ojos cuando le conté que había visto a H. G. Wells. Roger había admirado locamente a Wells en su infancia. Lo mismo que yo, le dije. Se le iba el aliento mientras yo le describía las tres veces que había visto al grande y viejo novelista. No era fácil de contar, porque poco había que decir. La primera vez que lo vi fue casualmente. Había estado hablando —un divertido y malicioso discurso— en una reunión de cierto centro literario. No había habido nada particularmente interesante. Pero les advertí a Roger y a Grace —hacía rato que los niños estaban acostados— que el hecho de que una bomba pudiera caer en cualquier momento en el techo daba cierta dignidad a la reunión más trivial. Me di cuenta de que el viejo Wells apreciaba la ironía de la situación. Era una especie de aprendiz de brujo, sobreviviente en una fantasía industrial que había ayudado a construir. La Batalla de Gran Bretaña era algo que perfectamente hubiera podido escribir en los días en que las máquinas voladoras eran una noción risible en la mente de unos pocos y excéntricos inventores. Ahora poseía la amable irresponsabilidad de su edad extremada. Ahí estaba bromeando, con los párpados hinchados y soñolientos caídos sobre sus brillantes ojos de reptil, como un buen lagarto en medio de un racimo de moscas zumbadoras.

La vez siguiente fue en una reunión de lo que llamaban Institución Británica. Era un foro sobre la iluminación. Los oradores eran maravillosos. No retuve sus nombres. Todos eran viejísimos. El antiguo teatro de conferencias estaba tan repleto que no pude encontrar asiento. No hubiese ido si no me invita mi amigo, el director de cine que filmaba la reunión y que me permitió quedarme junto a la cámara, que movía entre las rojas cortinas que cerraban el pasillo. Miraba yo la luz rayada que venía de las altas ventanas georgianas hacia una platea tapizada de rojo, e imaginaba que podía descubrir allí los perfiles de Darwin, Walle, Huxley y todas las grandes figuras desaparecidas de la ciencia británica del siglo XIX, cuando advertí que el hombre alto que se hallaba entre las cortinas, a mi lado, era Wells. Sonrió, nos dimos las manos y me pidió que comiera con él. Después se deslizó rápida y gallardamente por el pasillo y fue a sentarse en un asiento vacío de la tribuna.

—Eso no me hubiera sucedido nunca a mí —comentó Thurloe, amargamente. Cuando un hombre tiene un cargo público, ya nunca le sucede, ni por casualidad, algo agradable. Tiene que convertirse en un muñeco de cera.

—Y eso les agrada —dijo Grace con aguda risilla.

Les conté lo que significaba hallarse fuera del Savoy, en la tarde que comí con Wells, al comienzo de uno de esos largos crepúsculos ingleses.

En plena guerra, cerca del frente, venían esas calmas que le hacían sentir a uno la más intensa paz. Londres fue un frente de guerra ese verano; y esa tarde se sentía una de esas calmas como de otro mundo, de una ciudad sitiada, cuando callan los cañones. Lo mismo había sentido yo en Madrid. Cuando salí del subterráneo en Baker Street —una Baker Street de Sherlock Holmes—, sentí nuevamente que estaba viviendo uno de esos relatos de Wells que acostumbraba leer en el desván cuando era muchacho. No estaba obscuro todavía, pero en la estación subterránea se amontonaba la gente bajo los túneles con sus frazadas y colchones. Algunos llevaban sus catres y sus termos. Había familias enteras, parejas, solteronas. Todos parecían polvorientos. Cada cual parecía conocer el sitio que le correspondía. Todos se las arreglaban perfectamente con esa divertida apariencia rutinaria que los británicos saben encontrar en todas partes. Eso muestra su tipo especial de heroísmo.

Cuando salí a la calle, ésta era como Wells la habría descrito. Poseía un maravilloso don para describir los hechos. El monótono fastidio de un Londres vacío. Ni un alma. Ni un sonido de tránsito. Unas pocas golondrinas soñolientas piando.

Nadie a quien preguntarle el camino. Tenía que valerme de un mapa para encontrar ja casa. Se hallaba ésta en uno de esos magníficos centros llenos de columnatas que el Bello Nash estimuló para los ricos y poderosos de su tiempo, alrededor de Regent's Park. Las casas que fueran dañadas yacían como abandonados telones de escenario. Las verjas de hierro forjado y las grandes entradas, naturalmente, estaban hechas pedazos. Por fin conseguí encontrar el número. Cuando llamé, me quedé un rato contemplando el cielo de bellorita y alhucema. Una noche perfecta para una incursión aérea.

En esas tardes, en Londres, apenas dejaba uno de hacer algo se ponía a escuchar el sonido de los motores.

Wells vino a abrir personalmente. Estaba solo en casa. Quien se ocupara de él ya se había ido, seguramente, a la estación subterránea.

La soledad de los viejos.

Nos sentamos a una mesa de caoba en el vasto comedor Regencia y comimos perdices frías acompañadas con una botella de borgoña. No venía el menor sonido a través de las cortinas de obscurecimiento. Había una sensación de quietud, de gran vacío en torno, como si fuéramos los únicos sobrevivientes de un planeta devastado.

No me hallaba tan tranquilo como trataba de parecerlo. No dejaba de tender el oído, de vez en cuando, para advertir los primeros zumbidos de los aviones.

Wells parecía perfectamente a gusto mientras masticaba la perdiz y los panecillos, o bebía pequeños sorbos del borgoña. Ambos contábamos con un trozo de verdadera mantequilla, verdadera sorpresa en la Inglaterra de tiempos de guerra.

En tanto comía, hablaba con sosiego, metódicamente, comentando ese mundo que bien conocía y pronto tendría que abandonar.

Era, en esencia, un político. La civilización occidental había sido el amor de su vida. Acostumbraba pensar en ella como en el Progreso. Desde que trabajaba en su

«Esquema de la Historia», explicaba confusamente, había sentido ciertas dudas acerca del progreso; pero algo había habido, algo quedaba todavía. Los británicos, en sus mejores aspectos, lo habían tenido más que pueblo alguno. Los rusos contaban con algo; pero no con lo suficiente. Todo lo arruinaban con el barbarismo de sus métodos. Pero ahora, ¿quién la sostendría? La civilización terminaba. La batalla por el cielo inglés estaba ganada; pero era el último esfuerzo de Gran Bretaña ...

—Pero ¿qué decía? Dígame exactamente lo que decía. —Thurloe se había levantado, impaciente.

—Fue algo así como esto. —Yo luchaba por recordar. Si ustedes los americanos no logran encontrar la manera de sobrellevar el peso del imperio, estamos hundidos, todos estamos hundidos...

Relampagueaban los ojos de Thurloe. Apretó la mandíbula. Su cara adquirió una de esas cómicas determinaciones que a veces mostraba en sus fotografías.

—Tenemos que hacerlo —murmuró.

Con inesperado gesto de cariño, tomó mi mano con su izquierda y la de Grace con la derecha.

—Buenas noches, queridos amigos —dijo, y corrió hacia su automóvil.

—Me marchó, dijo el conejo, que estoy atrasado —murmuró riendo Grace cuando partió. Reía, pero tenía húmedos los ojos... —Es siempre tan amable —agregó como evocando algo...

En el cuarto piso de «La Primavera», como saliendo repentinamente de un estado hipnótico, Ro se encontró sentado en una silla de mimbre junto a un faro de cartón piedra. Miró, indiferente, una fila de maniqués cubiertos con traje de baño, entre salvavidas y listados quitasoles, sobre una plataforma azul iluminada por debajo con luz de neón. Está fumando un cigarro. Una gruesa vendedora con cara de gato y rizos pintados saca de una caja un traje de baño y lo extiende ante los ojos de Ro. «Un traje de baño para su linda hija», murmura en un inglés parisiense.

—Soy su madre —grita Elsa. La madre..., la mamá...

Imita notablemente la pronunciación española.

Todavía está dominada por los daiquiris del almuerzo. Lo están ambos. Canturreando «Siboney», Elsa se dirige a la sala de pruebas con el traje. Cuando vuelve, camina como una modelo profesional que exhibe el traje de baño ante el público.

Es la hora de la siesta. Son los únicos clientes. Unas vendedoras de ojos negros bostezan más allá. Huele intensamente a géneros, a tinturas, a perfumes, a cabellos chamuscados, desde la peluquería cercana. La luz eléctrica le parece oscurecida a Ro, después del brillo de fuera. Los daiquiris le zumban en los oídos. Tiene la impresión de hallarse sumido bajo ropa interior de mujer.

Ro advierte que Elsa está demostrando el efecto de los daiquiris más de lo conveniente, de modo que trata de sosegarla contándole algo. Le parece divertido. Se refiere a un hombre que conoció y que, precisamente, era propagandista de este departamento de la tienda. Fue en el invierno en que Grace estuvo enferma y se vinieron con los niños por varios meses. Sánchez Herrera era un desterrado sudamericano. El dictador de su país había expulsado a su familia y él se hallaba en La Habana con grandes ideas y poco dinero. Ganaba más o menos veinticinco dólares a la semana. El pobre Sánchez tenía la idea de que, a cualquier precio, debía conquistar algunas chicas americanas. Las cultivaba asiduamente. Muchas de ellas eran principiantes en la vida fácil o la amiga ocasional de algún periodista. Lo que querían eran noches alegres y color local. Se burlaban de él generalmente y no cedían. Lo hacían desesperar. Después de una de estas infortunadas aventuras, anunció que se mataría. Costó una tarde entera, una comida con pescado y un cuarto de ron para hacerle cambiar de ideas. «A Grace y a mí nos llamaba sus consejeros sentimentales».

—¿Y qué significa ese cuento? —preguntó Elsa cuando volvió con otro traje de baño. ¿Te propones ponerme en mi lugar?

—La historia nada significaba —dijo Ro riendo. La había recordado por hallarse en esa tienda, nada más.

—Joe Herkimer conoce al gerente —murmuró Elsa como soñando, mientras adoptaba diferentes posturas ante el espejo. Nos trajo acá con Gov. Gov quería comprarlo todo; pero no se lo permití... Pero más que un traje de baño necesito un radio portátil para llevar a la playa... No puedo vivir sin radio.

—Ahora estamos en el traje de baño —dijo Ro con firmeza. No le escuchó. Ro volvió a su historia.

La principal atracción de Sánchez para sus amigas, cuando le fallaban, era un primo que comía sombreros de paja. Juanito era un gordo ridículo que tenía esa costumbre. Había que darle muchísimo ron para que comenzara, pero de repente, ya avanzada la tarde, hacía trizas las alas del sombrero de paja de alguien, se ponía a mascarlas y en un santiamén desaparecían. Las chicas se encantaban. Generalmente caían en los brazos de Sánchez en lo mejor de la fiesta. Nadie pensaba en caer en los brazos de Juanito. Era demasiado repulsivo.

Elsa no le había escuchado.

—¿Qué te parece éste? —Se bamboleaba frente a él con un sostén y pantalones verdes, castañeteando los dedos y bailoteando el «Siboney».

—Llévalo —dijo Ro. Vámonos. Me sofoco aquí.

Envuelta en el humo del cigarro, la escena parece de pesadilla. Todavía está algo borracho con los daiquiris. ¡Eh, si pudiera impedir que le diera vueltas la cabeza! La vendedora con cara de gato desenaja los ojos y elogia el gusto del señor: exquisito. Se comporta como una dueña de burdel.

Cuando Elsa parte a ponerse el traje de calle, el jefe de sección comienza a modelar, en el aire, con las manos, algo así como un jarrón. Es un hombre repulsivo, cara de cera, con bigotes como cejas.

—El torso de un mármol en el museo —dice en español, y mira de soslayo, lascivamente, a la sala de pruebas.

El perfecto alcahuete, piensa Ro.

No le gusta como le miran los dos. Se les saltan los ojos. Trata de alejar la idea de que en lugar del traje de baño lo que al hombre importa es la muchacha.

El cigarro empieza a tener sabor áspero en su boca.

Procura serenarse estirando los músculos y echándose hacia atrás, con las manos aferradas a los brazos de la silla de mimbre. Trata de disfrutar de la idea de que es un viejo granuja que le compra trajes a su amante.

Dejarse llevar, déjate llevar, se murmura secretamente.

Los olores de la peluquería para señora le recuerdan una escena que, años antes, tuvo lugar ahí mismo ...

Había ido a «La Primavera» a buscar a Grace, que se lavaba la cabellera, para llevarla a almorzar con los Molloy y Mortimer y otra gente... Qué alegría nos daba en esos días comer juntos. En ese viaje comíamos siempre en «La Valenciana».

Cuando vuelve Elsa, vestida, Ro la toma de un brazo y empieza a narrarle bajito la nueva historia, mientras esperan que les envuelvan el traje de baño.

—Grace esperaba que se le secara el pelo y oía la historia de una mujer que, a su lado, estaba haciéndose la permanente. Era de esas mujeres a quienes se llama las rubias de Miami. El tal Joe se avenía con ellas por esos días. Grace y la rubia de Miami salieron juntas. Mientras esperaba, yo había estado observando a un viejo cubano de grandes bigotes blancos y un cigarro y un ramillete de rosas envuelto en papel transparente. Frotaba el suelo con la punta del pie. Impaciente. Por cierto que usaba polainas. Parecía personaje de una farsa francesa. Se le saltaron los ojos cuando vio a su rubia de Miami. Venía llorando. El pelo se le había puesto verde. Grace explicó después que era una clase de pelo teñido al que afectaba el calor; pero estaba verde. Grace contó graciosamente la historia y nos hizo reír a todos la semana entera. Claro está que Grace era una rubia natural.

Elsa no escucha. Mira la cara de Ro mientras canturrea «Siboney», meneando las caderas. Ro le pide que vea la gracia del cuento. «El viejo no sabía que su pelo era teñido, ¿te das cuenta? Se sentía burlado. Se le veía en la cara... Ella comenzó a chillar y él a gritar, llamando al gerente. Ambos a un tiempo. Parecía el dueto de una gran ópera».

Elsa le interrumpe:

—¿Tengo el pelo verde? —pregunta, acercándole la cara y poniendo los ojos duros como guijarros.

—No, indudablemente —tartamudea Ro.

—Entonces te mereces unos bigotazos blancos.

Vimos cada vez más a los Thurloe, pero sólo esa tarde en que tuvimos la noticia de Pearl Harbor, Grace y yo nos sentimos realmente dentro de su vida. En el verano, cuando Hitler embestía a los rusos, nos fuimos a Georgetown. *Miss Nanny* había encontrado por fin un comprador para su casa de Alejandría; pero ya Grace había decidido que nos marcháramos, a causa del hollín. Una tarde descubrió una casita de ladrillo en Dumbarton Avenue, con un balcón de hierro forjado bajo una enredadera. Mostraba el cartel de: «Se vende». Tenía una chimenea con manto de mármol y una terraza embaldosada bajo unas parras, en el patio interior. La compramos al día siguiente, aunque nos costó más de lo que disponíamos. Sólo cuando firmamos la escritura nos dimos cuenta de que estábamos en la misma manzana de la hermosa mansión, con cuartos artesonados y tragaluz de estilo federal sobre la puerta, en que los Thurloe se habían finalmente establecido durante su residencia en Washington.

Cuando conocimos la noticia de Pearl Harbor veníamos de Virginia, donde almorzamos con Mortimer y su nueva esposa. Gertrude Ann poseía una finca, caballos y una perrera repleta de perros boxer, a mitad de camino hacia Winchester. Era una viuda con varios hijos grandes. Bonita, tenía gris el cabello, usaba tacones bajos y lucía un aspecto de vida al aire libre. Debía de ser un poco mayor que Mortimer. En el trayecto a casa, decía Grace que Gertrude Ann manejaba a Mortimer como a un nuevo caballo de carrera con obstáculos. Trataba de mostrarlo como si con él fuera posible ganar buenos premios.

Almorzamos en un porche que daba a un jardín repleto de crecidos bojés. Era un agradable domingo de comienzos de invierno. En verdad, un almuerzo magnífico. Mortimer estaba tranquilo, gracioso, y nada hizo reaparecer en él esa rigidez oficial que acostumbraba. En realidad, estuvimos ahí dos horas sin mencionar la guerra, al Presidente, o los préstamos, o cualquiera de los tópicos habituales. Mortimer y yo conversábamos acerca de Thackeray y Dickens. Grace y Gertrude se entretenían en una amistosa charla femenina acerca de las heroínas de Jane Austen. Gertrude Ann sostenía que eran unas criaturas desprovistas de espina dorsal; Grace aseguraba que a ella le habían gustado, porque por todas partes se colaban como ratoncillos. Nos marchamos sintiendo que lo habíamos pasado muy bien y proponiéndonos ver más a menudo a los Mortimer.

En el trayecto a casa me detuve ante una farmacia en Falls Church para hacer una llamada por teléfono, y ahí estaba la noticia, brotando de una radio portátil colocada sobre el mesón. Yo sabía que algo por el estilo sucedería; pero no me hallaba preparado, sin duda, para la vergüenza lastimosa con que había sucedido. Creo que mi primer pensamiento fue: Gracias a Dios que los muchachos no son lo bastante grandes como para que se los lleven.

Cuando se lo conté a Grace, adivinó lo que yo había pensado:

—Los niños son muy jóvenes y tú eres demasiado viejo, Ro —me dijo.

No pude evitar el sentirme algo humillado por esto.

—Ya veremos —contesté de prisa, malhumorado.

—Todos vamos a tener harto trabajo. —Grace juntó los párpados, cansada. Ro, no me gusta esto —dijo con vocecilla penosa. Pero, al menos, no tenemos que decirlo esta noche. —Y luego estalló chillonamente—: ¡Malditos perros amarillos!

Oímos sonar el teléfono cuando nos detuvimos ante el arce de junto a la puerta. Grace corrió a contestar, mientras yo guardaba el coche.

—Es Roger. Habla con él. —Me dio una mirada de miedo mientras me pasaba el fono. La voz de Roger era severísima. Cortaba las palabras.

—Roland —me dijo—, ven a ver a Alicia. No podré estar en casa por dos a tres días. No tengo en quién confiar. Hace tiempo que no está bien, ¿comprendes?, no está bien de la cabeza. Hazla que se tranquilice. Procura que coma algo...

—Muy bien.

Oí su voz perfectamente calmada cuando se volvió hacia alguna secretaria:

—Estoy listo.

Encontramos abierta de par en par la puerta de la casa de los Thurloe. Nadie acudió a nuestra llamada. Nos costó un rato encontrar a Alicia. Llamábamos y llamábamos. Por fin la hallamos en un cuartito del tercer piso. Debía de ser una pieza de costura porque había allí uno de esos maniqués negros de alepín que usan las mujeres para poner los vestidos, arrimado en un rincón. El suelo estaba lleno de carretes de hilo, desparramados. Alicia estaba en bata. Su cabello oscuro, desordenado, y sus dedos se veían manchados con tinta; pero todavía conservaba su aspecto de dama de Gainsborough.

—Qué contenta estoy de que hayan venido por fin —dijo como si nos hubiera estado esperando largo tiempo. Se pasó la mano por la frente, fatigada. No sé qué me impide ordenar todo esto. Alargó la mano señalando distraídamente la pieza, en torno suyo. Comenzó a caminar a largos pasos entre una silla de mimbre repleta de vestidos, y un montón de cosas que había en un diván. Pateó los carretes con sus doradas zapatillas, al caminar. Tomemos un trago —dijo, indicándonos una botella de gin Gordon que había en la mesa. ¿No les gusta la marca? Yo siempre pensé que era buena.

No sabía yo qué decir o qué hacer; pero Grace lo allanó todo.

—Alicia —dijo— nosotros también tenemos gin Gordon... ¿Por qué no nos vamos a casa a beber una copa y a comer algo, para que después nos acostemos y podamos descansar como se debe? Me siento completamente abrumada con todas las decisiones que tendremos que tomar.

—Es el día libre de la cocinera. La mandé a casa porque me miraba mucho. —Frunció el ceño, llena de sospechas. No me miren así. ¿No les dijo Roger que vinieran para que me vigilaran?

—Mi querida amiga —dijo Grace—, estas tremendas noticias nos tienen a todos trastornados. No pensemos en nada más esta noche.

—Voy a cocinarles aquí. Ustedes no saben que tomé un curso en la Escuela de Cordon Bleu de París. Apuesto a que no lo sabían. —Y Alicia sacudió la cabeza.

—Pero si yo tengo una rica carne fría —dijo Grace. Lo único que tendría que hacer es una ensalada.

—La guerra. Nadie va a vestirse. —Súbitamente nos volvió la espalda Alicia y tomando un vestido verde nilo de uno de los montones. Prefiero tomar todo esto —dijo— y lanzarlo por la ventana.

—Alicia, te apuesto a que no puedes hacernos una buena sopa de ave —dijo Grace, con apreciable presencia de ánimo.

—Por cierto que puedo... Roland, anda abajo y haznos un cóctel. Encontrarás todo lo necesario en el repostero, detrás del comedor.

Esto fue una buena excusa para que tomara la botella de gin y bajara con ella la escalera. Había llegado a sentir un verdadero cariño y admiración por Alicia. Era una mujer extraña, delicada, de porte majestuoso, y nada tenía de mezquino. ¿Qué podía sucederle? Sin duda, había estado bebiendo; pero no estaba, exactamente, borracha. Traté de recordar el nombre de algún psiquiatra. Era la peor época para conseguir un médico. Cuando las dos mujeres bajaron, Alicia me sorprendió ante la guía telefónica en el vestíbulo. Grace había logrado asearla un poco. Se había puesto un vestido floreado verde. Parecía mucho menos trastornada.

—No, Roland —dijo perentoriamente. No quiero que nadie venga hoy. Roger puede llegar y deseo que no tenga la molestia de una visita. No le agradaría ver gente extraña... Roger me lo ha pedido. La seguimos por la escalera, hacia la cocina. Roger es demasiado serio —murmuró—, excesivamente celoso de su bienestar.

Ambas mujeres comenzaron a afanarse en la cocina, hurgando la heladera, buscando tarros de conservas en los anaqueles. Alicia se puso de rodillas con un montón de tazones entre los brazos, que sacó de un armario. Me miró agudamente:

—¿Y qué hay del cóctel, barman? Eres el peor barman que he conocido.

Traté de hacer los martinis muy suaves. Cuando me presenté con tres vasitos en una bandeja, Alicia tomó uno y lo probó.

—Agua sucia —gritó, vaciándolo en el lavaplatos. Haz otro, barman, —dijo en tono tan hiriente que a duras penas me contuve. Fuerte, con un poquito de limón —me gritó, mientras subía por la escalera en espiral que llevaba a la repostería.

Cuando volví con tres honrados cocteles, la cocina era un puro estruendo. Una cacerola con mantequilla ardía en el hornillo eléctrico. Alicia se había derramado harina en su vestido y en el suelo. La pobre Grace, que aunque odiaba los quehaceres domésticos era una buena cocinera, iba y venía limpiándolo todo. Grace se había sumido en un delantal demasiado grande para ella. Se veía tan divertida que no pude dejar de reír.

—Debe de haber un poco de estragón... No puedo dar un paso sin estragón —

decía Alicia con voz histéricamente alta. ¿Creen que esas condenadas sirvientas me habrán robado el estragón?

Los anaqueles estaban atestados de condimentos y de paquetes semiabiertos de hierbas secas. Por todas partes había cebollas. Se veía un enorme montón de perejil picado. Alicia blandía una batidora de huevos chorreada de huevo batido, mientras se paseaba por la cocina.

Grace, siempre mesurada bebedora, estaba tan excitada que se zampó de golpe el martini.

—Éste está mejor, Roland —dijo Alicia, condescendiente. Bueno como muestra. Ahora haz una coctelera llena.

No había modo de discutirle. Subí y demoré cuanto pude en la preparación del nuevo trago. Metí en la coctelera todo el hielo que cabía y eché, además, agua. Temía por Grace si tardábamos más ahí. Cuando subí la escalera con mi coctelera encontré a Alicia sentada a la mesa, fruncida la boca y enarcadas las cejas ante un libro de cocina francés. Grace se inclinaba sobre ella y cariñosamente le golpeaba un hombro, murmurándole con suavidad:

—Por favor, Alicia, no cocinemos más esta noche. —Tenía húmedos los ojos. Estoy tan cansada, Alicia, por favor. Quiero ir a acostarme.

En esos momentos se oyeron pasos arriba, en el vestíbulo. Se abrió la puerta del hall de abajo y entró Roger en la cocina. Parecía completamente tranquilo. Abrió bien la puerta. Tras él había un hombre que parecía médico, con un maletín negro, y una enfermera. Me acerqué, tratando de no demostrar cuán aliviado me sentía.

—Cuando su teléfono no contestó —dijo en voz baja— comprendí que usted y Grace estaban aquí. —Sonrió. No tengo para qué decirle cuánto se lo agradezco —murmuró de prisa. Aquí tenemos ya al doctor Glendinning y a *Miss Sargeant*... Yo subo a buscar un par de camisas y un cepillo de dientes y vuelvo a la oficina.

—¿Puedo hacer algo por usted?

Negó con la cabeza.

Alicia no pareció advertir que Roger había llegado.

Resultó que el doctor Glendinning era un verdadero «gourmet». Quiso saber cómo había sido el curso de cocina de Alicia. También se mostraba interesada *Miss Sargeant*. Alicia se dejó besar al darle las buenas noches como una muchachita muerta de sueño después de haber jugado mucho. Cuando salimos, ellos quedaron ayudándola a encontrar el estragón.

Roger nos siguió hasta la acera. Besó suavemente a Grace en la mejilla.

—Este beso es para los dos, mis queridos amigos —dijo.

Luego agregó en tono extrañamente ajeno al caso: —Va a ser interesantísimo ver lo que puede hacer nuestro pueblo cuando entre en el baile... Tal vez sea tiempo...

Fuimos a casa y nos bebimos un vaso de leche en la cocina antes de irnos a la cama. Estábamos muy cansados para comer. Dormimos bien. Siempre era tan agradable estar en cama con Grace, solos, en la casita de Dumbarton Avenue.

Elsa se ha deslizado hasta su asiento en el automóvil y acaricia, entre sus rodillas, la nueva radio portátil de cuero. Deja que Ro le coja la mano que yace, delgada, entre ambos, en el asiento. El chófer, contenida la sonrisa bajo el leve bigote de su cara amarilla como de ictérico, les hace dar vueltas lentamente por el Malecón. En mal inglés les describe los puntos interesantes, hablando a través de su sonrisa como bajo una máscara.

Los alisios han refrescado y salpican desde una ola que ha reventado de repente contra el muro de contención. Un olor a salmuera y a orina sube desde las rocas. Ro se siente soñoliento. Comienza a caer la tarde. Se incorpora cuando Elsa le señala el edificio de departamentos en que vive el pintor subjetivo Pinillo; pero es tarde para verle. Cuando llegan al monumento al Maine, Elsa comienza a decir que desearía beber más.

Ro manifiesta, entre bostezos, que beberán otro poco muy gustosamente después de darse una zambullida en el mar. Trata de distraer a Elsa mostrándole los setos de hibiscos, de rosas, y los balcones coronados de jazmines a través del Vedado: Ella insiste en que el paseo le da sed. En el puente de Almendares toma la iniciativa. Le golpea un hombro al chófer y le hace detenerse ante lo que parece un puestecillo de bebidas, con desvencijadas mesas pintadas bajo unas palmeras susurrantes.

—Apuesto a que Gov nunca te trajo aquí —ríe Ro.

—Gov nunca hizo nada —dice Elsa caprichosamente. Me gustaría mirar el río.

Por cierto que un riachuelo murmura bajo el sol a sus pies. Hay unos botes de motor anclados. Un barquichuelo amarra. Unos botes blancos yacen bajo los tablones del muelle. La brisa desmelenada el mar. Las ramas secas de las palmeras susurran contra el cielo.

Son los únicos parroquianos. Una radio trompetea desde el altavoz, en el mesón, a sus espaldas. El mozo raído que viene a limpiar la mesa con un paño sucio parece mirarles con curiosidad. Ro sorprende la sarcástica mirada que lanza, por encima de ellos, al chofer arrellanado en su asiento que eternamente sonríe ante el volante.

Para volver a algo interesante, Ro comienza a ordenar su historia acerca de cómo voló con Mortimer a Inglaterra en el pequeño avión holandés, durante los bombardeos.

Elsa se ha bebido rápidamente su primer whisky. Le interrumpe para pedir otro. Mientras sigue hablando, Ro se ve cómo el mozo y el chófer deben estarlo viendo: un hombre alto, de pelo gris, apergaminado, que conversa amablemente con una bella colorina. No saben que ella está verdaderamente interesada, piensa mientras habla: tiene una mente muy viva.

De nuevo le interrumpe:

—Me gusta beber en la tarde —dice con pensativa lentitud.

Se vuelve a mirar hacia donde ella, está mirando. Ven un bote a motor blanco, junto a un muellecito, bajo la fila de palmeras a través del río. Éste es de color azul muy claro, con franja de oro. Los botes son dorados en el sol oblicuo. Vuelan unas golondrinas. Miran las mismas cosas, piensan las mismas cosas.

—El tiempo y el espacio parecen detenidos —dice ella. Golpea un cigarrillo en el borde de la mesa. Sigue hablando de Inglaterra, Ro. Le mira fijamente, con uno de sus rápidos guiños. Me gusta oír recuerdos.

La radio zumba una rumba tan estrepitosamente que Ro no puede recordar qué ha comenzado a decir. Se levanta y va, enfurruñado, al mostrador. El mozo raído le da una mirada asustada con los negros ojillos.

—Corte eso —grita Ro. Luego agita un dólar bajo la nariz del hombre. Siquiera unos minutos —agrega en meloso español. Luego iremos a Marianao a darnos un baño.

Ahora puede oír de nuevo Ro, claramente, el susurro de las palmeras mientras sus largas ramas se mecen al viento. Se siente satisfecho por haber vencido a la radio y al mozo; se vuelve a Elsa y la mira autoritariamente. Los ojos de ella están repletos de admiración. Su pelo brilla como alambres de cobre. Las hojas metálicas de unas parras crujen débilmente, agitadas por la brisa. Ro se ha inclinado.

Elsa lo mira vagamente como si tratara de recordar acerca de qué estaban hablando.

—¿Me decías que te habías encontrado con George Bernard Shaw?

Ro siente que habla por hablar. La mira de frente con dureza.

—H. G. Wells quieres decir —le corrige.

Asiente, sumisa. Ahora le presta atención.

Mientras busca sus palabras, para que ella las entienda, mira las gotas de sol a través de las densas hojas de la parra. Rocían los cabellos de ella con chispas de cobre. Es una chica notablemente bonita, inteligente también; pero tiene que buscar las palabras para que le entienda. Desliza sus manos sobre las de ella, que se aferran al borde de la mesa desvencijada.

—H. G. Wells —repite— fue la gran admiración de mi vida. Cuando era niño acostumbraba leer sus historias entre un rimerero de revistas viejas que encontré en el desván de mi casa de Columbus. Mi padre enseñaba en la Universidad, ahí. Era una revista inglesa. Sabe Dios cómo estaba ahí. Solía subir por la escalera polvorienta con una vela, cuando ya se suponía que debía tener mi luz apagada. Mientras leía, manoseaba la cera caliente de la vela. La cera escuece bajo las uñas. Una vez casi me quemé el pelo. Me costó explicarle a mi familia por qué tenía el pelo chamuscado, durante el desayuno, en la mañana.

—Yo nunca lo leí —se queja Elsa. Nací demasiado tarde —añade con un suspiro.

De repente piensa en otra cosa:

—Cuando Gov se convirtió en un tipo insufrible, no pude soportarlo. Representé

con algunos amigos de Broadway, en Nueva York. Decían que yo no tenía para qué leer a Wells ni a Shaw. —Sus ojos brillan de malicia. Ríe. Decían que eran unos provincianos.

Ro alza la voz.

—Es muchísimo más fácil mostrarse lleno de superioridad, como los muchachos de Greenwich Village. Nuestra sociedad es provinciana. Wells se daba el trabajo de pensar. Adivinó la nueva tecnología, los nuevos sistemas sociales. Fue debido a su talento. Dio cosas fantásticas a la realidad provinciana. A mí me sugirió lo que tenía que hacer en el mundo..., cierta clase de periodismo.

Ro hace un amplio gesto con los brazos. No puede impedirlo. Se siente en una conferencia.

El gesto que ha hecho pone en el mozo raído la idea de que Ro ordena otra copa. Inmediatamente se inclina ante ellos, obsequioso, mete hielo en los vasos, y Elsa sonríe, aprobadora.

—Esa clase de periodismo —dice Ro— que se halla entre la historia y la profecía.

El mozo asiente como si entendiera lo que Ro está diciendo. Le cuesta quitarle el sello a la botella de Black and White. Elsa ha comenzado a jugar con los botones de su radio. Brota un trozo de canción. Se excusa ante Ro con una rápida mueca y la apaga.

Ya no recuerda Ro acerca de qué hablaba. Se levanta:

—Vámonos de este fregadero. Tenemos que ir a Marianao.

—La copa del estribo —susurra cariñosamente Elsa. ¡Salud!

Tiene que ayudarla a levantarse.

—Tengo tiesas las piernas. —Hace una mueca. Es esta silla dura.

—Señor —dice el mozo en español, mientras corre tras ellos con el vuelto. Los señores van a encontrar el agua muy fría a esta hora. Se encoge y sonríe, disculpándose de su audacia. Pueden resfriarse. Todavía es invierno. —Y sacude, friolento, la mano.

Ro se oye declamar en voz alta:

—Yo me baño en Marianao en cualquier estación.

El mozo raído sonríe y se inclina, mientras coge entre los dedos la propina.

Ro ayuda a Elsa a subir al asiento del auto azul de turismo, con minuciosa cortesía.

—A Marianao —le anuncia al chófer sonriente. Y rápido.

Elsa le pone el brazo en el hombro y se aprieta contra él. Arrima la cabeza a su cuello y musita:

—No, Ro, por favor, no muy rápido...

—Lentamente —dice Ro al chófer con voz severa. Mientras avanzan, reanuda el hilo de su cuento.

Habla de su conversación con Roger Thurloe, tres semanas después de Pearl Harbor...

... No habíamos visto a los Thurloe desde esa noche. Todo había sucedido con tal rapidez que ya no tenía cuenta de los días. Y una tarde, mientras Grace y yo nos paseábamos en bata de baño en nuestro pequeño estudio, discutiendo acerca de si debía quedarme en Washington informando sobre el esfuerzo de guerra para Parkman, o si debía enrolarme como todos mis amigos lo hacían, Roger apareció en el cuarto. Su apariencia era fresca, saludable, como si viniera de jugar al tenis o de tomar una ducha. Sus movimientos eran vivos y se disculpaba por no habernos llamado. Alicia estaba muy bien en el sanatorio. Había vuelto a sus pinturas. Le apenaba eso del sanatorio, pero tenía que elegir entre eso y su quehacer. Precisamente en esos instantes su trabajo era importantísimo. Su hijo Joe se había enrolado. Se preparaba en el campo de ejercicios de la Costa para los submarinos y se hallaba como en el agua el pez.

—Ro está preocupado porque no ha ido a enrolarse —dijo Grace. Usted sabe de qué se trata. Dígale lo que deber hacer.

—Siga haciendo lo que hace. Cuéntelo todo hasta donde pueda contarse, mientras van sucediendo las cosas. Los americanos necesitan observadores independientes, Ro. Tiemblo ante la propaganda que tendremos que cocinar. Vea mi caso... si no tengo a alguien para que todo lo aprecie desde afuera, me hallaré metido en mi propio enredo...

—¿No es lo que te estaba diciendo? —murmuró Grace.

—Deja hablar a Roger, hija. Viene apenas por un minuto.

—Se equivoca —dijo Roger. Vengo por un cuarto de hora. Y se arrellanó solemnemente en una silla.

—Bueno; tenía dos cosas que decirles al venir aquí; después callaré para oírles. Sé escuchar mejor de lo que creen —dijo Roger riendo. Lo primero es acerca de las fuerzas armadas. Vamos a ganar la guerra. Ahora veo claramente cosas que no se ven al principio..., pero en mi oficina me siento sorprendido a cada instante..., a veces, abrumado ante la evidencia del patriotismo impersonal de los militares y marinos viejos. Creí que lo encontraría en los civiles. Pero siempre han sido los civiles los que han hecho la guerra. El comando ha tenido que ir a los hombres entrenados para semejante tarea. Pero tendremos la dirección... Nos haremos de una inteligencia militar. Ésta es la segunda cosa. En mi oficina, todo lo sé a través de vías oficiales. Y necesito gente que, como usted y Grace, me informen sobre cómo ven todas las cosas los ciudadanos corrientes. Por eso deseo que usted no se meta dentro de un uniforme, Ro. Y no me guarde secretos, como Mortimer. Mortimer ni siquiera me contará lo que oye cuando va a la Casa Blanca, a una conferencia de prensa.

No pudimos dejar de reír entre dientes al oír tal cosa, Grace y yo. Habíamos visto a Mortimer tranqueando majestuosamente por Lafayette Square, de vuelta de la Casa Blanca.

—Ahora supongamos que nos sentamos unos diez minutos, nos tomamos un buen whisky y estiramos brazos y piernas antes de que les deje, muchachos, irse a la cama.

Tengo un buen catre de campaña en la oficina y pienso dormir cinco horas deliciosas antes de que vuelva a reventar el infierno...

Cuando le traje un trago, me agradeció con gratitud de escolar. Lo sorbió pensativamente. Era claro que quería decirnos algo más, pero, a pesar suyo, cerró la boca de modo hermético.

—Va a ser una guerra larga —murmuró al dejarnos. Tendremos que soportarla...

Un trozo de «Siboney» interrumpe el relato de Ro. De nuevo Elsa ha movido la radio con los dedos. Ríe con risilla aguda.

—Sigue —murmura. Me gusta oírte con música.

Ro ha olvidado lo que quiere decir. Se deslizan las palmeras y las villas de Marianao. El automóvil ha dado una vuelta alrededor del casino y se detiene ante las casuchas de baño.

—Joe Herkimer nos llevó ahí —dijo Elsa, alargando la cabeza en dirección del casino. Gov perdió un poco de dinero y eso lo deprimió más.

—Necesito bañarme —insiste Ro al bajarse del auto.

Y corre a la playa.

Por cierto, es demasiado tarde. Se pone el sol. La playa parece abandonada. El océano es gris. Las casuchas están cerradas. En otros años hubiera encontrado un rincón solitario y se habría arreglado de algún modo; pero ahora todo parece muy difícil.

Cuando Ro regresa, enfurruñado, al automóvil, Elsa no se halla por parte alguna. Sonriendo inexpresivamente bajo su bigotillo, el chófer señala hacia un anuncio luminoso que acaba de encenderse. «Bar», se lee. Ro se va de prisa. Se dice a sí mismo que a esa hora de la tarde debían estar en Central Park o paseando por el Prado.

—Te pedí un whisky. —Lo mira, arqueada sobre un alto taburete. Elsa siempre parece hallarse en casa en un taburete, dentro de un bar. Parece regocijarse con los anuncios luminosos que le han arrebatado todo su brillo al anochecer. Excepto dos jóvenes cubanos en camisas Waikiki, el sitio está vacío.

—Gov siempre se resfriaba cuando se ponía a nadar... —Su voz se aleja.

Ro mira la hilera de brillantes botellas Bacardi, frente a él.

—Te estaba diciendo algo —comienza—, algo que trataba de hacer. Era como poner al día el mundo wellsiano. La Science fiction no viene al caso... Thurloe me recordaba siempre, gustoso, lo que me dijo Wells esa noche, en Londres: «Si ustedes los americanos no logran encontrar la manera de sobrellevar el peso del imperio, estamos hundidos, todos estamos hundidos...».

Elsa no le escucha.

—Ro —le toca ligeramente con el codo y le murmura al oído—: esos muchachos son maricas. Uno lleva una pulsera. Quiero oír lo que dicen. Míralos como están

tomados de las manos.

—Pueden saber inglés —rezonga Ro.

Se siente insoportablemente solo.

Las luces artificiales han tornado el crepúsculo de tinta. Largas olas fatigadas murmuran en la playa. El brillo metálico del bar hiere la vista. Los arrullos y melindres de los dos muchachos son exasperadamente depresivos.

Ro encuentra su propio disgusto reflejado en el rostro del barman, un hombre rojo, redondo como una barrica, más o menos de la edad de Ro; sin duda, un español.

—Ha terminado la temporada. Las casuchas de baño están cerradas. No queda más que irse a la ciudad —dice Ro confidencialmente en castellano.

El barman sonrío, aprobador. Parece complacido de ver a un hombre de su misma edad acompañado de una chica tan bonita.

—El carnaval —dice el barman. Le brillan los ojos. Todos bailan. Y hace sonar sus dedos.

—¿Usted es de Asturias? —pregunta Ro.

—Casi. —El hombre muestra unos dientes todavía blancos cuando sonrío. De las montañas de Santander.

—Es muy buena gente. Hablan el castellano más bonito.

El barman vuelve a sonrío.

—¿Un trago de la casa? Ya sabe usted: el carnaval.

—Veo que estamos entre amigos —Ro pasa el nuevo vaso a Elsa. «Demonios —se dice a sí mismo—, si ella quiere beber tanto, bebamos»...

Elsa está absorta en la contemplación de los dos muchachos. Cuando ve el nuevo trago, mira agradecida a Ro.

—Tienes amigos en todas partes —dice poniendo los ojos redondísimos.

Ro estrecha la mano del barman español en medio de un cortés intercambio de buenos deseos, cuando están por marcharse.

Elsa se cuelga del brazo de Ro cuando regresan al automóvil.

—Apuesto a que el chófer también es uno de ellos —ríe agudamente. Por eso se da esos aires de superioridad. Es curioso como atraigo a los maricas... No los puedo espantar de mi lado.

—Atraes a mucha gente. —Ro encoge los hombros y parten hacia la ciudad. La besa descaradamente en la boca. Y no todos son maricas.

Hace funcionar su radio y suena un tango. Camino a la casa, deja que Ro la tome, con radio y todo, entre sus brazos. Su cuerpo es encantador al tacto. En la ciudad abunda el tránsito. Se echan hacia atrás en el asiento, abrazados, y miran los atestados coches con mujeres de ojos oscuros y vestidos brillantes; familias amontonadas en largos *limousines*, todos los chicos disfrazados; y automóviles *sports* llenos de hombres morenos. Suenan cuernos, las bocinas atruenan, las llantas silban. En cada rostro advierte Ro una especie de sonrisa pública, congelada, semejante a la sonrisa del chófer. Todos van a alguna parte, ávidos, hacia algún lugar de diversiones

públicas.

—A menudo he pensado —dice Ro con tierno murmullo de sus labios que le rozan la oreja— que La Habana debe de ser un lugar horrible para estar solo.

—Yo no creo que pudiera estar sola —dice ella—; desde luego, con toda esta música.

—Iremos al hotel y nos daremos una ducha —las palabras salen, acariciadoras, de sus labios.

—¿Juntos? —le pregunta, maliciosa.

—¿Por qué no? —La idea le enrojece, y añade rápidamente, para ocultar su nerviosidad. Iremos al viejo restaurante para comer algo..., después de todos esos whiskies.

—Algo tendremos que hacer para matar el tiempo —dice, práctica. Paco Cortés no abre hasta las diez. Sólo a la medianoche empieza la animación.

—No necesitamos ir esta noche. —Ro odia los clubes nocturnos. Tenemos muchas noches por delante para bailar la rumba.

Se desprende de sus brazos y se incorpora, muy tiesa.

—¿No te das cuenta? —dice acentuando cada sílaba. Es enormemente importante para nosotros.

Ro no entiende qué ha querido decir. Diablos, las mujeres hacen lo que se les ocurre. Al menos dijo: «nosotros». Pensaba en ambos.

Pasan por entre una fila de coches en una calle angosta, donde las luces agitan brillantes manchones sobre las fachadas de las casas. Elsa se mantiene enhiesta, tensa como cuerda de violín. En el temblor de las luces de la calle, Ro advierte una mirada que le ilumina el rostro. De alguna parte viene un sonido de tambores.

—Pare aquí —grita. Págale, Ro; pare —vuelve a gritar.

Ro se molesta por ser mandado así, pero obedece. La cuenta del chófer es abultadísima. Ro piensa que ya no cesará nunca de sacar billetes de la cartera que lleva en el bolsillo. La sonrisa del chófer no cambia.

—Esta noche —dice con ese tono confidencial que tanto irrita a Ro— vayan al Club de Paco.

Ro no contesta. No permitirá que el maldito chófer se meta en sus asuntos privados. Después que se ha alejado, Ro cree ver la misma congelada sonrisa bajo el bigotillo en todos los hombres que se apretujan en la calle.

Se encuentra en la esquina mirando hacia todos lados en busca de Elsa, que nuevamente ha desaparecido. Impaciente, castañeteando los dedos, sigue el sonido cojo, arrastrado, del tambor. Oye cantar. En una plazoleta, a un lado del tránsito, baila la gente. Muchísimos son negros, algunos mulatos, otros blancos. Muchos bailan descalzos sobre las piedras. Visten trajes de otro tiempo. Algunos hombres van con tricornio. Varios llevan faroles de coches en altos palos. Las mujeres lucen blusas vistosas y mantones de gitana. Cantan al unísono mientras circulan por entre la multitud, moviéndose al son de los tambores con cojo ritmo de rumba.

—Son las comparsas —Elsa ha aparecido entre la muchedumbre. Sus caderas se cimbran. Sigamos con ellos —no parece pensar un instante en aquietar las caderas. Te digo que son las comparsas.

Ro la toma de un brazo y la hace girar resueltamente.

—Estamos muy cerca del hotel —dice con firmeza. Esa gente no nos necesita. No somos miembros del club.

Ella le sigue, cojeando, hundida la cabeza entre los hombros.

—No sé por qué es esto tan excitante —dice, y casi solloza.

Cuando sube a su cuarto hace funcionar la radio. Mueve el dial hasta que aparece una orquesta de mambo. Lanza lejos sus zapatos y se menea al compás de la música por el cuarto. Ro trata de abrazarla, pero lo evita con brusco movimiento de hombros, sin mirarle. Bailando por la pieza con ojos entornados se quita los vestidos. No repara en él, que avanza hacia ella.

Parece tan repentino el modo con que se para, frente a la puerta de la ducha, metiendo sus cabellos en una gorra de baño, que Ro tiene la sensación de hallarse con una camisa de fuerza. Quiere alcanzarla, pero no puede.

Agita violentamente los hombros. Da media vuelta, y, con un portazo, sale hacia su cuarto. En sus ojos se desenvuelve la imagen del alto cuerpo blanco.

... Grace y yo fuimos particularmente felices ese verano, aunque, en cierto modo, lo recuerdo como un tiempo difícil. Las notas de escuela de los niños fueron entristecedoras. Habían andado errantes antes de Pearl Harbor. La cabeza les daba vueltas como un trompo. Desesperados, les enviamos a un campamento veraniego. Era una de esas pobres cosas con que teníamos que enfrentarnos; sin embargo, solían unirnos más que los agrados.

El tiempo, en junio, era excepcionalmente húmedo, aun en Washington. El semanario para el que escribía un artículo tenía en la ciudad una oficina con aire acondicionado. Me habían dado un escritorio y yo acostumbraba salir de casa alrededor de las siete y me iba a pie antes de que hiciera mucho calor. Una mañana, al pasar ante la puerta de los Thurloe, me encontré con Roger.

Nos alegramos del encuentro. Hacía meses que no nos veíamos. Fue hasta cierto punto desagradable, no obstante, porqué sospechaba que Thurloe tenía que saber que durante tres días había estado llamándole por teléfono. La secretaria se disculpaba, asegurando que no sabía dónde se le podía encontrar. Ambos tartamudeamos y sonreímos al principio. Ninguno de los dos era poco charlador. Roger balbuceó algo acerca de que su trabajo no le dejaba tiempo para jugar tenis, para hacer un poco de ejercicio, y que por eso había tomado la costumbre de irse a pie a la oficina todas las mañanas. Le dije que lo mismo hacía yo.

Roger era pequeño, pero tenía un tranco notablemente vigoroso y rápido. Me costaba seguirle. Hablamos sin ton ni son por el trayecto. No nos referimos de ninguna manera a las cosas que realmente deseábamos hablar. El Mar de Coral. Medio Oriente. La llegada del Primer Ministro a la ciudad. Callaba las preguntas para las que, bien lo sabía, Roger tendría una respuesta. ¿Qué conversaban el Presidente y el Primer Ministro en la avenida Pensilvania 1600? ¿Planeaban verdaderamente un segundo frente en Europa? ¿De veras que los rusos se rehabilitaban? Yo sabía por el club de la prensa que la mayoría de los principales personajes del comando combinado británico-americano estaba reunida en la nueva sala de Estado Mayor equipada especialmente en los jardines de la Casa Blanca. Era una terrible tentación la de hacer preguntas importantes. Roger se había mostrado algo nervioso cuando echamos a andar, pero ahora que comprendía que no le haría pregunta alguna volvía a estar tranquilo. En verdad, parecía casi agradecido.

Le conté mis sinsabores con Chips y Louie. Roger había estado con su hijo hasta que Joe salió del colegio y se enroló. «Yo habría hecho lo mismo a su edad». Pero qué podía hacer yo, con muchachos tan jóvenes. Chips sólo tenía catorce.

—Los muchachos fueron más felices en tiempos de nuestros padres —dijo Roger, pensativo. Todo era entonces blanco o negro, y nadie les pedía tomar alguna decisión,

aunque había multitud de cosas que hacer. Ahora vivimos de manera que les forjamos trabajos, y ellos lo advierten.

Comencé a explicarle que yo creía que los chicos estaban trastornados a causa de mi propia inquietud. El tiempo de guerra era desasosegador, a menos que uno se sumiera hasta los codos. Yo había sido más feliz mientras estuve de soldado en la contienda pasada.

—Yo manejé un hidroplano —dijo Roger. Recuerdo que fue un tiempo felicísimo... Diablos, Ro, cuán desvalido se siente hoy un hombre... Si tuviera tiempo para pensar, probablemente me habría pegado un tiro... Pero no puedo —añadió sonriendo, malicioso—, al menos mientras esto dure. No tengo un minuto. No me falta trabajo enfrentando las dificultades.

Habíamos llegado a la esquina de la Avenida Pensilvania frente al viejo edificio del Ministerio de la Guerra.

—Tiene que excusarme —dijo. Tengo que cruzar la calle. Se volvió antes de dejarme. Convendría que esta tarde fuéramos donde los Price para felicitar a Mortimer por su nuevo nombramiento. Acaban de cambiarse de casa, a Kalorama Road.

Me observaba. Cuando me vio dudoso, añadió cortésmente:

—Por favor, vaya, Ro. Irá Alicia. Hemos decidido que deben vernos juntos de vez en cuando.

—Muy bien; trataremos de ir.

Ya había cruzado la calle. Mientras caminaba a Lafayette Square, pude ver a Roger, de reojo, mostrándole su pase al centinela que custodiaba la calle, cerrada frente al Departamento de Guerra y los jardines de la Casa Blanca. Había cierta juventud en la espalda y la inclinación de cabeza de Roger: un muchacho que entraba en una cancha de juego.

Nunca conseguirían volver vanidoso a Roger, me decía yo; pero Mortimer, el pobre Mortimer, hacía años que era hartamente vanidoso. Mortimer sirviendo las informaciones de guerra. Eramos viejos amigos y yo le estimaba, respetaba su habilidad; pero seguramente iba a ser difícil tratarlo. Mortimer no se afanaría tanto porque no cayeran informaciones en manos del enemigo como porque en casa no cayeran en manos de mala gente, los aislacionistas, los críticos del New Deal y cosas así. Me sospechaba que Mortimer me conocía lo bastante como para clasificarme entre la mala gente. Tenía un olfato extraordinario para captar el menor indicio de desaprobación. Pensaría que era para él un penoso deber el mantenerme en la obscuridad.

Tal vez todo esto que pensaba no era sino envidia mía, iba diciéndome mientras caminaba por la calle desierta. Mortimer estaba haciendo una brillante carrera en Washington. Mortimer estaba en las alturas. Y todo lo que yo creía hacer no era sino para irritarme mortalmente.

Eran frías las mañanas, a primera hora, en mi oficina. Resultaba agradable subir

solo en el ascensor, instalarse en la oficina vacía, sentarse ante el escritorio y poner en la máquina una hoja de papel de oficio.

Eso es lo que hice esa mañana. Todo lo tenía listo en la mente, mientras subía en el ascensor; pero al poner las manos en el teclado no pude encontrar las palabras.

Lo único que pude imaginar fue el cigarro del Primer Ministro y la silla de ruedas del Presidente, o tal vez la larga boquilla del cigarrillo que airosamente le dominaba la mandíbula. Sentí admiración ante ellos. Esos caballeros estaban contentos de sí. Ambos tenían importancia. Por cierto que eran los últimos en marcharse y despertaban temprano. Se daban vueltas en la cama en medio de una agonía de decisiones. Fruncían las cejas y desencajaban los ojos ante porfiados hechos desfavorables agrupados bajo la rúbrica de nombres nada familiares, que los ayudantes delectaban ante los grandes mapas: Murmansk, Tobruk, Kiska, Attu.

La responsabilidad era un fardo, pero también era un tónico. ¿Qué especial deleite era el sentido por el timonel? El timonel conocía bien su quehacer. Eso era. Era el gusto del jugador que ponía en juego flotas y ciudades llenas de hombrecillos aterrados y de ejércitos de pies maltratados por las marchas. Una isla aquí. Un continente allá. El mundo entero comprometido.

Y más allá de la curva del mundo tambaleante podía imaginar a los enemigos: las gesticulaciones de caricatura, el empapelador austríaco silbando y farfullando ante el micrófono, el moreno y espinudo bandido del Cáucaso que callaba tras su mostacho. Firmar sentencia de muerte era su quehacer: millones echados al polvo. Así levantaban el corazón de los hombres. Por ellos, una sangría de partidarios que se lanzaban a la muerte al cruzar ríos congelados. Tripulantes de tanques sofocados ante sus mandos mientras araban la nieve o las arenas estériles del Sahara. La voluntad de matar. Ésos eran placeres que pocos hombres saborearon desde que los romanos se montaron a horcajadas en el mundo antiguo.

No podía entender a los otros. Escribía acerca de ellos como de monstruos repugnantes. Pero los nuestros, la familiar superioridad de Groton, la indiferencia de Harvard, el botecillo surcando las aguas, las vacaciones en el Este, el hallarse aburrido por tanta ley, la manía de los servicios públicos, la intoxicación con la política: todas esas cosas me eran conocidas; eran como voces amistosas junto al fuego. Y cuando vino el tiempo de la matanza, los caballeros del río Hudson podían sentarse ahí a beber sangre, con los mejores de ellos. Ni una palabra contra el Presidente.

No había manera de escribir lo que se pensaba, y aunque la hubiera, no sería lo que deseaba decir; pero ¿no era tal vez acerca de ese vértigo que hacía a los reyes de los hombres un tanto descuidados con la vida y muerte del resto de nosotros?

Aunque la hoja de papel estaba aún en blanco la saqué de la máquina y la eché, arrugada, en el canasto. No era ocasión para hablar sobre los reyes de los hombres. ¿Pero por qué no acerca de los segundos en el comando, los hombres que sabían cómo hacer, los expertos de las finanzas o la producción que hacían posible tal

locura? Los que resolvían las dificultades. ¿Qué trató de decirme Roger cuando me comunicó que se pegaría un tiro si tuviera tiempo para pensar?... El mismo Roger... Pero qué trabajo hablar de Roger. Un hombre que ni siquiera contesta el cuestionario de Quién es Quién. Aunque se arreglara uno para hacer clara la historia, se necesitaría una grúa para arrancarle algo acerca de su trabajo a un tipo tan modesto.

Estuve ahí un par de horas bosquejando el proyecto con lápiz. De repente lo dejé todo, horriblemente descorazonado. La depresión de la ignorancia, la depresión de la impotencia. Sentí la necesidad de hablar con Grace. Marqué nuestro número.

Gracias a Dios, se hallaba en casa.

Por cierto que iríamos donde Mortimer. Cooperaríamos en su satisfacción de ese momento. Dentro de seis meses sería el hombre más odiado de América.

—Pobre Mortimer. Es demasiado inocente para darse cuenta de lo que enfrenta..., cree que todo es maravilloso. Es realmente patético. Ya sabes lo que le gusta que se le admire. No puedes adivinar a quién he invitado a almorzar. —Grace rió, chillona. *Miss Nanny*. Ven, Ro; pareces deprimido. La llevaremos al *Mayflower*. Reservaré una mesa. *Miss Nanny* entre los hombres poderosos. Los pondrá en su lugar. La llevaré al Congreso.

Cuando las encontré entre el bullicio y las miradas inquisitivas de mesa a mesa —¿con quién almuerza quién?— en el repleto comedor del hotel, *Miss Nanny* correspondía ciertamente a su contorno y a una copita de cherry.

La pequeña criatura tenía una apariencia temeraria, con su vestido azul lleno de cintas y un sombrerito de pastel de cerdo con racimos de flores y frutos alrededor de las alas. Llameaban sus ojos en su carita de pensamiento marchito; meneaba la cabeza de un lado a otro mientras hablaba.

—Salud por la confusión —dijo, alzando la copa cuando me senté. Ése era el brindis de mi hermano Randolph. El niño más agradable que se pudiera conocer, y con un futuro tan brillante; la guerra lo perdió... Declaro, querida Grace —de súbito chilló agudamente y agarró la mano de Grace a través de la mesa—, que tal vez no sea demasiado tarde para que yo siga sus aguas... ¿Nunca les hablé del deán Worthington? Creo que sí. Hagan callar a esta vieja si divaga demasiado. El deán Worthington fue un amigo de mi querido papá, en Richmond, antes de la guerra. Era el hombre más rígido, censor de los demás, ¿entienden?, hasta que llegó a los setenta y un años. Ese día fue obligado a tomar una copita. Y, queridos míos, no paró de tomar hasta su muerte. Y no sólo fue la botella. Hubo muchos escándalos. No me pidan que los cuente.

—*Miss Nanny* se tapó los ojos con la mano. Se le había deslizado el sombrero de manera inverosímil.

Miss Nanny estaba desbocada. Ni Grace ni yo pudimos meter palabra.

—Bebés de guerra los llamaban. Sé mucho acerca de ellos —rió *Miss Nanny* remeciendo las flores y las frutas de su sombrero—, porque yo también era un bebé de guerra. Vine al mundo en tiempo de guerra, y eso no deja de importar.

Tenía una divertida manera de hablar, como botella de soda que se destapa de repente.

—Apuesto a que no saben que nació el día en que la Convención de Virginia votó la secesión. Mi querida mamá me lo recordaba siempre. Nos marchamos cuando yo estaba aún en la cuna, para escapar de las tropas federales que merodeaban, y dejamos nuestra pobre casa entregada a su propia suerte. En Alexandría sucedían cosas que el pobre Lincoln nunca supo. En estos días pienso a menudo en Lincoln. ¡Ah, si Dios lo hubiera conservado! Los jóvenes no saben lo que sentíamos por Lincoln en el Sur, durante la guerra. Mi adorado papá siempre hablaba de él respetuosamente, como de un enemigo valioso. Querida mía —y tomó de nuevo la mano de Grace—, puedo recordar cómo nos llegaban las noticias, creo que puedo. Por cierto que eran pocas, pero en tiempos de guerra y de privaciones los niños se vuelven precoces. La prima Bessie dice que puedo recordarlo todo porque mi querida mamá me lo ha contado; pero yo siempre le digo: «Calla la boca, Bessie, porque todo lo estoy viendo como si sucediera ahora»... Nos fuimos a Montgomery. A causa de la alta posición oficial de mi querido papá —fue virtualmente miembro del gabinete en esos días horribles—, recibió las noticias antes de que aparecieran en los diarios. Estábamos comiendo cuando el ordenanza entró con unos papeles. No sé qué teníamos. No debe de haber sido mucho. Siempre estábamos hambrientos en esos días. Querida, la gente se quejaba entonces por el racionamiento. Y en Montgomery lo peor era que no había qué racionar. Ese día la cocinera nos había hecho, en *fricassé*, una gallina flaca y vieja. Recuerdo el hambre que nos daba a los niños con sólo el olor de lo que se ponía a hervir. Tía Esther había sido mi mamá, porque no podía soportar a los negros de Alabama. Tía Esther venía de una larga serie de sirvientes benévolamente criados en la familia de mi querida mamá. Lloraba cuando apareció con la gallina. «Amo Juan va a encontrarla dura como un zapato viejo», decía. «No importa, Esther, porque la próxima semana comeremos de veras zapatos viejos». Sé que mi papá tenía hambre, pero cuando leyó en esos papeles la noticia llegada por telégrafo no pudo comer ni un bocado. «Querida —le dijo a mamá—: Lincoln ha muerto...». Éste es el golpe peor tal vez... Y así fue. Vino la humillación. La reconstrucción mató a mi adorado papá.

Todos los ramos de flores y frutas vibraron en el sombrero de *Miss Nanny* cuando sacudió la cabeza para librarse de una lágrima que le rodaba por la recta naricilla. Grace y yo casi llorábamos también. Grace trató de hacerla comer.

—Todavía no, queridita, porque no lo he dicho todo —dijo *Miss Nanny* firmemente. Es terrible ser tan vieja para que a una la necesiten para algo. Chica como era, ayudé a mi amada mamacita a hacer vendajes, y preparábamos cajas con pequeñas cosas para los soldados. Cuando vino la guerra en Europa trabajé en la Cruz Roja. En realidad, dirigía la Cruz Roja de Alexandría. Sé que ustedes se preguntarán cómo me las averiguaba sabiendo lo mala que soy para los asuntos de dinero. Bueno: así y todo lo hice.

Dio a su cabecita otro sacudón y los ramilletes de flores y frutas se remecieron peligrosamente.

—Pero ahora no soy sino una boca inútil, una bruja inservible, comencé a decirme a mí misma, amiga mía, y entonces comencé a rezar... Sé que ahora la gente no reza. Pasada de moda o no, tengo que decir cómo soy. Cuando rezo, siempre rezo lo mismo: que el Dios adorado le permita al espíritu de Lincoln velar por nosotros en esta hora de necesidad, que el espíritu de Lincoln pueda inspirar a los ocupantes actuales de la Casa Blanca y concederles una decente humildad frente a los hombres y ante Dios.

—Si Lincoln estuviera ahora vivo —comencé a decir, pero no pude continuar porque *Miss Nanny* no paraba de hablar un minuto. Las palabras brotaban de sus labios inagotablemente.

—Querida mía, ya nada tengo que hacer desde que me permití abandonar la vieja mansión de los Cyarter, si no es leer y oír la radio. En todo lo que oigo encuentro orgullo y vanagloria. Lincoln fue un hombre humilde. Todas las noches rezo por que la humildad de Lincoln se abra camino en el consejo de nuestras naciones unidas. Todos sabemos que el orgullo trae su caída.

Miss Nanny pestañeó y estornudó:

—Ahora hablen ustedes, niños —dijo y se pasó el pañuelo de encajes por la cara antes de comenzar a comer su pastel de pollo con crema, llena de apetito.

Pobre *Miss Nanny*, ésa debió ser la última vez que salió, al menos con nosotros. Grace y yo nos sentimos muy contentos después de haber pasado esa hora con ella. Grace, particularmente, le había tomado mucho cariño a *Miss Nanny*. Fue a verla todos los días que pudo cuando *Miss Nanny* cayó en cama, aunque era un pesado viaje ir a Alejandría en el bus, después del racionamiento de gasolina que nos impedía usar el automóvil. Pocos meses después murió.

Esa tarde no permanecimos mucho más donde los Price, después que Grace vino a mi encuentro y murmuró, imitando a *Miss Nanny*, con acento de gran ternura:

—El orgullo, querido...

—Trae consigo su caída —dije terminando la sentencia. Si alguien nos hubiera oído habría creído que nos habíamos vuelto locos.

Entonces Grace me llevó a un rincón y me dijo al oído:

—Esto es como nadar contra la corriente, a través de algas, de montones de algas.

Quería irse a casa en seguida; pero insistí en que aguardáramos hasta la llegada de los Thurloe.

Fue una tarde desagradable. Más de la mitad de los hombres estaban en uniforme. Esto significa que casi todos se sentían menos que alguien. Los oficiales no se hallaban tranquilos porque había generales, y los generales no podían tener mayor soltura delante de los de rango inferior.

Lo mismo sucedía con los civiles. El Secretario de Estado estaba rodeado por un grupo silencioso en un rincón del amplio living, mientras un magistrado de la Corte

Suprema proseguía su sibilino monólogo en otro rincón. Entretanto, Herman Boggs, «el más quimérico de los miembros del gabinete», procuraba atraer la atención, entre las plantas de invernadero de un pórtico, prodigando algunas de esas amargas sentencias que le habían hecho famoso. Grace dijo que le hacía pensar en un muchacho que lanzara cohetes desde detrás del sillón de su abuelo.

La pobre Gertrude Ann, nueva en los afanes de una recepción en Washington, andaba inquieta de un grupo a otro, seguida de dos grandes perros boxers que hacían retroceder, rápidos, a los invitados. Parecía tan preocupada de que no se la viera otorgando la misma bienvenida a gente menos importante que la concedida a la de importancia mayor, que el resultado fue que todo el mundo se sintió menoscabado.

Cuando llegaron los Thurloe era tarde; ambos vestían de etiqueta. Esto, en tiempo de guerra, en Washington, sólo podía significar una cosa: habían comido con el Primer Ministro. A pesar de los esfuerzos de Mortimer, que tenía el aspecto de un pájaro cuando se hallaba preocupado, o de la atareada Gertrude Ann, para hacer que la charla fuese general, los huéspedes comenzaron a juntarse en torno a los Thurloe.

Mucho tardamos antes de poder encontrarnos a corta distancia de ellos. Alicia parecía nerviosa, aunque dueña de sí misma con su vestido plateado con adornos negros. Llevaba una ancha peineta española en el cabello, lo que la hacía verse de ocho pies de alto. La cara de Roger mostraba esa paciente resignación que tenía siempre en las reuniones sociales. Contaba los minutos que le separaban del instante de irse a casa a acostar. No cambiamos palabra.

Una pesada tormenta sobrevino. Esto le pareció a Grace una buena excusa, de modo que empezó a abrirse camino entre la gente, hacia la puerta. El estrépito de la tempestad y la lluvia que azotaba las ventanas, como el aire frío que se filtraba por la casa, habían distraído a los huéspedes de sus preocupaciones sociales, de manera que Grace pudo sonreír aquí y allá y lanzar uno que otro chillido agudo y cortés mientras caminaba.

Mortimer nos siguió al vestíbulo. Parecía aliviado con nuestra partida. Probablemente había estado temeroso de que alguno de nosotros dijera algo indiscreto. Así y todo, no aprobaba nuestra partida antes que los demás.

—¿No es un poquito temprano? —preguntó, haciéndonos ver así de que no nos correspondía, gente de escasa importancia, irnos antes de los personajes mayores. Murmuramos algo acerca de esto, disculpándonos. Encogió sus hombros caídos. Si insistíamos en irnos, tendríamos que hacerlo sin llamar en absoluto la atención.

Se alborotaron las cejas robustas de Mortimer cuando vio que Roger Thurloe se abría camino para seguirnos hasta el vestíbulo. Roger le sonrió a Grace y me golpeó amistosamente el brazo.

—¿Qué hay, Ro? ¿A las siete, frente a mi casa?

Dije que estaría allí puntualmente a esa hora. Asintió y volvió a sonreír, con su expresión sobremanera resignada, y regresó hacia los huéspedes,

Mortimer nos ayudó de mala gana a ponernos los abrigos. Grace había

comenzado a decir que, en vista de que no teníamos nuestro coche, podíamos pedir un automóvil por teléfono.

Mortimer hizo como que no había oído. Alzó los hombros impidiéndonos volver adentro. Cuando abrimos la puerta vimos una densa cortina de lluvia. Caía ésta a chorros sobre la negra fila de tranvías en la esquina.

—¿No podríamos usar el teléfono? —suspiró Grace.

—Connecticut Avenue está llena de autos —dijo Mortimer con firmeza. Pueden correr hasta allá.

Y antes de que pudiéramos advertirlo, la puerta se cerró, de modo que nos aventuramos bajo la lluvia. Estábamos mojados hasta los huesos, entre furiosos y risueños, cuando pudimos, por fin, llegar a una farmacia y telefonar.

—Mortimer nos ha puesto en nuestro lugar, ciertamente —rezongó Grace mientras nos quitábamos las ropas empapadas en la quietud de nuestro dormitorio de Dumbarton Avenue.

Tomamos un trago y nos sentamos en pijama sobre la cama, oyendo la lluvia entre las hojas de las parras, junto a la ventana. Grace había decidido tomarlo todo en broma.

—Con toda seguridad, han tirado una raya en esta ciudad, entre los de dentro y los de fuera —dijo. Y luego reventó: —Siempre he creído, como *Miss Nanny*, que soy mejor que nadie. —Ambos soltamos la risa. ¿Cómo nos las hemos ingeniado para ser parias? —Grace rió agudamente. *Miss Nanny* tenía razón —exclamó con esa voz chillona que adoptaba cuando algo le parecía particularmente risible. Es el orgullo.

—La cosa está en saber quién caerá primero —dije.

La abracé. Qué agradable fue para ambos esa noche, solos ante el mundo, en la casita georgiana, con la lluvia cayendo a chorros fuera...

Mientras se quita las ropas pegajosas y se refresca bajo la ducha, Ro lucha contra el sentimiento de que, realmente, es otra persona. Ya no es Roland Lancaster. ¡Vaya el viejo cabrón borracho con el que ha trocado su vida! El agua fría le anima un poco, pero le cuesta calmar el rostro cuando se mira en el espejo. Sus rasgos se le escapan como en un retrato de Picasso. Al menos no tambalea. Procurando mantener el aire de dignidad que le nace con el fresco *palm beach*, golpea a la puerta de Elsa. ¿Está seguro de que ése es su cuarto? ¿Y si es el de una mujer que no conoce?

Es una mujer que no conoce. Claro está, es Elsa, pero es tan insistente.

—Me muero de hambre —grita ella cuando le abre la puerta. Vamos a la ciudad. Esto es como una percha.

—Una buena jarana —grita Ro. Si me vieran ahora mis amigos...

En el viejo restaurante de techo muy alto, a la hora de la comida, ella hierve de continuo, divirtiéndose con todo. Le sonrío a cuanto dice y de vez en cuando estalla en una carcajada. Hasta cuando le habla seriamente, demasiado seriamente, le escucha ella con la boca entreabierta.

—Cuando traté de explicar el contraste entre nuestras realizaciones técnicas y nuestro fracaso en la política internacional comenzaron mis dificultades. Nadie quiso oírme.

—Yo te oigo —dice ella.

—Wells nunca tuvo tales dificultades; todos leyeron siempre cuanto escribía.

—Yo no —dice Elsa.

Blande un hueso de la fritanga y lo deja al borde del plato.

—Creí que esto no tenía huesos... Por cierto que nunca leí nada, salvo «La Tierra Baldía» y cosas por el estilo.

—Alguien tiene que interesarse por la suerte de nuestro país... Es la suerte de todos nosotros —se oye declamar Ro. Demonios, ésta es una advertencia categórica —añade.

Ella asiente con entusiasmo.

—Lo único que cuenta es cómo se escribe —deja el cuchillo y el tenedor y le fija los ojos. Tiene la boca llena de papas fritas. Honestamente, creo en el arte. No creo en los hechos cotidianos.

—Me gustaría no creerlo —dice Ro. Llena su copa de vino blanco.

—Este vino va a ser mi ruina —chilla ella.

—Arruinémonos... Vámonos al infierno en coche.

Pide café y un «Fundador» y luego más «Fundador». El mozo se lleva la botella.

Cuando salen del restaurante horas después, el chófer de amarilla sonrisa está aguardando a la cabeza de una fila de coches, en su auto azul de turismo.

—No se escapa de la suerte —rezonga Ro. No hay necesidad de decirle al chofer dónde debe llevarles. Ya el chófer lo sabe.

El establecimiento de Paco está lejos de la ciudad. Los caminos están desiertos. Un viento norte, heladísimo, les obliga a apelonarse en el coche para calentarse. Por fin, el chófer frena con ruido de gujarros ante un muro desconchado, bajo unos cimbreantes pinos australianos. A través de las nubes que corren se divisa una media luna.

Hay otros tres automóviles.

Ro se siente tan solitario que aullaría como un perro.

De alguna parte viene una música apenas audible. Los minúsculos sacudones de las calabazas salpican el ritmo como puntitos fosforescentes salpican las olas en una caleta, en la noche. Cuando ella oye la música, Ro la siente sacudida por dentro. Las caderas de Elsa le golpean rítmicamente mientras avanzan hacia el club nocturno.

El sitio huele a yeso húmedo. Parece un féretro con la orquesta sobre una tarima en un rincón angosto. Muros azules, descoloridos y desconchados, rodean las mesas vacías. En la pista de baile, frente a la orquesta, unas pocas parejas se cimbran apenas. Cuando Ro recibe su número del guardarropa, una mofletuda mujer morena vestida de rosado irrumpe de pronto y abraza a Elsa.

—La colorina —grita en español. ¿Cómo podía olvidarla? El año pasado...

Toma la muñeca de Ro y lo conduce a una mesa con la indicación de «reservada», al borde de la pista de baile.

—Remedios, a sus órdenes —murmura con voz gruesa, mientras llama a un mozo con su mano regordeta.

—Paco Cortés —se apresura en explicar— no ha llegado aún. Llegará pronto. Con él vendrá la gente del frontón.

Se sienta con ellos a la mesa y charla. Su español es demasiado rápido para Elsa. Ro traduce. «¿Y cómo está ese pobre jovencito de cara triste?» En Nueva York, ganando mucho dinero, contesta Ro. «¿Y Pinillo, el hombre desvergonzado?» ¿Pinillo, el pintor subjetivo? Lo verán al día siguiente. ¿Y el viejo que enseña deportes? ¿Por qué no ha venido ninguno de ellos?

—Soy la única que los quiere —dice Elsa. Cuando la mujer de rosado ríe, su risa es bronquial y resquebrajada. Aquí beberemos ron —dice Elsa, tapándose con la mano un lado de la boca. Las demás bebidas son terribles.

El mozo ha traído ya tres cubas libres en altos vasos. Ro se sienta, alzado de hombros, en la cabecera, dominando toda la sala. Estos encuentros no son tan malos si se sabe hablar el idioma. Se complace al descubrir lo bien que toma su licor. Hace años que no ha estado tan borracho. Que venga la jarana, se dice a sí mismo.

La mujer de rosado va a otra mesa. En tenso murmullo, Elsa le dice a Ro los nombres de los músicos de la orquesta. Apunta al frenético clarinete, al hombrecillo de rostro verde que toca el piano, al corpulento negro que golpea los tambores, al bizco muchachito amarillento que sacude las calabazas, al ojeroso europeo marcado

de viruelas que se las entiende con el violoncelo.

—Son los mismos del año pasado —murmura ella encantada.

Elsa trata de enseñarle el mambo a Ro. No lo consigue. Sus pies pierden el ritmo. Cuando vuelven, tambaleando, a la mesa, él le explica que aprendió el *two step* cuando joven, pero que ahora no van a enseñarle esos nuevos brincos de perro viejo.

—De perro viejo —ríe.

Ella debió reír también, pero ocurre que está mirando a través de la sala.

Un hombre de largos y angostos pantalones negros y de chaqueta ajustada viene cruzando la pista. Tiene la piel oscura de un negro, pero no sus rasgos. Bajo una nariz chata, unos labios azules se abren sobre unos dientes amarillos de caballo, en una larga mandíbula caída. Tiene juntos los párpados. Sus hombros son poderosos y su torso angosto va a dar a unas anchas caderas. Cuando sube los peldaños de la tarima con su lento paso de pies planos, los músicos reviven. Amablemente saca al pianista de su asiento y toma su lugar.

Se sacude el piano. Inmediatamente empieza la música de baile. El ritmo sincopado es de marcha. La música brota, lasciva, solemne, a través de la sorda penumbra. Deja el piano y sonriendo coge el clarinete. El ritmo se dispara con violento enlace de sonidos. Elsa agarra la mano de Ro. La aprieta tanto que duele. Se estremece.

—Es Paco Cortés —dice.

Después de este número, mientras todavía resuenan los aplausos de los escasos parroquianos que han aparecido en las mesas, Ro advierte que Remedios le habla al oído a Paco, recordándole algo.

Elsa apenas respira cuando ve a Paco Cortés dirigiéndose a su mesa. Se levanta de prisa.

—Asiento —dice Paco Cortes con voz muy digna. Saluda amablemente a Ro. Consiente en beber con ellos un ron. Mira de arriba abajo a Elsa con cansada sonrisa. Bien. ¿Cómo lo ha pasado?

Con una cortesía excesiva le dice a Ro algunas palabras. Su salud no ha estado bien. Ha sido una temporada pobre de turistas. El año pasado fue mejor, ¿eh? Da a Elsa una sonrisa entre burlona y evocadora. El invierno ha sido frío, una nortada tras otra. Es una vida de perros cuando se está en mala salud. Se golpea la frente con sus largos dedos oscuros. Una vida insalubre; uno jamás se acuesta. La cuenta del doctor. Muy bien si hubiera gente, entonces entra dinero; pero esta noche... ¿Vale la pena que un hombre se mate por esto? Esos doctores le han dicho que tenga cuidado con la tuberculosis, que necesita mucho descanso. Cuando se acuesta, la tos no le deja dormir.

Otra vez ha comenzado la orquesta, un danzón con extrañas pausas.

—¿Quiere bailar, hija? —pregunta Paco a Elsa con sonrisa condescendiente. Con su permiso, señor —le dice gravemente a Ro. Elsa se ha levantado y se cimbra, cerrados los ojos. Lanza lejos los zapatos y danza con los pies desnudos.

Ro coge los gastados zapatos, que todavía conservan el calor de sus pies. Los mantiene en la mano. Éste no puedo ser yo. ¿Cómo he venido a dar a esto? Está sentado a la mesa con cuatro vasos y observa el baile lento de las parejas. Han llegado algunas otras, todas cubanas, no americanas. De vez en cuando, entre las cabezas, Ro ve la picuda cara de Paco Cortés colgando abstraída sobre el hombro de Elsa. El rostro de Elsa está pálido; sus ojos son rasgados. Su cuerpo está pegado estrechamente contra las anchas caderas del hombre, cimbreadas. Baila ella como en estado hipnótico.

Cuando para la música vuelven a la mesa. Elsa, de pronto, se ha emborrachado endiabladamente. Paco la lleva, con pericia, de un codo.

—Las comparsas, pregúntale por las comparsas —dice ella ruidosamente.

Paco Cortés se encoge de hombros, amable:

—Son gente humilde. Practican música popular y una vez al año tienen la posibilidad de un premio. Para un turista es algo muy típico.

La mujer de rosado aparece, toda hoyuelos y sonrisas. ¿Quiere Elsa bailar con ella? Elsa se la quita de encima. Tiende la mano hacia Paco.

—Uno más —dice.

Paco se inclina gravemente ante Ro, como disculpándose antes de irse con ella.

Ro queda, hundidos los ojos, cuidando los zapatos hasta que termina el baile. Siente tanto frío que se estremece. Ya ha pedido la cuenta. Se levanta. Ya no puede más con todo aquello.

Elsa vuelve tambaleando. Tropieza y va a dar en los brazos de Ro. Tiene que sostenerla firmemente de los hombros.

—Llévame a casa —suspira, pegada la boca a su oído. No esperes más. Llévame.

Pero toma tiempo el esperar el cambio, el recibir su panamá de la chica del guardarropa, el enviar en busca de un taxi. Aun antes de que aparezca el coche azul de turismo, Ro le teme a la irónica sonrisa del chófer.

Los pinos australianos se yerguen contra el cielo nuboso y oscuro.

Ro acomoda a Elsa en el automóvil lo mejor que puede. Inmediatamente, ella le aprieta los labios con los suyos. Le presiona la pierna. Van estrechamente enlazados. El coche rompe la noche invadida por el viento. Las manos de ella vagan por el cuerpo de él, bajo la camisa.

Ante el hotel, Ro le pasa un montón de billetes al chófer, sin mirarlo.

Tienen que esperar que el jadeante portero nocturno, con su linterna y su manojito de llaves, abra la puerta. El portero es gallego, de cara gruesa y cansada, arrugada como un globo desinflado. Es viejo, desconfiado y lento. Fija sus ojillos desaprobadores en el rostro de Ro. No termina nunca de encontrar las llaves del cuarto y de encontrar el botón del ascensor. Mientras el viejo ascensor sube a saltos hasta su piso, Ro se ve a sí mismo y la muchacha, como el portero, seguramente, los ve. Una buena jarana, pasada ya la juventud: un cabrón borracho que se va a la cama con una puta borracha.

Tiene el sueño partido, como rajado por un hacha. Y como el cobertor del sueño no le ampara, yace tristemente despierto en la obscuridad, estremecidos los nervios. Le duele la cabeza como si fuese de piedra.

La muchacha duerme tranquilamente al otro lado de la cama. Su respiración es apacible, fácil.

Se forman palabras en su mente. Se habla a sí mismo. Siguen formándose las palabras. No es a sí mismo, es a Elsa a quien habla: «Esto no es como yo lo había pensado; realmente, no lo es. Lo que yo había pensado era estar juntos en una casita modesta, bajo las palmeras, junto a la playa. Desayunar con calma después de nadar muy temprano, y así ir conociéndonos gradualmente, para que nuestros pobres cuerpos fueran armonizando. Luego podríamos decidir si debíamos casarnos y tener hijos. Dijiste que deseabas otro, ¿recuerdas? Pero antes de que haya hijos ha de haber amor. Marido y mujer calurosamente unidos en su ancho lecho. Es sobre una base de amor como construyen sus vidas. Tú debes de haber conocido esa alegría, siquiera un instante, de vez en cuando, tal vez».

Se siente más tranquilo. Sus recuerdos le arrancan de la pena...

... El tiempo más feliz que tuvimos en Cuba fue después del primer sobresalto acerca de la salud de Grace. Todavía vivíamos en Nueva York. Los niños eran aún tan pequeños que no creímos que era hacerles mucho daño el sacarles de la escuela durante un mes, a mitad del invierno. Vinimos a La Habana en la Ward Line y alquilamos el piso bajo de una vieja villa, en una playa próxima a Matanzas. El cubano a quien se lo arrendamos era un sargento. Siempre nos desorientó porque hablaba de sí como sargento de la marina.

A pesar de la guerra civil española y del conflicto en China que parecía no tener fin, el mundo se hallaba, en general, en calma. La paz de Chamberlain. Una paz que no significaba nada bueno. Yo volvía de Europa lleno de presentimientos tras una visión de pesadilla de la sangrienta cuestión española. Necesitaba descanso y un breve tiempo para concentrar mis pensamientos, en caso de tenerlos. Era una casa vieja y modestísima, pero sumida en una paz incomparable. Eramos ahí tan felices que ni siquiera nos atrevíamos a decirlo.

Esta paz parecía venir del sargento Pacheco, de su robusta señora y sus dos hijas tan caseras. Supongo que tendrían sus sinsabores como todo el mundo; pero, para nosotros, sus vidas eran inverosímilmente serenas.

En las mañanas, después de que Grace y los niños se iban a la playa, yo podía quedarme ante la mesita de caoba, único adorno del vestíbulo, garabateando con la

pluma en un papel o copiando notas en mi vieja «Corona» portátil, que tuve en Madrid, mirando de cuando en cuando las floraciones guarnecidas de flecos rojos que colgaban entre las raídas hojas verdes de un banano junto a la ventana, escuchando susurrar el viento a través de las hojas de una erguida palmera, y los cacareos de las gallinas, y los tranquilos trajines de la señora y de sus dos hijas flacuchas, afanadas en los quehaceres domésticos en el piso de arriba. Nunca conocí una paz igual.

Había tal apacibilidad en el ir y venir de la familia del sargento que la paz parecía colarse de los muros mismos. Nunca se apresuraban. Durante el desayuno veíamos caminar al sargento, lleno de dignidad dentro de su fresco uniforme, hasta la esquina, a esperar a la «guagua» que le llevaba a La Habana, donde desempeñaba algunos trabajos rutinarios en el arsenal, lo que parecía proporcionarle una gran satisfacción. En la tarde, mientras Grace les daba a los niños la sopa, reaparecía, alegremente erguida la gorra ante la anticipada idea de la comida; casi siempre traía una bolsa con frutas o caramelos para las niñas, comprados por unos céntimos en el mercado, o flores para la señora.

La señora engordaba con la mayor naturalidad, un poco más cada día. Las hijas no parecían preocuparse de su delgadez. Nunca era bastante para ellas lo que hacían por nosotros. La casa estaba tan llena de paz que, al hallarme entre mis papeles, cada mañana, sentía la necesidad de trabajar, de cumplir, de sobresalir, hasta que de pronto me sorprendía mirando las hojas del banano y dejando que mis pensamientos corrieran como corrían las nubes por la concavidad azul del cielo sobre el Gulf Stream.

Sentado ante revueltos papeles, junto a la mesa, con ojos entornados, me sentía en medio de ese azul apacible, hasta que miraba hacia abajo y veía el enjambre de las vidas humanas, diagramado en un mapa en relieve, dentro de la luz brillante y desapasionada. Aquí, me decía, apuntando con un puntero etéreo, se halla en formación un nuevo sistema social, una reciente jerarquía de poderes ordenados en edificios estatales; aquí, en las granjas, unos pocos rastros de fidelidad al tiempo ido; fragmentos de dignidad cívica en los pueblos más pequeños; aquí, la sangrienta irrupción de bandas brotadas de la edad de piedra, gobernadas por un jefe con cachiporra; allí, los frágiles comienzos de adaptación al gobierno autónomo y al poder piramidal de las industrias. Seguramente, podían encontrarse las palabras para proyectar ese instante de pensamiento claro sobre una pantalla, para que todo el mundo lo advirtiera. Había pensado, primeramente, como soñando; luego vendría el hallazgo de las palabras.

A eso del mediodía me levantaba, insatisfecho aunque feliz, me ponía el traje de baño y me iba junto a la fila de villas color caramelo, bajo las susurrantes palmeras, hacia la playa. Los niños corrían a mí, dando cabriolas, y todos nos poníamos a hacer castillos de arena con fosos y lagunas, para hacer flotar allí nuestros botes. Luego nos zambullíamos, chillábamos y chapoteábamos en las olas bajas de los bancos de arena, junto al arrecife, y cuando el sol comenzaba a pesarnos nos sentábamos, en círculo, a

almorzar a la escasa sombra de un grupo de palmeras, y después nos íbamos a casa a descansar, a tendernos, a sestear en nuestras camas. Ni siquiera los niños reñían, Grace afirmaba su salud y todos nos queríamos...

... Trata de asirse de esos recuerdos, en la obscuridad, junto a la muchacha, angustiado de haber nacido. «Acaso sea nuevamente culpa mía, Elsa. Creíste encontrar un hombre triunfador, en la cúspide de su carrera. Y te ha bastado una tarde para darte cuenta de que tienes a un fracasado entre tus manos».

El recuerdo de la felicidad punza dolorosamente como el nervio en un diente que está enfermo. ¿Cómo puede hallarse aún ahí? No se atreve a despertarla. No se siente capaz todavía de soportar su conversación. Se levanta y va a golpetear con los dedos en la ventana.

No sopla viento. El vaho de la calle vacía es fétido, rancio. A intervalos, en la calle, debajo de la ventana, brillan los faroles como las luces de una cárcel.

Un gran ruido rasga de súbito el silencio. Ro se estremece y luego sonrío. Trata de cuidar sus nervios. Sólo es un gallo, cerca de la ventana. El gallo vuelve a cantar. No es el único despierto en la ciudad, piensa Ro. De nuevo se desliza cuidadosamente en la cama. No soporta la idea de despertar a Elsa; no todavía. Primero tiene que dominar sus nervios.

Trata de pensar en su vida con prolijidad y certeza.

—Fracasé —revienta la palabra en la mente de Ro, como una campana trizada.

Ro permanece inmóvil al borde de la cama. Sus manos tiemblan menos. Se siente más fuerte. Cuando se ha enfrentado uno con el fracaso, comienza a dominarlo. El gallo canta otra vez, y ahora es una cadencia agradable en el alba. El cielo empieza a brillar alrededor de las fortalezas que rodean la ciudad al sureste. Con el amanecer vendrá la brisa del mar. Trata de dormir un poco. Pone la cabeza en el hueco de su brazo.

—Tendremos que esforzarnos —le murmura, sin sonido alguno, a Elsa. Hoy sabré cómo hacerte feliz. Ambos somos unos pobres náufragos. Tal vez podamos ayudarnos mutuamente. Con tu felicidad reharé la mía...

La tarde en que Roger tuvo la noticia de que su hijo Joe fue muerto al suroeste del Pacífico, yo me hallaba en Arlington, ayudando a Herman Boggs a arrancar camotes en su huerto de guerra. Se mostraba orgulloso de él, por lo general. El secretario era un hombre ancho, de cabello gris, erizado en su cabeza calva y morena. Lo encontré metido en un enorme casacón azul, sudando como una fuente mientras empujaba uno de esos arados Planet Junior de una rueda por sobre la tierra dura y roja. Era un milagro como había conseguido esos camotes en medio de tal arcilla.

—Ayúdame un poco, Roland —me gritó apenas me vio ante la entrada.

Empujaba refunfuñando. Maldecía espantosamente cuando su pequeño arado se metía entre los tubérculos.

—Cuidado —chilló cuando mi azadón chocó con uno. Cada vez que malogras un camote, son muchas calorías menos en la despensa nacional.

Herman Boggs iba ya por la sesentena. Era recio y estaba rojo por el esfuerzo. Temí que de repente le diera un ataque. Me sentí aliviado cuando lo vi sacar el viejo reloj, semejante a un nabo, de uno de los bolsillos del casacón, y decirme entre resoplidos:

—Basta por hoy. Mejor será irse a casa a darse una ducha. Conversaremos por el camino... Pero primero tengo que sacar esto. Dame dos de esos sacos.

Puso todos los tubérculos buenos en uno, y en el otro los malogrados.

—Llévate esto a casa, Roland —me dijo con un gesto de su mano gorda, en rasgo de desmedida generosidad, al pasarme un saco casi lleno de malogrados camotes. Y lanzó una de su abruptas y resquebrajadas risas.

Transportamos los dos sacos de camotes pasando ante una fila de casas de guerra casi terminadas, donde nos aguardaba el negro automóvil oficial. El coche tenía escrito en la portezuela: «Fish and Wildlife Service». Herman había ido delante de mí, con su saco al hombro. Me esperó hasta que llegué, para que no dejara de advertir el hecho de que enviaba al garaje el coche gubernamental.

—Me vas a llevar a casa en tu coche —me dijo en su tono perentorio. Así ahorraremos gas...

Pusimos los sacos en el asiento trasero.

—Esto constituye, precisamente, un ejemplo de lo que he estado diciendo. Ésta es la historia que yo quiero que escribas. En tiempos de guerra y economía, lo que cuenta es el cúmulo de pequeñas cosas. Como sabes, la economía ha sido mi *hobby* la vida entera. Algo tengo que saber de eso ahora.

Todavía resoplando, jadeando, se sentó a mi lado y estiró las piernas.

—Y ahora que hablamos de las cosas pequeñas —me chilló de súbito— voy a hacerte honradamente una pregunta, y quiero que me contestes con honradez. ¿Es

amigo tuyo el tal Wells Hartley?

Contesté, vacilando, que difícilmente podía considerar a Wells Hartley como amigo mío. Wells Hartley era una institución. Y un hombre no puede ser amigo de una institución.

—Pues has de saber, por lo que a mí concierne, que es la basura más endiabladamente mugrienta que he conocido en mi vida.

Pronto me hizo admitir que había leído la columna ofensiva. El solo hecho de haberla leído me envolvía en la culpa de Hartley. Cuando me detuve, a causa de una señal del tránsito, le miré y vi sus ojillos llenos de sospechas fijos en mí. Cada vez que yo trataba de proseguir la charla acerca de la economía de guerra, mientras lo llevaba por la ciudad, volvía a hablarme de ese miserable bribón que era Hartley. Ese despreciable agujero de trampa llegaba muy cerca ya del sabotaje al esfuerzo de guerra. Iba a enviar el artículo al Departamento de Justicia para que diera su parecer.

Habíamos llegado a la casita de Herman, de apariencia suburbana, en una de las indescriptibles callejuelas cercanas a Connecticut Avenue, más allá del viaducto de Rock Creek. Se bajó rezongando acerca de que tomaría una ducha. La señora Boggs no pareció muy contenta de los camotes.

—Nunca me han gustado gran cosa —refunfuñó.

Mientras esperaba que el secretario terminara de ducharse, recibí la llamada de Grace.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Se trata de Roger —me dijo. El joven Joe Thurloe fue muerto durante los primeros minutos del desembarco de Bougainville. Las palabras de Grace me dieron la sensación de caer en un ascensor. El único hijo. Lo más que él quería en el mundo. Roger viene acá. Creo que querrá verte.

Encontré ahí a Roger cuando volví a casa. Grace le había hecho té. Permanecían sentados ante sus tazas de té en uno y otro extremo de la angosta salita tapizada de papel amarillo.

Roger se levantó cuando entré.

—El problema está en cómo decírselo a Alicia —me dijo Roger sin mirarme. Hablaba rápidamente como si discutiera algún problema de la organización de los préstamos. Estaba ya tanto mejor. No queremos que vuelva atrás.

Dio unos pasos y apoyó las espaldas en la chimenea. De pronto me miró de frente. Se mordía los labios para impedirles que temblaran.

—Los dos tienen que perdonarme —murmuró—; no hay nadie más con quien pueda hablar de esto... Ustedes conocen a mi hermana Jane, que es encantadora en muchos aspectos; pero siempre se ha mostrado tan contraria a Alicia.

Ni Grace ni yo supimos qué decir.

Cruzó la sala y se dejó caer cansadamente en su silla. Tomó, de manera mecánica, un sorbo de té, como si estuviera ardiendo, aunque ya el té estaba frío.

Después de haber apartado cuidadosamente la taza y el platillo, en la mesa de uno

de los rincones de la sala, dijo:

—Acaso lo que me protege en mi cargo público es no tener tiempo para mi vida privada. Se va alejando, alejando, alejando, y de repente ya no existe.

Aunque Grace rara vez fumaba, había encendido un cigarrillo. Comenzó a andar de arriba abajo, echando fuera el humo en bocanadas inexpertas. Cuando levantó una mano para apartar de sus sienes el cabello advertí por primera vez una raya gris en las ondas rubias de encima de su oreja rosada. Esto me golpeó en el corazón.

—Roger, ¿dónde está ella? —le preguntó Grace como distraída.

—Por lo que supongo —contestó Roger en el tono de estar comprobando algo ante un comité del Congreso—, debe de estar en la casa. Habíamos pensado comer en alguna parte, ya no recuerdo dónde. Desde que volvió del sanatorio, nuestras relaciones han sido puramente formales. —De súbito hubo un amargo apasionamiento en su voz. Creo que nunca va a perdonarme esto.

Al mirar a Roger le vi la cara contraída. Iba, sin duda, a llorar.

—Excúsenme —dijo, dio media vuelta y salió de la sala. Siempre tenía ese curioso modo fuerte y rápido de andar. Sentimos cerrarse la puerta del baño, en el vestíbulo de abajo.

—Nadie puede tener tanto dominio de sí —murmuró Grace. Va a matarse y es demasiado valioso para que se pierda.

Puso su mano en la mía, en uno de sus gestos de muchachita:

—Mejor será que vayas a atisbar qué sucede por allá... Dale algo que beber, o cosa así...

No venía ruido alguno del baño, de manera que me senté junto a la lámpara de pie para examinar mis notas de la entrevista con el secretario Boggs.

Cuando regresó Roger, no pareció advertir la ausencia de Grace.

—Ro —me dijo súbitamente, como reanudando una charla anterior—, mucho me ha servido su viaje a Inglaterra, porque los artículos que escribió son excelentes. ¿Qué tal si se hace lo mismo para la guerra en el Pacífico? Ahora se puede ir sin que haya mucho peligro de parte de los japoneses.

Me explicó que podría enviarme como un V. I. P., pero que pensaba que mucho más podría obtener si fuera como corresponsal corriente. Necesitaba un hombre que le informara claramente acerca del ejército y las multitudes.

—No puedo permanecer a obscuras —exclamó.

Había tratado de ponerse dentro de los puntos de vista de todos esos muchachos, en su último viaje, pero no había tenido tiempo. No importaba tanto ver sólo a los personajes de importancia —tenían sus sentimientos y flaquezas lo mismo que los GIS—; pero no había habido tiempo, justamente. Después de todo, su quehacer consistía en enfrentar las dificultades. Necesitaba estar informado acerca de la moral. La moral tiene mucho que ver con los obstáculos.

Cuando le decía que me hallaba deseoso de ir, porque ya había terminado mi compromiso con los editores, pero que problemas familiares me mantenían atado,

entró Grace en la sala, sonriendo con una crispada sonrisa.

Como si se encontrara en su despacho, Roger terminó lo que tenía entre manos antes de pasar al nuevo ítem:

—Véalo bien, Ro —dijo. Un par de meses fuera y un par de meses en casa. Y déjeme ver qué puedo hacer yo. Luego se volvió, sonriendo, a Grace. ¿Qué tal? —dijo.

—Los hombres deben saber ya que las mujeres no necesitamos que nos cuenten cuentos —dijo Grace. Aunque trataba de ser chistosa, había cierto rencor en su voz. Por cierto que Alicia ya lo sabe. Y se pregunta si usted quiere ir a esa comida o no. Es con el Presidente de la Corte.

—¿Le dijo usted que yo estaba aquí? —preguntó Roger levantándose bruscamente.

Grace se encolerizó.

—¿No entiendo, Roger? No había para qué engañarla.

Cuando Roger se marchó, Grace se apegó a mí y me acarició la mano con ese cariño confiado que le era habitual.

—Pobre Alicia —murmuró—; era como un reloj al que se ha dado mucha cuerda. Y ésta se ha roto. La muerte de Joe puede realmente convertirse en un alivio para ella tras esa constante ansiedad de los últimos dos años. Supon que se tratara de Chips. ¿No somos todos unos brutos egoístas?... Pero lo siento por ellos.

Puso su cabeza contra mi pecho.

—Hazme sentirme fuerte, Ro; estos tiempos son tan espantosos. Si hubiera sabido esto cuando los niños nacieron, realmente creo que no hubiera tratado de criarlos.

La abracé y vi que me miraba bañada en llanto. Reprimió un sollozo.

—Roger y Alicia son tan inflexibles; no es extraño que Alicia se venga al suelo de vez en cuando. Me sucedería lo mismo —prosiguió con voz áspera. Pero, Ro, yo los admiro mucho a ambos, y los quiero... Alicia me miraba con ojos exaltados, que daban miedo. Parecía, en medio de su pena, como enorgullecerse con eso. Lo único que dijo fue: «Esto completa el círculo del infierno».

Traté, esa noche, de comunicarle a Grace mi viaje al Pacífico, una pequeña gira como corresponsal; pero no pude. Vimos en el diario, a la mañana siguiente, que el secretario adjunto de Marina y la señora Roger Thurloe habían asistido a la comida del Presidente de la Corte.

—Yo no quiero ser nunca una heroína —fue el comentario de Grace. Tampoco trates de serlo tú, Ro.

Varios meses transcurrieron antes de que pudiera emprender el viaje. Me había comprometido a hacer una serie de artículos acerca del esfuerzo de guerra interno y debía, antes, terminarla. Las pocas veces que vi a Roger en ese tiempo no disimuló su disgusto de que demorara tanto en irme. Cada vez que me vio me dijo lo mismo:

—Mire, Ro, mientras combatimos debemos establecer los fundamentos de ese mundo que deseamos tener una vez hecha la paz. Éste es un asunto en el cual no logro que nadie se interese en esta ciudad..., pero tal vez se haya hecho algo más de lo que creemos... desde sus comienzos, inconscientemente...; es deber suyo averiguarlo...

Por fin llegó el día de volar hacia San Francisco. Grace me condujo al aeropuerto. Siempre creí que Grace era una excelente persona; pero me parecía que todo lo tomaba ahora de modo extraño, mi viaje y lo demás. Podría pensarse que se trataba, entonces, de que le desagradaba mi viaje. Era a causa de los niños, me decía. Chips tenía quince ya. Acababa de salir de otro internado. Falta de disciplina. Ninguna aplicación en sus estudios. Grace iba a ponerlo en una escuela de verano que había descubierto y lo vigilaría personalmente. Su idea era de que debía quedarme y ayudarla. El próximo invierno sería el de su triunfo o su fracaso completo. Le dije que mejor sería que yo me hallara lejos. Tendría ya el sentido de la responsabilidad que se adquiere al ser el hombre de la familia. Discutimos el asunto durante semanas sin llegar a un acuerdo. Grace demostraba cierta irritación que no le era habitual.

Cuando el momento de mi partida llegó por fin, todo eso lo teníamos olvidado. No pensábamos sino en cuánto nos gustaba estar juntos y cómo nos entristecía la separación. Era una hermosa tarde de verano y esto fue peor para nosotros. Grace me dijo, meneando la cabeza, que tal vez trabajaría. Se cansaba de estar ociosa.

El avión se atrasaría una hora, de modo que decidimos que más convendría que se fuera a casa para cuidar que comiera Chips y no se echara a vagar en vez de hacer sus tareas. No fue ella, pues, la que me vio partir; la vi yo. Permanecí ahí vestido con mi uniforme nuevo, viéndola alejarse, mujercita muy tiesa ante el volante de su coche abierto, convertible, con un sombrerito azul muy ladeado sobre su cabellera rubia que se ponía gris.

Nunca en mi vida sentí más amargamente apretada la garganta que cuando me dirigí al mesón del aeropuerto, con la pesada maleta que me golpeaba, al caminar, la pierna.

Luego vino el agrado del largo vuelo nocturno y el comienzo de la lectura de *La Guerra y la Paz*, por tercera o cuarta vez, y la llegada a San Francisco en la mañana fresca y nublada. Subí en el funicular el Cerro del Telégrafo y comí orejas marinas en el Muelle de los Pescadores; luego bajé hacia el barrio chino y me dirigí al Top of the Mark. Allí me senté solo, pensé, bebí, contemplé la bruma opalina que se cerraba sobre la ciudad, y la Puerta Dorada y la bahía.

No podía resignarme a no tener a Grace a mi lado. La llamé a larga distancia para explicarle cuánto la echaba de menos. Procuré describirle esa condición especial de la ciudad, que daba cierto sabor a las más triviales atracciones para turistas. Su voz en el fono, me sonaba extraña y distante. Parecía un poco desagradable que tratara de interesarla por esas lejanas trivialidades de la vista, de los sonidos y los olores. Cuando colgué me sentí muchísimo más deprimido que antes de llamarla.

Sumido en mi soledad, tomé un auto hacia la ciudad baja para ir al edificio en que hallaría el bus de la Marina.

Un corresponsal, realmente, llevaba una vida amable en la guerra. Una vez acreditado se convertía uno en huésped público de los servicios de las fuerzas armadas. El ancho mundo, excepto en aquellas secciones del globo aún ocupadas por el enemigo y el jirón del norte de Eurasia, todavía bajo el influjo que nos permitía llamarlo nuestro aliado, era nuestro para recorrerlo con nuestras indagaciones. Salvo el trago en los clubes de oficiales, todo era gratis. Llevaba conmigo un certificado de Roger que, una vez conocido en los círculos navales, demostraba que su departamento se interesaba porque yo viera cuanto se podía permitírseme. Era como una alfombra mágica a mi disposición. Si la Marina no podía algo, lo podía el Ejército: sí los dos fracasaban, quedaban las fuerzas mixtas navales. Siempre, durante mi vida entera, viajar me pareció algo delicioso.

No pude dejar de sentirme algo aturdido ante todas las posibilidades que tenía por delante, mientras amarraba mi cinturón en el asiento civil, confortable, del cuadrimotor que me llevaba a Pearl Harbor.

En tanto iba, soñoliento, en mi vuelo sobre el océano, sostenía dos secretas conversaciones. Una, con Roger, acerca de los fundamentos de que me había hablado, los fundamentos de la paz venidera. Otra, con Grace. Para Grace reservaba todas las rarezas humanas, la entonación especial del oficial de comunicaciones cuando pronunció la palabra Cincpac, verdadero abracadabra, al entregarme mis órdenes de viaje, y el enorme alivio que sentí cuando el avión se abría camino por la bruma del océano hacia la luz de una luna apresurada y observaba yo la sombra del avión que desnataba el piso plateado de las nubes a nuestros pies.

El primer día en Honolulu todo lo vi como a través de una niebla adormecida. Los motores del avión zumbaban aún en mis oídos. Contra un telón de fondo de hierbas brillantemente verdes, de helechos abundantes, de techumbres de tejas rojas de los edificios blancos o color de ante, de las oficinas construidas a la diablo, repletas de máquinas de escribir, de mapas, de boletines se movía una inagotable variedad de rostros. Todos los cuerpos estaban uniformados de caqui. Las mismas camisas abiertas en el cuello. Las gorras eran uniformes. Los hombres vistos pertenecían a todos los rangos, desde el general o el almirante al sargento o el suboficial. Jóvenes, viejos, de edad mediana, venían de todos los caminos de la vida americana. Lo que me impresionó ese primer día fue la apariencia de perpleja determinación de todo el mundo: «¿Cómo vine a dar en esto?».

Sin debilidad ni desaliento, sin embargo, todos los equipos se las arreglaban perfectamente. Un hombre aquí o allá aprendía a hacer su trabajo admirablemente bien. Las organizaciones comenzaban a marchar. La expresión de los rostros era la que acostumbradamente veía yo en Roger Thurloe, cuando hablaba de resolver los

obstáculos. La expresión de los dibujantes de mapas. Expresión de ingenieros.

La guerra es una empresa industrial, comenzaba a decirme.

Y amigos y conocidos. Por todas partes encontraba a gente no vista desde hacía años: muchachos que conocí en la escuela, compañeros con los que fui a la Universidad, los verdaderos comisionistas de que uno se vale para comprar su casa en Georgetown, periodistas con quienes se relaciona uno en las partes más diversas. Toda América parecía converger en Pearl Harbor.

Fue inevitable en semejante medio que apareciera George Elbert Warner. Ya se había convertido en uno de los principales corresponsales de guerra. Anchísimo, venía cargado por el vestíbulo del hotelito a que acudí en Waikiki, mientras aguardaba yo que me mostraran mi cuarto.

Se había tornado en un hombre enorme. Tenía roja la cara y sudaba. Su gruesa nariz mostraba peladuras de sol. Su amplia faja parecía desmesurada a causa de las bolsas, los anteojos de larga vista, las pistolas y las cartucheras que le colgaban en todas direcciones. Llevaba un rollo de lona bajo el brazo, y algo así como una lanza salvaje en la mano.

—¡Ro! —aulló apenas me puso los ojos encima. ¡Qué tal, hijo de perra! Te decidiste, por fin, a sacar de tu silla de Washington ese gran burro que eres. Ya era tiempo... Tomémonos un trago.

Tras una serie de maldiciones y de afanarse contra las ataduras de una de sus bolsas, logró extraer una botella de whisky del enredo. Arrancó el corcho con los dientes y me tendió la botella.

—Tómame un buen trago. Pareces medio muerto. ¿No puedes más, eh?

Luego se volvió a rugirle al hombrecillo de pecho hundido que se hallaba tras de un escritorio.

—Quiero la pieza más grande de la casa y el baño mejor... George Elbert Warner, ya debes haber oído mi nombre. Vengo del sudoeste del Pacífico. No me he bañado desde antes de nacer.

El empleado se volvió a él con aspereza.

—Cada cosa a su tiempo, señor —dijo. Tengo que mostrarle primero su cuarto a este caballero.

Nada impidió a George Elbert que nos siguiera por las escaleras, haciéndonos tropezar con la punta de su lanza mientras murmuraba con su vozarrón acerca de las crujías pasadas en Lae y Salamau. Pelear en Nueva Guinea era como pelear en la luna. La más inconcebible, endiabladamente inhóspita y condenada de las tierras vistas por él en el mundo. No era en absoluto extraño que los nativos fueran unos subhombres. «Esa isla no es para gente alguna».

Como lo había dicho George Elbert, me sentía medio muerto. En tanto me desnudaba y me metía bajo la ducha, George Elbert caminaba a grandes trancos por la pieza, desenvolvía sus recuerdos, desenrollaba el atado de lonas, desparramaba sus cosas y me leía trozos de comunicaciones que había estado discutiendo con los

censores.

—Supongo que vienes para informar de la guerra contra el Japón —George Elbert metió su enorme cabeza despeinada en la sala de baño en que, después de la ducha, estaba yo enjugándome. Bueno, lo mismo hice yo, ¿y qué he visto? He visto a la armada contra el ejército. He visto a los soldados de marina contra MacArthur. ¿Van esos demonios a quemarse contra Mac? Tú creerías que se siente el mismo Yamamoto. Y medio mundo discute con el otro medio. Aquí tienes a George Elbert Warner riñendo con la censura. ¿En cuál de esos frentes quieres meterte primero?

Salí en mi bata de baño y le dije firmemente a George Elbert que no quería meterme en ninguno, al menos hasta mañana.

No me había acostado durante dos días, estaba hasta la coronilla de impresiones y me iba a dar una siesta. ¿Por qué no trataba de asegurarse de que tendría un cuarto?

—¿Por qué ese condenado 4F no ha vuelto? —George Elbert se marchó rugiendo por el corredor. Cerré la puerta y me eché a la cama para descansar un poco antes de la cena. Era el crepúsculo. Una brisa agradable venida de las montañas agitaba el follaje ante mi ventana. Pude oír los «mynas», pájaros que amodorrados, graznaban y silbaban en los árboles. Cerré los ojos e inmediatamente me dormí.

Permanecí en Honolulu mucho más tiempo del que pensaba, perdiendo mis horas en las oficinas provisionales de Pearl Harbor, que parecían enormes gallineros amontonados en los cerros. Hablé con los hombres que allí se pasaban los días organizando el curso de las navegaciones de los barcos que venían al Pacífico desde todos los puertos de Norteamérica. Los observé diagramando los caminos marinos de abastecimiento en sus grandes mapas azules. El curso de cada LST, de cada petrolero, de cada destartalado barquichuelo con municiones o alimentos tenía que ser establecido de antemano. La partida de las naves desde la costa del Atlántico debía ser cuidadosamente estudiada para no obstruir el Canal. El consumo de petróleo, el de alimentos, el estado de los calcetines de los marineros, todo tenía que ser calculado, fijado en cuadros, reducido a promedios posibles. Las complicaciones de la operación crecían en proporción geométrica con la distancia que debía recorrerse. Y ahora que las fuerzas de MacArthur salían de Australia y la marina se internaba más y más en el Pacífico, las fuerzas de combate se hallaban a medio mundo oceánico de sus bases.

Era la distancia lo primero que se había de conquistar. Ante el problema del abastecimiento, el de la acción del enemigo comenzaba a parecer casi desdeñable.

No fue acerca de eso lo que escribí a Roger. No podía ser novedad para él. Ya había pasado su vida entera fomentando la producción de esos ríos de petróleo, explosivos, quincallería y raciones en conserva que, eventualmente, abrumarían al enemigo en los más remotos teatros de guerra. Lo que él deseaba saber era cerca de la gente. Llené mis cartas a Roger con la gente que veía entretanto.

Las islas hawaianas eran una revelación.

Fuera de haber meneado la cabeza lamentando la explotación del azúcar y el ananá tal como la describían los semanarios liberales, nunca había pensado en esos volcanes verdes, en esas bahías azules arrancadas del Paraíso, desde que, de niño, leyera los Viajes del Capitán Cook. Ahora me encontraba con que eran una especie de capital del Pacífico.

Fue George Elbert el que me puso en la pista de lo que escribí, especialmente para Roger, como la historia «real» de Hawaii en tiempos de guerra. A pesar de su tumultuosa agitación, George Elbert poseía un olfato extraordinario para advertir la gente de primera clase. La noche anterior a su vuelta a los campos de guerra, fui a su cuarto a beber una copa antes de la comida. Apenas asomé en el umbral me presentó a un hombre rechoncho, moreno, de gran cabeza con pelo gris muy corto. George Elbert me lo presentó sucintamente como el más grande de los maoríes vivientes. Resultó que *Sir James Hawkins* era el famoso antropólogo. Había venido de la Universidad de Nueva Zelandia a dar un curso en la Universidad de Hawaii, y se hallaba de consejero de la restante escuela de la Marina. Hablaba con acento de Oxford, pero su conocimiento de los isleños del Pacífico estaba muy lejos de ser académico. Antes de que yo llegara le había estado enseñando a George Elbert cómo hacer fuego con bostas y cañas carbonizadas, como lo hacían los hombres de Fiji. Hablaba todas las lenguas; conocía todas las plantas y los vientos y las corrientes oceánicas; parecía haberse hallado como un náufrago en cada atolón.

Después de algunas copas, que no bebió *Sir James*, porque manifestó con socarrona sonrisa que prefería la leche de coco, nos fuimos a la ciudad.

Comimos en un restaurante cantonés con un comerciante chino, amigo de *Sir James*. Había un joven hawaiano al que *Sir James* se dirigía con insistente sorna, parte en inglés y parte en lo que parecía una sucesión de dialectos polinesios, por haber olvidado su lengua materna. Después de la comida fuimos a visitar a un abogado japonés, conocido de *Sir James*, y que era miembro de la legislatura territorial. Se había graduado como abogado en Harvard y conocía los Estados Unidos como la palma de sus manos. Habló franca y sencillamente de la tragedia sufrida por los japoneses en California, metidos en campos de concentración, tras un ataque histérico de parte de las autoridades gubernamentales. Habló irónicamente pero sin amargura.

—Nosotros, en Hawaii, hemos sido más realistas. Hemos comprendido que nuestra población japonesa permanece firmemente leal al estilo de vida americano. Están con el Estado —dijo con ancha sonrisa. Los americanos no conocen su propia fuerza... No saben cómo otros pueblos anhelan las oportunidades ofrecidas por su estilo de vida.

—Eso es lo que América tendrá que aprender —dijo *Sir James*.

Yendo por la ciudad en un coche abierto de turismo, *Sir James* hizo una defensa de los primeros misioneros americanos. Su credo cristiano había sido una liberación auténtica para los isleños, metidos en la camisa de fuerza de la superstición y las

tradiciones.

—Miserables, hipócritas —gritó George Elbert. Que me traigan cuando quieran al hechicero del pueblo.

—Mi querido amigo —respondió *Sir James* con el acento más oxfordiano—, usted no los conoce como yo los conozco. Yo soy el hechicero del pueblo.

Sir James nos llevó a un baile en la Universidad de Hawaii. No era un gran baile y la concurrencia era mezcladísima. Se realizaba en una sala con cortinas, y una muralla abierta que daba directamente a un campo de césped iluminado por faroles japoneses.

Susurraban las palmeras en la brisa venida de las montañas. Yo me coloqué cerca de *Sir James* al borde de la pista de baile, observando las tostadas parejas vestidas con trajes luminosos. Con un agrado de coleccionista me fue señalando las diversas características raciales. Había toda clase de tipos europeos del Norte, rubios, morenos y pelirrojos, unos pocos judíos, por aquí y por allá algún negro o mulato. Había una pareja de jóvenes que pertenecían a una de las razas más oscuras de la India. Se veían algunos portugueses, hijos e hijas de los campesinos y pescadores portugueses que todavía se encontraban en la clase social ínfima, como me lo explicó.

—El peor situado es el que llega último. Siempre es así —me dijo con su risa rechinante.

Me señaló diversas mezclas de sangre europea con china o japonesa, o con ambas y a veces con algo de sangre polinesia.

—Éste es un crisol, mucho más que Nueva York; pero ustedes, mis queridos americanos, no parecen tener la menor idea de lo bien que lo han hecho... A mi parecer, de este crisol puede salir el futuro del Pacífico.

George Elbert se había tomado ya, de mi brazo y me decía, bajito:

—Por amor de Dios, vámonos a dormir. —Tenía que estar en John Rogers a las 5 A. M.

Ya en su cuarto, repleto de confusos montones de bagajes a medio empaquetar, se burló —tras un último trago de whisky— de toda esa cháchara de sociología y economía. Qué estúpida manera de ver una guerra. Lo que hay en una guerra es pelea...

—Eso es lo que no se puede ver en ningún otro tiempo: soldados que pelean. Bostezaba.

—¿Qué te apuesto a que ese estúpido 4F nocturno se olvida de despertarme?

Cuando me despedía, me estrechó fuertemente la mano:

—Ro —me dijo de prisa—, si me tienden por ahí... Ya sabes, no puedo preverlo... Bueno: que tú y Grace sean buenos con María...

Había una auténtica ternura en su voz.

—Mis saludos a la infantería —dijo inclinándose y dio un portazo cuando yo bajaba.

En mi cuarto, traté de permanecer despierto largo rato para garabatear una carta a

Roger. Tenía que referirse a la moral, muy bien, pero no a la moral militar. Podría ser el fundamento de que me había hablado, las bases de un ordenado mundo por venir del Pacífico. «Dilo concretamente». Me parecía oír la voz de Roger, impaciente, preguntando. Tenía muchísimo sueño. Escribí unas pocas palabras para Grace y me metí a la cama.

Me sentí solo una vez ido George Elbert. Cada día le escribí a Grace, hablándole de los «mynas», de la comida hawaiana, de las cascadas, de la playita que tanto alababan en Waikiki, de un perro amigo llamado Hannah y otras cosas que, a mi juicio, no herirían el criterio de un censor. Sus cartas, en cambio, eran breves y cómicas, como de costumbre, pero me dejaban a obscuras acerca de cómo lo iba pasando con los niños. Tenía un cargo de secretaria en una oficina gubernamental, pero no decía dónde.

Cuando, por fin, tomé mi hidroplano hacia el oeste, para ir a Guam, mi impresión era de que ya estaba rota la cuerda que nos unía. No tuve más cartas hasta mi regreso a Pearl. Yo me prometía hallarme de regreso en casa para Navidad.

Fue un vuelo agradable, en asientos mullidos. Pasamos parte de una noche en una isla cuyo nombre he olvidado, apenas un aeródromo y unas pocas barracas y cobertizos; podía haber sido en el Medio Oeste, en alguna parte ignorada, donde en vez de vernos rodeados de praderas lo estábamos, por todos lados, por las aguas sin fin del Pacífico. La noche se hallaba inundada por la luna. No había nadie en la isla, salvo un escuadrón de soldados de marina, algunos aviadores, unos pocos mecánicos y hombres encargados de la custodia de cuanto allí había. Ni una mujer en miles de millas a la redonda. Mientras estaba tendido en mi catre, en el dormitorio, tratando de dormir y escuchando el extraño graznido de unas gaviotas amontonadas en la playa, pensaba en Grace. Su ausencia era un dolor tan real como el tener quebrada una pierna. Ahora entendía lo que querían decir los GI cuando aseguraban que eran tan felices como una roca y cuando alababan tan desmesuradamente a ciertas muchachas. Pero yo tenía que zarpar al otro día. Y esos muchachos se quedarían ahí mientras durase la guerra.

Al llegar a Guam, un joven texano me condujo en un jeep desde el aeródromo a través del paisaje patas arriba de una isla tropical despedazada por el bombardeo. Lo que quedaba de las derruidas chozas bardadas, de los rastros de avenidas de papayos y bananos y agujereados maizales, era aplanado por máquinas y rastrillos manejados por los sirvientes del aeródromo. El chofer señaló una tienda parda en lo alto de un cerro, mientras el jeep cruzaba un riachuelo de barro colorado.

—Aquí hospedamos a los corresponsales —dijo. Ayer derribaron a cuatro japoneses, en la noche... La isla está repleta de ellos todavía —agregó riendo mientras trepábamos.

Lo primero que oí cuando me detuve a la sombra de la tienda, para protegerme del sol feroz que le golpeaba a uno en la cabeza como un palo de béisbol, fue la robusta risotada de George Elbert Warner. Apenas amontoné mis cosas en un catre

vacío seguí la voz, que se confundía con el rumor de las duchas. Iba y venía tras unas cortinas parduscas que protegían a los bañistas. Farfullaba acerca de un endemoniado desembarco, con otros tres hombres que se jabonaban bajo la ducha.

—La batalla de los dos Smith es como puede llamarse a eso...; la desavenencia entre el ejército y los soldados de la marina nos cuesta unas mil bajas...

Salió de la ducha completamente desnudo, blandiendo una toalla sucia ante su cuerpo macizo.

—¡La puerta!

Cargó contra mí cuando me asomaba en busca suya.

—Roly, la piedra rodante —gritó, golpeándome los hombros. Perdón. Tengo que esconderme antes de que esas malditas enfermeras del hospital saquen sus anteojos de larga vista. Bien, Ro —retrocedió, dándome una mirada de enojo—, te las arreglaste para perder el mejor espectáculo desde Tarawa... Creí que había visto un combate, pero en realidad no he visto ninguno antes del que hubo en Saipán. —Hablabas mientras se ponía el uniforme caqui sudado. Conviene que te des una ducha mientras haya agua... Ésta es la primera ducha que tomo en tres días... Estás ahora, muchacho, en el mejor desembarcadero. No estás en la Posada del Hibisco en la playa de Waikiki.

Tras una ducha y un frugalísimo almuerzo de raciones recalentadas que disputamos con las moscas en la tienda-comedor, George Elbert y yo partimos a explorar la isla recién recapturada. Se las había ingeniado para tener un jeep con un PRO teniente de sonrosadas mejillas, para manejarlo. Había colgado a sus espaldas un rifle japonés que trajera de Saipán como recuerdo. Los bolsillos de sus pantalones estaban repletos de municiones japonesas.

—Pensé que podía mandar al diablo a uno de esos bastardos amarillos —dijo meditativamente, golpeando el cañón de su arma, cuando bajábamos el cerro.

La tarde era calurosísima. Había llovido mientras almorzábamos y de nuevo llovía mientras nos bamboleábamos en el jeep que iba rajando el barro de lo que antes fuera un viejo pueblecito español frente al océano. Montones de desperdicios a ambos lados del camino estaban atrapados por techumbres de zinc retorcidas, enroscadas como gigantescos alicates. Por aquí y por allá, piedras cuidadosamente labradas de restos de una antigua vivienda española se veían enhiestas con toda dignidad. Dondiegos del día florecían sobre ruinosas murallas. Donde hubiera una casa no del todo destruida o restos de una techumbre para amparar de la lluvia asomaba un racimo de rostros morenos y amarillos que nos miraban.

—Los malditos chamorros —rezongó George Elbert. Apuesto a que nos sonrían...

—¿Y por qué no? Se consideran americanos desde la guerra hispano-americana —murmuró el pequeño PRO, al que George Elbert insistía en llamar Junior.

—Que nos deje en paz con sus chamorros. Yo lo que quiero es tender a un nipón —farfulló George Elbert.

A pesar de la oposición de George Elbert, Junior insistió en que entrevistásemos a los miembros del gobierno militar y visitáramos un hospital civil. Nos presentó al cura de la parroquia bajo la techumbre de una capilla hecha de estera, tras las ruinas de la catedral.

—¿Te figuras, Junior, que somos huéspedes reales? —preguntó George Elbert cuando regresamos al jeep. Próximamente vas a querer que pongamos una primera piedra. Deja a un lado el servicio social, Junior, por favor. Llévanos a ver una patrulla de soldados de marina. Quiero saber cómo se cazan japoneses en la selva. Sólo Dios sabe cuántos habrán cazado ya.

Junior nos llevó rápidamente a un campo de reposo de los soldados de marina, establecido en grandes avenidas de palmeras al otro lado de la isla. Barracas prefabricadas estaban construyéndose por todas partes.

Se hallaban jugando béisbol. Una fila de lanchones anfibios con ruedas, que en esos días llamábamos patos, servían de tribuna. Los asientos eran hileras de jeeps y de camiones. Parecía un lindo partido; el béisbol es acción, claro está, pero George Elbert dijo que no era la clase de acción que deseaba, de modo que le ordenó a Junior que bajáramos hasta una vieja carretera asfaltada, llena de baches, que parecía conducir al extremo norte de la isla.

De pronto el campo se vio solitario. Durante una guerra es frecuente que esa soledad aparezca antes de que uno se encuentre con el escenario de un combate. La carretera torcía a través de abandonadas plantaciones de taro y enmalezadas avenidas de bananeros. En un recodo del camino, de súbito nos encontramos con una patrulla de soldados de marina. Lo primero que vimos fueron las hojas con que chocaban, al andar, los cascos.

Salían de espinosos matorrales, al borde de la selva. Venían llenos de barro y sus rostros estaban grises por la fatiga. Sus camisas húmedas colgaban de sus hombros. Al llegar al camino, el sargento lanzó un grito, como latigazo, y se formaron en columnas. Frente a nuestro jeep los detuvo y les dio descanso. Vimos cómo se les desvanecía la apariencia ceñuda de podencos. Se volvieron con curiosidad a nosotros. Mírenme, todavía estoy vivo, era lo que parecía decirnos cada una de esas caras.

George Elbert había tomado su rifle y lo mantenía sobre las rodillas. Preguntó ansiosamente al sargento dónde podría encontrar un japonés.

—Trata de que no te encuentre él primero —le gritó un muchacho, al final de la fila.

El sargento explicó pacientemente que habían caminado durante ocho horas sin hallar ninguno. La mayor parte de los nipones salían en la noche a robar algo en los depósitos de abastecimientos.

—Cogimos tres la otra noche, tratando de meterse en nuestra película —chilló uno de los hombres.

George Elbert le ordenó a Junior que se pusiera en marcha antes de que viniera algún oficial y se le ocurriera detenernos. Caminamos y caminamos. No encontramos

japonés alguno; sólo el camino destrozado, más y más desierto. Por fin dimos en un pueblecito ante una hermosa y estrecha bahía azul rodeada de colinas herbosas. Parecía un mísero pueblecito, pero sin rastros de granadas. Cuando entramos en él no se veía nadie. Solamente un puñado de gallinas bantam que picoteaban entre las piedras. Nos detuvimos bajo un árbol frondoso en una plazuela empedrada. Frente al mar, ante nosotros, vimos un desconchado obelisco. Advertimos que marcaba el sitio en que se suponía que desembarcó Magallanes en 1521. Umanac se llamaba el lugar.

En tanto procurábamos imponernos del resto de la escalonada inscripción, en el pedestal, comenzaron a rodearnos los habitantes del lugarejo. Un hombre pálido, cara de rana, con camisa marinera, que hablaba bastante inglés, sintióse muy impresionado de que fuésemos corresponsales de diarios americanos. Nos invitó inmediatamente a su casa y envió a uno de los chicos descalzos en busca de bananas y tuba.

—¿Qué es ese viejo armatoste? —preguntó George Elbert, que había estado observando los cerros con sus anteojos de larga vista, en busca de algún japonés.

Anclado frente a la playa, en el agua verde y tranquila, clara y suave como un cristal, yacía el casco de un viejo barco de hierro, lleno de herrumbre. Nos pareció familiar su proa con espolón. Debía ser un viejo y desmantelado acorazado. Nos volvimos ambos, interrogativamente, a Junior. Y Junior sintióse tan cohibido que enrojeció.

—No debí traerles aquí. Es el viejo «Oregon»..., una de las cosas más secretas de Guam.

Era cuanto sabía. Probablemente se iba a emplear en alguna operación venidera. Nos rogó que no lo mencionáramos a ningún otro corresponsal.

George Elbert se encabritó en seguida. ¿Por qué tenían que velar ellos por la única historia de toda esa maldita isla? Eso iba a provocar otro altercado entre George Elbert Warner y el censor. Mientras nos sentamos a la mesa, bajo las enredaderas de frente a la puerta del hombre cara de rana, bebiéndonos su tuba y comiéndonos sus bananas, George Elbert atormentó a Junior con una descripción de la historia que iba a escribir. **«El último barco de la Gran Flota Blanca comprometida en una misión misteriosa... Fantasmas de marineros de otro tiempo pasean por las cubiertas de la vieja reliquia de la guerra hispano-americana... El último encuentro del “Oregon”»...**

George Elbert hostigaba a Junior.

—¿Supone usted que está realmente segura, o algún congresal levantará una verdadera tempestad por el abuso que puede hacerse de una reliquia histórica?

Junior estaba malhumorado hasta casi llorar.

—Si lo supiera, no se lo diría —declaró.

El pobre Junior era demasiado joven para recordar algo acerca del «Oregon»; pero George Elbert y yo le transmitimos viejos recuerdos de niño de su famoso crucero de Puget Sound a través del estrecho de Magallanes a la bahía Santiago.

Hasta yo me sorprendí divagando, sentimentalmente, acerca de un modelo de juguete que tuve del acorazado «Oregon», cuando chico, y que disparaba auténticas granadas por sus cañones. Nuestro huésped agregó historias que su padre le contara de combates con insurrectos en las Filipinas.

La tuba era copiosa y fuerte. Estábamos muy alegres cuando partimos de regreso al campamento. Nuestro huésped no nos dejó marcharnos antes de habernos mostrado un armario de madera carcomido por la intemperie, lleno de libros, bajo un arco enlucido de la plaza. Había varios anaqueles de mohosas novelas americanas, de Fenrod a Kenneth Roberts. Los lugareños las habían escondido religiosamente en sus casas durante la ocupación japonesa. Llamaban a aquello «el orgullo de Umanac».

Por el trayecto de vuelta, a medio camino del campamento de los soldados de marina y la tienda de la prensa, nos sentimos atraídos por los acentos de «Vacía el barril», que venían de una casa con techo de zinc en lo alto de una colina. No sólo había un piano, sino toda una orquesta y voces de GI que cantaban. Junior dobló resueltamente y se metió por el cieno oscuro, cerro arriba, resbaló junto a un seto espinoso y frenó frente a una larga mesa, con mantel blanco, adornado con hojas de espárragos y flores de hibisco.

Era un casamiento. Presidía el cura. Un par de GI y algunos jóvenes lugareños tenían a su cargo la música. Había una torta de bodas estilo americano. En una pequeña garita repleta de banderolas estaban la novia y el novio, ambos muy pequeños, jóvenes, morenos, vestidos de blanco inmaculado, envolviendo pacientemente rebanadas de torta en servilletas de papel, para que los invitados las llevaran a casa.

El cura nos hizo sitio a la cabecera de la mesa. A modo de introducción, anunció orgullosamente, con voz grave y gentil, que la isla de Guam había reunido más de doscientos dólares para el sexto empréstito de guerra.

—Somos americanos —insistió otro hombre. No somos filipinos.

El juez local murmuró:

—Sentimos como americanos... Digan ustedes eso... Pero digan también que los aeródromos nos han tomado toda la tierra cultivable. Es una isla pequeña. Antes de los japoneses, nadie tuvo hambre. ¿Cómo podremos vivir, si no tenemos tierras para las cosechas?

Nos hartaron de chocolates, coca-cola, arroz y cerdo asado. Una botella de tuba corrió a través de la mesa. Tras un par de tragos, George Elbert y yo prometimos que hablaríamos por ellos con las autoridades de Washington.

Al poco rato, todos éramos chamorros.

La próxima cosa que me aconteció fue ver cómo George Elbert me apostaba cinco dólares a que yo no podría cabalgar un carabao. Nuestra carrera en carabao fue un fracaso porque ninguno de los dos pudo sacar del paso a esos grandes animales negros y bamboleantes.

Soldados de marina asistían a la ceremonia, con sacos verdes. La orquesta tocaba

y tocaba. Todos bailaban. Todos los americanos cantaban «Dixie». Después, «Dulce Adelina». Como atracción final, George Elbert dio una exhibición de tiro. Disparó a pequeños tarros que unos chicos le ponían en cercas distantes. Disparaba acostado, de pie, de rodillas, con el rifle metido entre las piernas.

Por último mató a un carabao que asomó la cabeza entre los matorrales, a mil yardas.

Una de las viejas sarmentosas sentadas en una hilera de sillas puestas para observar a los bailarines, bajo el techo de zinc, puso su mano oscura contra la boca para ahogar un grito. Se llenaron de lágrimas sus ojos. El carabao era suyo.

George Elbert sacó un montón de billetes del bolsillo trasero de su saco. ¿Cuánto costaba el carabao? Puso un puñado de billetes en la falda de la vieja. No le prestó ella atención alguna y siguió llorando, con la mano en la boca.

Junior nos metió en el jeep y nos llevó. Al partir, los asistentes a la boda rodeaban a la vieja tratando de consolarla. Junior dijo con dureza la última palabra:

—Bien, eso es lo que se llama relaciones públicas.

Al otro día, George Elbert y yo nos encontramos en un crucero con destino a Ulithi. Ulithi era un nombre aparecido de repente y como de ninguna parte. Era tan secreto que todos lo pronunciaban bajito. El oficial ejecutivo del crucero, un hombre de rostro cuadrado y cabellos muy cortos, nos habló esa noche de Ulithi mientras nos hallábamos bajo un ventilador, ante, una mesa con tapete verde, en su camarote.

Mientras hablaba, bordaba unas flores en un viejo bastidor que sostenía sobre sus rodillas.

—Estoy tejiendo unos respaldos de asiento para mi mujer —explicó sencillamente. Esta clase de trabajos le arrebató a uno la tensión mental.

Nos decía que la primera vez que tuvo noticias de Ulithi fue cuando alguien desenterró un mapa del atolón entre las cosas capturadas a los japoneses en el centro naval de operaciones de Saipán. Los nipones habían trazado un mapa insignificante. Parecía sólo un lugar para establecer una base flotante para futuras operaciones hacia el oeste. Indicaba el camino hacia las bases japonesas en las Carolinas. Quinientas millas al interior de las líneas del enemigo, dijo sonriendo. Y habíamos ido ahí. No había casi tierra alguna en el atolón, pero existían dieciocho millas de agua profunda para el anclaje. Los arrecifes protegían de los submarinos. Serviría hasta la próxima temporada del tifón. Un tifón fuerte inundaría perfectamente aquello.

—Me parece una de las mayores hazañas de esta guerra —le dije al ejecutivo.

—Nunca se puede contar con tales cosas —y apretó las mandíbulas cuadradas.

Mucho antes de que viéramos las islas, descubrimos un entrevero de mástiles, cascos, rejillas de radar, banderolas de señales, cañones de chimeneas, torres blindadas, pantallas luminosas, en atareada compañía. Al aminorar la marcha, tres cazas giraron amistosamente, como marsopas, a nuestra proa. Pasábamos ante las

cadena y boyas de la red para submarinos. Al frente divisamos una línea de acorazados al ancla, y, más allá, grandes portaviones, aviones con las alas desplegadas en sus cubiertas, como abejas en enjambre sobre la colmena. Más lejos, hacia el sur, tanques, destructores, buques mercantes camuflados, toda clase de naves vistas alguna vez. En los anchos espacios entre las hileras de barcos anclados, barcas de desembarco, remolcadores, destructores de escolta, barcos de patrullaje, lanchones, balleneras, se mecían en lo verde profundo del mar entre una agitación de aguas blancas. Era como navegar por un gran puerto, Nueva York o Liverpool, pero allí no había tierra.

George Elbert ardía en deseos de ir al cuartel general de operaciones para preparar su vuelo a las Filipinas. Entre otras cosas, nuestro amigo el ejecutivo nos había hablado de los desembarcos ya comenzados en Leyte y el gran éxito ante la flota japonesa, que desaparecía por el angosto mar de las Filipinas. George Elbert saltaba como un guisante en la olla hirviente, en tanto aguardábamos la embarcación que nos llevaría a tierra.

Por fin, ambos saltamos con nuestro equipaje a la popa de un ballenero. Caímos torpemente sobre sacos de correspondencia bajo la toldilla, cuando nuestra embarcación rumbeó hacia los mares cálidos. La primera parada fue ante una nave de desembarco convertida en oficina de correos flotante. Completamente empapados, trepamos a gatas por la rampa de la proa abierta.

Dentro, nos hallamos en un túnel alumbrado con luz eléctrica, repleto a ambos lados con sacos de correspondencia. Había olor a tierra, a tablas húmedas. Filas de hombres, mojados y sudando como nosotros, permanecían alegremente ante mesas destartaladas, mientras los encargados de la correspondencia, desnudos, con sólo sus pantalones azules de algodón, revolvían las bolsas de lona sucias. Todos los ojos brillaban al pensar en las cartas venidas de casa. Por verdadero milagro encontré un paquete con mi nombre. Era una carta de Grace.

Trepando, por una escala de hierro, a cubierta, para encontrar un sitio tranquilo en que pudiera leer la carta de Grace, me hallé junto a un muchacho moreno, de cabello enmarañado, con húmedos pantalones caquis rotos en las rodillas, y con una camisa azul sin botón alguno. A su lado había un perrito pardo con algo de sabueso en sus trazas. El muchacho y el perro tenían los mismos ojos redondos y el mismo pelo crespo.

—Cartas —dijo cuando me vio abrir la mía. Tiene suerte el hijo de perra.

Se quedó con la boca abierta cuando advirtió que mi uniforme de corresponsal se asemejaba al de los oficiales. Esbozó un saludo.

—Perdóneme, señor —tartamudeó. Quise decir que era usted un hombre feliz.

Para tranquilizarlo le dije que se necesitaba algo más que una ley del Congreso para convertir a un corresponsal en un hombre feliz. Y le pregunté cómo se sentía ahí.

—Perfectamente. Me figuro, por la lista actual de barcos, que debe de haber más de dos millones de toneladas en este fondeadero... Somos el único correo para una

población de muchos cientos de miles. Un rincón atareado.

Comencé a leer mi carta.

—La razón por la que le hablé así, señor —añadió humildemente—, se debió a que siempre estamos apenados viendo cómo los demás reciben cartas, mientras que nosotros no recibimos ninguna.

La carta de Grace era para cohibirlo a uno. Su trabajo en la oficina, me escribía —«imagínate verme convertida en jefe de oficina, ¿te figuras?»—, la mantenía tan ocupada que no le quedaba tiempo para los quehaceres domésticos. Había arrendado la casa de Dumbarton Avenue, amoblada, por muy buen precio, y vivía en un departamento que subarrendaba en Connecticut Avenue. Daba el número del teléfono. Los niños encontraban muy bien tal cosa. Parece que iban perfectamente en la escuela. La mitad de la carta estaba escrita a máquina. Al final había escrito con lápiz: «Lindo, ven pronto. Estoy haciéndolo todo lo mejor que puedo». —«Todo» estaba subrayado. «Pero a veces siento que estoy arrancada de raíz, peligrosamente y lejos».

No tuve tiempo para preocuparme por la carta de Grace; lo único que sentí fue la inmensa distancia que nos separaba. Los hombres de la ballenera tenían prisa en llevarnos al centro de operaciones del islote.

—¿Malas noticias? —me preguntó George Elbert cuando me senté a su lado en las empapadas cámaras de popa. Negué con la cabeza.

Poco después del Día de Acción de Gracias, que celebramos con los sirvientes del aeródromo, George Elbert partió a las Filipinas en un avión lleno de plasma sanguíneo. Permanecí en la pequeña cabaña especial para la prensa, en Azor, comiendo galletas saladas y tratando de escribir una historia que titulaba: «El Milagro de los Abastecimientos». Mientras ordenaba mis apuntes, pensaba que Roger era el hombre capaz de encontrar la manera de hacerle sentir al país siquiera una mínima parte de las maravillas que se estaban realizando. Era algo que debía hacerse en los peldaños de más arriba. Unos pocos días en Washington —acaso pudiera ir para Navidad— me darían la ocasión para verme con Grace y los niños. Pero fracasé horriblemente.

En tanto permanecía en cama una mañana, al despuntar el día, examinando mentalmente las diversas maneras de conseguir un viaje a mi país, entró el PRO de la isla.

—El comodoro quiere verlo —me dijo.

Me afeité usando un vaso de agua, y vaciando el resto de líquido en mi cara.

El comodoro, un hombre duro como un diamante, de agresiva apariencia, me aguardaba impaciente en su jeep.

—Espero que haya oído usted la frase «acción del enemigo», señor Lancaster —dijo mirándome fijamente a los ojos, y aguzando las palabras como si tratara de

hacerme responsable de algo que había ocurrido. Pensé que le gustaría saber qué significa eso.

Ya estábamos trepando a bordo del remolcador del director de puerto. Nadie habló mientras salíamos de las apacibles aguas verdes para meternos en las rápidas olas azules que se cubrían de espuma bajo los latigazos del viento. Entre los diversos oficiales de a bordo reconocí al marino de labios delgados, ceñudo, que comandaba un barco de reparaciones. Nadie hablaba. Los rostros estaban tensos. A diez millas o cosa parecida del fondeadero llegamos a la popa de una nave chata.

El casco estaba en buen estado, pero, aun antes de que trepáramos por la escala que se balanceaba al costado del barco, advertimos que la superestructura estaba ennegrecida y dañada por el fuego. Cuando caminamos por lo que quedaba de la cubierta miramos hacia algo que tenía todas las apariencias de un depósito incendiado. Un joven teniente se nos acercó, nos saludó, y fríamente, casi con cierta sonrisa, nos hizo mirar en torno. Tuve buen cuidado de que no perdiéramos cosa alguna; la cubierta de vuelo abierta como un tarro de sardinas, los destruidos ascensores que alzaban los aviones desde los hangares de abajo, el puente y la torre de control hechos trizas, el inverosímil enredo de las máquinas destrozadas.

—Sí, nuestra pérdida de personal fue grande —dijo tan objetivamente como si leyera un informe de un accidente ocurrido a otra nave. Fue una suerte que tuviéramos la tercera parte de nuestros aviones en el aire. En los puentes inferiores, en la sala de máquinas, ni un rasguño. Pudimos entrar por nuestros propios medios.

Un japonés derribó su avión repleto de bombas sobre la cubierta. Por primera vez oí la palabra Kamikaze.

—No se olvide —me dijo el comandante del atolón, con voz amable, mientras la lancha nos llevaba de vuelta a Azor, cogida entre las fauces del viento. Creo que esto le va a servir a usted para interpretar bien las noticias..., para saber lo que esto significa...

La vista de esa embarcación destripada, la idea de los hombres muertos, quemados, hechos trizas, me arrancó el deseo de volver a casa para Navidad. Que los editores se las arreglen para que pasen mis informes por la censura. Lo mejor que podía hacer yo era permanecer ahí e informar acerca de lo que hacían los muchachos en el corazón mismo de la guerra. Traté de explicar esto en mis pocas cartas próximas a Grace. Y así fue como me hallé comiendo otro pavo en compañía de los sirvientes del aeródromo, cuyas barracas ocupaban la mayor parte de la pequeña Azor. Hubo regocijo en nombre de los bastardos de Bougainville.

No mucho después de Navidad, en tanto comenzaba yo a buscar la manera de ir al cuartel general de MacArthur, recientemente instalado en Tacloban —Leyte—, una mañana me llegó un mensaje de Guam. Mi nombre había sido incluido en una lista de corresponsales invitados a navegar en un acorazado. Esto indicaba que alguna acción

tenían ya en vista. Contaba con un asiento en un avión para la mañana siguiente.

Un par de «hasta la vista» y Ulithi se desvaneció en el Pacífico inmenso.

Guam era una isla transformada. En el aeropuerto hablan completado ya la estación terminal de brillante concreto blanco. Había aún murales en la sala de espera, desnudas chamorritas morenas ante un fondo marino. La tienda de los correspondientes era tan inmunda como antes, pero las moscas y los mosquitos se habían ido y costaba menos comer a la mesa. Filas de nuevas edificaciones veíanse en cada colina. Cuatro sendas de coral blanco llevaban de una cancha de vuelo a otra.

Conocí la isla mucho más de lo que me esperaba. Mi gira en acorazado se postergaba sin cesar. Los días se tornaban semanas. Una y otra vez vi partir los grandes bombarderos a Japón, y aguardé hasta muy entrada la noche junto a un tenso grupo, tras el doctor y la ambulancia, verlos regresar. Cuando aparecía la primera superfortaleza en el campo brillaban las luces en la polvorosa bruma blanca. Como libélulas gigantescas, rugían sobre la espesa tierra de coral. Luego me sentaba en el grupo de jóvenes aviadores que, en el comedor, se afanaban sobre el pollo frito en tanto esperaban noticias de los aviones retardados.

Un día partí en un hidroavión, en vuelo de reconocimiento —conocido como la «gira de Cook»—, por la cadena de las Marianas, islas volcánicas que se desparaban en extenso arco centenares de millas hacia el norte. Los españoles las habían llamado, primeramente, las islas de las Velas Latinas. Las encontraron pobladas de guerreros chamorros que cruzaban en grandes canoas de isla a isla. Conquistaron a los chamorros y los establecieron en las misiones de Guam. Ahora esas magníficas islas estaban desiertas, salvo en algunos neutralizados puestos de avanzada japoneses que todavía hacían sonar sus ametralladoras de vez en cuando. Nuestros hombres los llamaban los «Dunker's Row». Eran buscados diariamente por las superfortalezas obligadas a vaciarse a su regreso de los bombardeos al Japón.

Algunas eran simples rocas frecuentadas por las blancas golondrinas de mar. Otras eran las islas de Crusoe, con verdes vallecitos herbosos que subían de angostas hondonadas hacia montañas purpúreas y bajaban a playas amarillas y ensenadas de zafiro. Cuanto más al norte volábamos, más volcánicas se tornaban. Las últimas islas eran conos pelados que lanzaban vapor y humo en el viento.

Ese día no se vio una «Mae West» ni una balsa.

En tanto el piloto pecoso y colorín giraba en torno del último cono y rumbeaba su máquina hacia el sur, me gritó al oído:

—Después de éste hay otro volcán, uno muy grande, y luego Iwo Jima.

Ya había decidido dejar a un lado mi gira en acorazado y volverme hacia el oeste, a las Filipinas, donde anunciaban los comunicados que MacArthur cañoneaba a más y mejor, cuando apareció Junior una tarde en la tienda de la prensa con cara de traer grandes noticias. Al cabo de una hora subía yo por la escala de un acorazado, tras abandonar el lanchón de un capitán. Correspondientes, decían en broma los marineros, mientras nos aventurábamos por los pasillos del barco; siempre los correspondientes

traen bullicio. El barco había tenido mucha suerte largo tiempo. Pensaban que ahora comenzaría la danza.

Pasábamos esa primera noche anclados entre Saipán y Tinián. El almirante nos había invitado a cenar en su ancho y desnudo camarote. En los instantes en que aguardábamos instrucciones, divisé un rostro familiar.

Roger Thurloe estaba con uniforme de oficial sin insignias. Su rostro parecía asombrosamente pálido entre las caras bronceadas de su alrededor.

No se sorprendió de verme. Se me ocurrió que algo había tenido que ver con que me invitaran allí. Me estrechó la mano como si me viera por primera vez, pero inmediatamente su boca esbozó una sonrisa:

—Me agrada tenerlo aquí, Ro —me dijo.

Lo único que pude decir fue:

—¿Cómo está Grace, Roger?

—¡Bah! Maravillosamente... Está muy bien. La veo todos los días.

No pude hacer otra pregunta. Mi garganta se atiesó con inenarrable nerviosidad. Quise preguntar por los niños. Pero sólo pude tartajear algo acerca de que, seguramente, sus cartas me aguardaban en Pearl.

El almirante tenía pelo negro ligeramente ondulado alrededor de una frente alta y angosta, y una amable expresión pensativa, más cara de erudito que de hombre de acción; me recordó mi estimado profesor de latín de la escuela secundaria. Nos miraba con sonrisa inquisitiva.

—Almirante —explicó Roger—, Ro Lancaster y yo somos vecinos. Fuimos compañeros de pesca en los buenos días de Key West.

—Una pesca sin preocupaciones. Sería estupenda ahora, ¿verdad? —dijo el almirante.

Ya estábamos sentados. Un camarero nos traía carne. Mi mente estaba de tal modo repleta de cosas que deseaba conversar con Roger que mucho me costó atender la conversación de los que se hallaban junto a mí. Roger se encontraba en las mismas. Varias veces se volvió a mí para decirme algo, pero siempre le distrajo alguna observación del almirante. A la hora del café, después de la comida, creí que tendría una ocasión —sabía que le divertiría la historia de George Elbert cuando mató el carabao—; pero apenas había bebido un sorbo llegó la noticia de que ya estaba lista la película para el almirante. Se levantó bruscamente y tomó a Roger de un brazo. Les siguió la oficialidad y los demás vinimos después.

Era extraño hallarse ahí mirando una película color caramelo de las Mil y Una Noches, en la húmeda inmensidad de acero del acorazado. La superestructura central se alzaba como una torre encima de la pantalla, ante nosotros, y la plataforma de observación, el mástil de señales y el cielo. No pude ver la película. Insistí en mirar hacia las líneas largas y oscuras de los cruceros, a derecha e izquierda de nosotros, y la charla intermitente de las señales luminosas, como las luces ocasionales, rojas y verdes, de identificación de los bombarderos que regresaban entre las estrellas.

Apenas terminó la película, el oficial ejecutivo le ordenó cortésmente a su ayudante que nos condujera a nuestros camarotes a través de las escalas y los pasillos metálicos.

Asomé en cubierta poco antes de amanecer, al otro día. El cielo estaba cubierto de una bruma perlina. La gran montaña de acero avanzaba balanceándose por el mar, en formación con tres cruceros y ocho destructores. En cuanto se perdió el postrer contacto con la playa vino un anuncio por el sistema de comunicaciones: «Salimos en misión a bombardear Iwo Jima, seiscientas millas al norte. Llevamos una velocidad de veinte nudos y llegaremos a la isla, pasado mañana, para bombardear de 2.40 a 4.30».

—Así es —me dijo un teniente que vino en mi busca para llevarme a tomar desayuno en la cámara de oficiales. ¿Qué le parece esta vida? —me preguntó mientras me acompañaba. En un acorazado —respondió a su propia pregunta— se está cómodo y a secas. Son esos tarros..., ya sabe usted: los destructores..., los que aporrean. No es lo mismo en un portaaviones o un acorazado.

Retrocedí al recordar el destripado portaaviones al ancla en Ulithi.

Después del desayuno, el artillero nos proveyó con equipo de combate: salvavidas, tarugos para las orejas, casco, guantes y una máscara contra quemaduras. Luego pasamos al dispensario para que nos pusieran una inyección contra el tétano, y a la cámara del ejecutivo para recibir concisas instrucciones. La mañana estuvo a menudo puntuada de tazas de café cargado. En seguida se nos mostró nuestro sitio de combate. Yo me las había arreglado para volver a la cámara de oficiales para servirme unos chorizos en el almuerzo, cuando un pañolero me golpeó el hombro:

—Señor Lancaster —me dijo—, lo llaman de la cámara del almirante.

Me levanté, mordisqueando aún, y lo seguí por un corredor que no conocía.

Seguía al pañolero por una galería llena de hombres en espera bajo ventiladores, cuando una voz, por el sistema de comunicaciones, ordenó:

—Preparen las baterías antiaéreas.

Mi pañolero desapareció entre hombres que corrían tras su equipo de combate.

Después sonó el alegre alerta de una corneta punzante.

Me sentí perdido. Me metí por donde seguramente no debía y encontré todas las escotillas cerradas mientras trepaba por las escalas que resultaron encontrarse dentro de la timonera blindada. Acabé por hallarme metido bajo el casco de no sé quién, en una altísima percha, sobre el puente. A mis pies, la ancha plataforma pisciforme del acorazado cortaba las aguas agitadas bajo un cielo gris. A la derecha, a izquierda, a popa, los cruceros trazaban estelas blancas y, adelante, a medio camino del horizonte, los destructores vomitaban humo, subiendo y bajando como perros zorreros tras el rastro.

—Cinco espantajos en la pantalla —explicó un muchacho con audífonos.

Aparecieron unas banderas en las drizas de señales. Fueron repetidas a modo de eco por puntos luminosos de barco a barco.

—Observamos el silencio de la radio —explicó el muchacho. Me guiñó un ojo. Los espantajos eran bombarderos amigos que vuelven de una misión.

Sonó la señal de descanso e inmediatamente la cubierta inferior se vio repleta de hombres que conversaban y se decían bromas al dirigirse a sus puestos de costumbre.

Pasó una hora antes de que pudiera llegar al camarote del almirante. Roger y varios oficiales del estado mayor del almirante se hallaban ante un mapa de Iwo, marcado con lápices de diversos colores. Roger me miró, ceñudo.

—Malo que no haya venido antes —me dijo con rapidez. Ahora estoy ocupadisimo.

—¿Mañana? —pregunté.

—Mañana va a ser un día muy atareado —me dijo con breve risa.

Todos parecían cohibidos al verme ahí. Un oficial dijo algo, suavemente, acerca de unos informes completos en la cámara de oficiales a las veinte horas. Cuando me excusé, Roger me siguió hasta la puerta.

—Búsqueme en el cuartel general de la Marina, en Saipán —me dijo. Aquí he venido a dar un vistazo.

Regresé, lo mejor que pude, a mi camarote.

A la mañana siguiente, apenas nos habíamos sentado a desayunar en la cámara de oficiales, oímos el toque a generala. Jim Hitchins, de la Consolidated Press, y yo nos reímos de nuestra torpeza al subir las escaleras entabados por nuestros salvavidas. Estábamos aún bastante lejos de la torre de popa cuando oímos la llamada a ocupar los sitios de combate, resonando a través del barco.

Todo el día estuvimos en la torre de popa. Habíamos seis en nuestro puesto, dos oficiales con pequeños audífonos y dos vigías con grandes cascos sobre sus grandes audífonos y micrófonos para informar. Uno de ellos, un muchacho rollizo con una muchacha nativa tatuada en el antebrazo, respondía al nombre de Ham. No supimos cómo se llamaba el otro. Ham estaba en conexión directa con el centro de informaciones de radar y nos mantenía al tanto de los acontecimientos.

Ya se veía el primer volcán en la pantalla. Luego pudimos verlo con nuestros anteojos. Jim Hitchins, a quien yo había creído un muchacho más bien pulcro, comenzó a contar una serie de cuentos obscenos, que todos trataban de celebrar. Cuando los contó todos empezó a recordar canciones jocosas. Todos estábamos en tensión. El próximo volcán fue Iwo.

Poco antes de que divisáramos Iwo, una voz, a través del aparato de comunicaciones, ordenó que un hombre de cada puesto bajara a buscar café y sandwiches. Los muchachos nos trajeron un catre para sentarnos y yo me senté junto a Jim a comer cómodamente los sandwiches de jamón y a beber café en grandes tazas de greda. El alimento apacigua los nervios. El teniente nos ofreció cigarros.

Apenas habíamos divisado dos jorobas grises como ceniza en el horizonte cuando aparecieron unas señales.

—El bombardeo se ha postergado una hora —anunció Ham con voz enfadada. Es

como estar esperando que a uno le tapen un diente.

Cuando Iwo se desvaneció en la bruma otra vez, sentimos, al cambiar rumbo, la fuerza del viento en nuestros rostros. Hubo un chubasco frío. El cielo se había cubierto por completo de niebla. Nos alegramos de que nuestros impermeables nos protegieran del súbito chubasco.

—Es la maldita fuerza aérea que de nuevo se atrasa —dijo Ham. Tenemos que esperar su protección.

—Como patos echados —silbó el otro vigía.

El teniente nos pasó un tarro con caramelos.

Repentinamente nos comunicaron la presencia de aviones. Cada vez que se anunciaba uno, las baterías antiaéreas giraban en todas direcciones.

—Los primeros y los segundos incursionistas arrojaron sus bombas en Iwo y ahora se formaban a baja altura —dijo una voz por el aparato de intercomunicación.

Otro avión. Todos los cañones aullaron a la vez. De cinco pulgadas, cañones automáticos, ametralladoras. Las tazas de greda en que bebimos el café bailaban frenéticamente en un rincón del puente. Jim y yo escabullíamos ágilmente los tacos quemados de los cañones de cinco pulgadas.

Una manchita pequeña en forma de cruz, que avanzaba hacia nosotros por un claro de sol, dejó de verse.

—Una solución perfecta —dijo la voz en el aparato.

Otro avión. De nuevo los cañones.

—Ése es un hurón —anunció Ham dramáticamente. Y, para que le entendiéramos, añadió: —Un avión torpedo con su pez... Uno de nuestros cañones lo cogió —dijo.

Envuelto en llamas, el japonés se hundió en el océano.

—Todos los que aparecen en la pantalla son nuestros —resumió la voz agradable en el aparato.

Hubo unos minutos de silencio. Ni un rumor, salvo el relincho del viento contra la nave.

—Cada hombre a su puesto para el bombardeo —dijo la voz acompasadamente. Condición cebra. Las baterías de cinco pulgadas listas para las contrabaterías al avanzar... Preparen tres andanadas de tres en la batería principal.

A cada andanada de los cañones de dieciséis sentíamos como si nos azotaran con sacos de arena.

Al cabo de cincuenta minutos hicimos rumbo directamente a la isla.

—Seis mil yardas de distancia —anunció Ham en una dé sus confidencias dramáticas.

El teniente frunció el ceño.

—Endiabladamente cerca —dijo.

Jim Hitchins y yo estábamos sin resuello para hablar. Boqueábamos. Cada vez que los cañones de dieciséis largaban su andanada de nueve cañones, todo el barco

parecía saltar de las aguas. Se nos cortaba la respiración. Nos castañeteaban los dientes.

Iwo Jima era ahora dos montones grises de ceniza volcánica unidos por una faja blanquecina. La joroba de un camello. A través de los anteojos veíamos un montón de aviones japoneses destruidos, arrancados de la pista blanca. Columnas de humo, luego grandes manchas sucias aparecieron sobre la isla. No se veía asomo de refugio, ni un árbol ahí.

—Los malditos nipones han sido cogidos como marmotas —dijo Ham. Y escupió a sotavento con disgusto.

Cuando giramos sobre la isla advertimos la curva de una playa. Algo había estallado tras del más cercano volcán. Un quitasol de humo blanco apareció en el cielo y empezó a agitarse encima del refugio de los aviones. Manchones de llamas chisporroteaban contra él.

Mientras mis ojos devoraban la playa con los prismáticos pensé en todos los que, en el puente, miraban sin pestañear la misma curva fatal. Imaginé la cara pálida de Roger Thurloe, con su cómica determinación de *bulldog*.

Allí estuvo aquello. Ésa fue la playa. Y éstos eran los hombres que tenían que tomar la iniciativa.

Los destructores habían avanzado hacia tres transportes japoneses anclados frente a la playa. El aparato de intercomunicación informó que uno había estallado y dos ardían.

—El cañonero informa que lamenta no haber volado los otros dos. Parece que no volarán.

Detrás de las naves en llamas vimos con toda claridad la curva larga y sucia, y más allá, la destrozada ladera, la fila de montañas volcánicas que humeaban como si nuestro bombardeo las hubiera hecho entrar en erupción. Las montañas vomitaban columnas de humo y polvo que se extendían en vasto paño mortuario. El toldo de humo caía hasta borrar, por fin, la isla.

Nuestro acorazado y los cruceros de escolta movíanse con majestad.

La voz en el aparato de intercomunicación vino colmada de alegría:

—Los destructores y los aviones de observación informan que la bahía está destruida al norte, un frente desvanecido, la lluvia y una escasa visibilidad aconsejan cesar el bombardeo... Nos retiramos a veinticinco nudos de Guam.

Hubo calma, salvo los violentos latigazos del mar a proa, el rugido del viento contra nuestros cascos y la brusca embestida de la lluvia. Nos quitamos los tarugos de los oídos. Sólo cuando cesó el bombardeo advertimos que estábamos empapados hasta los huesos.

Di el brinco de Guam a Saipán en un B24, con parte de la tripulación de un submarino, oficiales y marineros. Ninguno de ellos había estado antes en un avión.

Hablaban de cuán seguro se siente un hombre bajo el agua. En el aire, todos estaban espantados.

Costó horas para telefonar desde la oficina del PRO, en Saipán, y desenterrar a Roger. Cuando finalmente di con él me dijo, cortante, que permaneciera donde estaba. Vendría en mi busca. Atardecía cuando apareció en un sucio jeep manejado por un taciturno sargento de marina.

—¿Vio esa bahía, Ro? —me preguntó cuando partimos.

Asentí. No se me ocurrió preguntarle dónde me llevaba.

—No había más que hacer. Iwo es una isla que teníamos que hacer nuestra.

El sargento, evidentemente, tenía sus instrucciones. Paró el coche sobre el desmenuzado coral, al borde de una cuesta que conducía hacia un campo de aviación. Desde ahí pudimos ver los negros cerros de la isla y el mar rizado, color índigo, neblinoso, y los últimos resplandores de la tarde que se desvanecía en el horizonte, hacia el oeste.

Ambos sudábamos. Roger parecía falto de aliento. Había cesado la brisa. El aire hervía.

—¿Vio los dos picachos? —Roger hablaba vuelto al oeste, sin mirarme. Están repletos de guaridas. Seguramente tienen grandes cañones en ellas para apuntar a la bahía. Por eso nos acercamos tanto, para poder localizarlos. Los cochinos fueron astutos. Aguantaron el fuego.

Murmuré que tal vez no tuvieran ningún cañón. Mi voz pareció débil y frívola.

Roger no me oyó.

—Nos sentiremos muy bien cuando entremos ahí... No he de faltar y les diré a todos los muchachos que hay que entrar y destruir...

Cerró de golpe los dientes como expulsando las palabras.

Y dijo, todavía sin mirarme:

—Dígame, Ro... Tengo que preguntarle algo... Ro, cree usted que..., bueno..., será jactancia..., si voy allá...

Dije que, ciertamente, no, y le pregunté si tenía sitio para un corresponsal.

—No; no es cosa para usted —dijo, impaciente. Deje a George Elbert Warner entre la sangre y el estruendo. Seguramente irá a dar palos de ciegos con su machete. Y soltó una risa brusca.

Manifesté que antes de nuestra pequeña incursión tenía arregladas mis cosas para seguir a las Filipinas.

—Claro, claro. Ésa es nuestra gran experiencia... Cuénteme todo acerca de los filipinos. —Y volvió a reír secamente. Le hablo como si fuera su único lector...

Permanecimos en silencio. Asomaban las estrellas. Era ya la noche.

—Dígame, Roger —y vacilé—, dígame algo acerca de la familia... Ya sabe cómo es aquí el correo...

—Perfectamente. —Tenía prisa en marcharse. Grace está maravillosamente. Lleva mi oficina como un coronel. No sabe usted qué chica es ésa.

Se volvió a mí de súbito. Pude ver sus ojos que me buscaban en la obscuridad.

—Usted no cree, probablemente, que algo tengo que hacer aquí, en primer lugar. Tal vez no... Pero pienso que al menos uno de los hombres que decidió esto tiene que estar presente. Tengo que saber cómo los muchachos sienten, realmente, todo esto. Tengo que saber —y le falló la voz. Advertí que estaba tratando de pronunciar el nombre de su hijo—: ¡Diablos!, tengo que saber lo que él sintió...

Se apresuró hacia el jeep. Me costó alcanzarlo.

—¿Dónde come, Ro? —preguntó con voz calmada. El sargento lo llevará.

A la mañana siguiente, antes del alba, me hallaba en un avión repleto, camino de Peleliu, primera etapa de mi vuelo a Leyte.

Volamos a Tacloban seguidos por una señal de alarma. Llovía. Bajo nubes de tinta, tanques petroleros vomitaban humo negro. Los rostros de los hombres sucios, con rifles arracimados frente a la barraca de operaciones, estaban amarillos por la salazón que se dieran. Por sobre sus cabezas se leía: «TACLOBAN, EL MAS AGITADO AEROPUERTO DEL MUNDO». Uno tenía un monito gris aferrado de su hombro. En la parte trasera de un jeep mojado, manejado por un hombre descalzo envuelto en un poncho húmedo, había dos loros de un verde brillante.

El camión cargado de grandes equipajes que nos llevó a la ciudad tomó el lado izquierdo de la ruta y fue resbalando por el cieno color masilla. Sobre la entrada de apariencia china de la ciudad estaban inscritas las letras USSAFE en un lienzo empapado. En la ciudad, salpicada de barro, todo el tráfico se hacía por la izquierda. El Pacífico del suroeste era un mundo distinto.

Encontré a los muchachos de las relaciones públicas reunidos en una casa alta y estrecha, color pan de jengibre, con vidrios de colores, que semejaba un chalet suizo dibujado por un niño. En el comedor, unas salamanquesas de ojos redondos iban y venían, aferrándose con sus dedos puntiagudos, por el techo. Apenas había amontonado mi equipo en un rincón y pedido un plato de pollo, que me trajo un pequeño sirviente chino, sonó una alarma.

Bombas y ametralladoras atronaban, tras la cortina de abalorios de la lluvia, como rumor lejano.

Después de la alarma, alguien trajo una botella de whisky. Nadie alcanzó a tomar un sorbo y he aquí que el destartado chalet comenzó a crujir y a estremecerse. Las maderas crujían como una nave en alta mar, y con razón. Era un fuerte temblor.

Después del temblor nadie encontró la botella de whisky. Nos fuimos a la cama a través de la empapada obscuridad.

Otra mañana me hallé volando, antes del almuerzo, en un bombardero Billy Mitchell a través del mar de Visayan, sobre islas verdes coronadas de nubes, rozando aguas pulidas a lo largo de playas esculpidas como escudos heráldicos, mirando unos barcos de vela arrancados de pinturas chinas y casas de techumbres curvas alzadas sobre pilotes al fondo de las bahías.

Hubo cierto acento de peligro en la voz del piloto a través del aparato de

intercomunicación cuando dijo:

—Manila dentro de veinte minutos.

Al abrir el fotógrafo la escotilla del depósito de bombas para poner su cámara, subió al avión, de la incendiada ciudad, un olor a trapos quemados.

Habíamos cruzado campos cultivados y granjas con casas techadas con tejas. Ahora, manzanas de casas enlucidas asomaban bajo pantallas de humo entre anchas calles llenas de gente vestida con colores vistosos, gente que miraba hacia arriba y cubierta con grandes sombreros. Un hombre agitó el suyo.

Vino un tramo de la carretera, rifles erizados contra el avión que volaba bajo, camiones curiosos, hombrecitos vestidos de verde.

El piloto les saludó con una ráfaga de sus ametralladoras, enderezó hacia lo alto y luego volvió a bajar tan rápidamente que las alas parecieron rozar las techumbres y los cañones de las chimeneas, tan semejantes a los de La Habana, dentro de los muros de la ciudad.

Una ventana española elegantemente forjada y ahora retorcida pasó por un relámpago de ámbar bajo el manto de humo.

Tras un puente de acero, a orillas del agua, ardía un almacén con firme llama, como de bujía. El sucio charco del puerto estaba lleno de vapores hundidos.

Hubo en alguna parte del avión el ruido de una detonación.

—¿Nadie está herido? —preguntó el piloto por el aparato de intercomunicación. Ha reventado el cilindro del motor derecho —explicó. Su voz permaneció tranquila. Prepárense para un aterrizaje violento —añadió como si se tratara de algo que ocurría siempre.

En vez de eso, ascendió con un motor sobre los arrozales, al norte de la ciudad. Veinticinco minutos después saltábamos sobre el flexible empalmetado del aeródromo de Lingayen. Comentamos la buena puntería de los artilleros japoneses y la destreza de nuestro piloto para maniobrar, no obstante su motor dañado. Sentíamos cómo nos circulaba la sangre bajo la piel. Teníamos unos deseos endemoniados de almorzar.

Pasó un día que pareció una semana, por fangosos caminos, en jeeps y camiones, a través de la ruta de invasión, a través de Luzón, hacia la ciudad, en medio del tumultuoso tránsito del ejército que avanzaba. Todos hablaban del peligro de incursiones japonesas por la izquierda. La corriente de camiones, jeeps y rastras corría a través de la selva e incendiadas ciudades y arrozales inundados donde las garzas blancas se sostenían sobre los lomos de soñolientos carabaos.

Por fin divisamos la ciudad. Estaba obscuro. El humo colmaba el cielo, hacia occidente. Encontré sitio en un bungalow lleno de flores, en el suburbio, sobre la colina. Entre las matas había una batería de obuses que le aporreaba a uno la cabeza cada minuto.

Cuando callaron los cañones después de medianoche, yo vagaba todavía por las calles oscuras y apartadas. Sonaban pianos en las casas destruidas. Pude sentir la aprobación en los filipinos viejos que encontré paseando sus perros falderos entre el

aroma nocturno de los jazmines y el agudo zumbido de las explosiones. Un uniforme americano significaba para ellos la liberación.

Mi primera noche en la incendiada Manila la pasé en el dormitorio de Santo Tomás, donde los civiles americanos se hallaron prisioneros todos esos años de guerra. Santo Tomás era la antigua universidad española. Nunca sentí igual amor y admiración por mis compatriotas como ante esos esqueletos hambrientos de hombres y mujeres que no se quejaban. Habían conseguido alimentar a sus hijos mientras ellos padecían hambre.

Ni siquiera tuvieron tiempo para agradecernos, cuando he aquí que empezó el contraataque japonés.

Dormí esa noche en un catre, entre hombres enfermos de escorbuto, beriberi y hambre, oyendo su temerosa respiración mientras los cañones japoneses estremecían la casa, y oyendo el estruendo de las granadas, el crujido de la mampostería y las sordas quejas mientras se llevaban a los muertos y los heridos; en la mañana vi a esos fantasmas mudos, sentados en las escaleras, mirando con comprensivo espanto el cuerpo de un soldado joven al que mataron en el techo y al que se llevaban en una camilla.

Eran viejos y enfermos, su piel estaba arrugada, sus piernas eran como palos de escoba, andaban con muletas; pero estaban vivos. El soldado era macizo, rubicundo, de suaves mejillas, ondulado cabello, y sonreía: pero estaba muerto.

Y el día en Mindanao. Estuve mirando tras la cabeza del piloto, mientras el transporte seguía los recodos de un río serpenteante, entre densas laderas donde las nubes matinales colgaban aún de los árboles. Hizo saltar el avión por encima de un cerro dentado como se hace saltar a un caballo, y voló en círculo por un pardo vallecito entre montañas azules, donde encontró la huella de una senda que las guerrillas habían despejado. La llamaban Granja Ocho.

Zumbándome aún los oídos por la altura, bajé a la tierra áspera y roja y respiré hondamente el aire vivo de los cerros. El bus destartado que se bamboleaba por el sendero para transportar las municiones traídas por el avión tenía una banderita norteamericana que ondeaba en el destrozado parabrisas. Andrajosos hombrecillos descalzos armados de rifles vitoreaban por todas partes desde las lomas herbosas.

Había caballos esperando tras los árboles. A medio camino, hacia las montañas, encontramos al plantador de Oklahoma, un americano alto, de ojos grises y barbas grisáceas, que caminaba con paso de montañés por el duro sendero, al frente, sobrepasándolos por una cabeza, de unos isleños sonrientes que cariñosamente se afanaban a su alrededor.

Era un antiguo residente de Mindanao, me dijo. Renunció a la policía para plantar palmeras. Una vida perezosa, como le gustaba. Cuando llegaron los japoneses, estuvo

cuatro meses escondido, antes de marcharse a las colinas. Gradualmente, se halló de jefe de los guerrilleros. A ellos les complacía verle ocuparse de todo, porque sabían que allí no había familia a la cual deseara favorecer, y lo sentían hombre justo. Sonrió. Pensaban que no debía cruzar las líneas japonesas. Si los japoneses cogían a un americano, lo despedazaban. Semejante idea le pone ágiles los pies a cualquiera. La mente se torna activa con la proximidad de los japoneses. No es una vida de perros, como pudiera pensarse.

Todos almorzamos en una mesa bajo los árboles, junto al granero de la familia González. Era una familia numerosa la de los González, una mujer y un hombre de cabellos grises, que presidían con una gracia de gente de otro tiempo, y tíos, primos, sobrinos, hijas. Nos dijeron que sus cinco hijos estaban en el ejército filipino. Los japoneses les habían quemado la casa, y días antes habían arrasado la ciudad.

Las chicas González tenían bellos ojos oscuros, y sonreían con una hospitalidad peculiarmente castellana cuando trajeron el vino de palmera. Se las arreglaron para que el plantador de Oklahoma usara el único vaso existente. Era su coronel. Todos los demás teníamos que beber en caños de bambú. Trajeron pollo, arroz, cerdo asado, chuletas, frijoles y pastel de calabazas hecho con harina de mandioca. Aunque lo hubieran relleno al máximo, el plantador de Oklahoma sonreiría siempre. Todos estaban preocupados de sus menores palabras.

Algo había en el hombre que les daba fortaleza, una simple confianza en sí mismo y en su pueblo, cierto código, algo puro, medido y lleno de buen humor, algo que era lo opuesto, precisamente, de la importancia personal. Algo que les hacía sentir que había otros hombres semejantes a él, en el país de donde provenía.

En la senda encontramos a los pequeños guerrilleros esforzándose por remolcar a uno de nuestros escoltas, «Corsario», que había dañado sus hélices al aterrizar frente a un sitio oculto. Los niños llevaban ramas de palmeras para proveer de una pantalla al averiado avión y protegerlo del patrullero japonés.

—Convertirán el avión en un montón de paja en un santiamén —dijo el coronel, riendo.

Apenas asomó su rostro barbudo, los pequeños guerrilleros se afanaron el doble en halar con sus cuerdas caseras. Los niños reían y vitoreaban y se arremolinaban alrededor de sus piernas. Se sentían seguros cuando él se hallaba presente. Hombres sin tierra y también los dueños de ellas sentían, a su lado, una impresión de buena fe y justicia.

Solamente estuvimos cinco horas en Granja Ocho; pero sentí como si hubiera vivido allí la mitad de mi vida.

Otro día, en Manila, manejaba el jeep un muchacho que tenía el mismo aspecto

de montañés, cabello amarillento como pelo de choclo y una cómica nariz larga y torcida.

—Ésta no es guerra —dijo por encima del hombro con su acento nasal de Tennessee, conduciéndonos con su paso balanceado hacia la iglesia destrozada. Es muchísimo peor.

El vestíbulo de la iglesia estaba oscuro como una cripta. Permanecimos un momento enjugándonos el sudor del rostro en la obscuridad quieta y fría, estirando nuestras espaldas que golpeará el sol de mediodía, y respirando el aire helado.

—Echa una mirada por aquí —me dijo el muchacho, dándome un empujón a través de la pequeña puerta abovedada.

Era la iglesia como un gran establo. El sol caía por un hoyo del techo. Donde los dardos del sol caían sobre el piso embaldosado y los destruidos bancos de la iglesia, el lugar parecía desierto; sólo cuando ya no estuvimos encandilados advertimos que las sombras estaban llenas de heridos. Eran un montón de andrajos en los rincones. En los peldaños, ante el altar, yacían sobre camillas. A los oídos acostumbrados al bullicio de la batalla, la iglesia parecía en completa calma. El ratat tat tat de las ametralladoras, afuera, o el estallido ocasional de un mortero, llegaban ahogados por el espesor de los muros. Dentro sólo había la continua queja, en voz baja, de la gente herida, amontonada en los bancos, y de vez en cuando el leve llanto de un niño.

La iglesia estaba llena de niños. Pequeños ojos negros asomaban en cada grupo.

Ningún uniforme. Todos eran lugareños, gente pobre cogida entre dos fuegos. Un olor a quemado subía de ellos, y también el hedor de las heridas y de la sangre apelmazada; pero, en particular, el olor a quemado.

Desde sus nichos, en los muros, unos santos de yeso, azules y rosados, todo lo contemplaban con sus ojos invisibles.

Un lívido doctorcito civil gesticulaba frente al altar como un payaso de juguete. Gesticulaba espantosamente:

—Tres rollos de vendas, ningún antiséptico, ni pizca de éter. —Su voz tenía un acento indefinible.

—¿Y qué hay de nuestros médicos, Tennessee?

—Ocupadísimos con los nuestros.

—¿Y la Cruz Roja?

—Las ambulancias no llegan tan acá todavía.

Tennessee me golpeó el codo y me llevó de prisa al rincón soleado de la iglesia.

—Salgamos.

Señaló hacia unas escalas que, por el hoyo del techo, conducían a una puertecita blanca del costado de la torre.

—Aquí está nuestro puesto de observación. Aquí es imposible que el tirador japonés consiga apuntar.

Eran las escalas más largas que hubiera visto nunca. Tennessee trepó con una rapidez extraordinaria, como tirado desde arriba.

Yo empecé a subir lentamente, paso a paso. Las escalas se ladeaban. Mis manos se aferraban de los peldaños como garras. Mis pies, dentro de sus pesadas botas, trepaban torpemente. El sudor, bajo mi camisa empapada, corría por el hueco de mis espaldas. Podía sentir mis calcetines mojados entre mis dedos. Con la cabeza al sol, subía por la escala temblequeante.

El sol me ardía en las mejillas. El sol achicharrante me bamboleaba la cabeza. Mis pies resbalaban por los traicioneros peldaños. Me dolían los dedos de tanto aferrarme. El sudor me cegaba. Iba a caer.

Penosamente, con las palmas heridas, a ciegas, comencé a bajar. Cada vez que mis pies resbalaban, el peldaño de arriba me magullaba las rodillas. Tratando de recobrar aliento, permanecí de pie en el embaldosado enjugándome el rostro con el pañuelo sucio y húmedo.

A través de la oscuridad de la iglesia pude ver los ojos que me miraban. Pude ver la mueca desdeñosa en la cara de tiza del doctor. Piensa en lo que hemos soportado, me decían sus ojos. Piensa en lo que yo tengo que hacer, decía la mueca despreciativa del doctor.

—Me siento algo desvanecido —expliqué en general.

Y volví a trepar, colocando cuidadosamente los pies, peldaño a peldaño. Llegué a lo alto del muro. Subí bajo el sol achicharrador, llegué a gatas a las piedras quemantes de la torre, hasta que, perdido el aliento, abandonados los pies, sin remedio ya, a los peldaños resbaladizos, sentí que de repente me cogían unas manos por las axilas.

La torre era firme, cuadrada y segura, terminada ya la escala bamboleante. Procurando almacenar bastante aire en mis pulmones, seguí penosamente a Tennessee por los escalones de madera que crujían.

—Apostamos dos contra uno que no subiría. —Tennessee se burlaba, riendo. La torre estaba repleta de GI.

—Nos desesperaba ver que se demoraba tanto —dijo otra voz a mis espaldas.

—Los fusileros japoneses deben estar sesteando.

—Agache la cabeza —me gritaron todos al unísono, mientras caminaba, aturdido, hacia la trampa caliente del techo.

Los muchachos, con miras telescópicas en sus rifles, estaban tendidos en las lonjas de sombra, junto a la muralla. Por unas grietas me mostraron la vieja ciudad averiada por la metralla, el Hotel Manila que aún ardía ante la bahía llena de restos de naufragos, un tanque volcado, nidos de ametralladoras, un camión que avanzaba por una avenida en llamas, unos japoneses chiquitos que corrían con un mortero detrás de una muralla.

—Bien, compañero. —La voz de Tennessee sonó, afable, a mi oído, cuando nos internábamos en la sombra, tras del muro de piedra de la iglesia, de regreso ya. Lástima si no hubiese subido.

De vuelta a Leyte, en la playa, cerca de Tolosa, salí de cabeza fuera del jeep. Una pequeña contusión. Unos rasguños. Alguien recomendó Hollandia para descansar y convalecer. Con una venda parecida al turbante de un sikh, los doctores amigos me acomodaron en un muelle asiento del avión de la mañana.

El vuelo fue fresco y apacible. En Hollandia había terminado la guerra. Allí había hospitales, campos de reposo, equipos que rociaban la selva con DDT, todo ello en un paisaje de otro planeta, lomas aguzadas como navajas, árboles frondosos, hierbas a veces más altas que un hombre.

El coronel que comandaba un transporte aéreo se hizo cargo de mí. Tenía una cabaña rústica en una hondonada que parecía un pequeño campo en las Cascades Mountains. Nos sentamos en su portal cubierto junto a la jaula en que unos pequeños marsupiales, que parecían ardillas voladoras, resbalaban de percha en percha en el anochecer. Me mostró a la luz de su linterna las fotografías aéreas de lo que llamaba el valle secreto. Era un hombre de rostro cuadrado, con bardas de cabello negro y unos ojos oscuros, agudos como barrenas, dentro de un círculo de arrugas; ojos de vigía. Nunca bebía licor, ni café ni té. -Fumar le horrorizaba. Para mí, al menos, le llamé el Mormón Volador. Volar era su droga.

—Vea, se trata de una cultura muy superior a las conocidas en Nueva Guinea. — La uña limpia del coronel recorrió la hoja satinada. Estas lagunas son artificiales. Estas zanjas son para avenamiento o riego; vea los trozos cultivados, las bien construidas cabañas ovaladas. Poseen una raza de cerdos gigantes. Si la guerra termina alguna vez y quedo libre, me siento tentado a visitar a esta gente. Se han intentado expediciones; pero han tenido que volverse; no hay hombre blanco que haya cruzado esas colinas. ¿Le gustaría acompañarme? Nos daremos tiempo para sorprenderlos en la mañana, no muy lejos, ciertamente; sólo hasta el estrecho Torres. Partimos al despuntar el día, porque tenemos que alcanzar el claro de la montaña antes de que baje la niebla.

Claro está que tuve que ir. Apenas hubo alguna luz partimos en su B24, el Mormón Volador en los controles y yo, con mi turbante de sikh, sentado en un sillón de cuero rojo instalado allí en vez de una ametralladora. Colinas y colinas de chamuscado verde, extendidas entre jirones de niebla que corrían a amontonarse en las laderas azulinas rayadas por la bruma.

Desde la altura, a veces, algún valle parecía un suave campo verde. Si se tratara de caminar por esos campos, se encontrarían altas hierbas cerradas por sobre la cabeza de uno. Ni un sendero ni una huella, sólo escarpadas laderas que centelleaban con el rocío; por aquí y por allá, en alguna altura rocosa, un manchón de tierra hollada alrededor de una guarida donde unos pocos negros se agrupaban.

—Al frente puede ver usted las Montañas Naranjas —dijo la voz del coronel a través del aparato de intercomunicación. Los picachos, a la derecha, tienen una altura de dieciséis mil pies. Les da el sol encima, vea. Observe las cataratas.

El avión surcaba un valle entre laderas, cada vez más agudas. Bordeaba alturas que surgían de una vegetación confusa y febril. Los escollos espumosos cerrábanse bajo la niebla plomiza, para formar un túnel de color índigo fuerte.

Zumbaban los motores al correr el avión por el aire frágil.

Enfrente había claridad, un tragaluz entre las nubes agitadas.

Ahora, una lámina de agua despeñada.

Sentí un brinco en el estómago. El obturador estaba abierto, mi ventana entraba en una brillante cueva de nubes. Rugían los motores. Como una canoa inimaginable que fuera contra las rápidas corrientes, el avión saltaba sobre las aguas claras, a través de un río, en el valle forjado como ojo de cerradura; resbalamos fácilmente por las revueltas del río; cabeceamos, saltamos en el aire turbulento al correr nuevamente por el paso burbujeante. Despeñaderos, altas rocas de melladas puntas, y, rápidamente, de improviso, arrancándonos de las nubes, caímos en plena luz del sol sobre un valle verde y sombrío.

—Mire enfrente. Allí está —dijo la tensa voz del coronel.

Apenas podía respirar mientras contemplaba una red de sendas entre campos cultivados, aldeas rodeadas de murallas, corrales, fosos en que brillaba el agua.

—Donde nunca ha hollado el hombre blanco —esta frase surgió de mi infancia.

El Mormón Volador zumbó sobre una aldea, tan bajo, que pensé que deseaba pasar a través de la ancha puerta de una choza bardada. Allí estaban los cerdos negros de largas piernas, altos hombres bronceados, mujeres y niños que corrían a esconderse, aterrados, tras los setos.

En una de las sendas, entre vallas, divisamos una partida de caza con lanza. El jefe alzó la suya, apuntó cuidadosamente y la disparó contra el avión.

La máquina brincó, dio una vuelta, volvió a nivelarse y partió hacia el sur. Ahora el valle no era sino un mapa nuevamente, marcado con entrecruzadas zanjas y sendas, montones de botoncitos: las aldeas.

—No puedo mostrarle más ahora porque nos quedaríamos sin gas. —Así dijo la voz precisa del coronel por el aparato. ¿No vamos a venir algún día a visitar a esta gente?...

Terminamos en la australiana Cairns, donde el coronel y su tripulación se habían prometido hacer bailar a las muchachas. Levantado cada día antes del amanecer para inspeccionar sus aeródromos, y en vela hasta muy entrada la noche para bailar con las chicas australianas, el Mormón Volador no se cansaba nunca.

En Sydney le dejé para regresar a la vida civilizada. Cuando los dolores de cabeza se calmaron, y me di cuenta de que podía quitarme el turbante, partí a casa. Manila fue tomada. El último japonés había sido expulsado de la última guarida de Iwo. Habían transcurrido meses sin cartas. Era tiempo de regresar.

En el aeropuerto de Sydney, una afable muchachita borracha quiso regalarme una

especie de canguro chiquito y lindo. Estaba amaestrado y se lanzó de cabeza en un saco cuando lo llamó la chica, lo mismo que si se hubiera lanzado en la bolsa materna. El animalillo era ágil, como un cervatillo, hermoso, de ojos grandes. «La mascota perfecta», decía la muchacha.

Le rogué que no insistiera, mostrándole mi saco repleto con centenares de libras de papeles escritos a máquina y de notas. Garabateó su dirección. Cuando llegara a casa, si le escribía, me enviaría un lindo marsupial por correo.

Traté de explicarle que ya tenía mascotas en casa. Y que las tenía un poco olvidadas. La muchacha estuvo charlando acerca de los encantos de esos lindos animalillos hasta que el avión partió, dos horas después, a Nueva Caledonia.

Solo y cansado, durante el vuelo, en el avión casi vacío, estuve pensando en Grace y los niños. No necesitaba un lindo animalito marsupial. Eran ellos mis mascotas. Parecían ocupar los asientos vacíos a mi alrededor: Grace, rubia, de cabello rizado, ojos azules, gorjeando sus pequeñas impresiones como un pajarillo inteligente; Chips, pelirrojo, con su acné y sus uñas mordidas y su aire sombrío, torpe y vacilante como fui de niño; y Louie, mucho más semejante a Grace, con sus ojos azules y las ondas leves de su cabello, su aspecto de duendecillo con su viejo sombrero cónico de fieltro y sus cintas alrededor, que se empecinaba en usar. Era algo más que una alucinación. Su presencia colmaba mis sentidos. Mi nariz parecía invadida por el olor a ternero sudado de los niños. El querido perfume de Grace, indefinible, era más real que un recuerdo.

Noumea. Pearl. Oakland.

Vuelo nocturno a Nueva York, pero en vez de ser La Guardia el aeródromo en que bajamos, balanceándonos a través de una tormenta de nieve, lo hicimos cerca de Allentown, Pensilvania.

Varios de nosotros nos apretujamos en un taxi a Filadelfia.

Desde el hotel llamé a Grace.

—Ro, no puedo creerlo —insistió en decirme.

Ninguno de los dos supo cómo empezar a decirle algo al otro.

—Ahora tengo que irme, Ro.

Parecía violentarse y tener prisa. La había llamado precisamente cuando ya estaba en la puerta. No podía llegar tarde a la oficina.

—Comeremos juntos —me dijo en tono formal y extraño. Su voz no sonaba como la había recordado.

Crujió el fono. Su voz se había ido. Mi recuerdo de ella se había ido. Me costó unos minutos para tranquilizarme y recordar cómo abrir la puerta de la cabina telefónica. Había parecido tan cerrada antes de que la llamara...

Cuando Ro vuelve a despertar, la pieza está colmada de sol. Se halla solo en su cama. Le duele la cabeza. Sus narices perciben fastidiosamente el olor a café tostado, confundido con el agrio de la gasolina quemada que entra plenamente por la ventana abierta. Los bocinazos y chirridos del tráfico de la calle le pinchan los oídos. El agua que cae de la ducha en el cuarto de baño suena como una catarata. Es Elsa que se baña.

Ro se sienta de un salto, pone sus pies en el suelo, se levanta con un sacudón de la orilla de la cama y se pone la camisa y los pantalones. Desea otro minuto a solas, antes de hablar con ella, y trajina por su cuarto.

Al cabo de un rato, está afeitado, bañado, y con un limpio traje de lino. Sus huesos son como de vidrio.

—Entra —dice ella.

Está sentada, de bata, frente al espejo, poniéndose crema en el rostro, que parece como tascado en el cristal descolorido.

—¡Qué sol! —murmura torciendo los ojos a un lado. Examina la imagen de Ro por el espejo. Ro, seguramente estás convertido en la mismísima ira de Dios.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta él con una risita.

—¿Yo? Me siento coronada de espinas.

Ro siente como si su calavera estuviese hecha de trocitos de metal mal ajustados. Una observación que espera que sea divertida le brota como chorro de agua:

—Debe de ser algo que hemos comido —dice.

Elsa advierte la broma y responde:

—O tal vez la coca-cola. —Hace una mueca entre risa y enfurruñamiento en el espejo—: ¡Ay, me duele reír!

—¿Qué tal si comemos algo?

—Por cierto —dice Elsa. Lo primero que quiero es ir a ver a Joe Herkimer —añade, caprichosa, como si estuvieran tratando de impedirselo. Va a sentirse muy molesto por no haber ido a verle el primer día.

—Hoy es el primer día —dice Ro. Ayer no cuenta.

Elsa se levanta y se vuelve a mirarle a los ojos, con mirada aguda y seria:

—Haz lo que quieras.

Va a decir algo más, pero su lengua se detiene.

Todavía se hallan vinculados por la parranda.

Están de acuerdo en que habrá excesiva luz en el roof garden y van de prisa al oscuro restaurante donde cenan. Ro ni mira a su alrededor, temeroso de ver algún conocido. Todavía no quiere hablar con nadie. Apenas si puede ser amable con Elsa. Es un alivio encontrar vacío el local.

Con el jugo de naranjas, el viejo mozo, con un capuchón sobre las orejas, le trae a Ro un diario de la mañana abierto en una página interior y lo deposita, afectadamente, en la mesa de mármol contigua.

Pasa un rato antes de que Ro pueda mirarlo. Y se encuentra leyendo la noticia de su llegada. Han desenterrado una vieja fotografía. No puede ocultar la sonrisa satisfecha que se le expande por el rostro. En la columna próxima encuentra el nombre del *Hon.* Mortimer Price, en una lista de personalidades que han asistido al Nacional.

«Tú tienes dos párrafos y Mortimer sólo uno», le dice, mentalmente, una voz semejante al chillido de un loro. «Claro está que en Cuba están un poquito atrasados, contesta otra voz».

—¡Asqueroso! —dice en alta voz al pasarle el diario a Elsa. Esto debe provenir de nuestro amigo de Rancho Boyeros... Mortimer está en la ciudad. Tendremos que buscar al viejo puerco para ver qué le parece mi llegada.

Elsa mira el diario sin verlo.

—Pensé que iríamos a ver a mis amigos.

Y se rasca la mejilla.

—Tenemos tiempo para ver a todos los amigos —contesta Ro suavemente.

Ambos se hallan todavía extremadamente nerviosos. Les tiritan las manos cuando levantan los vasos burbujeantes de jugo de naranjas hasta sus labios. Se dicen cosas, pero nada de cuanto dicen tiene una verdadera conexión.

—¿Jamón con huevos? —pregunta Ro cuando vacía su segunda taza de café.

Mueve ella la cabeza.

—¿A quién esperamos aquí? —murmura.

En la acera se ponen a disputar acerca de si caminan o van en auto. Por fin, trepan en un automóvil, aunque Ro insiste aún en que una buena caminata es lo mejor después de una parranda. Al menos, no están con el chófer de la sonrisa, piensa, recordando la noche pasada, asqueado; el de hoy es un negro de cara seria e inmaculada camisa de seda blanca.

Cuándo el taxi para en una calle desierta próxima al Malecón, Ro insiste en que Elsa ha dado una dirección equivocada. La calle parece deshabitada.

El día se ha nublado. Tiritando en el fuerte viento venido del mar, pasan y vuelven a pasar frente a una serie de puertas azules, de madera, de un edificio de departamentos estilo americano que llena la cuadra.

—No; es aquí. —Y Elsa comienza a golpear desesperadamente en una de las puertas.

A Ro le late la cabeza y ya nada le importa. El pavimento le parece en declive. El café no le ha caído bien en el estómago.

Después de un rato, una muchachita aceitunada, con el cabello lleno de horquillas, asoma la cabeza por una puerta, un poco más allá de la que Elsa golpea.

—¿El señor Erkimer? —pregunta Ro.

—Dile que es Elsa —chilla la voz de ésta a los oídos de Ro. Elsa, la del año pasado.

Los ojos de la muchacha son unas cuentecitas negras de indecisión. Mira a uno y a otro. Ro repite su frase en español. La muchacha retira la cabeza y está a punto de cerrar la puerta.

—Deja esa puerta abierta —grita una cascada voz norteamericana desde adentro.

Ro se halla con los ojos fruncidos en la penumbra de un largo vestíbulo tapizado de fotografías de equipos de béisbol y de fútbol, y, por aquí y por allá, algún caballo de carrera con su jinete.

—Adelante —continúa la voz. Me gusta aquí porque siempre está fresco y puedo ir y venir como se me antoja. Primera vez en mi vida que he encontrado un sitio en que mi mujer no puede seguirme la pista. Y sus frases terminan en una risa ronca.

Cuando los ojos de Ro se acostumbran a la luz, se encuentra en un cuarto en que cuelgan carteles de viejas corridas de toros habidas en México. Enfrente, ante una mesa de juego marcada por los anillos de los vasos que por ahí han pasado, se halla sentado un hombre entrado en años, de hermosa cabeza de ondulado pelo canoso y una cara rosada repleta de finas arrugas: Se advierten blancos rastros en sus mejillas y su barba. Sin mirar a nadie en particular, habla y ríe sobre una copa de café.

—¿Qué piensan de Chiquita? La recogí de la calle. —Hay un temblor displicente en la voz monocorde de ese hombre del Este. Buena cosa es que mi mujer no sepa nada de Chiquita. Lanza una risa cascada. La hago ir a la escuela... Y lo que la mujer no sabe, a uno no le afecta...

Unos ojos azules, de alcohólico, con los bordes enrojecidos, y saltones, miraron a Ro por primera vez. Boqueó como un pez al silbar:

—Los envejeces muy pronto, muchachita.

Elsa rió con risa breve y dura.

—No seas idiota, Joe; éste es otro amigo —dijo. Los presento: Joe Herkimer; Roland Lancaster.

—Robándose a los viejos, ¿eh? —Se le movían las quijadas en una risa silenciosa, mientras los miraba de soslayo. Bueno: el tiempo tiene sus venganzas.

—No necesitas decirlo. —Elsa indicó con la cabeza hacia la puerta por donde Chiquita acababa de salir meneando las leves caderas.

Joe Herkimer le guiñó un ojo a Ro, torpemente, y dijo con tono confidencial que les volvía cómplices en la depravación:

—Para eso venimos aquí, viejo, para vivir como nos da la gana.

—Me imagino que debo ser más alto que Gov Haines por lo menos por una cabeza —se oyó decir Ro con voz quejosa.

—Excúsame, excúsame —murmuró Joe Herkimer. Cuando uno cree estar viendo a alguien, a veces piensa que lo ve. Este año no han estado muy buenos mis ojos.

Se tomó del borde de la mesa y se echó atrás en la silla:

—Pero están lo suficientemente buenos como para ver que Elsa usa todavía esos

condenados zapatos de lona... Casi perdimos la cabeza con esos zapatos. Perdió una cierta noche y Gov tuvo que encargarse de otros por avión a Nueva York.

Sin prestar atención, Elsa se sienta y enciende un cigarrillo. Cruza las piernas y hace sonar un pie en su zapato blando, en tanto levanta la cabeza para lanzar un penacho de humo al techo.

Joe Herkimer prosigue con su historia:

—Rube Mothershead me escribió para que me preocupara de los dos promisorios muchachos, cuando vinieron el año pasado. Hice lo que pude por ellos. Esos turistas no me gustan nada. Lo único que supe fue emborracharlos y mantenerlos borrachos; pero creo que eso no resolvió nada. En mi tiempo, primero se casaba uno, y se arrepentía después. Ahora se arrepienten antes de casarse... Elsa, ¿cómo me dijiste que se llama el viejo?

—Roland Lancaster. Joe, te estás poniendo sordo, además de ciego.

—¿Por qué no? Estúpidamente sordo y ciego. A mi edad, un hombre ya no se preocupa. ¿Cómo dices que se llama?

Elsa repitió el nombre.

—¡Oh, claro!... Bien, bien. Es, seguramente, pura coincidencia. Estaba a punto de escribirle a tu revista, Roland, porque creo que yo tengo una buena historia para esa gente. Ahora tú puedes ahorrarme el trabajo de escribirla. ¿Traes fotografía?

—Estoy de vacaciones —dijo Ro. Ahora no pertenezco a ninguna revista en particular.

—¿Un hombre libre, eh? —rió Joe Herkimer. Se vende al que da más, ¿eh?

—Apuesto a que es la misma historia con que Gov iba a hacer una obra —interrumpe Elsa.

—Y hoy es tan buena como siempre, y aún mejor, porque desde entonces han sucedido tantas cosas... El chico Haines iba darme un interés por ella, en vista de que yo ponía el argumento. Pero no puedo esperar tanto para hacerme de una fortuna. —Mira a Ro de frente y estalla en una carcajada.

—La está haciendo —dice Elsa. Está metido en eso.

—¿De modo que todavía sabes de él? ¿Y cómo está? ¿Qué dice?

—¿Qué quieres que diga? Precisamente, sus cartas son las que se pueden esperar de un tipo semejante.

Elsa echa su cigarrillo al suelo y lo aplasta con el pie. Joe Herkimer la mira, parpadeantes sus ojos rojizos.

—¿No nos vas a dar una taza de café, Joe? —le pregunta ella.

—Chiquita..., café. —Joe Herkimer la llama con su voz ronca. Eso es lo que me gusta en estos países. Lanza una risita. Lo sirven a uno.

Joe Herkimer remueve todas las menudas arrugas de su cara hasta que la mirada socarrona se torna en una mueca de viejo personaje de sainete.

—Apuesto a que sé lo que hicieron anoche. Apuesto a que te llevó a la rumba de Paco Cortés. Yo no puedo soportar a un mentecato tan presumido, aunque sea

negro... —De nuevo, se pone serio. Seguramente, pusiste a Gov Haines en el mismo infierno con esa rumba, Elsa. Y sacude los dedos vuelto hacia ella. Luego se dirige confidencialmente a Ro—: No es un mal muchacho, ni siquiera para un corredor de bolsa. Lo único malo en él fue que no se mostró hombre capaz para hacerla callar en el momento preciso.

—Joe, no entiendes absolutamente nada. —Elsa inclina la cabeza y se mira las puntas de los zapatos. Y tampoco Rube.

—¿También estuvo aquí? —pregunta Ro, en tono forzado.

Siente como si fuese otro hombre, como estar ahí a hurtadillas, fisgoneando; no está muy seguro de su identidad esta mañana, en todo caso. Una triste niebla gris lo separa de sí mismo. Tras esa niebla, lo único que sabe es que está profundamente apesadumbrado de su persona.

—No. —Oye la amarga voz de Elsa viniendo de una gran distancia. Lo único que hizo fue enviar consejos por cables y correo aéreo. Una correspondencia regular.

—El arte de amar, ¿eh? —Joe Herkimer vuelve de uno a otro los ojos azules y burlones. Abre la boca para decir algo más y calla.

La mirada de Elsa se ha tornado durísima.

Viene Chiquita tranqueando con sus altos tacones y con sonrisa de niña, que se adapta extrañamente a su cara de muchacha. Se ha quitado las horquillas del pelo. Trae una bandeja con dos tazas de café y un plato con bollos.

—Cierra esa puerta —le grita Joe Herkimer con su ronca voz.

La muchacha se inmoviliza. Se agitan sus pestañas. El café comienza a desbordarse de las tazas.

—¿No te he dicho que no dejes abierta esa puerta?

Los ojos desesperados e incomprensivos de la muchacha van de una cara a otra.

—¿Qué es lo que dice? —le pregunta a Ro en español.

Ro se levanta y toma la vacilante bandeja.

—Que deje cerrada esa puerta, nada más —le responde amablemente.

Le sonrío con su sonrisa de niña. Sólo a él. Pero él mira a otro lado.

Elsa estira el dedo en dirección a ese cuarto.

—¿Qué tienes ahí, Joe? ¿Licor de contrabando? —pregunta.

—Pianos en consignación. ¿Qué te parece? Estos cubanos son locos por los pianos.

La muchachita va, trémula, hasta una silla, en un rincón, y se sienta, como si esperara que la azotasen.

Por un momento, nadie sabe qué decir.

—Qué malo que tengamos ahora viento norte. —Se oye decir Ro, para entablar una conversación.

—No dura sino un día o dos —dice Joe Herkimer. Nunca sabe ser oportuno ni trata de calentarse cuando hay visitas. ¿Cuánto piensas estar aquí, Roland?

Ro murmura que eso depende de muchas cosas.

—Me va a costar verme con esos chicos. —Joe Herkimer le mira confidencialmente a los ojos. Estos aviadores sólo están sobrios una vez a la semana, cuando se les acaba el dinero.

—¿De qué se trata?

—Contrabando de armas..., revolución en una república vecina. Siempre es lo mismo, pero ahora va en serio. Los chicos tienen carácter. Y eso es lo que vale. También hay gente especial... Rojos. ¿No has oído hablar nunca de la Legión del Caribe?

Ro asiente. Vuelve a la vida. Olvida su dolor de cabeza, su torpeza, su desasosiego ante Elsa. Ese hombre tiene fama en el mundo deportivo, piensa, aunque sea un condenado viejo. Acaso tenga una buena historia. Ro se imagina una carta llena de interés de parte del que habrá de publicarla, un cheque por correo, fondos por cable.

—Cablegrafiaré a Nueva York —dice con tono de hombre de negocios.

—Los telegramas traicionan —dice Joe Herkimer. Se trata de algo de veras serio. Si ciertos tipos huelen la cosa, verán que los muchachos están pescando almejas.

—Primero tengo que saber cómo es la historia.

—Yo te la contaré y tú la escribirás: vamos mitad y mitad. ¿Qué te parece?

Hay un candor amistoso en los ojos de Joe Herkimer.

Ro no contesta. Le late la cabeza de nuevo.

Elsa aparta la taza y, mascando aún un bollo, se levanta.

—Muchas gracias —dice mirando a la asustada Chiquita con amistosa sonrisa. Tenemos que ir a ver al pintor subjetivo Pinillo. Aparece como a eso del mediodía.

—No aparecerá hoy, al menos que ustedes no vayan a buscarlo. No tiene por qué aparecer —dice Joe Herkimer con su risa ronca. Y ella va a tratar de que él te lleve a ver los ritos vuduistas —dice volviéndose a Ro. Hay un lote de brujerías.

La mente de Ro vuelve a caer en confusa contemplación. Difícilmente se da cuenta de lo que el hombre está diciendo. Tiene que obligarse a decir algo:

—Acabamos de llegar. Estábamos vagando por la ciudad.

Y hace un amplio gesto con la mano. Sus brazos le parecen muy largos. Siente que su mano va a salir volando sola.

—Necesitaré un tiempcito para pensar en esa proposición, es decir... después que sepa de qué se trata. —Y ríe con dificultad.

Joe Herkimer aparta sus piernas. Ahora parece distinto, de pie. Sus hombros son cuadrados para su edad. Camina sobre la punta de los pies. Va hacia Ro balanceando un poquito los brazos, como un boxeador que sale de su rincón, acerca su cara a la de Ro y murmura:

—Te encontraré a mitad de camino. Buscaré a los muchachos y veré si podremos conversar en alguna parte. —Su voz es dura.

Ro se aparta del aliento del viejo.

—¿Qué tal en Cayo Hueso?

—Okey... Nadie está obligado con nada hasta que conozcas la proposición.

—Bien —dice Ro. Gracias por el café.

Ya Elsa ha desaparecido por el vestíbulo. Cuando Ro la sigue, divisa a Joe Herkimer que estira una mano trémula hacia Chiquita.

La visión le da en pleno estómago. Siente una sensación punzante en la cabeza.

Fuera, en la acera, respira anchamente el viento salobre. Se va la náusea. Tiene que apresurarse para alcanzar a Elsa. Sus pasos son ahora firmes. Sus pies están más livianos.

—Sería divertido dar con una historia entretenida —comienza a decir, faltar de aliento. Las historias latinoamericanas son difíciles de vender... Pero ésta tiene que ser buena... Podré gastar un poco más... Alquilaremos un automóvil y gozaremos realmente de la isla.

—Creí que las celebridades siempre nadaban en dinero —dice ella con su tono desagradable.

—Aprenderás que no es así... En este viaje me estoy arriesgando deliberadamente.

Ro trata de poner energía en su voz.

—Pinillo no cobra sino cincuenta dólares por un dibujo —murmura como una chica mimada. Gov no quiso comprarme uno. No supo darse cuenta... Nunca quiso hacer nada de lo que yo quería.

—Yo haré lo que pueda, pero tienes que darte cuenta de que cuando termine esta fiesta ya no habrá nada.

Elsa se coge de su brazo.

—Podrías gustarme más si estuvieras quebrado —le dice. Estoy más acostumbrada a los que no tienen nada... ¿No es una tremenda manera de ser?

Doblan la esquina del edificio gris y destartado. Bajo el vidrio roto de un tragaluz avanzan por un vestíbulo adornado con pilastras jaspeadas. Una cometa destrozada se enreda en los restos de una lámpara de bronce que cuelga del techo desconchado. El piso crujidor está sucio como si no lo hubiese barrido en doce años. Las moscas vuelan en enjambre alrededor de un tarro de leche rancia en un rincón. Junto a un saco de carbón molido, dos negritos se pelean una pelota.

—¿Qué te parece esto? —pregunta Elsa con un brillo dorado en los ojos.

—¿Park Avenue después de un bombardeo?

—Exacto —dice ella. Yo diría que Park Avenue después de la revolución.

El ascensor no es sino una jaula descubierta. Está lleno de hombres pequeños y gordos que parecen sin trabajo, de viejas con chales en la cabeza que traen bolsas del mercado, de niños descalzos. Todos rezongan porque tarda el ascensorista.

Cuando el ascensorista llega por fin, cojeando por el vestíbulo, vemos que es un negro viejo y canoso, patituerto y con aire lleno de dignidad. Demora una eternidad en empujar la puerta mal aceitada y en hacer funcionar la palanca de partida. La jaula sube con una serie de brincos. Comienza a chillar un chico moreno en brazos de una

mujer. Elsa se apoya en Ro.

—¡Dios mío!, ¿y si nos caemos? —murmura, quejosa.

—Al bajar, caminaremos —dice Ro, puestos los labios sobre su oído. Ella no se mueve. Él le besa la oreja con rápido beso.

Arriba, llegan a un vestíbulo largo y oscuro que huele a lavazas calientes, a pescado frito y retretes estropeados. Sólo cuelga una bombilla en el extremo de la sala, como alumbrado, pues todas las guarniciones eléctricas han sido arrancadas de los muros.

—Veamos ahora si encuentro su puerta —dice Elsa, apretados los labios. ¿No te parece curioso?

Caminando lentamente, ven a través de las puertas entreabiertas unas colchas colgadas al aire, roperos abiertos con espejos trizados, cromos de la Virgen con velas por delante, extraños santos en nichos pintados, guirnaldas de papel rosado como pulpa de sandía que cuelgan del techo.

—Ñañigo —murmura Elsa, atemorizada. Todo está lleno de ñañigo.

—Y también de chinches, te lo apuesto —dice Ro. Es una vivienda de obreros de pesadilla.

—Al menos, es real. —El tono desdeñoso de Elsa lo acalla.

Con aire de ir canturreando, finalmente llega ante una puerta y golpea.

Ni un sonido.

—Que no me vengan ahora con que no está. —Vuelve a golpear.

Tras mucho rato, gira la perilla de la puerta. Se abre ésta lentamente y de pronto aparece ante ellos una joven de cabello corto y sucio. En la penumbra, trata de averiguar quiénes son.

—El pintor subjetivo Pinillo —dice Elsa, vacilante.

—Americanos —murmura la joven, como aprobando. Y les abre la puerta.

Entran en un cuarto ancho y bien iluminado, cuyos muros y techos grises se han desconchado con los años.

La joven desaparece tras un biombo pintado de amarillo, con puntos de exclamación negros en uno de los extremos. Mientras miran en torno, oyen tras el biombo leve rumor de pasos y cuchicheos.

El único mueble es un catre de bronce con la cama sin hacer y una mesa maltratada donde la cabeza y el espinazo de un pescado apenas se equilibran sobre un montón de platos sucios, junto a potes de «gouache» y grasientos tubos de pintura. Hay un caballete al lado de la ventana. Telas sin bastidor se apilan contra todas las paredes. Un par de calcetines y un sostén roto cuelgan de la cabecera del catre. Bajo ellos, en medio de una almohada arrugada, un almohadón.

—Montmartre —murmura Ro, tratando de hacer sonreír a Elsa.

—Subjetivo —es cuanto ella le contesta. Su pintura es completamente subjetiva.

Esperan.

Ro va con lentitud a la ventana y mira una bandada de palomas que revolotean en

el aire. Su cabeza se colma de ideas inconexas. ¿Cómo puede ser que haya llegado a esto?

El estampido de una voz de hombre irrumpe en su ensoñación.

—Elsa, la bienvenida.

Ro se vuelve y ve los ojos negros y penetrantes de un hombre enteco, color tabaco, de edad indefinible. Una nariz aguda, aquilina, parte en dos segmentos desiguales la cara ovalada. Bajo ella, un bigote negro e hirsuto. Los rojos labios se fruncen, displicentes. Mira a Ro de frente un rato, sin sonreír.

—¿Tu papá? —le pregunta a Elsa, desdeñoso.

—Habla inglés —dice Elsa. Tú sabes, Pinillo, que hablas el inglés perfectamente... Además, él sabe español tan bien como tú. Es Roland Lancaster, el escritor y periodista famoso.

Como a pesar suyo, Pinillo estira dos dedos de su mano color tabaco. Cuando Ro se los estrecha, yacen en su palma fríos y blandos.

—Ya lo sé —dice Pinillo. Un famoso propagandista del imperialismo yanqui.

Arquea una ceja y le sonríe a Ro, despectivo:

—¿Qué hace aquí, mi amigo? Por cierto que nada bueno para los artistas y los obreros de las Antillas. Pero ¡quién sabe! Aun en Norteamérica hay hombres honorables. Tal vez cuando vea mis cuadros escribiré un artículo para corregir la falsa impresión dada por sus críticos.

Hace ondear sus dedos ante su cara como espantando una mosca.

—Falta de educación. Falta de comprensión —declama.

—Para eso hemos venido, Pinillo —no puede menos que interrumpir Elsa. Quiero mostrarle tus cuadros. Muéstrale ese que me hiciste.

—No hago retratos de nadie —silba Pinillo. Su cara se crispa en una mueca desdeñosa. Ése es un error de la gente ignorante. Mis cuadros son la expresión gráfica de la realidad.

Bruscamente, sus rasgos pierden la expresión despreciativa. Echa atrás la cabeza y, encogido de hombros, se queda contemplando a Elsa.

—¡Qué belleza! —exclama. Lolita —llama por encima del hombro, en español—, mira lo linda que es esta chica.

La muchacha sucia asoma cuidadosamente la cabeza por el biombo. Se ha estado lavando y todavía se enjuga la cara con una toalla.

—El cabello es un encanto —declara.

Pinillo se vuelve a Ro con una expresión casi agradable en el rostro:

—Odio la incultura de ustedes, su Hollywood, su comercialismo y su materialismo..., pero tengo que admitir lo hermosas que son sus mujeres... No soy como mis paisanos —agrega.

Levanta los hombros, se restriega las manos y dice, obsequioso:

—Sí, señor; para servirle, señor; perfectamente, señor. —Hace unas cuantas ceremoniosas reverencias. ¿No le choca mi franqueza?

—Es maravillosa —exclama Elsa. ¿No te parece, Ro? A nosotros nos conviene que se nos diga la verdad.

Ro no alcanza a responder.

Pinillo está ya poniendo sus cuadros, uno tras otro, en el caballete para que los mire. Habla todo el tiempo, con leves pausas de vez en vez, para permitirle a Elsa un «¡Oh!» o un «¡Ah!». Habla con lento tono didáctico, como en una conferencia en una amplia sala. Explica que deja la imagen a los fotógrafos y a los propagandistas de conservas, los pintores de jamones y pastelillos de fresas. La imagen es una convención burguesa. El artista tiene que ser libre para expresar la realidad, como lo es el obrero para manejar el azadón. Movimiento. La instantánea. La sublimación de la realidad, existencialista. Cada vez que dice la palabra «realidad» su cara adquiere una expresión feroz y se golpea la palma de una mano con el puño de la otra.

Elsa toca el codo de Ro.

—Ése es —murmura.

—Déjeme ver ese otra vez —dice Ro con voz temblorosa. Le duele la cabeza más que nunca, ve candelillas, que se confunden con los manchones y las sombras y los sucios criptogramas de las telas.

—Para Elsa —repite Pinillo. Vea qué buena memoria tengo. El pobre señor Haines no supo verlo. No es Elsa, pero está inspirado por el enigma de Elsa.

—Gov se sentía enfermo con eso —murmura Elsa.

—El pobre señor Haines deseaba entender, pero le faltaba instrucción.

Elsa y Pinillo miran a Ro, amenazadoramente, como desafiándole a comprender.

—¿Cuánto vale? —tartamudea Ro.

Pinillo se encoge de hombros. Se crispan desdeñosamente sus labios.

—Ponerle precio a una obra de arte es como darle una bofetada a un artista —estalla. Es imposible explicarle a un hombre de negocios norteamericano que el arte no se valoriza. Se vuelve a Ro con la condescendiente expresión, llena de paciencia, de un profesor que explica una ecuación a un alumno retrasado. No es posible ponerle precio a la realidad última.

Comienza a hablar tan rápido que es como un estampido: Hoy cero; mañana, diez mil dólares... Sus palabras se vuelven torrenciales. En esta isla, el arte es un desastre. Los críticos son imbéciles. Escupe en los pintores cubanos. Esclavos del comercialismo yanqui. En Nueva York hay dinero, pero no gusto. En México hay gusto, pero no dinero. En París, al menos, un artista puede morir de hambre dignamente. El mes que viene volverá a París, el París de los artistas y de los obreros. Un París incendiado y con las banderas rojas de los trabajadores en las demostraciones callejeras. París entenderá. Después del próximo Salón, el valor de sus cuadros quedará establecido. El precio actual es ahora puramente nominal; una concesión a un amigo. Doscientos dólares, ¿qué tal estaría?

—Pero, Pinillo, el año pasado le dijiste a Gov que le costaría cincuenta. —Elsa pone muy redondos los ojos.

—¿Y qué importa eso? Yo no tengo memoria para las cifras. —Pinillo se sonroja y se soba el mostacho. Cincuenta, ciento, mil, ¿qué diferencia hay? Escribiré ahí: «Hommage a une femme d'ésprit» —añade, apretando los labios.

—Pinillo —interrumpe Elsa—, quiero que nos lleves a Guanabacoa; ya sabes lo que quiero decir... Quiero ir hoy.

Pinillo arquea las negras cejas.

—Él no entendería... No es oportuno. No habrá nada.

—Sí; él quiere también. Y yo deseo ver la Cuba real.

Ro trata de arrancarse de sus penosas ideas. Ha perdido contacto con cuanto dicen.

—¿Por qué no vamos a comer algo? —interrumpe con voz ruidosa. ¿No va con nosotros, Pinillo? Y también la señorita.

Y, al mismo tiempo, para mostrar que no es avaro, saca la cartera del bolsillo trasero y toma cincuenta dólares. Al hacerlo capta una chispa en el ojo de Pinillo, la mirada instantánea y aguda de un jugador de póquer que calcula la apuesta. Los negros ojos de Pinillo perforan la cartera.

Ro, súbitamente despierto, piensa que no debió mostrar así los billetes. «¿Nunca aprenderás?», se reconviene a sí mismo. Entretanto, sus dedos abrochan de prisa el botón del bolsillo.

Mientras, la joven ha salido de detrás del biombo y comenzado a envolver el cuadro en un papel, con la destreza de una vendedora experimentada. Pinillo la mira, enfurruñado. La torpeza con que dobla las puntas del papel parece molestarlo.

—Está comprometida. No puede venir con nosotros —dice.

La joven frunce la cara y desaparece.

—Podemos dejar el cuadro en el hotel, por el camino al *ferry-boat* —gorjea Elsa. ¿Qué tal si vamos al restaurante, en el muelle, a que nos llevaste el año pasado?

—No hay más que turistas norteamericanos —gruñe Pinillo. Su vulgaridad le rompe a cualquiera el apetito; pero no importa.

Ro ha tomado su panamá de la silla y le quita a las alas el polvo.

—Por el camino me detendré en la oficina del cable —le dice a Elsa.

Mientras Pinillo se prepara, alisando las arrugas de su vestón acinturado y carraspeando, la joven sale de detrás del biombo y le pasa su boina azul oscura. La toma él sin mirarla.

—Aquí la pobreza es un arte —comienza a decir Pinillo cuando bajan al vestíbulo. Morirse de hambre, lo mismo que hacerse rico, exige una técnica especial.

Bajan las ennegrecidas escaleras.

—El yanqui, saco de plata, cree que edifica un cómodo edificio de departamentos para los adinerados; pero aquí vivimos entregados a una religión, la religión de la miseria.

—Pero las piezas tienen luz y aire —murmura Ro, como aceptando que aquello, a pesar de todo, fuese culpa suya.

—¿Le choca? —el tono de Pinillo es irritado. Los que concuerdan con el materialismo de los ricos se sienten heridos por el materialismo de los pobres... Aquí, yo vivo en una aldea. Nadie se preocupa de saber quién soy: otro pobre diablo como los demás. Es una lección de humildad proletaria. ¿Entendido?

Señala, en un recodo de la escalera, hacia una muchachita flaca de delantal desgarrado, con grandes ojeras azules, que anima a un desnudo bebé amarillento a depositar en el suelo un zorzalito.

—Vivimos en estado de naturaleza —se vuelve a Ro con risa burlona. El Jardín del Edén, ¿eh?

Elsa no lo ha advertido.

—Ñañigo —murmura—, su religión es ñañigo.

Una vez fuera, cuando logran detener un taxi, es Pinillo, echado atrás en el asiento, quien da la dirección con una voz que semeja un agudo ladrido.

—Primero, la oficina del cable.

Ro odia dejar a Elsa en el coche con Pinillo, pero baja solo.

La oficina está desierta. Una gran luz en el techo, como luna fatigada. Sólo un hombre trabajando. Zumban los ventiladores eléctricos. Ro se sienta ante una máquina de escribir con dos hojas de papel. Se siente como en casa en la oficina del cable. Puede renovar el antiguo agrado de relatar algo. Mientras desliza un papel carbón entre las dos hojas y los coloca en la máquina, todos los penosos vaivenes de sus ideas desaparecen como barridos por un cepillo. Tiene clara la mente. Se siente en realidad el que es, por primera vez en el día.

Surgen en su memoria otras oficinas cablegráficas, la villa del azucarero en San Miguel, Luzón, las oficinas bajo la Bolsa de París, tan cercana a tan buenos restaurantes, la penumbra y las cortinas de felpa y la charlatanería de los censores en la Telefónica de Madrid, donde las granadas de Franco daban la puntuación. Constantinopla, Panamá, la oficina en Trafalgar Square, de Londres. Siempre hubo amigos a su lado, en esos días: Mortimer, George Elbert, el cansado Waring con su visera, Dick Turbeville con su pasión por las librerías de viejo, Joe Grainger, explicando que precisamente ese día tenía que tomarse un trago matinal. ¿Cómo es posible que nadie tenga ahora algún amigo?

Comienza a escribir la dirección. Sid Baker no es, exactamente, un amigo; pero, como si lo fuera. Lo atenderá mejor en su casa de Westport.

Posibilidad descubrir pintoresca hazaña Caribe con asombrosas implicaciones en vista nuestro menguado prestigio en Latinoamérica.

Seco; pero no puede decir más aquí. Sugiere gastos y contacto con un fotógrafo.

Cuando entrega el cable al empleado y paga —lejos están los días en que tuvo una oficina que se encargaba de los cables—; se demora en mirar los anuncios bajo el cristal del mesón. Le cuesta partir. Hasta piensa entablar conversación con el empleado.

«Pero hoy tengo que ocuparme de Elsa», piensa estremecido. No puede dejarla

malhumorada y hambrienta. No puede dejarla sola con Pinillo. Fueron esos momentos de descuido los que comenzaron a perturbar la cabecita de Grace.

Ha sido un bribón tan egoísta. Ahora es demasiado tarde para enmendarlo. Su boca se contrae con tristeza cuando recuerda los días en que todos iban tras él. Piensa en Emmaline Cowles, la brillante, fastidiosa, valiente y poco atractiva Emmaline. Ya han pasado años para volver con Emmaline. Ahora es Elsa, o nadie.

Un hombre tiene que ser paciente con las mujeres. Como estar a la caza de una bandada de pájaros. Los comienzos son duros a veces, pero cuando menos se piensa todo se vuelve fácil. Seguirle la pista a esa historia le va a mantener ocupado, le va a dar una posibilidad de demostrar que no ha perdido la destreza. Moviéndose pesada, lentamente los pies, se esfuerza en regresar al automóvil.

Elsa y Pinillo están recostados en el asiento. Fuman y charlan alegremente. Le duele a Ro advertir cómo se entienden.

—Creimos que te ibas a morir ahí —le dice ella, molesta. Pinillo me estaba asegurando que Nueva York es horrible y yo le he estado diciendo que es maravilloso... Dice que lo que nos falta es *pernod* para nuestros males.

—Es la opinión de un amigo médico —interrumpe Pinillo, riendo.

—No voy a beber más —anuncia Ro, ceñudo. Nunca bebo cuando ando tras una historia.

Elsa va a decir algo, pero súbitamente calla. Sus ojos son duros como guijarros.

En el hotel, es Ro el que tiene que hablar con Pinillo mientras Elsa sube con su paquete.

Pinillo carraspea y pone una mano en la manga de Ro, confiado.

—¿Y el cable? —pregunta, ansioso. Fue acerca de mis cuadros, ¿no? ¿Va a escribir un artículo? ¿Le impresionaron?

Ro siente la cabeza como colmada de virutas.

—La crítica de arte —responde vagamente— no es, en realidad, mi fuerte.

Y se da prisa en cambiar de tema.

—Supongo que fue en Nueva York donde aprendió tan bien el inglés.

—Los días más miserables de mi vida. —Y los mostachos de Pinillo se erizan. Su cara se pone lívida, verdosa. Esclavitud —revienta. Se llenan de espuma sus labios. Estuve ganando cien por semana con lindos cuadros para una firma de publicidad; pero un millón no habría bastado. Cada día, el insulto, la humillación en el teatro, en el hotel, en el restaurante. Porque mi piel es un poquito oscura me trataban como a pobre negro... Excepto las muchachas... Eso no les gusta a ustedes los americanos, ¿eh? —Dio a Ro una despreciativa mirada. En las muchachas no encontré prejuicios..., magníficas... —Se besa las puntas de los dedos como un actor francés.

—Estoy seguro de que ahora encontraría todo distinto —es cuanto puede decir Ro.

—Hay indignidades —replica Pinillo en español— que un hombre de honor no olvida nunca.

Aparece Elsa, Se ha puesto un traje color bronce que sienta admirablemente al color de sus cabellos. Se ha cubierto con un sombrero de paja de anchas alas, aunque el día está aún nublado. Ciertamente, es una chica hermosa. Pinillo da un brinco y la conduce galantemente al automóvil. Hay en su rostro una expresión de airoso buen humor.

El viento norte mantiene a la gente entre cuatro paredes. El restaurante es casi nada más que para ellos. Se sientan callados, primero, mirando hacia afuera, a través de los vidrios, el puerto, los lanchones, las destartaladas goletas, los pequeños vapores herrumbrosos que se mecen, anclados bajo el cielo gris, hasta que unos sorbos de *pernod* devuelven el habla a Pinillo.

—De modo que Elsa se interesa por el ñañigo, ¿eh? —Brillan sus ojos como los de una serpiente. Las chicas americanas se interesan por el folklore. Pone un dedo a un lado de su nariz. Especialmente cuando tiene piel obscura... Lancaster, yo le estaba contando —y se vuelve, expansivo, a Ro— mi experiencia de Nueva York... En México había una americana folklorista, una mujer de cierta edad. En los pueblecitos, en las pulperías se entregaba a los pobres indios. Pero los indios tenían que estar muy borrachos. La llamaban la gringa indecente... ¡Qué gente tan estúpida! Ya ve usted: soy honrado. —Y lanza a Ro una negra mirada. Pero aquí el ñañigo es muy secreto —continúa en tono más amistoso y confidencial. La confianza se adueña de su voz. Se hincha como un sapo. Lo que le mostré a Elsa el año pasado fue un programa para los turistas. —Traga un largo sorbo de *pernod*. Ni los folkloristas cubanos están muy al tanto. Le rebrillan los ojos. Pero para mí, porque soy Pinillo y negro —se pasa cariñosamente los dedos por, las mejillas—, todo es posible. —Calla y se lleva un dedo a los labios.

El mozo trae una bandeja con pequeños trozos de carne. Los ojos de Pinillo pasean con mirada agudamente crítica por el guiso, durante un rato.

—Bueno —dice por fin al mozo, con un gesto aprobador de la mano. Para mí es posible hacerles conocer todos los misterios —vuelve a decir con voz apagada, cuando el mozo no está al alcance de sus palabras. Aun el sacrificio humano. Pero eso es lejísimo, como en un rincón apartado del Oriente... Aquí, siempre es un... —Calla en busca de la palabra. Lancaster, ¿cómo se dice gallo?

—*Rooster* —dice Ro.

—¿Por qué no llamarlo *cock* simplemente? —murmura Elsa con un gruñido encerrado en la voz, que le hace sentir a Ro como si le enterraran un cuchillo.

Pinillo levanta la voz para acallar la interrupción:

—Un *rooster* negro —dice severamente. Vienen con ofrendas de harina de maíz, y fruta y ron; a veces en la tarde, como hoy; otras veces a medianoche...

Ro trata de oír, pero su imaginación se dispersa. Sólo puede pensar cuán celoso está. Bebe unos pocos sorbos de *pernod*, pero le amodorrán más. A través de la mesa ve fumar a Elsa, con una expresión de máxima atención en sus ojos fijos en la cara de Pinillo, bajo el ancho sombrero. Jirones de lo que dice Pinillo se le meten en los

oídos, en medio de la bruma que le envuelve.

—El ron es una parte importantísima de la religión. La orgía no puede comenzar sin ron. Tal vez por eso nunca pueden decir cuándo comenzará la ceremonia. Es necesario traer más ron. Luego empiezan los tambores y bailan. Acaso es cosa espontánea. Siempre hay una fogata. Es la espontánea liberación del ritmo.

Los hombros de Elsa se mecen con el ritmo de una rumba imaginaria. En los oídos de Ro cae la recordada resonancia del sincopado ruido de los tambores de la noche anterior.

—Dicen que los dioses y los espíritus del continente negro se posesionan de sus cuerpos. —De pronto, la voz de Pinillo es clara en los oídos de Ro. Es verdad. Es verdad que se salen por completo de sí mismos.

—Eso es lo que yo quiero, siquiera una vez en mi vida —clama Elsa.

—Es cierto que sufren extrañísimos cambios de la personalidad. —La voz de Pinillo se exalta. Caminan por sobre la fogata sin sentir dolor alguno. Se sienten poseídos de una fuerza gigantesca. Allí está el poder del sacerdote, también llamado ñañigo. Cuando los fieles caen en cierto éxtasis, él es capaz de transformarles por completo la personalidad. Un valiente se torna cobarde. Un hombre débil puede hacer las más asombrosas proezas. Una mujer inocente puede realizar los actos más indecentes. Una mujer frígida se convierte en libidinosa.

Elsa mira, a través de la mesa, a Pinillo, con ojos redondos. Parece casi hipnotizada. Ro sacude su modorra para alcanzar el menú y colocarlo bajo la nariz de ella. No hay cómo interesarla por los postres. No quita los ojos de la cara de Pinillo.

—Dime..., Paco Cortés ¿es un ñañigo? —pregunta sin aliento.

—Paco Cortés es un artista. Todo artista es un ñañigo... —Pinillo se yergue hasta ponerse muy tieso en su asiento. Yo, Pinillo —y se golpea el pecho con dos dedos—, soy un ñañigo. —Mira a uno y a otro con ojos en blanco, erizado el bigote.

—¿Cuándo podemos ir? Quiero ver eso. Gov no quiso que fuera.

—Es muy difícil. Está prohibido por la policía. Es, además, peligroso... Quedan completamente fuera de sus sentidos...

—No me importa. Quiero verlo.

—Tal vez, con mi influencia... —Pinillo comienza a cortar y a tragar de prisa gruesas rebanadas de carne. Ha estado hablando demasiado para poder comer. Tal vez no sea posible... Costará dinero —dice, mirando a Ro mientras masca. Y en un instante deja limpio el plato.

—¿Por qué no vamos a ese sitio a que fuimos antes? —le ruega Elsa. Vamos, Pinillo, sé encantador. Te compramos uno de tus cuadros.

—¿Dónde Leandro? —dice, enfurruñado, Pinillo. Tal vez; pero tendrán que hacer lo que yo diga... No deben ser norteamericanos. Es decir, alemanes, franceses, cualquiera otra cosa. Tienen que dejarlo todo en mi mano. Tal vez con mi influencia...

Elsa se levantó casi sin permitirles terminar su café y los brandies pedidos por

Pinillo. Mientras Ro pagaba la cuenta, apresuróse con Pinillo, cuesta abajo, hacia la vieja lancha de motor que hacía las veces de *ferry*. Para juntarse con ellos en la cabina, Ro tuvo que abrirse camino a través de una numerosa familia cubana, vestida de paseo, un hombrecillo gordo con su gruesa mujer y tres chiquillos rollizos con sus ropas almidonadas. La mujer llevaba un perrito gordiflón envuelto en un diario; sólo le asomaba la cabeza.

—¿Qué es eso? —dijo Ro, sentándose junto a Elsa, y riendo.

—¿Ve usted? —Pinillo se inclinó por delante de Elsa para murmurar con toda familiaridad en el oído de Ro. Ustedes nos han enseñado la hipocresía. Están prohibidos los perros. Lo han envuelto y lo llevan como un paquete. El inspector hace la vista gorda.

La lancha cruza el puerto bajo el viento norte. Breves olas azotan en la batayola. A mitad del camino, Pinillo indica, a través de la ventanilla rota, hacia una boya roja, más allá de dos goletas ancladas que se mecen en el mar.

—Vean —silba con indignación en el oído de Ro. Aquí fue donde hundieron su acorazado «Maine»... El comienzo de todos los trastornos.

—¿Qué es eso? —pregunta Elsa. Cuando se levanta, un vaivén de la lancha la arroja contra Pinillo. Pone los brazos en sus hombros para equilibrarse. ¡Cómo! ¡Si es un chanchito!

Todos señalan hacia el bultito de forma de carrete.

—Ahogado —chilla Pinillo—, como los americanos en el «Maine».

Ro se levanta y coge el otro brazo de Elsa con su mano izquierda. Su mano derecha se empuña en su bolsillo. En rapidísimo instante se imagina acometiendo a Pinillo, ve el golpe lanzado y recibido, la alarma de la gente en la embarcación, las explicaciones, dadas en español, en el puesto de policía en Regla.

—Miren —grita Pinillo. Señala con un dedo doblado una aleta de forma de foque que corta las olas cerca del hinchado cerdito negro. Cuando Ro mira, la aleta se ha desvanecido. El cerdo muerto se hunde en el agua.

Entretanto, la familia cubana, en la banca opuesta, chilla como unos pájaros al ver un gabilán.

—Un tiburón —repiten. Los niños lloran. El perrito gruñe bajo el diario.

—No me sujetes así —lloriquea Elsa, malhumorada, ante Ro. Voy a caerme por la borda.

Y saca de un tirón su brazo.

Pinillo señala todavía hacia el punto por donde desapareció el cerdo.

—Los tiburones son hermosos. Son los barrenderos del puerto... Miren. Vamos a verlo otra vez. No. Qué lástima.

Ro espera ver una mancha de sangre en el sitio aquel, pero ya está fuera de su alcance. La lancha ha virado en redondo junto a un bergantín anclado. El maquinista arrima lentamente al embarcadero.

—Ha sido un buen paseo —dice Elsa, mientras camina por los tablones del

muelle, al otro lado del puerto. ¡Uf! ¡Ese tiburón!... Creo que esto exige un brandy.

Pinillo pide los brandies en el barucho de la calle que da al embarcadero. Luego pide una botella de ron y un par de docenas de cigarros para llevar. Tiene la precaución de que el barman destape la botella. Ha asumido la actitud de un hombre que dirige una expedición.

Cuando el tren eléctrico ha partido, llevándose a los cubanos gordos y los almidonados chiquillos que todavía hablan del tiburón, y el perrito ha sido ya desenvuelto del diario, la calle frente al desembarcadero está desierta, y Pinillo sigue hablando a Elsa, en voz baja, acerca de los ritos de medianoche. Hace rato que Ro ha perdido la pista de lo que dice Pinillo. Se mantiene un poco aparte, tratando de beber su brandy de mal gusto, mirando el desconchado enlucido de la casa que enfrenta el puerto bajo el cielo bajo y pardo, La carne le ha tornado soñoliento. Lo único que desea es buscar un rincón donde tenderse a dormir.

Cuando Elsa le golpea con el codo, paga sumisamente los brandies, el ron y los cigarros. Tienen que correr para alcanzar un solitario bus que está próximo a partir en la esquina, con grandes rugidos de motor y nubes de humo azul que brotan del tubo de escape. Son los únicos pasajeros.

Cuando Pinillo hace el aspaviento de pagar los asientos del bus, Ro vuelve a sentirse golpeándolo en la cara. Empuña, impotente, las manos en los bolsillos de la chaqueta.

El pequeño bus se agita y parte. Sus tuercas flojas y sus piezas rechinantes crujen sobre el pavimento desigual de una calle larga entre arcos desiertos. Tras ellos, un remolino de polvo.

La mano de Elsa coge la manga de Ro. Le pone la boca junto a la oreja. Le hace sentir mejor, ahora que vuelve a hablarle.

—Odio las «guaguas» —murmura bajito. Estoy realmente asustada.

—Conmigo —dice Pinillo, alzando la voz por sobre el estruendo— nunca hay nada que temer.

Se frunce de pronto y se pone bizco para hacerle una pregunta al chófer. El bus se detiene de repente y los desequilibra a todos. Apenas bajan, vuelve a partir resonando y despidiendo humo por el tubo de escape.

El rincón tiene solitaria apariencia. Pinillo señala hacia un cerro y echa a andar, del brazo de Elsa. Ro se arrastra, malhumorado llevando el ron y los cigarros. Suben la calle en declive, entre casas destartadas. No ladra ni un perro. No hay quién mire a través de las ventanas enrejadas. Esas casas le parecen a Ro como si alguna gente se hubiese encerrado en ellas para defenderse de una peste, y muerto en ellas.

En lo alto de la cuesta pedregosa, Pinillo se para ante una puerta azul en un muro desmoronado. Está sin aliento. Con ojos salientes, examina con ansiedad los tres numeritos, clavados desniveladamente sobre la puerta; murmura: 101. Avanza con rapidez y golpea. Como no hay respuesta, abre con precaución.

La puerta se abre balanceándose.

Elsa y Ro le siguen por un pequeño patio de una casa semiderruida que da a un sitio eriazo en lo alto del cerro. A través de un muro bajo ven los cubos y paralelógramos de las casas del cerro cercano, contra la faja plateada del puerto, y las torres y los grandes edificios de La Habana, más allá; erguidos en una luz ambarina contra el tizne de la lluvia. El viento sopla con fuerza sobre sus rostros.

Castañetean los dientes de Elsa. Ro trata de enlazarla con el brazo, pero ella lo aparta.

—Hace frío aquí arriba —exclama.

Pinillo avanza hacia una casita de madera de techo muy inclinado, en medio del sitio eriazo. Avanza lleno de precauciones, como si temiera que estallara una mina de súbito bajo sus pies. La puerta y las altas ventanas están herméticamente cerradas.

Pinillo se detiene ante la puerta y señala hacia una higuera. Jirones de ropa se menean en las ramas. Las grandes hojas dentadas mecidas en el viento están rotas como si alguien hubiera tratado de arrancarlas.

Elsa lanza un grito cuando un súbito cloqueo se alborota bajo sus pies. Han asustado a un par de desgredadas gallinas que picoteaban entre colillas de cigarrillos, potes rotos, trozos de pan, espinas de pescado y papeles destrozados y esparcidos por la hierba.

—Aquí es —susurra Pinillo. Golpea suavemente a la puerta cerrada. Pinillo se ve pequeñito ante la casa de lo alto del cerro, bajo el viento fuerte y el cielo ceñudo.

—El señor Leandro —llama con vocecilla quejumbrosa.

Tras largo rato se estremecen los postigos. Unas manos mueven los cerrojos. Se abre la puerta y aparece un negro viejo, de cabello lanudo, con un sweater color cuello de tortuga y unos horrendos pantalones blancos.

Permanece mirándolos con expresión soñolienta, sin dar señales de acogerles. Su piel es de un suave color gris. Sus párpados pesados están casi cerrados. Hay muchas verrugas entre las arrugas de su cara. Es obvio que viene saliendo de un pesado sueño. Cruza los brazos para mirarles con mayor detenimiento.

—Leandro, ¿no me reconoces? —pregunta Pinillo, rápidamente, en español. Soy Pinillo, el pintor Pinillo... Éstos son mis amigos... Señor Leandro —dice con amplio ademán de la mano— a sus órdenes.

El leve movimiento de un párpado puede indicar que le reconoce o no. Bostezando, el viejo se aparta de la puerta.

—Con su permiso —murmura Pinillo. Cortésmente, hace entrar a Ro y Elsa en un cuarto desnudo, polvoriento, sólo iluminado por una rendija del postigo.

Cuando los ojos de Ro se acostumbran a la obscuridad comienza a advertir cromos de santos en los muros y un cubo de un material cubierto de yeso, que bien puede ser un altar, en medio de la pieza. Las baldosas están cubiertas de plumas de pollos.

Pinillo toma al viejo de la mano. Habla tan rápidamente, en tono tan bajo, que Ro no puede percibir lo que dice. Mientras Pinillo le habla, el viejo retrocede hasta el

altar. Se sienta al borde, mirando soñolientamente los dedos grandes y grises de sus pies extendidos. Bosteza como si fuera a reventar.

Todavía sujeta la mano del viejo, Pinillo le hace una seña a Ro. Ro avanza, sumiso, con la botella de ron y la bolsa de cigarros.

Pinillo toma la botella y cuidadosamente le quita el corcho. Con ceremoniosa reverencia, le tiende la botella al viejo. El señor Leandro la levanta hasta el nivel de sus ojos para examinar el rótulo. Luego se golpea la boca con la palma de la mano y echa atrás la cabeza para beber un buen sorbo.

—Bueno —dice, y reverentemente coloca la botella junto a un tazón lleno de comida, sobre el altar, a su espalda.

Sintiéndose algo así como un acólito, con una expresión tan obsequiosa como la de Pinillo, Ro le tiende la bolsa con los cigarros. El señor Leandro toma uno, lo muerde solemnemente, tras olerlo, y escupe la punta. Pinillo tiene ya encendido un fósforo. El señor Leandro acerca el cigarro y lanza una bocanada de humo.

A través del humo, ahora que sus ojos se han acostumbrado a la penumbra, Ro advierte el brillo de la penetrante mirada de los ojos de mono del viejo cuando se echa hacia atrás para poner la bolsa de papel junto a la botella.

—Y bien —le pregunta a Pinillo el señor Leandro—, ¿qué desean?

Por la leve luz que viene desde la puerta, Ro sigue el giro del globo amarillo del ojo mientras las negras y penetrantes pupilas de Leandro van de un rostro a otro.

Pinillo le hace a Ro un gesto para que retroceda. Mientras Ro mira, cabizbajo, hacia la puerta, alcanza a oír el quejumbroso susurro de Elsa a los oídos de Pinillo:

—Pregúntale qué hechizos tiene para las muchachas que no pueden amar. Pregúntale. —Tironea la manga de Pinillo. Ro percibe la mirada satisfecha de Pinillo.

Nuevamente se ve echando atrás el puño y golpeándolo. Pero, en vez de eso, da media vuelta y se sienta en el umbral.

No tiene fuerzas. Está soñoliento. Sus piernas están cansadas, le duele la espalda y le pesa enormemente la cabeza. Sólo desea tenderse a dormir en un rincón.

Ro está sentado en el umbral, abrazándose las piernas.

—Para las muchachas que no pueden amar. Para las muchachas que no pueden amar. Para las muchachas que no pueden amar —chilla agudamente Elsa. Las voces de Pinillo y del viejo negro zumban con arremolinado sonsonete a sus espaldas. Se desvanecen en una queja lejana.

La mente de Ro es invadida por los jirones de un instantáneo sueño. Ro baja de un taxi. Llega a un desconocido edificio de departamentos en una calle que le es extraña. El chofer le ayuda a meter su equipaje en el ascensor. El peludo ascensorista le pregunta quién es.

—Por cierto que tiene que dejarme entrar. Soy el marido de la señora Lancaster..., que regresa del Pacífico. Soy el marido de la señora Lancaster —le grita furioso al ascensorista.

Y éste no entiende bien el inglés.

—Aquí no hay ningún marido —dice. Mira a Ro con una sospechosa mirada de sus ojos muy juntos.

—Debe de estar en casa ahora —le dice Ro. Debe de estar esperándome.

A su pesar, el ascensorista abre la puerta con una llave maestra. Resopla terriblemente mientras ayuda a transportar el equipaje. Ro pasa por cuartos amoblados con cosas que desconoce. Siente la presencia de ella. Tiene que estar ahí. ¿Dónde puede haber ido? Los cuartos están vacíos. En su sueño, corre sin aliento buscándola por una calle donde las luces brillan como las del corredor de una cárcel. No puede recordar su nombre. No recuerda cómo es ella... Despierta arrancándose de una agonía.

Hay una confusión de voces coléricas. Grita el señor Leandro.

—Está equivocado.

Pinillo discute. Elsa chilla histéricamente.

—Dile que me parece maravilloso. Que quiero ir.

Cuando Ro se levanta divisa las enfurecidas pupilas negras del viejo, agitadas en los ensangrentados globos amarillos de los ojos.

—¡Fuera! —grita el señor Leandro dando un portazo.

Dentro, suenan los cerrojos.

—¡Qué barbaridad! —murmura Pinillo cuando pasan por la puerta azul, hacia la calle. Niega haberme visto nunca. Dice que es sólo un pobre cuidador y que le han sacado de su sueño. Que no es sino un pobre guardián. Y yo sé que es el señor Leandro. ¿Qué puedo hacer? Le ofrecí dinero. Sospeché de nosotros. Pinillo está sin aliento. Caminan de prisa como perseguidos de perros. Tal vez —chilla Pinillo— pensó que míster Lancaster es un policía...

Ro trata de tomar un brazo de Elsa. Ella lo rechaza.

—Echaste a perder todo —le grita, furiosa. Parece como si fuera a escupir a la cara de Ro. Todo lo echas a perder.

Mientras bajan la cuesta, todo es maligno. Ro está de tal modo encolerizado que no puede hablar.

—No me enojés más —dice ella.

Su voz se torna patético lloriqueo.

—¿Y cómo vamos a irnos a casa ahora? Debiste arreglártelas para que un auto viniera a buscarnos.

—Encontraremos la «guagua» —resopla Pinillo. Siempre tendremos la «guagua».

—Pero ¿y mis pies? Las piedras me los dañan.

Van de prisa calle abajo. Elsa se aparta de Ro como niña malhumorada y se coge del brazo de Pinillo.

Pinillo se encoge de hombros y le da a Ro una mirada que puede querer decir: «¿Qué quiere que le haga yo?». Sin disminuir la rapidez, echa un brazo en torno al cuerpo de ella para ayudarla a ir de puntillas, penosamente, entre las piedras.

Elsa va con Pinillo y el sombrero se le ha corrido de manera que Ro no le ve la

cara.

Ro siente seca la garganta. No encuentra una sola palabra. No le queda otra cosa que trotar tras ellos, por la pedregosa calle en declive...

... El apocado y peludo ascensorista, de ojos demasiados juntos, que trató de impedirme la entrada a mi propio departamento el día de mi regreso del sur del Pacífico fue quien nos comunicó la muerte del Presidente. Fui temprano en busca de Grace, porque teníamos que ir a un cóctel donde los Waring. Grace no había ido a la oficina ese día. Había estado en la Biblioteca del Congreso buscando una cita especial para un discurso que Roger preparaba. Roger nunca se satisfacía con ninguno de sus secretarios. En los últimos años, siempre era Grace la que compilaba referencias, mientras él hacía la revisión final. Nadie sino ella podía encontrarle las citas que necesitaba.

Cuando la seguía hacia el ascensor íbale preguntando si las personalidades importantes, en caso de presentarse ante el Presidente, le permitirían oír la tesis de Roger de que estábamos llevando la política de rendición incondicional demasiado lejos. ¿No se le podía hacer entender al Presidente el peligro de desequilibrar la balanza del poder en el mundo? Grace movía la cabeza.

Roger dice que se limita a escuchar.

Ninguno de los dos habíamos leído un diario ni oído noticias por radio desde el almuerzo. Supongo que algo debí notar acerca de que el ascensorista callaba alguna cosa importante. Grace me dijo, cuando nos reíamos más tarde hablando del asunto, que estaba hinchado como un sapo en primavera con la importancia de lo que tenía que decirnos. En todo caso, esperó hasta que nos abrió la puerta del departamento. Entonces hizo sonar sus talones, puso rígidos los hombros, lanzó un resoplido y dijo:

—Señora y caballero, ha muerto el Presidente de los Estados Unidos.

Y me miró, ansioso, como aguardando un comentario.

—¡Dios mío! —fue lo único que pude decir.

Instintivamente, Grace me cogió la mano. Este gesto me agradó, pues desde mi regreso de los campos de batalla del Pacífico hubo entre nosotros cierta frialdad. No es que no tratara de hacerme amable la vida. En realidad, hasta se había esmerado en eso. Había estado tratándome como a pariente no visto en largo tiempo, un pariente cercanísimo; pero continuamente había sentido yo que lo mejor de ella estaba con Roger Thurloe en su oficina del departamento. No era culpa de nadie. Ambos trabajaban estrechamente unidos. Cuando abrí la puerta se apartó rápidamente de mí, corrió al vestíbulo y se detuvo en medio de él, cerrados los ojos, trastornada.

—Ro, ¿qué vamos a hacer ahora?

Cuando sugerí, más rudamente de lo que deseaba, que acaso el Presidente hacía tiempo que ya estaba muerto, se volvió a mí.

—Ésa no es manera de hablar —me dijo en el tono que empleaba para explicarle algo a uno de los niños. Me miró con sus ojos muy azules—: No debes olvidar lo que

el Presidente significa para el pueblo.

Los niños no habían regresado a casa de su práctica de béisbol. Grace les preparó la cena antes de que partiéramos a casa de los Waring. Pobres niños, muchas veces, en esa primavera, tuvieron que vérselas con la comida fría. Grace y yo trabajábamos afanosamente en esos días y casi el único reposo que nos dábamos era el de algún cóctel con amigos. Nos decíamos que, para nuestro trabajo, era necesario que supiéramos lo que hablaba la gente. Lo que ni siquiera a nosotros mismos nos atrevíamos a confesarnos era que nos sentíamos algo asustados de hallarnos a solas.

Los Waring eran una pareja encantadora. Fred era un hombre entrecano que, durante años, fuera corresponsal en París. En lugar de adquirir con eso un barniz cosmopolita, su estada fuera le había convertido más que nunca en hombre del Oeste del país. Rara vez se le veía sin una visera verde en la cabeza. Tenía una cautivadora manera de tratar a la gente. Su mujer, Katrina, era originaria de una familia de emigrados rusos. También era alta y lugareña. Sus cabellos se habían vuelto prematuramente grises. Rechazaba todo lo europeo con asco. Era una de esas rusas norteamericanas que más bien exageraban el llamar pan al pan y vino al vino.

La mayoría de los invitados en casa de los Waring, esa tarde, era gente de prensa. Nadie del Gobierno, salvo algunos subalternos. Los Mortimer Price habían sido invitados, pero Gertrude Ann había llamado para anunciar, dramáticamente —con un dramatismo excesivo, decía Katrina Waring—, que se sentían demasiado afligidos para ir. Fue una curiosa reunión. La gente se amontonaba. Grace dijo que era un gallinero con un gavián en el cielo. Nadie comió ni bebió mucho. Hablaban todos en voz baja y triste, como si hubiera un cadáver en la pieza. Nadie aventuraba algún pronóstico acerca de cosa alguna. Ni siquiera se trataba de los acostumbrados argumentos sobre si se debía aumentar o cortar nuestra ayuda a los rusos.

Emmaline Cowles me tuvo arrinconado la mayor parte del tiempo de mi estada ahí. Emmaline y yo nos habíamos conocido durante toda la vida. Habíamos sido discípulos en Columbia. Hubo un tiempo en que pensamos casarnos. Como de costumbre, me sermoneó por entregarme demasiado al periodismo. Quería que escribiera libros.

Emmaline era también periodista. Escribía una columna. Daba conferencias. Se había convertido en una mujer muy pedante que fumaba muchísimos cigarrillos y bebía muchísimos cocteles y hablaba interminablemente acerca de escritores ingleses como Keats, Robert Burns y Walter Scott. Se había especializado en los románticos. La pobre Emmaline habíase tornado en una enciclopedia andante, en el peor sentido de la palabra, pero yo y Grace la queríamos.

Grace siempre era encantadora con las demás mujeres, particularmente si tenían talento.

Nadie podía negar que Emmaline tenía talento; pero desde que se había convertido en una personalidad de la radio, nunca cesaba de hablar por ella. Mientras me hallaba a su lado, y ella hablaba y hablaba con esa enfática, palabreada y

sentenciosa manera que la distinguía, yo recordaba la ansiosa, patética y entusiasta muchacha, apasionada por el estudio, que conocí en la escuela. No podía evitar cierto remordimiento de conciencia ante Emmaline.

Grace me rescató. Eran apenas las ocho, pero ya la gente se retiraba. Casi todos teníamos ese aire de perros apaleados que mostramos desde el principio. Tratamos de llevarnos a Emmaline para que comiera con nosotros; pero apareció Joe Grainger, borracho como un gran duque, y descubrimos con cierta pena, que había decidido irse con él.

Fue mejor que no nos lleváramos a Emmaline, pues cuando volvimos al departamento nos encontramos con Roger, en la cocina, comiendo cerdo frío con Chips y Louie.

Reían, charlaban y discutían los tres sobre si los Dodgers o los Yankees tenían mejores equipos; de manera que no nos advirtieron cuando asomamos en la cocina. No pude evitar un poquito de envidia al ver con qué cordialidad los niños se entretenían en compañía de Roger. Conmigo no era así ya. Bogando, pescando o cualquier cosa parecida con sólo Louie podíamos pasarlo bien; pero cuando Chips estaba también con nosotros parecía que ninguno era capaz de evitarles a los otros la menor molestia. Apenas los niños vieron que su madre y su padre entraban en la cocina no hicieron el más mínimo esfuerzo por ocultar su desagrado.

—Ahora se pondrán a hablar de política —lamentó Louie.

Y la voz de Chips enronqueció al decir:

—Ahora Roger no nos va a decir cómo se hace ese volteo de que nos hablaba.

—No hablaremos de política —dijo Roger levantándose.

Apenas estuvimos en el otro cuarto nos dijo de prisa, sin aliento, que acababa de ver al Vicepresidente entrando en la Casa Blanca. Su cara no tenía expresión alguna. Añadió que tenía un hambre atroz y que había olvidado almorzar. ¿Nos molestaría si comiera algo con nosotros? Echamos a los niños a su cuarto a hacer sus tareas y nos instalamos en la cocina, mientras Grace, poniéndose un delantal sobre su vestido de fiesta, nos calentó un pollo que tenía en el refrigerador. Roger comió con apetito. Cuando le pregunté qué iba a ocurrir echó a un lado la pregunta diciendo:

—Todos los murciélagos y búhos vendrán a la percha. Lo primero va a ser la rendición incondicional... ¿Se dan cuenta ahora por qué no puedo dormir en las noches?

—¿Todavía está durmiendo mal? —interrumpió Grace. Y la preocupación de su voz fue para mí como un latigazo.

Roger sonrió. Parecía bien dispuesto.

—Estoy pensando en echarlo todo por la borda... Cuán maravillosamente escribió Shakespeare acerca del sueño. Y, sin embargo, apuesto a que el pobre bardo no dormía muy bien. Les confieso que no había leído a Shakespeare desde que tenía la edad de Chips. Las últimas noches le estuve leyendo lo que dice sobre los antiguos romanos. Demonios, qué destreza la suya para tratar a esos romanos antiguos. Sé que

se supone que todo lo tomó de Plutarco; pero no me importa. Me refiero particularmente a *Julio César y Antonio y Cleopatra*... Acaso porque los tiempos son algo parecidos..., pero, de todos modos, me parecen maravillosos.

Miró su reloj de pulsera.

—Dios mío, me he atrasado. Tengo que volver a la oficina... Ro, seguramente le hago que se atrase mañana en su salida de Georgetown.

Mientras le seguíamos con su abrigo y su sombrero hasta la puerta, nos decía:

—Esas citas probablemente les parecen vulgares a ustedes; pero yo no soy un hombre culto. Cuando leí eso, fue como si viniera saliendo de las prensas. Por ejemplo: «El mal que hacen los hombres vive después de ellos; el bien queda con ellos sepultado». En eso pensé durante la reunión de gabinete del nuevo Presidente. Buenas noches, Grace; gracias por ese material. Creo que tendré que romper el discurso y hacer otro. Ahora todo ha cambiado...

Vimos mucho a Roger ese verano. No hubo casi una tarde sin que apareciera a charlar un rato, a veces al ir o al volver de algún acto administrativo. Como los fotógrafos de los diarios reducían la mortal agonía de los dictadores europeos a simples escenas de *rotogravure*, la derrota total de las potencias enemigas se hacía ya inminente.

—Cosa de pocas semanas —nos dijo Roger. Pero ¿qué clase de victoria tendremos? —preguntó, ceñudo.

Una noche, mientras se refería a un resfrío que había descubierto para librarse de comidas con otra gente, nos dijo riendo que nuestra casa era la única en que se podía estar sin que le tildaran para siempre de pacifista, o aislacionista o fascista...

—Rótulos idiotas —vociferó. Nadie se da cuenta de que ya no significan nada. Hay toda una generación de *new dealers* cogida en sus propios *slogans*...

Se dejó caer en una silla. Su cara se llenó de fatiga.

—Éstos son tiempos —gruñó— en que un hombre se siente completamente inútil.

Roger había insistido en que comiéramos en la cocina. Desde que era niño, en Hartford, antes de que su padre enriqueciera como contratista durante la Primera Guerra Mundial, recordaba la enorme cocina a carbón de su madre y cómo su familia acostumbraba desayunar junto a ella en los inviernos fríos, antes de que amaneciera. La nuestra era una cocina de departamento, poco espaciosa; pero Grace se las había arreglado para adornarla con cortinas y estantes para poner tiestos con begonias en la ventana. Roger insistía en que le traía el amable recuerdo de la cocina de su madre.

—Desarrollamos la habilidad necesaria para hacer la guerra, y lo conseguimos muy fácilmente —decía, pensativo, mientras estábamos sentados a la mesa ante un vaso de «scotch», y Grace nos preparaba otro de sus pollos —el pollo no estaba racionado. Vivíamos de pollos en esos días. Habíamos estado charlando acerca del milagro de la producción, de los desembarcos anfibios, del invento de las bases flotantes, de la prodigiosa solución de los problemas del abastecimiento.

—Antes de Hawaii, de Guam y las Filipinas hicimos algo más permanente, algo

más visiblemente notable, algo un poquito distinto de lo realizado por el imperio británico en sus mejores momentos.

Golpeaba el puño contra su palma abierta.

—Ésa fue otra generación —decía—, ésa fue gente de hondas convicciones. Creían en Dios, en la libertad de conciencia, en las instituciones libres... Entre las personas que ahora veo no encuentro esa clase de convicciones... Dondequiera me levante contra un plan en consideración hay algún moscovita por ahí, y su plan consiste en hacernos trizas, en hundirnos.

—No pueden hacerlo —comenzó a decir Grace.

—Es cuestión de tener el talento necesario en el momento oportuno —interrumpió bruscamente Roger. Vea al hombrecito de la Casa Blanca. Está bien dispuesto, pero carece de educación, de inteligencia, de visión amplia... Es la inteligencia de un capitán de distrito.

Grace se puso entre ambos con una bandeja de pollo frito y una fuente de ensalada.

—Los dos me tienen cansada —dijo al depositar la comida. ¿No lo ven? Así como estamos aquí los tres devanándonos los sesos acerca de cómo va a arreglárselas el país, hay otra gente que también está en lo mismo.

—Pero el gran aliado pretende cortarnos el cogote —rugió Roger. Ya tiene todos sus planes. Y no tendrá más que realizarlos.

Me sonó su frase: todos sus planes.

—¿No se daría tiempo para un artículo? Seguramente conseguiría que lo publicaran. Aunque sería mejor un folleto como «Un Mundo», de Willkie.

Grace, lanzó una de sus cómicas risitas.

—Convendría que no se le pareciera mucho.

Y nos echamos a reír.

Meneó la cabeza vigorosamente:

—No, no, Roland. Ésa es su tarea —dijo. Lo he estado pensando.

Apenas terminamos de comer, Roger se levantó.

—Es una acción retardada la que me importa... Si puedo evitar la desintegración completa, para que el país vuelva a la razón. Cada vez que vuelvo la cabeza a otro lado, algo importante se ha ido ya por el desagadero. Así es la acción defensiva. Tiene uno que estar alerta siempre.

A pesar de sí mismo, Roger estaba sintiéndose mejor. Recobraba parte de su índole combativa. Mientras se hallaba ahí, echado hacia atrás, tenía esa cómica determinación en el rostro que Grace decía que le recordaba la del conejo en «Alicia en el País de las Maravillas».

Se volvió en el instante en que iba a cerrar yo la puerta.

—Háblenme de Metternich —dijo bruscamente. ¿No fue Metternich el que estabilizó las cosas después de las guerras de Napoleón? La otra noche, un inglés, en una comida, dijo que lo que el mundo necesita es un Metternich. Demonios, cómo les

envidio a esos hombres sus lecturas, su cultura general. No sé qué hice mientras estuve en el colegio.

Grace y yo comenzamos a hablar a un tiempo.

—No, ahora no tengo tiempo —nos interrumpió, riendo. Y extendió ambas manos ante su cara. No recordaría lo que me están diciendo... Sea un ángel, Grace, y hágame una pequeña sinopsis sobre Metternich.

Grace le hizo la sinopsis, pero Roger nunca tuvo tiempo para leerla. Tal catarata de acontecimientos se desencadenó ese verano, que ninguno de nosotros pudo enfrentarla. Las noticias eran como un río cuando los troncos se entrechocan en la crecida.

Cuando Roger estuvo listo ya para ir al extranjero a unirse con el Presidente en Potsdam, Grace se tomó dos semanas de vacaciones. Eran las primeras que tenía. Habíamos ahorrado suficiente gasolina como para ir a Maine y volver. Los niños estaban acampados en una de las islas cercanas a Bath, en el Kennebec. Proyectábamos encontrar por ahí cerca alguna casa de huéspedes de verano. Fui a la oficina de Roger a buscarla. Al entrar en la oficina, la hallé sentada ordenando su escritorio con esa formal expresión de colegiala que solía tener. Cuando salíamos, sonó el teléfono. Thurloe deseaba vernos.

Parecía desesperadamente cansado.

—Me gustaría ir con usted —dijo. Claro, claro, se tomaría unas vacaciones en cuanto volviera de ese viaje; le había prometido a su hermana Jane que lo haría. Si al menos tuviéramos un plan —dijo casi mecánicamente, como recitando un discurso pronunciado ya muchas veces. Si al menos tuviéramos esa clase de hombres capaces de crear un plan, podríamos ir adelante. Sin plan, vamos a ser un juguete de los acontecimientos.

Sentado, se rascaba la mollera con extraña expresión de ausencia, como si sintiera que ese gesto podría ayudarle, de algún modo, a forjar el plan que necesitaba. Su manera de rascarse era como la de un mono. Parecía tan abandonado, sentado ahí, en su limpia, brillante y vacía oficina, que me ruboricé por él.

Grace se apresuró en romper el malestar que nos dominaba. Como de costumbre, trató de hacernos reír.

—Me parece que somos como unos aprendices de brujos —dijo. Hemos reunido más fantasmas de los que somos capaces de manejar.

Roger se enderezó. Juntó las manos sobre el escritorio y nos dio una rápida e inquisitiva mirada.

—Aprendices de brujos —repitió, cohibido. Creo que sí. Parecía no contar ya con fuerzas.

Grace se quedó mirándolo con tan cariñosa compasión en sus grandes ojos azules que sentí unos agudos celos; una punzada como cuando uno da con un nervio vivo de un diente.

Sonó el teléfono. No pudo concedernos más tiempo. Voló hacia Alemania a la

mañana siguiente. Nuestra salida de la oficina fue como la huida de unos ladrones. Al bajar en el ascensor, nos mantuvimos aparte el uno del otro, envueltos en nuestras respectivas aflicciones.

Ese viaje a Maine que ambos deseamos tanto resultó una verdadera pesadilla. Cuando telefoneamos al campamento supimos que Louie había caído con una amigdalitis aguda y se encontraba en la enfermería de Bath. Chips se hallaba en apuros porque, contraviniendo todos los reglamentos, había ido a la ciudad sin autorización. El director pidió que nos lo lleváramos antes de que cayera en peores faltas. Grace no pudo pensar sino en los muchachos y en lo que Roger hacía del otro lado del océano.

Pensábamos más en Roger de lo que hubiéramos pensado si hubiésemos ido con él. Teníamos piezas aparte en la pensión, porque yo necesitaba un cuarto solo para escribir una especie de panfleto que hacía a sugerencia de Roger: «Planes para el futuro». Cuando Grace y yo estábamos juntos casi no nos hablábamos. Si yo iba a su cuarto en la noche, Grace siempre encontraba una excusa para que me fuera a mi propia cama.

Yo permanecía tendido, solo, invadido de pesados pensamientos. ¿Todo había terminado entre nosotros? ¿Tendríamos que separarnos? ¿Podría mejorar yo las cosas? La quería. No podía decidir cosa alguna, en medio de los catastróficos acontecimientos que llenaban las páginas de los diarios cada mañana. Recordaba lo que nos había dicho Roger acerca de que seríamos juguetes de las circunstancias. Olvidaba completamente que, para casi todos, esos acontecimientos significaban muy apreciables victorias.

El tiempo era delicioso. Comíamos bollos exquisitos, las mejores langostas, y nos bañábamos en playas encantadoras; pero nos sentíamos abyectamente desdichados. Fue un alivio cuando metimos a los muchachos en el automóvil para volver a casa.

Nos habían pedido que nos detuviéramos, al regreso, en casa de Jane, la hermana de Roger. Era cerca de Farmington, Connecticut. No habíamos pensado mantener a los chicos con nosotros, y para no molestar a los Yarborough fuimos primero a una casa para turistas, en la ciudad. Apenas instalamos a los muchachos y les dimos dinero para que comieran y fuesen al cine nos dirigimos a la casa de los Yarborough, vieja y hermosa, en pleno campo.

Encontramos a Jane y su marido sentados en la terraza, entre la casa y el río. Jane Yarborough era una mujer flaca, de rostro delgado y moreno, con algo de esa apariencia de su hermano de haber sido una excelente atleta en su juventud.

Se levantaron de un salto a recibirnos.

—Ha vuelto —decía Jane. Está dándose una ducha... Es un alivio tenerlos a todos aquí. Le fallaba el aliento. Me siento como un gato asustado. Ha sido un día terrible.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntamos yo y Grace al unísono.

—¿No tienen radio en el auto? —nos preguntó sarcásticamente Edwin G. Era

Edwin G. un hombre ruidoso, de cara roja, alegrísimo, tan ancho como una puerta de establo, abogado que gozaba de reputación por su sagacidad, a pesar de ser tan tumultuoso. Si la hubiesen tenido sabrían que la guerra ha terminado. Lanzamos algo así como una doble bomba sobre una ciudad japonesa.

—Una bomba atómica..., una bomba que desprende energía atómica... Me parece absolutamente horrible —gritó Jane. El lugar quedó hecho una llama, con cien mil inocentes dentro.

Roja la faz, Edwin G. nos arrebatava las maletas.

—Apúrense y bajen a la terraza —nos dijo a través de la puerta del cuarto de huéspedes, después de haberla cerrado. Necesitan un trago para calmar los nervios.

Grace y yo nos mantuvimos un rato mirándonos.

—Recuerda, Ro, lo extraño que pareció cuando le dije eso de que éramos aprendices de brujos —murmuró Grace. Lo sabía todo. Por eso pareció tan raro.

Apenas bajamos a la terraza, Edwin G. se precipitó a ponernos un trago en la mano.

—Voy a hacer que salga Roger —murmuró. Habíamos invitado a alguna gente a comer, antes de que supiéramos que vendría Roger, y mucho me temo que cuando vengan esas personas se va a enojar con nosotros... Y ya sabe usted cómo son sus enojos...

Cuando Roger salió de la casa, seguido por un hombre joven, ágil, de cabello encrespado y entrecano, con uniforme de coronel, lejos estuvo de enojarse. Presentó cortésmente al joven: Lew Haskell. Nunca había visto a Roger tan hablador. Hablaba con voz aguda, incisiva. Parecía dominado por una energía febril. Su rostro estaba pálido. Tenía los ojos hundidos.

Nos cortó nuestras exclamaciones acerca de la bomba atómica, diciéndonos:

—Ya lo sabemos; todo lo teníamos calculado. El problema está en que ahora las cosas sean de tal modo que no tengamos que emplear otra nuevamente.

Se paseaba de arriba abajo, mientras hablaba:

—No es mucho peor que esos mil aviones sobre Alemania... No queremos hacerlo otra vez..., nunca más... Eso es lo que nos preocupa a Lew y a mí. Venimos llegando de Berlín...

Escupía las palabras como si le molestaran.

Se detuvo, se sacudió como un perro mojado y sentóse en una sillita de metal, permaneciendo como pensativo, mirando el vaso lleno de whisky que le tendía Edwin G. Bebió un sorbo y lo dejó a un lado, impaciente.

Tampoco quiso beber Lew Haskell. Si se lo permitíamos, nos dijo con ancha sonrisa, fumaría una pipa.

Roger y Lew Haskell hablaban alternadamente, Roger como una ametralladora, y Lew Haskell como un agudo, mordaz lanzador de pullas. La desintegración de Europa era la cosa más aterradora que hubieran podido imaginar. Venía luego la aterradora desintegración de nuestro propio ejército.

—Borrachera y pillaje son la paga del soldado, es lo que dicen cuando uno trata de reconvenirles... Los franceses son..., bueno, son siempre los franceses..., ¿qué más se puede decir? Los británicos están comportándose como de costumbre, con cierta decencia rutinaria y sin imaginación. El único pueblo con un plan de acción es el ruso. Saquean, matan y raptan con un propósito. Hay que hacerlos trizas antes de que tengan posibilidad de resistir. Se están llevando cuanto pueden. Peor que eso, están acarreando con gente, técnicos y hombres de ciencia. Están recolectando lo mejor de la Europa Occidental. Ya han conseguido la mayor parte de las plantas de proyectiles dirigidos. Lew se las arregló para salvar a un par de expertos, antes de que los soviéticos los atraparan.

—Los traje en mi propio avión con sus familias, para que se sintieran felices. — Ni un centavo en un infeliz experto. Los soviéticos lo sabían. Primero los atemorizan a morir y luego los engordan con lo mejor de la tierra —murmuró Lew Haskell.

—Se están llevando submarinos enteros, pieza a pieza, depósitos de reparaciones, equipos forjadores de herramientas, laboratorios experimentales. Esperamos que no sepan cómo poner todo eso en marcha otra vez; pero no podemos estar seguros. ¿Y para qué quieren submarinos, si no es para hundir nuestros barcos? Ya no hay nadie más que tenga barcos.

Se apretaron las mandíbulas de Roger cuando vio que llegaban los invitados de su hermana.

Lew Haskell hizo una nueva observación, mientras nos levantábamos:

—Y nuestros muchachos no saben nada mejor que hacer que ayudarlos —dijo con risa seca, breve. Se afanan en ayudarlos.

—Trataré de que Lew le cuente su historia al Presidente —oí que le murmuraba Roger a Grace, muy de prisa.

Grace procuró hacerle reír:

—¿Goza realmente Stalin con su pianola? —preguntó. Dígamelo con sinceridad.

Roger no respondió. Se encogió de hombros y puso su cara de *bulldog*, vuelto con fría sonrisa a saludar a los invitados de su hermana.

Había algunos agentes de seguros de Hartford, un profesor de Yale especializado en lenguas eslavas y su mujer, con dos hijas tan lindas que Jane gritó: «¡Oh!, si sus hijos estuvieran ya de vuelta de Italia». Había también un taciturno y rechoncho filósofo, algo así como un tío viejo de los Thurloe. Tarde, ya anunciada la comida, Emmaline y Joe Grainger aparecieron. La había llevado a su casa en New Hampshire. Agradecí al cielo el que ambos estuviesen sobrios.

Emmaline se había vestido con voluminoso traje de gasa púrpura con bolitas doradas y lentejuelas que colgaban por todas partes. Era más que nunca una pitonisa. La ocasión no parecía propicia a frívolas conversaciones. Todos estábamos abatidos. Casi fue un alivio el que Emmaline nos devanara una conferencia acerca de cómo volvíamos a la edad de la tragedia griega. Prometeo robaba el fuego. Y una vez más el hombre adquiría el poder de los cielos. Nos leyó algunas citas de Esquilo que había

anotado para su charla de radio de la semana en una libreta que sacó de su bolsita de mano de malla dorada.

No supe qué decir. Tenía poco apetito y ninguna sed. Desde mi asiento, en la mesa, contemplaba hacia el río verde y los árboles estivales de las casas blancas, bellamente proporcionadas, de los antiguos moradores de Connecticut. Cada detalle destacaba en el violento anochecer.

Cuando Roger volvió a hablar, sus palabras expresaron perfectamente mi pensamiento. Había estado aguardando el momento de tomar la palabra. Rápidamente rompió el silencio cuando Emmaline dejó de leer y comenzó a comer su bistec. Dijo que siempre en días como ése podía percibir mejor las claras ciudades de Connecticut. Por cierto que se había criado en ellas; pero nunca había apreciado mejor el estilo de vida que representaban. Los granjeros que proyectaban las casas y los carpinteros que las construían eran conscientes de la rectitud de su trabajo. Eran contrarios a la disparidad. Sabían que no se equivocaban. Su religión apasionada les había capacitado para enfrentarse debidamente con cuanto habían de enfrentarse. Nosotros nos despreocupábamos del problema del mal. Ellos creían en el pecado. Sabían qué era malo y qué era bueno. Creían en el cielo y creían en el infierno.

—No creo en el cielo —dijo fuertemente Roger, de súbito—; pero desde que vi a Berlín creo que hay un infierno..., un infierno en la tierra.

Me sentí desdichadísimo, en las pocas semanas siguientes, al hallarme en el infierno en Washington. Por cierto que Roger no se dio vacaciones. Estaba tan ocupado como nunca le viera antes. Esto quiere decir que rara vez vi a Grace. Trabajaba el día entero en la oficina y, tras esas horas, iba a la biblioteca, a los archivos, a buscarle material para sus demostraciones ante un comité del Congreso, al que trataba de convencer de la necesidad de no precipitar la desmovilización. Cuando llegaba a casa, la fatiga la dejaba sin habla.

El par de veces que se sentó a conversar con su linda manera antigua, al borde de la cama, antes de que nos acostáramos, fue para recordar que Roger decía esto o que Roger decía aquello.

A menudo me enviaba él amistosos mensajes: «Dile a Ro que escriba algo que convenza al pueblo de que la guerra no es un juego de béisbol. Muy bien —dice el público americano—, ya ganamos la guerra; dejen, entonces, que todos vuelvan a casa».

En nuestra casa, los muchachos estaban de continuo ociosos. Dormitaban o andaban amurrados. Traté de interesarles en la lectura. Traté de que tomaran lecciones de natación en la YMCA. Traté de que coleccionaran estampillas e hicieran modelos de barcos; pero sólo tocaban piezas de jazz e iban al cine. Luego regresaban a casa quejándose de cuán mala había sido la película, como si fuera culpa mía. La mayor parte del tiempo estaban de mal humor.

Fue un alivio el partir de viaje. «Picture Magazine» me había encomendado informar sobre el Proceso de Nuremberg. Yo deseaba dar un vistazo al resto de

Europa, como telón de fondo, antes que comenzara el proceso a los líderes nazis.

Un avión de transporte del ejército me dejó en las afueras de París en una obscura tarde de octubre. La ciudad estaba desaseada, sometida, llena de tropas, pero, en el fondo, no había cambiado. Parecía tan fuera del mundo de plantas industriales y aeródromos y aviones y zarandajas en que había vivido, que casi no parecía real. Algo así como un Fata Morgana. Era como si una máquina del tiempo me hubiera depositado en el siglo pasado, donde los jeeps del ejército y los coches de comandos y las rutinas americanas hubiesen sido inoportunos inventos arrancados de alguna página de Julio Verne.

No había signo de perjuicios de guerra. La Torre Eiffel aún estaba ahí, y el Trocadero, y las figuras doradas del puente del zar Alejandro, y la Plaza de la Concordia, tan anchamente abierta al cielo, y las estriadas columnas de la Magdalena, y las gentes sentadas al aire libre ante pequeñas mesas en los bulevares.

Cuando el crepúsculo se iba lentamente volviendo noche, era como hojear antiguos grabados en acero, más bien que hallarse en la Ciudad misma. Había escasas luces y poca gente. Ocasionalmente pasábamos junto a algún desvencijado taxi metido entre ruedas de bicicletas, o un coche pasado de moda, tornado más grotesco a causa de un tanque como colchón, lleno de gas de alumbrado, que le habían amarrado arriba.

La única calle que mostraba alguna animación era la de los Campos Elíseos. Ahí, una multitud bien vestida vagaba por las aceras. El sentido de lo extraño se acentuaba con las vestimentas y los grandes turbantes en espiral que usaban las mujeres. Algunas llevaban los altos sombreros semejantes a los que se ven en las estampas de las elegantes del período del Directorio. Las mujeres más jóvenes parecían ir todas en bicicletas. No usaban medias. Sus zapatos o sandalias tenían suelas de madera. En vez de turbantes o sombreros llevaban las enormes masas de cabellos acumuladas en rubias, castañas o negras ondas, como las gavias de una nave con todas sus velas. Era así como París desafiaba los sinsabores de aquellos días.

La prensa estaba arrinconada en el Hotel Scribe cerca de la Opera. Yo había conocido el Scribe años atrás, como refugio de negociantes ingleses y vendedores viajeros alemanes. Lo menos haría unos quince años que había estado allí una noche, pero apenas si había cambiado todo. Existía aún el olor a armarios llenos de ropa blanca, y a pisos recién encerados, y al aceite lubricante del viejo ascensor hidráulico. Era extraño encontrarles distribuyendo raciones americanas en el comedor.

Tras haber engullido un *spam* y un vaso de avinagrado vino tinto salí en busca de una americana a quien conociera y que había estado allí durante la ocupación alemana. Rosalind Parker era una chica de Cleveland, amiga de Emmaline Cowles. Era pintora. Había vivido en París durante años de una pequeña renta que provenía de la finca de su padre. El primer año de la guerra escribió a sus amigos que no se sentía capaz de volver a casa y que, además, le gustaba estar donde estaba. Emmaline nunca me lo hubiera perdonado si no hubiese ido a verla.

Conocía yo bastante bien la ciudad desde los días de la Paz de Versalles; pero no fue fácil encontrar la calle Gît-le-Coeur, de la orilla izquierda, en plena oscuridad. Una lámpara de aceite iluminaba el vestíbulo de piedra de la alta y estrecha casa. Una vieja bruja portera me miró malignamente a través de unos vidrios. La señora Parker vivía en el sexto. Yo iba a tientas, sin aliento, en la oscuridad, cuando una voz americana dijo en francés, desde detrás de una de las puertas que quién estaba ahí. Grité:

—Ro Lancaster —y tras un gran ruido de cerrojos y cadenas se abrió una vieja puerta de roble. De nuevo tuve la sensación de hallarme en el pasado, veinte años atrás.

Rosalind Parker era una mujer alta y delgada, con hermoso cabello blanco. En la oscuridad del estudio, alumbrado por un candelera, no advertí que hubiese cambiado algo desde que yo y Emmaline solíamos ir con ella al Ballet Ruso al comienzo de los 20. Vestía siempre con colores sencillos y llevaba una cinta alrededor del cuello. La luz del candil jugaba acariciadora sobre los cuadros que recordaba, los primitivos Braque, el esbozo al carbón de Pasquin, un rojo, blanco y azul Léger. Rosalind todavía acostumbraba a mirar inquisitivamente a la cara mientras hablaba, como en busca de la clave de un misterio que sólo ella y uno pudiesen entender. Su mano pareció desacostumbradamente liviana y delgada en la mía al estrecharla.

—Le esperaba —me dijo. Emmaline me escribió.

Al acostumbrarse mis ojos a la penumbra pude advertir que su cara estaba resquebrajada por una miríada de leves arrugas. Estaba excesivamente delgada; años hacía que no comía como es debido.

Le pregunté jocosamente cómo se sentía al verse liberada. Eso dependía, me dijo, de cómo se sobrevivía. Sus modales eran secos y sarcásticos. Con los alemanes, la vida tuvo ciertos peligros, si se insistía en arriesgarse, como por ejemplo en esconder prisioneros evadidos y cosas de esa laya; pero todo era correcto. Uno sabía en qué terreno pisaba. La mayor parte de la gente que frecuentaba prefería aquello.

—¿Pero no habían los franceses deseado su libertad?

—Nunca nadie les preguntó si deseaban ser liberados o no —exclamó Rosalind con apasionamiento. Hasta yo debía admitir que para el pueblo de Normandía la liberación fue demasiado violenta. París sufrió menos. Si no hubiese sido por la resistencia, las cosas habrían ido algo mejor. El mercado negro estaba muy bien. Esa clase de cosas agradaba a los franceses. La resistencia fue una escoria, pura escoria —y retorció la cara con expresión de disgusto patricio. Obra del rencor, afeitando las cabezas de pobres mujeres, saqueando donde podían, fusilando a hombres que habían sido verdaderos patriotas... Vea a Henri Cambronne, un hombre que arriesgó su vida una y otra vez durante la ocupación, un honrado y auténtico patriota, al que mataron hace tres noches en el bulevar Raspail. ¿Por qué? Probablemente, porque era un hombre al que los comunistas sentían difícil de manejar. La única protección consistía en afiliarse al Partido Comunista. La gente se afiliaba a montones por esa razón. Ella

misma pensaba hacerlo. Protegían a sus partidarios.

—¿Los americanos no han tenido protección alguna? —pregunté, asombrado.

Meneó la cabeza y me dio una mirada fulminante.

—Algo que sucedió una noche me desencantó de la protección dada por las tropas americanas —me dijo—; al menos, para una pobre mujer solitaria. Volvía yo a casa, como de costumbre, por esa parte angosta y oscura de la calle que dobla del muelle hacia acá, cuando me encontré en medio de un grupo de soldados norteamericanos. Por cierto que estaban borrachos. No querían dejarme avanzar. Les hablé en inglés. Les expliqué que era lo suficientemente vieja como para ser abuela de cualquiera de ellos. No querían dejarme ir. Su lenguaje era indescriptiblemente grosero. Me rompieron el vestido. Finalmente conseguí huir a la fuerza. Estaban tan borrachos que corría demasiado rápidamente para ellos... Fue la experiencia más desagradable de mi vida. Vengo de una familia de patriotas norteamericanos. Me eduqué esperando algo de mis compatriotas. Escoria —dijo, como escupiendo otra vez la palabra.

Era tarde. Cuando me iba me rogó que no la citara. Si lo hacía le afeitarían también la cabeza o la matarían cualquiera noche en el muelle. Lo que quería era que yo supiera cómo se hallaban los franceses ahora. Era el reinado del terror. Al menos durante el verdadero terror sometían a las víctimas a un proceso. Al dejar a Rosalind Parker me hizo sentir que tendría que vituperar todo aquello, como los demás.

De regreso por una calle oscura y solitaria de París, con sólo un débil alumbrado en las avenidas principales, un París sin efervescencia, sin tránsito, sin transeúntes nocturnos, comprendí mejor la sensación de extrañeza que sentí por primera vez al entrar en la ciudad. Era una ciudad casi estrangulada por el miedo.

París se hallaba en la abyección, pero Viena estaba en un círculo más bajo del infierno.

Fui a Austria por Baviera, después de visitar, como todos los corresponsales, la villa de Hitler en Berchtesgaden, que era, de manera desilusionadora, semejante a cualquiera otra villa de no importa quién.

Cuando llegamos al Danubio nos encontramos caminando a través de una capturada división húngara que regresaba al país. Les habían dado algunos viejos caballos y vagones liberados de los granjeros alemanes. El río era de un jade verdoso. Los árboles otoñales eran casi color chocolate en la lluvia. Los campos abandonados estaban llenos de hierba verde. Los húngaros, vestidos con los desechos de todos los uniformes europeos, se amontonaban en los estribos de los destartados vagones. Con ellos se sacudían sus mujeres y sus hijos de ojos desencajados, arracimados bajo cubiertas de lona, en medio de una confusión de cunas, camas, cacharros y cacerolas. Sus cabezas iban amarradas por rojos pañuelos rotos. Estaban andrajosos. Iban desamparados, pero en todos se notaba una alegría desafiadora y gitanesca. Había terminado la guerra para ellos. Nadie les daría ya órdenes como disparos. Iban a casa. Su jovialidad era contagiosa. Por primera vez desde mi llegada a Europa me sentí menos malhumorado, viendo sus centelleantes fogatas entre los grandes árboles de

una hondonada, a nuestros pies, al torcer el camino desde el valle del Danubio hacia una zona llena de colinas.

Cruzando el Linz comenzaba la zona rusa. Unas pocas banderas rojas ondeaban en un pueblo desierto en la cima de un puente. La lluvia se había tornado llovizna. Comenzamos a pasar junto a soldados ceñudos de grandes pómulos que conducían vehículos de madera. Pasamos junto a un oficial de ojos hundidos, con una franja roja en la gorra, tendido en una antigua victoria amarilla, de mimbre. Encajado en el pescante había un *izvozchik* de cara chata, arrancado de una página de Chejov.

Donde el camino zigzagueaba por un paso de lodosa nieve nos topamos con un numeroso convoy de camiones norteamericanos prestados. Sus marcas estaban hechas en alfabeto cirílico. Eran manejados por animosos jóvenes eslavos que tenían la juguetona apariencia de venir de su *isba*. Parecían no saber manejar. Sus camiones se deslizaban por aquí y por allá a través del camino. Cada camión llevaba otro a remolque. Donde la nieve se tornaba más profunda, los vehículos remolcados se habían atravesado en el camino, en todas las direcciones imaginables. Los choferes, con sus largas capas, se mantenían, desanimados, en grupos, meneando la cabeza y agitando los brazos para calentarse.

El chófer que nos llevaba era un mozo flaco, de nariz de halcón y de agudos ojos grises, venido de un pueblecito de Missouri. Se daba el gusto de hacer patinar su coche por la nieve profunda a través de las filas de los camiones varados. Los rusos lo miraban con grandes ojos cuando salvaba limpiamente los obstáculos.

—No hay para qué comprarles camiones a esos muchachos —dijo con voz nasal. Lo único que saben es destrozarlos.

Al fondo del valle próximo caminamos a través de un pueblo, después de haber sido saludados por un centinela con ametralladora. En la zona rusa, ningún habitante de la localidad se dejaba ver; pero pasamos junto a un vasto grupo de soldados rusos con altas botas negras, reunidos alrededor de un hermoso arco de pinos adornado con guirnaldas verdes y rojas de papel. Sus anchas caras eslavas, entre lo verde, contra un fondo de casas de campo destruidas, cubiertas de nieve, en que la lluvia había trazado hendiduras amarillas, me hizo pensar en los coros de Khovantchina o del cuarto acto de «Boris». Lo que faltaba eran las barbas. Me asombré de hallarme tan pronto en pleno corazón de Rusia.

Viena me dio una impresión de extremada desolación al entrar en ella en la noche lluviosa. Pirámides de piedras, de edificios arruinados bajo la lluvia. En cada rostro se advertía una espantosa miseria, una expresión de hambre horrible.

El hotel destinado a la prensa americana era un contraste con la desolación de fuera. Había calefacción. Luz eléctrica en las arañas de rosado cristal veneciano. Espesas cortinas de encajes colgaban de las altas ventanas. Había olor a comida. El jefe de los mozos, con sus bigotes teñidos y su levita, que se inclinaba con una cortesía levemente irónica cuando se entraba en el comedor, tenía la apariencia de un gran duque.

La primera cara que vi, rodeada de botellas de whisky y sifones de *seltzer* al final de una larga mesa, fue la de George Elbert. Había estado en Viena dos días; un verdadero veterano, pues.

Después de haber cambiado la serie habitual de amistosas injurias, me preguntó qué informaciones eran las que tenía a mi cargo.

—Los juicios de Nuremberg.

—¡Mil demonios! —dijo malhumorado. En lo mismo estoy yo.

—Habrás bastante cabida para la prensa —dije alegremente. Tanto mejor si es así.

—No lo sé. —Hubo cierta acritud en su respuesta.

Tenía hambre después de un largo día de marcha a través de la lluvia y la nieve. La comida fue escasa, pero el cocinero había freído el *spam* como salchicha de Francfort, con excelentes resultados. Hubo deliciosas espinacas frescas y una ensalada de papas. Por milagro, el pan fue bueno.

Mientras comíamos, George Elbert trató de convencerme de que fuera a Yugoslavia para escribir sobre los guerrilleros en vez de ir a Nuremberg. Yo iba a sentirme hastiado con las escenas del proceso, me dijo. Uno de los grandes combatientes de la guerra civil española habíase convertido en el jefe de los guerrilleros yugoslavos. Ahora se hallaba barriendo a los colaboracionistas. Había colaboracionistas que se hacían pasar por guerrilleros. Los condenados ingleses apoyaban a algunos de ellos. Aquello era una confusión, pero Tito era un hombre recio. Los fusilaba apenas los descubría, y ya no quedaban colaboracionistas que pudieran ser apoyados por los ingleses.

—Yo odio a esos malditos colaboracionistas, ¿verdad?

George Elbert me incitaba a irme a Belgrado inmediatamente. Los guerrilleros eran mi fuerte. Casi lo había hecho llorar lo que yo había escrito acerca de los guerrilleros en las Filipinas. Los guerrilleros eran lo mejor que quedaba en Europa. No pude dejar de preguntarle por qué no se quedó con ellos.

—¿Para qué demonios? —me dijo. Ya escribí... Yo escribo y me voy...

Cuando salíamos del comedor, un capitán norteamericano de cabellos claros vino sonriente hacia George Elbert.

—*Mr. Warner* —dijo—, le tengo a su ruso.

El capitán pertenecía al Departamento de Estado y había permanecido en Moscú en la primera etapa de la guerra y hablaba bastante bien el ruso. Había sido llamado a Viena para que sirviera de intérprete en el comando general. Dijo que convendría que nos apresurásemos antes de que el ruso se hiciera humo.

—Se asustan como ratas si se les coge hablando con un norteamericano.

—Ven, Ro. Es un literato. Es más para ti que para mí —me dijo George Elbert.

Encontramos al ruso del capitán aguardando en una salita decorada con estampas de caza inglesas, en un pequeño hotel intacto de los alrededores. Era un hombre bajo, de pecho ancho y rizado cabello claro. Parecía nervioso como una niña. Ocurría que había sido profesor de escuela anteriormente. Daba clases de literatura americana en

algo así como una escuela normal, en Ucrania. Deseoso de satisfacer su curiosidad acerca de los escritores norteamericanos, se arriesgaba para esa entrevista. Leía el inglés, pero no se preocupaba de hablarlo. El capitán tenía que hacer de intérprete. Tuvimos que decirle cuanto sabíamos de Mark Twain, Jack London, Upton Sinclair, Sinclair Lewis y Theodore Dreiser.

¿Cómo era posible que, siendo los escritores norteamericanos tan adversos al capitalismo de su país, no fueran todos comunistas? Eso era lo que no podía entender. Pero el hombre que había escrito «La Cabaña del Tío Tom», su libro norteamericano favorito, tenía que ser, ciertamente, un comunista.

Cuando le dijimos, riendo, que Harriet era nombre de mujer y que *Mrs. Stowe* había escrito el libro hacía unos cien años, nos miró con sus fruncidos ojillos grises y vivos con el aire de duda de un granjero de Connecticut asediado por un montón de escritores. No estábamos diciéndole la verdad. Meneó la cabeza con prudencia. Se golpeó la nariz con un dedo gordiflón. Entendía. Teníamos miedo. La FBI podía echarnos la mano encima. Comprendía la represión capitalista. Al menos, no podíamos negar que Dreiser era comunista, o tal vez simpatizante; como decía Lenin, con cordial expresión: un compañero de viaje.

Cuando tuvimos que admitir que ninguno de nosotros sabía si Dreiser era comunista o no se levantó para marcharse. Movié, indignado, sus cortos brazos. ¿Cómo podían existir relaciones culturales entre aliados sin franqueza mutua?

George Elbert le calmó manifestándole que todo auténtico norteamericano simpatizaba con el valeroso pueblo ruso que había derrotado a los ejércitos nazis. El capitán envió en busca de una botella de vino blanco. Bebimos por los bravos defensores de Stalingrado.

Teníamos que explicarle algo, insistió el ucraniano, sentado al borde de su silla: si América se tenía por una democracia, ¿cómo podía ser tan bajo el norteamericano como para vender su voto por un par de dólares a los agentes de Wall Street? En la Unión Soviética, el voto era un deber sagrado. Vender el voto era cosa inimaginable.

—Nadie lo puede vender —gritó George Elbert, golpeándose la rodilla. No vale nada.

El capitán no tradujo esto. En lugar de hacerlo, bebimos por los bravos defensores de Leningrado.

El ucraniano comenzó con una despaciosa disquisición acerca de la filosofía de las votaciones en la Unión Soviética. No votaban de acuerdo a la opinión personal. Las opiniones privadas eran una ilusión capitalista. La política la establecía el Comité Central, y se votaba por calificaciones. ¿Cuál era el hombre o la mujer más apto? La campaña por el nombramiento de todos los Congresos rusos de los Soviets era lo más limpio y sano que podía recordar. Ésa era realmente una democracia. La democracia norteamericana era una democracia del dólar, falsa, establecida para engañar al pueblo. Se inclinó alegremente hacia nosotros. Sabía más acerca de la democracia norteamericana de cuanto suponíamos, ¿verdad?

Bebimos por los valerosos defensores de Moscú.

El ucraniano se quedó sin tema. La botella estaba vacía. Levantóse, nos saludó sin sonreír y nos dejó.

—¿Y dicen ustedes que no podemos entendernos con los rusos? —me gritó George Elbert cuando se hubo marchado.

Yo nunca he dicho nada parecido... Es tan fácil como tomar un caramelo por un bebé...

—De todos modos, hay que ensayarlo —dijo el capitán que nos había servido de intérprete. Ya lo ven ustedes: es el reflejo de la codicia.

Durante su larga experiencia en los teatros de guerra, George Elbert había adquirido gran destreza en el arte del transporte. Nos instalamos en un Opel nuevo que entre muchos coches había logrado que le destinaran. Al pasar por el Ring, cerca de la chamuscada y rota filigrana de piedra de la Catedral de San Esteban, oímos tocar una banda. Cambiaban guardia en la Kommandatura. Tropas británicas, muy limpias, se alineaban ante el edificio. Por la destrozada avenida avanzaba, cadenciosa, una columna de cazadores franceses, tras el tricolor.

Eso significaba que los británicos habían terminado su mes de comando interior de la ciudad de Viena y lo cedían a los franceses. Luego vendrían los rusos; después, los norteamericanos, por turno. Era éste un sistema de acuerdo que aún George Elbert, dispuesto siempre a dificultar en lo posible la vida del enemigo, admitía como mucho más práctico que la disposición según la cual Berlín y Viena, los dos baluartes de Europa contra una invasión por el este, habían sido profundamente sepultadas en zonas controladas por los soviéticos.

—Los malditos rusos leen historia —fue lo que dijo George Elbert. Y me parece que nuestros muchachos no lo han hecho nunca.

Al continuar adelante nuestro coche, vimos algo que nos divirtió. Había un GI americano colgado en lo alto de una escalera plegadiza de una bomba municipal roja, frente al cuartel general ruso. Estaba conectando los alambres de distribución en los del alumbrado eléctrico que instalaran como guirnalda en los descomunales retratos de Lenin y Stalin que decoraban la fachada. Trabajaba afanosamente. Sin duda, hacía bien su trabajo.

En el cuartel de policía de la zona francesa, extramuros, encontramos al inspector que le había mostrado a George Elbert el famoso refugio contra las incursiones aéreas que el *gauleiter* alemán se había edificado en Wienerwald. Era un joven crespito, con la aturdida apariencia de un director de cine en un mal día. Se hallaba desolado, nos gritó al estrecharnos cordialmente la mano; estaba a un paso de un incidente internacional. ¿No podríamos volver dentro de una media hora?

El cuartel de policía era una batahola. Un par de policías austríacos pelirrojos sostenían a un muchacho recio, como de piedra, contra el mesón que dividía la parte para el público de la oficina y la del santuario burocrático de más adentro. Tras ellos se amontonaba una muchedumbre de asustados y andrajosos transeúntes vieneses.

Eran hombres mal vestidos, con caras como arrancadas de una revista teatral pasada de moda. Todos hablaban alemán a un tiempo. Tras del mesón, franceses de variados uniformes hablaban en francés y gesticulaban en torno a un oficial ruso, pechugón.

Reconocí al oficial: era el profesor de escuela ucraniano. Hablaba en ruso y se hallaba en tal apremio que sus ojos estaban llenos de lágrimas. En una mano sostenía una especie de tarjeta de identificación, que de vez en cuando agitaba ante las narices de los policías austríacos. Blandía la otra mano, apuntando al techo con el índice, como Lenin en sus estatuas. La clave de lo que decía parecía ser que el prisionero era un ciudadano ruso. Si debían arrestarlo, tenía que hacerlo su propia policía. Tratamos de atraer su atención sonriendo y haciéndole señas, pero miraba por encima de nosotros, sin vernos.

Entretanto, el inspector de policía había comisionado a un oficial con enorme gorra azul para que nos llevara a tomar una taza de café hasta que terminase el incidente.

—*Qu'ils nous emmerdent ces russes* —estalló el francés cuando le seguimos por la sucia escalera.

Explicó que el preso era una especie de ruso, arrestado por pillaje; pero ¿qué clase de ruso? ¿Podríamos nosotros diferenciar todas las variedades de rusos? ¿Un prisionero de guerra, un deportado alemán, un desertor del ejército de Vlassov, un agente comunista, qué podía ser? Los documentos eran confusos; el mismo ruso no leía con facilidad. La vida en Viena era cansadora. Cansadora, *messieurs*. Cada día, a toda hora, la misma cosa. Un ruso había cometido un raptó. Un ruso había golpeado a una vieja en la calle para robarle sus ropas. Dos de sus propios detectives habían sido asaltados tras una puerta y despojados hasta de sus calzoncillos. Nadie tenía seguro su reloj de pulsera. Si alguna pobre vienesa lograba comprar un saquito de frijoles, entraban a su departamento a robárselo. Cuando llegaron los rusos, los trabajadores creyeron que se hallaban salvados. Exhibieron banderas rojas y bustos de yeso de Karl Marx. Muchos lo hicieron. Los rusos les dijeron que vivían demasiado bien para ser obreros, que eran burgueses y tenían que sufrir como los demás. No es cosa divertida tener que sentarse en una silla, mientras le apuntan a uno con una carabina, y ver cómo le raptan su mujer. «*C'est fatigant, messieurs*».

Volvió a llover. El café parecía haber estado cerrado durante años. Los pisos estaban cubiertos de una espesa capa de mugre. Rota se hallaba la trama del terciopelo rojo de los asientos. Parecía hacer más frío dentro que en la lluvia helada de la calle. El mozo era muy cortés. Al estilo de los Habsburgos. Nos trajo el café *ersatz* en una limpia bandeja de metal con talladuras que en los viejos días se llenaban con azúcar y crema. En el jarro de crema había un poquito de agua caliente. George Elbert y el francés pusieron una cara horrible cuando probaron el café.

—¿Con qué han hecho esto? —preguntaron ambos al unísono.

—Es un secreto nuestro dijo el mozo, sonriendo.

Cuando regresamos al cuartel de policía, encontramos al inspector de pie en el

centro de la sala, mesándose desesperadamente los cabellos. Los austríacos tenían las manos en alto. Dos MP rusos se preparaban para llevarse al prisionero. Su rostro era como de piedra. Apretaba la boca. Nuestro amigo el profesor ucraniano apresuraba triunfalmente su partida. Le dijimos:

—¿Cómo está?

Nos miró sin dar señales de reconocernos. Permaneció con el índice levantado por sobre su cabeza, en la actitud de una estatua de Lenin, mientras les decía al desconcertado francés y a los policías austríacos.

—Es un ciudadano ruso.

—¿Qué harán con ese hombre? —le preguntamos al inspector francés. Se encogió de hombros:

—Seguramente, fusilarlo. Eso es lo único que pueden hacer.

Nunca pudimos ver el refugio contra las incursiones aéreas. Alguien había robado la llave del escritorio del inspector de policía francés.

Berlín fue el colmo. La ruina de la ciudad era tan inmensa que adquiría algo así como el esplendor de un fenómeno natural, como el Gran Cañón.

Pasé junto a los esqueletos de los edificios de la Universidad, y los escombros que fueran Friedrichstrasse, y los espacios vacíos donde aún está en pie una sección de la muralla del famoso y antiguo Hotel Adlon. La Puerta de Brandeburgo estaba intacta, rara cosa. A través de ella tuve una visión del arenoso erial, jalonado por destrozadas estatuas y muñones de árboles de lo que antes fuera el Tiergarten. El Central Park de Nueva York no habría parecido muy diferente.

El GI que dirigía el coche nos señaló grupos furtivos de gente con paquetes bajo el brazo, desparramada por un área que semejaba un vaciadero de ciudad americana. Era el mercado negro.

—Un paquete de cigarrillos se compra a un precio loco, pagándose por él desde un par de platos de porcelana pintados, a una máquina Leica. Por cuatro Luckies se obtiene una fortuna —dijo el chófer, que indudablemente era un berlinés.

Agregó que no malgastaba sus cigarrillos, que con ellos se compraba adornos para la casa de su madre, que enviaba a través del Post Exchange.

Le pedí que me aguardara un momento. Sintiéndome como Dante en el infierno, caminé entre ellos. Los únicos hombres y mujeres que viera tan míseros eran los operadores del mercado negro de Moscú. Ahí había visto las mismas caras estragadas, los mismos maletines y paquetes repletos con los patéticos rostros de una vida ya perdida. En sus rostros leí los tristes fondos de la derrota. Miraban siempre hacia atrás, por encima del hombro, mientras hacían sus regateos y su tráfico. Puse en el vacío de sus rostros algunas caras de negociantes norteamericanos que conocía. También los alemanes habían sido educados considerando el comercio y el negocio como una respetable manera de vivir. Un año antes eran honorables ciudadanos alemanes. Hoy eran criminales.

—¿No has pensado nunca —le pregunté a nuestro chófer GI— cómo sería entre

nosotros si algo semejante nos ocurriera?

—Lo quisieron —dijo, haciendo sonar la bocina para que una mujer se apartara del camino, mientras ponía el pie en el freno.

Más allá, unos obreros hacían caer, con cables, bloques de murallas rotas de unos edificios de ladrillos. Grandes edificios de departamentos que podían haber sido de Chicago o Nueva York. Unas mujeres acarreaban baldes llenos de ladrillos. Eran mujeres viejas y jóvenes, mujeres con apariencia de estar habituadas a trabajar y mujeres que nunca habían sostenido, en su vida, algún instrumento más pesado que la aguja. Mujeres norteamericanas no se hubieran diferenciado de ellas. Restregaban los ladrillos, uno con otro, para limpiarlos, y los ponían al borde de la calle. Las mujeres estaban desmelenadas. Sus vestidos eran andrajosos, llenos de polvo. Sus rostros se veían sucios. Su piel, más abajo de los ojos, estaba azul de cansancio. Sus coyunturas estaban resquebrajadas y sangrantes. «¿Y si cosa parecida le ocurriera a Grace?», me pregunté. Busqué entre ellas un rostro que se pareciera al de Grace.

Ese día de noviembre era frío y lluvioso. Las mujeres se habían envuelto en cuanta ropa pudiese calentarlas. Era una visión horrible la de esa miseria.

—Les gusta hacerlo —dijo el chófer GI. Una buena tarjeta de trabajo significa más comida... Perras golosas...

A través de las ruinas, largas filas de mujeres se pasaban los pesados baldes de ladrillos de mano en mano.

Salí de Berlín como los cristianos que huían de la Ciudad de la Destrucción. Los rusos habían cercado su zona tan efectivamente que uno tenía que cruzar la mitad de Alemania para ir de Berlín a Nuremberg. Los despliegues de fuerzas rojas hacían el viaje durísimo a un transporte norteamericano. Conseguí que me llevara hasta Brunswick un escolar inglés de cara rosada vestido de oficial.

—Sé que es tremendo —me dijo. Yo me encontré a Berlín hecho un exceso..., vea usted que usar los cigarrillos como dinero..., un exceso. Y lanzó un largo suspiro.

Ambos estuvimos nerviosos hasta que salimos de la zona rusa.

—Uno nunca puede adivinar lo que harán los rusos —me dijo el escolar, quitando el seguro a su pistola automática mientras entrábamos en una autopista. En caso necesario, tenemos orden de defender el coche hasta que vengan a auxiliarnos.

En Brunswick encontré a un hombre de Yorkshire que partía para Goettingen en un transporte de la Real Fuerza Aérea. En la antigua ciudad universitaria, a orillas de las montañas de Hartz, tuve la impresión de que la población derrotada tenía mejor trato de parte de los británicos que de los demás ejércitos de ocupación.

La gente, en las calles, se veía mejor vestida y menos asustada. Había luz. Las tiendas estaban abiertas; hasta vi una ristra de salchichas que colgaba tras la ventana de una *delicatessen*.

El sardónico escocés de nariz colorada, algo pasado de alcohol, alcalde de la ciudad, me consiguió una cama en el Hotel Inglés. El Club de Oficiales estaba colegiado. La conversación tenía un dejo de la Unión de Oxford. Los jóvenes con los

cuales hablé estaban, en su mayoría, trabajando en el convenio de intercambio de población. Dijeron que los agentes rusos andaban por todas partes buscando a los contrarios al régimen de Stalin.

—Debía ver al sargento Pavlov —murmuró uno de ellos. A sus víctimas las llama criminales de guerra...

—Le podríamos dar unos pocos —dijo el inglés, con risita de superioridad—, pero el diablo ese es ávido. Es particularmente salvaje con los latvios y los orientales. Le crujen los dientes como a perro de presa al ver a un intelectual báltico.

Y viera usted cómo le castañetean cuando se le muestra una presa que no puede ser suya. «No, Pavlov —le decimos—, a éste no se lo entregamos».

Todos los jóvenes oficiales fueron muy corteses; pero después de unos pocos tragos pude advertir que hacían los mayores esfuerzos para disimular el amargo desprecio que sentían por mí, como entremetido norteamericano. Me sentí aliviado dándoles las buenas noches.

En Francfort encontré a George Elbert alborotando en un depósito de automóviles. Iba cargado de máquinas fotográficas, telescopios de trinchera. Lugares de distintas formas. Un puesto de observación ambulante. Se había apoderado ya de un Isotta Fraschini. Sentimos inmensa comodidad al deslizarnos suavemente de Francfort a Nuremberg. Había grandes trechos de paisajes no dañados por la guerra. Hermosos bosquecillos de abetos y de pinos bordeaban las colinas. En los valles, montones de pueblecitos con casas de techumbres rojas, arrancados de los cuentos de hadas de Grimm. Al entrar a Nuremberg nos dijimos que debían haber fallado algo los mapas de las incursiones aéreas aliadas. Los suburbios industriales estaban extrañamente intactos, pero la antigua ciudad de viejos libros de estampas, de fabricantes de juguetes y de maestros cantores, había sido arrasada.

Una despiadada destrucción había convertido en polvo la antigua ciudad amurallada; pero el edificio de encrespado gótico establecido en la suburbana Stein por un fabricante de lápices no había sufrido un rasguño. La casa fue destinada a hospedar a los corresponsales enviados para informar acerca del proceso. Se suponía que debíamos hallarnos favorablemente impresionados por la magnificencia de los alrededores. Ciertamente que allí nos encontrábamos con plena comodidad. Dormíamos en camas alineadas en los grandes vestíbulos. Comíamos en un comedor abovedado. Bebíamos en canapés tapizados de rojo ante una grande y curiosa escalera de mármol ornamentada con mosaicos de color, como cuadros de *puzzles*, y con arañas de bronce y estatuas que parecían esculpidas en jabón. George Elbert casi echó abajo la casa tratando de conseguir una pieza privada; pero otros corresponsales habían llegado antes que nosotros. Lo que logró fue una alcoba que parecía haber sido algo así como la oficina del contador.

La mañana anterior al proceso fuimos juntos a dar una vuelta por la ciudad. La ruina era fantásticamente completa. Casi la única cosa intacta que encontramos fue una estatua de bronce de Albrecht Dürer. Entre los escombros, mujeres alemanas, con

abrigos y sweaters, hervían papas en una cocina improvisada junto a los restos de una techumbre de zinc. Un grupo de muchachitos colorines miraba con avidez las papas que hervían en la caldera. Muchachos mayores, parapetados entre los montones de desperdicios, nos lanzaron piedras al marcharnos. George Elbert me mostró, ceñudo, una svástica recién pintada con tiza en un muro de piedra.

—Mira —me dijo, ronco. Esa gente tiene que ser aplastada.

Visitamos el vasto y feo edificio del Palacio de Justicia bávaro, donde se realizaría el proceso. Había prisioneros de guerra alemanes que blanqueaban los corredores, trepados en escalas. Batallones de fregonas alemanas limpiaban los suelos. La sala de la corte había sido provista de cortinas verdes y sillas carmesí. Tras un biombo de vidrio, unos intérpretes practicaban con sus audífonos. Electricistas GI probaban las lámparas que colgaban del techo. Un sargento norteamericano, con el aire preocupado de un tramoyista, alisaba los bordes de cuatro banderas: la norteamericana, la inglesa, la francesa y la rusa, que adornaban el estrado en que se sentarían los jueces. MP con cascos blancos, bastones blancos y pistolas blancas eran informados acerca del sitio que ocuparían. Era como el ensayo de una obra de aficionados con un reparto abundantísimo.

El coronel a cargo de los prisioneros sostenía una conferencia de prensa. George Elbert y yo nos introdujimos con los demás. No tenía el aspecto de guardián de una cárcel. Era hombre de suaves ademanes, airoso, lo cual le daba un aire juvenil a pesar de sus cabellos grises. Cuando hablaba de sus prisioneros lo hacía sin pizca de ojeriza. George Elbert me murmuró, ocultándose la boca con la mano, que ese coronel le hacía pensar en el guardián de un zoo. Tenía a su cargo peligrosos especímenes.

—Tiene que mantenerlos limpios y gordos para la horca —me sopló en el oído.

El coronel se excusaba por la enfermedad de uno de sus prisioneros. Una hemorragia, una pequeñísima hemorragia debida al choque de las emociones. El hombre no estaría capacitado para comparecer ante la Corte. Por otra parte, resumió el coronel, la conducta de los prisioneros había sido muy correcta. Tenían sus pequeños dolores, por cierto. Uno se quejaba de calambres abdominales. Otro había llegado con una parálisis de la muñeca izquierda causada por una herida que a sí mismo se hizo. Otro se quejaba de varios dolores y achaques que parecían imaginarios. Un caso de lumbago había sido curado. Un almirante tenía ciertas molestias por sus pies planos, que iban siendo eliminadas con ejercicios. Un buen tratamiento había aliviado la neuralgia del Ministro de Relaciones. El líder de la Luftwaffe admitía, realmente, que se hallaba en mejor estado de salud que en los últimos veinte años. Había disminuido cuarenta libras de peso excesivo. Habían desaparecido las palpitaciones nerviosas de su corazón. Su hábito de drogarse había sido eliminado.

Los corresponsales hacían sus preguntas en tono de secreto temor. Todos estábamos algo intimidados por el proceso ante el cual nos hallábamos.

El representante de uno de los servicios cablegráficos carraspeó:

—Coronel, ¿cómo van a presentarse? —preguntó.

Aquellos que tuviesen uniformes presentables podrían hacerlo con ellos, pero sin condecoraciones ni insignias. Los demás contaban con trajes grises de civil y camisas rayadas.

—Coronel —dijo ruidosamente George Elbert—, ¿actúan como si tuvieran algo en la mente?

—Su actitud —le contestó el coronel, con gravedad— es pensativa.

Describió su diaria rutina. A las siete se levantaban y limpiaban sus celdas con una escoba y un trapo. Desayunaban con cereales. En el almuerzo, ese día, tuvieron sopa, picadillos, tallarines y café. Esa noche tendrían un estofado, pan y té. Comían con una cuchara que se les quitaba inmediatamente después. Se les alimentaba con raciones de los Estados Unidos.

—Al principio se les alimentó con las correspondientes raciones alemanas; pero eso no prosperó...

Un ómnibus nos llevó de nuestro asilo al Palacio de Justicia, en la mañana.

Saliendo del punzante día de noviembre y de la cabal desolación de la ciudad ruinoso, la temperada sala de la Corte, con sedosa iluminación de lámparas suspendidas del techo, tenía el lujoso aspecto de una escena de una película en technicolor. Los prisioneros se hallaban sentados en dos filas frente a un grupo de MP norteamericanos. Sus rostros eran fríos, gastados y amarillentos, en contraste con los rostros frescos de los muchachos inmóviles, de casco, junto a ellos.

El líder teatral de la Luftwaffe llevaba un uniforme gris perla con doble hilera de botones de cobre. A pesar de su aspecto de globo desinflado, de hombre obeso que había perdido peso, parecía muy dueño de sí, como si en cualquier momento se hubiese de convertir en maestro de ceremonia. Hizo una venia amable a una periodista a quien reconociera entre la apretada fila de corresponsales en los sillones de la prensa. Se arrellanaba confortablemente en su silla. Parecía aprobar las decoraciones.

Su cara tenía algo de la truhanería del borracho arrepentido. Era la cara de Nerón, la cara de un actor, dura y blanda a la vez, genial, mimada, indulgente consigo misma. Nadie pudo evitar el sentimiento de su hechizo.

Junto a él había una cara como de masilla, metida en la sombra, hasta que se veían una nariz apretujada y unas cavidades donde debían estar los ojos. Más allá, el Ministro de Relaciones, con sus anteojos oscuros, parecía un cajero de banco después de un desfalco. El periodista de la matanza de judíos tenía la cara sucia de un abuelo zorro, de una caricatura antigua. Junto a él sentábase un hombrecillo gordiflón de quijadas colgantes y ojos de perro azotado. El financista parecía una morsa rabiosa. Los militares profesionales estaban erguidos e impasibles.

Aquí, empequeñecidos por la derrota, estaban los rostros que, durante años, aterraron desde las primeras páginas de todos los periódicos del mundo.

Mientras la sala aguardaba la entrada de los jueces, un rollizo marinero norteamericano, con un mechón rojo y los modales de un ordenador de escaparates, anduvo con los labios estirados entre los prisioneros. Iba probándoles los audífonos. Yendo de uno a otro, se afanaba exageradamente en no desordenar a sus maniqués.

La lectura de la acusación duró todo el día.

Fuera de las varias voces de los fiscales, de las altas voces de los intérpretes, una cantinela se nos metía en los oídos: ... «fusilamiento, muerte por hambre y tortura..., torturado y muerto..., fusilamiento, golpes y ahorcadura..., fusilamiento, muerte por hambre y tortura».

El líder de la Luftwaffe meneaba la cabeza con aire de martirio burlón. El canoso periodista ensanchaba un tic en la comisura de sus labios. Un general con aspecto de sargento petimetre parecía forjado toscamente de migas de pan. Cuando se mencionó el nombre del teórico de la raza superior, el hombre se irguió y se arregló la corbata. Era un hombre apuesto con aire de jovenzuelo que ocasionalmente hacía crujir los dientes con un movimiento nervioso de perro. El loco de cara de masilla estaba como en un coma.

«... y crímenes contra la humanidad y en alta mar».

Cada uno de ellos adujo su inculpabilidad.

No hubo mucha charla en el ómnibus de la prensa que nos condujo a nuestro asilo. Un sentimiento de opresión pesaba en nosotros.

Al día siguiente, nuestro acusador norteamericano abrió la causa contra los prisioneros. Había cierto aire de buen humor en su cabeza redonda de pelo muy corto, en su ancha frente y sus anteojos redondos. Hablaba como en tono explicativo. Brotaba de él una especie de amistosa manera de razonar. Cuando se refirió a la responsabilidad asumida por la Corte ante ese primer proceso, en la historia, por crímenes contra la paz del mundo, nos quedamos sin aliento suspendidos de sus palabras.

«En el lugar destinado a los prisioneros hay veinte hombres destrozados... Vituperados por la humillación de aquéllos a quienes dirigieron, casi tan amargamente como por la desolación de aquéllos a quienes atacaron, su personal capacidad para el mal está para siempre terminada...».

Hora tras hora, el acusador norteamericano desenvolvió su acción en contra de ellos. Extrajo la evidencia de sus propias bocas, de sus propias órdenes escritas, de sus propios diarios secretos. La aniquilación de los judíos, los campos de esclavitud... «Crímenes contra la humanidad y en alta mar...».

A través de la separación de vidrio, yo observaba el rostro de la mujer que traducía. Tenía oscuros y ondeados cabellos, ojos asustados y profundas sombras bajo los pómulos. Su cara parecía tiesa de espanto. A veces, su garganta se ponía de tal manera rígida que apenas si podía pronunciar las palabras. El acusador describía las acciones de los locos.

A ratos había como cierto asombro en su acento, como si casi no pudiera creer en

los documentos que leía. El tono de la extrañeza. Era la voz de un hombre razonable sorprendido y espantado por los crímenes que descubría.

—Creerán ustedes que les arranco de una pesadilla... Éstas son las cosas que provocaron náuseas al mundo...

La sorprendida voz del intérprete revoloteaba, aguda, como un tábano sobre el lugar ocupado por los prisioneros.

Comenzaban a removerse, desasosegados, en sus asientos. Daban extrañas miradas y gestos. Los oscuros ojos de un hombre casi parecían escapar de su rostro. Otro mantuvo sus dedos tiesos de una mano agitados en lo bajo de su rostro. La cabeza de otro se torció tan rápidamente que pareció a punto de separarse de su cuerpo. Hasta el obeso jefe de la Luftwaffe miraba con boca contraída en la luz blanca de la sala, como si por primera vez se viera como el mundo lo había visto.

Ya avanzada la tarde, con voz firme, alta y segura, el acusador norteamericano entró en su tesis de que la guerra agresiva era en sí misma un crimen contra los derechos del hombre.

«La civilización es la verdadera demandante... Señala hacia el cansancio del cuerpo, hacia la destrucción de cuanto fue hermoso y útil en la mayor parte del mundo... La civilización pregunta si la ley es tan extremadamente perezosa como para ser inepta para enfrentar crímenes de tal magnitud, por criminales de tanta importancia...».

Cuando se levantó la sesión, los corresponsales norteamericanos dejamos nuestros asientos como si camináramos sobre huevos. Nos repetíamos en voz baja, judicial, las valerosas frases que habíamos escuchado. No podíamos ocultar el gozo de que hubiese sido un compatriota el que las pronunciara.

Hubo más bullicio de máquinas de escribir y menos tragos esa noche, bajo el techo abovedado de nuestro asilo. Hasta los periodistas franceses, hasta entonces escépticos acerca del hecho de procesar a los nazis, parecían sentir un respeto nuevo por sus colegas norteamericanos, cuando nos hablaban.

A medida que avanzaban los días del proceso, cada vez encontraba más difícil conservar mi primera actitud de respetuoso terror. Los líderes nazis eran endemoniadamente culpables, pero se hacía obvio que muchos de los profesionales y técnicos acusados con ellos estaban escasamente conectados con sus crímenes. Unos pocos corresponsales ingleses y la mayoría de los franceses comenzaban, al menos durante los tragos, a describir los trámites del proceso como una conspiración hipócrita. Los europeos se desagradaban con el precedente que se establecía. En una guerra futura, ¿serían los líderes de la nación derrotada los exhibidos y destruidos como si fuesen la facción vencida en la política intercomunista de la Unión Soviética?

Los franceses, los italianos y todos los centroeuropeos se habían derrotado a sí

mismos. Sabían lo que eso representaba.

Los norteamericanos estaban ocupadísimos buscando grandes titulares para sentir mucho interés en la ética del asunto. Esos problemas eran para las Naciones Unidas. George Elbert declaraba que eso le aburría a morir.

George Elbert debió haber leído la duda en mi cara. La duda era algo que George Elbert odiaba. Comenzó a apartarse de mí. Pensé que se trataba de una de sus irritaciones pasajeras. Había logrado, durante todos esos años, mantener nuestra amistad, negándome a tomar en serio su repentino mal humor; para ser cabalmente honrado, creo que entonces se hallaba molesto a causa de su temor de que mis artículos causaran mayor sensación que los suyos. Me reía de esto para mis adentros. Y una tarde su mal humor llegó, con una venganza, para colmo.

Estaba yo sentado en un taburete en el bar, junto a un hombrecillo de los Balcanes, de ancho rostro, a quien había tomado simpatía. He olvidado su nombre. Tenía unos vivos ojos oscuros de mono, que parecían haber visto mayor miseria de la que podían soportar. Se hallaban al fondo de unas cuencas hondas, en una cara picada de viruelas. Me causaba la impresión de un hombre apreciable, con firmes conocimientos de leyes internacionales. Conversábamos en francés. Yo había tomado la costumbre de preguntarle todas las tardes sus impresiones acerca de los sucesos del día. Esa tarde se hallaba especialmente deprimido.

—No habrá absoluciones... Yo había pensado que habría una o dos... Es como en Moscú —me decía.

En esos instantes oí cerca los pesados pasos de George Elbert. Percibí su ruidosa respiración mientras escuchaba al periodista de los Balcanes.

—La traición a Polonia —decía—, el sacrificio de los fineses, el fracaso de los Estados Unidos cuando tuvo el poder para rescatar a los pueblos del Báltico, ¿cómo podría mirarse todo esto en el mundo si fueran nuestros dirigentes y no los nazis los que se hallaran sometidos a proceso?

Mentalmente, mientras él me hablaba, yo veía el rostro del Presidente, las caras de los miembros del Gabinete que yo conocía, el enfurruñado Herman Boggs, la boca pequeña y apretada de Roger Thurloe, con su ancha frente, y las mejillas hundidas de Walker Watson..., sentados en lugar de los nazis bajo las barbas de los frescos MP...

—Añada a esto una incursión aérea sobre Dresde —proseguía el periodista balcánico, donde sesenta mil desamparados no combatientes perecieron; el desarraigo de quince millones de sudetes alemanes de tierras que habían ocupado durante siglos; la destrucción innecesaria de las áreas residenciales de las ciudades, de los museos y de las obras de arte: Monte Cassino es un caso entre miles —su voz era implacable. ¡Qué triste que no vinieran ustedes con las manos limpias! —decía.

—Todos somos criminales; pero no todos igualmente criminales —contestaba yo.

—Por eso debe haber absoluciones —insistía él. De otro modo, será como en

Moscú.

Tuve que admitir que el pensamiento de ese pueblo estaba subyugando al Occidente: sutil, escondido, muy oculto y dominador. No; nuestras manos no estaban limpias.

El francés de George Elbert no era muy bueno; pero lo fue para atrapar la substancia de nuestra conversación. Sentí su pesada respiración en mi nuca. De pronto me golpeó con el codo rudamente. Volví la cara. Su mirada era dura.

—Todavía no he terminado de odiar a los teutones —dijo— y ahora me piden que odie a los rusos.

Parecía a punto de saltar sobre mí y golpearme.

—Tenemos que encontrar una manera de poner fin a ese odio —contesté entrecortadamente.

Nos había vuelto las espaldas y se alejaba muy tieso.

—*Qu'est-ce qu'il dit?... Qu'est-ce qu'il dit?* —me preguntó el periodista balcánico.

—Lo que quiso decir es que estamos tratando de establecer la ley en el mundo.

El periodista de los Balcanes se encogió de hombros:

—La ley sin justicia es opresión —dijo. La justicia viene con las manos limpias.

Encontré que la conversación era demasiado penosa para continuarla. Me despedí de él y bajé la gran escalera de nuestro asilo. La acostumbrada llovizna fría caía fuera; pero me pareció refrescante caminar un poco por el patio entre los jeeps.

No había dado más de dos vueltas cuando George Elbert apareció ante mí.

—¿Cómo sabes si ese tipo no es un soplón? —me preguntó.

Estaba demasiado oscuro para verle la cara.

—No le he dicho nada que no pueda decirle a cualquiera.

—Eso es lo que me preocupa —respondió despreciativamente. Mira —continuó—, ya hace cuatro años que voy por el mundo viendo morir a nuestros grandes muchachos..., los nuestros. ¿Quién los mató? No han sido los pobres diablos que han apretado el gatillo de sus rifles; son esos hijos de putas a los que estamos procesando. Y tipos como tú, con sus monsergas sobre la justicia y todo eso, quieren que esa mugre quede sana y salva. Dices que los rusos son un montón de hipócritas; pero han muerto a más alemanes que nosotros. Eso lo sabes endiabladamente bien.

Murmuré algo acerca de que la guerra había terminado ya. Había tiempo para la guerra y tiempo para la paz. Si continuábamos volteando el mundo contra ese pueblo, significaría eso una tercera guerra.

Caminando juntos, nos cuidábamos de mantener cierta distancia entre uno y otro.

No fue ésa una de las amistosas discusiones que a menudo habíamos tenido durante los años en que conociera a George Elbert. Había odio en su voz. Por el modo con que me golpeó con el codo en el bar, sabía ya que no éramos amigos.

Permanecimos mirándonos bajo la lámpara presuntuosamente forjada que colgaba sobre las grandes puertas de bronce y cristal del vestíbulo.

Tenía contraídas las cejas sobre su gruesa nariz. Su cara colorada se estremecía de rabia.

—¿Qué les vas a decir a los nuestros cuando regreses?

—La verdad, lo mejor que pueda.

—Vas a regresar a escribir una maldita propaganda para los aislacionistas, los fascistas y los mequetrefes americanos. ¿Sabes lo que pienso que debemos hacer? Después de haber colgado a los puercos nazis, creo que debemos volver a casa a colgar a los condenados aislacionistas.

—Cada cual tiene derecho a pensar como quiera.

—Te callas tus estúpidas opiniones, si en algo te aprecias. Retírate. En caso contrario, ya te diré lo que va a ocurrir. Cualquiera de estas mañanas, al despertar, te vas a encontrar con que eres un desgraciado.

Ahora fui yo quien le volvió las espaldas. Escupí a mis pies y me alejé.

Desde ese día no hubo ya amistad alguna entre nosotros.

No mucho después de eso decidí que ya tenía suficiente material del proceso de Nuremberg, para mis artículos. Estaba hasta la coronilla con la justicia internacional. Había recibido una desagradable carta de Grace, en que me contaba lo que parecía ser un movimiento concertado, en la prensa, para desacreditar a Roger Thurloe. No sólo estaba luchando por su programa. Estaba luchando por su cargo. «Creo —añadía Grace— que nos van a ganar, a pesar de todo».

Cada etapa del viaje de regreso a través del Atlántico viose recargada por el amontonamiento de tropas que volvían tratando de estar en el país para Navidad. El despliegue se había tornado verdadero pánico. Las prioridades las obtenían los superiores. Desistí de obtener una prioridad en avión y acepté una litera en un pequeño barco que partía de Brest.

Soportamos rudos vientos del oeste durante toda la travesía. Era como estar a flote en un ancho garaje. El puente estaba repleto con un provisional armatoste de madera con cinco filas de literas para acomodar a los hombres. Gis de caras pálidas y cabellos desordenados como avispa en torno a un avispero. Por todas partes olía a lana rancia, a cuerpos sofocados y vómitos.

La mayor parte de la travesía me mantuve en mi litera, en un camarote para oficiales, bajo los puentes, leyendo los «Cuentos de Canterbury», de Chaucer, que encontrara en el barco. Después del infierno de la Europa del Siglo xx, leer a Chaucer era como salir de nuevo al mundo, un mundo en que había bien y mal, un mundo en que el amor era amor, y los hombres eran hombres y mujeres las mujeres, y la comida era comida. Los versos estaban llenos de la fragancia de una hermosa mañana de mayo.

Cuando no leía, escuchaba las ruidosas partidas desarrolladas entre los muchachos de en torno, desde las de bridge a las de otros juegos de naipes. «Al diablo los alemanes, lo que me inquieta es lo que están haciendo nuestros muchachos...» «Si cumplimos, el futuro lo aprovechará...» «Cuanto hemos hecho

desde que terminó la lucha ha sido errado...» «Borrachera y saqueo es la paga del soldado», argüirían por la otra banda. Ya eso lo había oído. La mayor parte de las argumentaciones terminaba así: «Dos errores no hacen un acierto».

Atracamos en Staten Island. Después de despedirme de mis compañeros de camarote y llevar mi equipaje al muelle permanecí en espera de un taxi alrededor del depósito poblado de tropas aguardando órdenes, hasta que un muchacho vestido de civil, se me acercó. Tenía algo así como una lista de pasajeros en la mano. Era un joven pálido, de nariz ganchuda y ojos soñolientos tras las antiparras.

—¿Usted es Roland Lancaster, el corresponsal de guerra que regresa? —preguntó. Tosió. Me gustaría saber si quiere hacer algún comentario sobre lo que se dice en la columna de Quint Busby... —Con voz inexpresiva leyó estas líneas escritas a máquina—: «El famoso periodista Ro Lancaster regresa apresuradamente para entablar demanda de divorcio a su mujer. Grace Hogan, ayudante de un miembro del gabinete».

—Es la primera vez que oigo una cosa semejante —dije, y me aparté de prisa. Con el corazón agitado, entré en una cabina de teléfono para llamar un taxi...

Ro baja de su pieza un cuarto para las seis, fresco ya tras media hora de sueño. Bajo la ducha fría había planeado cuidadosamente cómo empezar su historia acerca de la Legión del Caribe. Había sacado punta a algunos lápices. Se ha puesto un traje delgado y metido en su bolsillo una libreta de notas. Mientras desciende en el ascensor, las ideas se arremolinan en su mente. Ha dominado su pesadez. Arriesgándose entre los automóviles a través de la calle estrecha, hacia el café, se promete no prestar atención alguna, ese día, sino a la historia de Joe Herkimer.

Elsa tendrá que preocuparse de sí misma.

Pinillo está aún con ella en el café. Se hallan sentados donde los dejó, ante su *pernod*, en un rincón oscuro del bar. El único cambio en Elsa son las gotitas de sudor que empiezan a asomar en su tez blanca. El rostro de Pinillo se ha tornado lívido. Tiene torcido el bigote. Sus ojos dejan ver una mirada vidriosa.

Le cuesta a Ro que alguno de ellos le mire. Los ojos de Elsa están clavados en la cara de Pinillo.

—Ñañigo es una ciencia —declara Pinillo en español, a veces semitraduciendo a medida que habla—... una ciencia más profunda que la física atómica... Es el dominio de la mentalidad de las masas por la mente de un jefe salido de las masas... Por eso un marxista puede ser un ñañigo y seguir siendo un marxista..., la técnica es la misma, aunque la de ellos es más profunda. Es el existencialismo en práctica...

Ro carraspea.

—Haríamos bien en salir —dice más rudamente que lo deseado.

Los ojos de Pinillo se fijan lentamente en él.

—Sus físicos norteamericanos, con los que amenazan al mundo —dice Pinillo, alzando el tono—, son todos importados de Europa. En la Rusia Soviética mueven montañas... Todo lo que los norteamericanos deben aprender, fuera de matar a gente indefensa, es cómo llenar los excusados con eso...

Ro se queda mirándolos con una falsa sonrisa. Está decidido a no discutir. Se siente ansioso de encontrar la manera de deshacerse de Pinillo.

—Bueno —dice Pinillo, levantándose lenta y cuidadosamente. Si insiste, iremos. Herkimer es un norteamericano idiota, pero es un deportista... El deporte es la obsesión de las masas norteamericanas. Y las masas, en todos los países, son puras.

Elsa mira con ojos vidriosos. Su voz parece venir de lejos:

—Tienes que pagar la cuenta, Ro... Yo he gastado todo mi dinero.

Ro llama al mozo. Es el mismo mozo español de gorro y modales de viejo diplomático que le trajo el diario en la mañana. Ro le sorprende una mirada desdeñosa cuando le trae el vuelto, como si quisiera decirle: «¿Qué puede hacer un hombre famoso como usted con gentuza como ésta?».

—Gracias, señor Lancaster —dice con voz profunda metiéndose dignamente la propina en el bolsillo. Y que le vaya a usted muy bien en todo.

Ro encuentra a Pinillo y Elsa instalados en un taxi, aguardándole. Es el auto azul de anteayer. Ro trata de entrar sin mirar al chófer de rostro amarillento, pero le ataja la sonrisa que irrumpe bajo el bigotillo:

—Buenas tarde, señor... Espero que haya descansado bien —dice el hombre en un tono que parece esconder una serie de secretos significados.

Cuando se sienta torpemente al borde del asiento, junto a Elsa, piensa: este hombre trama un chantaje.

En medio del Parque Central se hallan metidos en un atascadero. Todos los autos bocinean. Ningún coche se mueve.

—Carnaval —dice el chófer volviéndose a ellos con una risilla de resignación.

Ro encuentra una excusa para salir del maldito vehículo.

—Tengo un compromiso —exclama. Tendremos que ir a pie.

Elsa murmura que el duro pavimento le dañará los pies. Pinillo mira a Ro como diciéndole: «Demasiado tacaño para pagar el taxi, ¿eh?».

Abriéndose paso entre la multitud, un poco adelante, Ro comienza a sentir que la alegría de la fiesta le conquista. Todos están en la calle. Todos están cortésmente dichosos. Por apretada que sea la muchedumbre, nadie empuja. Al verle apresurado, todos le ceden el paso, sonriéndole.

En una esquina del parque hay enjambres de vendedores de bollos y globos de color, máscaras, bigotes postizos, bolsas de confetti, brillantes chucherías en bandejas. Niños con curiosos disfraces de desechos van y vienen rápidamente, descalzos. Por aquí y por allá, algún payaso, o un dominó, o una nariz postiza, o una corneta de latón. Los arcos retumban con las matracas y las bocinas de los automóviles.

El carnaval es un buen escenario para su historia, piensa Ro con un estremecimiento de alegría. Comenzará y terminará en el carnaval. El carnaval es la escena clásica de las asechanzas, las intrigas políticas, los disfraces, las citas, los convenios clandestinos, las persecuciones, las escapadas. Se apresura hacia Cayo Hueso.

La policía ha establecido un cordón en uno de los lados de la plaza para que puedan pasar los automóviles. De vez en cuando detienen a los vehículos para que crucen los peatones. Al cruzar, Ro echa un vistazo a los brillantes automóviles nuevos llenos de muchachas con negros ojos, vistosas vestiduras, y mozos satisfechos. Están adornadas de pies a cabeza. Todos sienten la dicha de mirar y ser mirados.

Las caras en Cayo Hueso son duras como guijarros de la playa. Al cabo de cierto tiempo, Ro encuentra a Joe Herkimer.

El rostro rosado de Joe Herkimer se ve sorprendentemente bien. Está recién afeitado. Lleva una corbata con bañistas estampadas en ella. Echa atrás la cabeza para

saludar a Ro y amontona en la silla, a su lado, su sombrero panamá, sus guantes amarillos y su bastón.

—Pensé que me iba a obligar a levantarme —dijo cuando Ro llegó junto a él. Un bromista ha estado tratando de arrebatarme esta silla. Es para volverse loco aquí en carnaval. Le guiñó un ojo a Ro. No estamos solos.

Ro se volvió y pudo ver a Elsa y Pinillo tras él.

—¿Y sus aviadores? —pregunta precipitadamente Ro.

Joe Herkimer apunta por encima del hombro con el pulgar: —Ahí están todos.

Ro instala a Elsa en la silla desocupada. Está ella preocupadísima con el carnaval. Trata a Ro como si apenas le conociera. Rechaza un trago y se sienta fumando, mientras contempla, en éxtasis, los vehículos adornados que pasan fuera.

Ro y Pinillo permanecen largo tiempo apretujados junto a la mesa, mientras un mozo sudoroso se abre camino por la sala con sillas suspendidas sobre las cabezas de los asistentes. Pinillo está sobándose el mostacho y mirando hacia la gente, como si esperara que en cualquier momento comenzaran a aplaudir.

Ro, apretujado contra él, tiene la desagradable sensación de ser, con Pinillo, blanco de las miradas de los hombres y mujeres de en torno, que atisban los rasgos de los recién llegados para encontrar el punto de partida de sus burlas entre dientes. Por un instante se ve a sí mismo como los demás le ven: un larguirucho Tío Sam, con una nuez prominente y una cara colorada llena de cansancio. Tras una desdeñosa mirada a él, todos los ojos se vuelven a la cabeza pelirroja de Elsa: «¡Qué rubia!».

Hay ojos que parecen buscar particularmente la cara de Ro. Unos pertenecen a un negro alto, vestido de blanco, con desdeñosa nariz de halcón y ventanillas delgadas y móviles. Otro par, bajo una cabeza calva, le miran fijamente tras unos anteojos, encima de unas barbas negras recortadas. Un tercer par provienen de la cara agazapada de un muchacho desmelenado. Todos parecen estar mirándole con alguna intención.

—¿Quiere ir al retrete? —murmura Joe Herkimer, inclinándose, al oído de Ro, cuando éste logra sentarse. Ro asiente con la cabeza. Yo le mostraré dónde es... Y ustedes cuiden nuestros asientos, ¿entendido? —dice Joe Herkimer. Así lo hacen siempre las damas —agrega al oído de Ro mientras se abren camino, entre las sillas apretujadas, hacia la parte posterior del restaurante. ¿Por qué no haríamos nosotros lo mismo?

Reflejados en el espejo que colma la muralla de atrás ven vehículos enguirnaldados, repletos de flores, que pasan afuera; muchachas de blanco bajo doseles de rosas, la lluvia de confetti, las banderolas de papel, los sombreros de los espectadores que llenan las aceras.

—Divertido sería que nos tomaran por maricones, ¿eh?, —dice Joe Herkimer con una risa que resuena desagradablemente en las orejas de Ro.

En el angosto pasillo que lleva más allá del largo mostrador repleto de mozos y choferes de ómnibus encuentran al hombre de las barbas y los anteojos que les

espera. Es robusto y más joven de lo que parecía desde lejos.

—Dale la mano a Roland Lancaster de «Picture Magazine»... Roland, salude al comandante. La mano del comandante está húmeda de sudor.

—Lo que no me gusta en este negocio... —comienza a decir el comandante, malhumorado. El hombre tiene señas de úlceras estomacales en toda la cara. El prototipo del ansioso, se dice Ro. Lo que no me gusta es cómo puede usted escribir la historia sin que sepa todo el asunto.

—Déjame eso a mí —dice Joe Herkimer.

—No me gusta.

—Yo ni siquiera sé si hay realmente una historia —dice Ro suavemente. Y le aseguro que no hay negocio alguno.

Joe Herkimer vuelve sus ojos enrojecidos hacia el comandante:

—Dime una cosa: ¿cuándo les pagaron por última vez a los muchachos?

—Hace cinco semanas que no nos pagan —dijo, vehemente, el comandante. Cuando trato de ver a Delgado, siempre está en conferencia.

—Se le conoce como el señor equis —dijo Joe Herkimer, apretadas las mandíbulas. Usted es la primera persona a quien se confía esto.

—Tú dijiste que este hombre es de confiar. —La voz del comandante es más colérica que nunca. Sus anteojos se han empañado. Se los quita para limpiarlos.

El piloto malhumorado, se dice Ro. «Se alquilan héroes»: relampaguea este título en su mente.

Alguien le toca en la manga. Ro se vuelve. Ve al jovencuelo de cara suave y ojos almendrados que antes divisara. El muchacho es angosto de pecho. No parece tener más de catorce años. Lleva los zapatos sucios, sin calcetines. Sus brazos flacos asoman de una arrugada camisa de sport, azul y demasiado ancha para él.

El chico frunce la cara con expresión de misterio y gesticula meneando la cabeza. Ro le sigue algunos pasos por el corredor, alejándose de los otros.

—Mire, jefe —susurra ante Ro, ronco. La historia está escrita.

—¿Quién la escribió?

El niño sacude la cabeza para echar atrás un mechón.

—Yo... Lo que usted tiene que hacer es conseguir que se publique, y darme algo para salir de la ciudad.

Joe Herkimer silba un breve ¡psst! Cuando Ro da unos pasos hacia él, el chico le pisa los talones, brincando con sus grandes zapatos:

—Léala —le ruego. Si no es buena, no la compra.

—¡Eddy!, fastidias a este caballero —gruñe Joe Herkimer torciendo la boca. No podemos hablar aquí. Vamos a comer a alguna parte. Llamaré al «Occidente». Me reservarán una mesa, aunque tengan que expulsar a algunos ...

Va hacia el teléfono, en el muro del pasillo.

Alguien se ha puesto junto a Ro. Se vuelve. El negro alto le tiende la mano:

—Muy contento de encontrarle, *Mr.* Lancaster. Sé que nos entenderemos.

Tiene una voz aterciopelada, con una entonación jamaicana. Su cara se inunda con una expresión irresistiblemente cordial. Son azules sus ojos.

—Los grandes de este mundo siempre se avienen. Eso dijo el Duque de Windsor cuando me lo presentaron. —Y deja ver una hilera de dientes blancos. No necesita pensarlo más... La historia soy yo ...

—Rolando, le presento a Primus Hicks —dice Joe Herkimer presentándoles por encima del hombro. Y colocando su mano llena de venas azules sobre el fono, explica —: ¿Ha oído algo de Cóndor Negro? Bueno: ahí lo tiene. —Joe Herkimer vuelve a hablar por teléfono. Habla con rapidez, largamente. La voz, al otro extremo, parece difícil de convencer. Mira, es una proposición pagada al contado, con propina. Mucha propina —le oye decir Ro. Toma la mesa a nombre mío... Vamos a estar allá en un santiamén... ¿Convenido? Okey.

La mano de Ro palpa nerviosamente la cartera en su bolsillo trasero. Será una comida costosa. Esos muchachos parecen hambrientos. ¡Qué diablos! Todo se arreglará con el dinero que le envíen.

—Hay un viejo en una isla vecina —dice Primus Hicks con su suave acento. Llamémosle el viejo del mar... ¿Conoce el cuento árabe?

—¿Oxford? —pregunta Ro.

—Más bien. Pero sólo un barniz. Intervino la guerra —dice Primus Hicks con sonrisa afectada y quejosa. La RAF y todo lo demás... He tenido la suerte de frecuentar a los intelectos mejores.

—Siga —murmura Ro.

—Ese hipotético viejo agobia a sus infelices súbditos que sueñan ansiosamente con las cuatro libertades y todo eso... El ansia por un hombre de mi temperamento y mis convicciones es irresistible...

—Cerremos la jaba hasta que salgamos de aquí —interrumpe Joe Herkimer. Roland, dame cinco dólares para que paguen sus cuentas. Estos chicos están quebrados.

—Con unos brotecillos —dice Primus Hicks revolviendo los ojos. Los inescapables brotecillos —añade con ancha sonrisa.

—Bien; mejor será que me des diez —dice Joe Herkimer.

La mano de Ro aprieta la cartera mientras cruza entre las cabezas de hombres y mujeres arracimados en las mesas, camino de Elsa la pelirroja.

Elsa lo mira con sonrisa ausente mientras le habla. Su voz es apagada. Le dice, como a un extraño, que el pintor subjetivo Pinillo ha consentido en quedarse para hablarles de las comparsas mientras pasan.

—¡Magnífico! —se oye decir Ro con voz ronca.

En seguida espera la cuenta, mientras Pinillo, levantándose trabajosamente, tartajea algo acerca de que el paso de baile de las comparsas es cojo porque viene a ser como una reliquia de los días de esclavitud, cuando danzaban con grillos en las piernas. Una vez de pie, Pinillo se estira y carraspea con gran fuerza. En tanto Ro

tiene la mano estirada porque el mozo va a darle el vuelto, Pinillo le lanza una mirada vidriosa:

—Llegará el día, míster Lancaster —anuncia— en que sacudamos los últimos grillos: los grillos del dólar.

Afuera ya está oscuro. Pinillo toma uno de los brazos de Elsa y Ro le coge el otro. Pataleando, avanza con feliz alboroto, entre ambos, y canturrea en tanto se dejan llevar por la corriente de la muchedumbre.

En el viejo «Occidente» se encuentran con que no hay un rincón desocupado. Ni señales de Herkimer en el comedor principal. Por fin, después de muchas interrogaciones a los mozos, se les indica un comedor privado en el segundo piso, donde Joe Herkimer sé halla sentado a la cabecera de una larga mesa bajo un anticuado ventilador que cuelga del techo. Se ha quitado la chaqueta y preside en mangas de camisa y con suspensores.

Los aviadores se sienten en casa. El comandante ha perdido su enfurruñamiento. Eddy parece en éxtasis. Primus Hicks tiene aires de reservada condescendencia. Han aparecido nuevas caras.

Hay un cubo de hielo y una batería de sifones de agua gaseosa al centro de la mesa. Botellas de whisky escocés nadan en hielo. Gorgotean las botellas. Las gaseosas están en efervescencia. Los brazos se estiran hacia platos de tajadas frías y anchoas. Una cesta colmada de pan francés va balanceándose de mano en mano.

—Los muchachos están hambrientos —explica, sonriente, Joe Herkimer. Saluda hospitalariamente con los dedos de ambas manos a Ro y Elsa. Aquí les tenemos reservados sus asientos.

Todo eso le parece a Ro, súbitamente, muy divertido.

—¡Excelente! —grita. Y empieza a reír. ¿No creen que pueden darme un trago?

—Eddy —entona suavemente Primus Hicks—, ¿por qué no le busca un vaso al caballero?

—Vean —dice Joe Herkimer. ¿En qué estábamos? Los muchachos ya sacaron los cajones con los grandes pianos.

—¿Eran los cajones que yo vi en uno de sus cuartos? —chilla Elsa.

Joe Herkimer aprieta las mandíbulas:

—No vea más de la cuenta, hija. —Su voz es ronca. Todas las leves arrugas de su cara se tuercen en su expresión favorita, convulsa. ¿No sabía que yo era músico?

Ro se echa atrás en su silla y deja vagar sus ojos alrededor de la mesa. Una frase preliminar se forma en su mente: **«Mientras las libres multitudes carnavalescas se apretujan fuera, en las calles, en los comedores privados de los cafés de La Habana, comiendo y bebiendo a crédito, los mercenarios de un ejército secreto holgazanean alegremente en espera del día D...».**

—El yate va navegando —dice de súbito uno de los recién llegados.

Ro advierte una mirada de repentina atención en todos los rostros alrededor de la mesa.

—¿Quién lo ha dicho? —El comandante se enfurruña de nuevo.

—Yo mismo lo vi —exclama en alta voz Eddy. Y también lo habrían visto los demás si no se quedaran en cama flojeando...

—Amigo, cuidado —murmura Primus Hicks con su acento más aterciopelado. Una señora nos ha hecho el honor de...

—Eddy —ruge Joe Herkimer súbitamente, con la voz de un entrenador que le grita a un jugador—, cierra tu sucio hocico...

—Zarpó esta mañana al amanecer —repite la noticia un recién llegado. Es una voz de Texas.

—Roland, te presento a Tex —dice Joe Herkimer.

Dos rostros cuadrados con aire de marineros se vuelven a Ro.

—¡Ji! —le dicen.

—A los dos les llamamos Tex —explica Joe Herkimer. Para no tener que hablarles aparte.

—¿No estamos aquí para contar la historia? —lloriquea Eddy.

—Si sabes lo que te conviene, enano, vas a dejarme hablar —vocifera Joe Herkimer. Se vuelve a Ro:

—Vas a ver, Ro, de qué se trata. Estos muchachos fueron reclutados en los Estados Unidos y por aquí y por allá, para realizar esa faena de transporte; el flete aéreo, como comprenderás, para esos grandes pianos..., precisamente en caso de que pudiera haber un pequeño trastorno en alguna de esas republiquetas, ¿entiendes?... La operación de transporte aéreo es facilísima con la cooperación de algunas autoridades locales...

—¿Quién ha dado el dinero? —pregunta Ro. Tiene su libreta de notas en las rodillas.

En esos momentos entra una fila de mozos con bandejas llenas de comida. Joe Herkimer alza una mano imponiendo silencio.

—Mira, Ro —murmura, alto, a los oídos de Ro—, pedí pollo con arroz y garbanzos... Hártalos con garbanzos, me dije... —Su risa se le atropella en los bronquios. Ya sabes, lo tuyo me interesa. El Cóndor tiene que comer poco, por prescripción médica.

—Desde esas misiones en Alemania —dice Primus Hicks con su sonrisa cordial — sufro de trastornos gástricos...

«... **Mientras esperan, sufren. Las úlceras del estómago cobran su derecho a los bravos legionarios**», piensa Ro.

Los negros ojos de Pinillo están fijos en la cara de Ro desde un extremo de la mesa.

—Es un engaño —silba. Es una trampa de los servicios secretos de Yanquilandia... Tal vez con la complicidad del viejo. Trata de coger a todos los liberales.

Nadie le presta atención.

—¿Pero quién puso el dinero? —pregunta de nuevo Ro.

Joe Herkimer pone un brazo en torno al cuello de Ro, inclinada la cabeza confidencialmente hacia la suya, y susurra con húmedos labios, a su oído, que esos muchachos proceden con buena fe. Esos muchachos están muy bien. Cuando vinieron aquí, el señor equis comenzó a decirles que había algo más que el simple transporte. Iba a ser cuestión de llevar unos cuantos objetos pesados para lanzarlos en el patio trasero del viejo, mientras un grupo de sus buenos amigos desembarcaban por mar. A los muchachos se les ofreció una linda suma por el trabajo, con toda liberalidad...; bien: los chicos pensaron que era buen americanismo hacer algo en ayuda de los encarcelados. ¿No crees?

—¿Por qué no empiezas por el principio? —interrumpe Ro. ¿Cuándo comenzó eso? —Su lápiz está listo.

Elsa inicia un bostezo que amenaza durar años. Gov fue un verdadero ángel en comparación con esto. Le va a dar un ataque si va a tener que escucharlo todo. Se levanta y va a la ventana para asomarse hacia la plaza.

—No; ésa es la verdadera historia —insiste Joe Herkimer—; lo demás ha sido puro maní. ¿Qué le parecería a Ro una garantía de que la sublevación comenzará el mismo día en que su historia le dé el primer golpe a la opinión pública? ¿Es cosa vendible o no lo es? Pero tiene que trabajar con rapidez. Ese yate que acaba de zarpar es la señal.

Eddy, con su copa en una mano, le golpea un codo a Ro. Ni siquiera tendrá que escribir la historia, ¿se da cuenta? Eddy la tiene escrita, está hecha a máquina, con doble espacio. Un amigo es mecanógrafo. Todos los escritores deben tener un mecanógrafo. Y lanza un mechón fuera de sus ojos.

—¿No es ése el trato, míster Lancaster?

El comandante golpea en una copa vacía para llamar la atención de Ro.

—Roland, el caso es éste —dice frunciendo los ojos tras su vaso. Sabemos que el señor equis, o como quiera que se llame el diablo ése, nos da una oportunidad: hacemos nosotros el trabajo, y luego nos pone en contacto con los agentes federales para evitar pagarnos él mismo. Hay leyes contra el contrabando de armas de Yanquilandia.

—Damos el golpe —murmura Eddy. Y al mismo tiempo que entregamos la historia a una revista nacional, corremos a la Embajada y le damos la información confidencial. Eso nos deja libres de polvo y paja, ¿ve?

Primus Hicks se ha levantado y dice que el mundo espera algo de él. Tiene que hablar claro. No hay sordidez alguna de su parte. Dondequiera los desheredados de la tierra se alcen contra sus opresores, allá irá Cóndor Negro volando a socorrerlos.

Entretanto, Joe Herkimer murmura al oído de Ro que ese asunto de la revolución es como una gran pandilla de béisbol. Un dirigente se compra ocasionalmente a un jugador del equipo contrario. Eso causa confusión. Es cosa de todos los días.

Ro apenas puede oír lo que dice, porque Eddy chilla ruidosamente que, antes de

que se siga adelante, quiere que su historia sea considerada. Al mismo tiempo, el comandante golpea en la mesa y grita que su nombre no debe usarse en ningún caso. Todo el mundo habla a la vez. Primus Hicks insiste, por encima del bullicio, con su voz bien modulada, que sea quién fuere el que escriba la historia tendrá ésta que ser aceptada por su consejero de relaciones públicas.

Los texanos se han arrellanado en sus asientos y comenzado a cantar:

*Un marinero volvió a casa una noche
lo más borracho que podía...*

Ro y Joe Herkimer están quietos como un par de búhos en un extremo de la mesa. Ambos advierten a un tiempo que la silla de Pinillo está vacía.

—¿Es de confiar ese pintor? —pregunta Ro.

—La pregunta no tiene importancia, Roland. Ya conoces la política de esta isla. —Joe Herkimer habla en voz baja y le golpea el hombro amistosamente. Todos están trabajando por alguien. Yo soy amigo de todos ellos y todos ellos son amigos míos. Yo no hago preguntas, Roland, y por eso me quieren. Ese buen viejo Herkimer, dicen, es como una tumba. Le daremos, pues, un negocito, ¿verdad?

—La verdad está en los hombres... grita el mayor con su tono en staccato. Hemos tenido una doble cruz... Tratemos de que no se repita.

*Mujer querida, mi linda mujer,
luz de mi vida, dijo él...*

Rugían los texanos.

En medio del estrépito, Ro comenzó a percibir el sonido de un tambor. A través de las ventanas, por entre el rumor creciente de la multitud venía el son sincopado del tambor y el de las voces que cantaban al unísono: las comparsas. Tuvo que desprenderse del brazo de Joe Herkimer, que le estrechaba, para volverse a mirar. Elsa se había ido.

Ro se dirigió a la puerta.

—No; eso no.

Joe Herkimer, resoplando fuertemente, le tomaba de un brazo. Fue un tremendo apretón. Sus dedos se clavaron en sus músculos como garras.

—Así es aquí la cosa, Roland —siguió diciendo con cierto sonsonete al oído de Ro. No se sigue actuando después de la caída del telón. Vamos a ir a ver a mi amigo el administrador. Es un buen tipo, pero es un fanático del pago al contado, y las propinas, ¡mil demonios!, las propinas. Como te digo: un fanático del pago inmediato. Su resuello rozó las mejillas de Ro. Si tratamos de irnos sin que nadie lo sepa es capaz de hacer algo que en seguida lamentará, como llamar al coche de la policía para que nos metan a todos adentro y nos lleven a la jaula. Él y el jefe de la

policía son iguales —restregó sus dos índices juntos bajo las narices de Ro.

—Iba a volver en seguida —dijo Ro, indignado.

—Es claro, es clarísimo —murmuró Joe Herkimer—, eso es lo que se dice siempre..., pero el administrador puede no entenderlo...

Transcurrió larguísimo tiempo en la oficina del administrador. Era éste un hombrecillo meticoloso, de uñas muy cuidadas. Está encantado de hallarse ante *Mr. Lancaster*. Le alegra muchísimo ofrecerle la hospitalidad del hotel. Se siente desolado de que el servicio no haya estado tal vez a la altura acostumbrada. Tanta gente. Carnaval. Hay que hacer concesiones.

Un muchacho tiene que ir en busca del mozo. El mozo tiene que venir con la cuenta.

Ro se bambolea mientras Joe Herkimer y el administrador se hacen bromas socarronas acerca de sus respectivas vidas privadas.

Entretanto, los cantos y los tambores suben el tono y se desvanecen después cuando ya es otra gente la que pasa ante el hotel. Mentalmente, Ro acecha las aceras en busca de Elsa. La verá fácilmente debido a que es pelirroja.

Cuando la cuenta aparece en la bandeja de metal, el rostro del administrador zumba encima como abeja sobre la flor. Junta los dedos bien cuidados. Si *Mr. Lancaster* prefiere hacer un cheque sobre Nueva York, Miami, San Francisco, se sentirá muy honrado con el cheque de *Mr. Lancaster*.

Las cifras del saldo de su cuenta bancaria son un chispazo ante los ojos de Ro: 49.50 dólares lee con interno golpetazo. Contesta firmemente que pagará al contado.

La pequeña cara ovalada del administrador se llena de hoyuelos mientras sonrío. Sus ojos acarician suavemente cada billete que pasa a sus manos.

Ro corta duramente los agradecimientos, los halagos y las despedidas. Sólo en la puerta de la calle logra desprenderse de Joe Herkimer; pero no antes de que le pase un par de cinco dólares, para el caso de que los muchachos tengan sed antes de que Ro regrese.

Las comparsas desfilan. Ro no puede decidir qué camino tomar. Vaga de un lado a otro tras la muchedumbre, mirando las cabezas de los oscuros grupos de bailarines. Están vestidos de marineros franceses, de piratas españoles, de obreros de cañaverales, de señores y damas de la corte de María Antonieta. Hay equipos de béisbol y comparsas tropicales. Llevan en lo alto de pértigas fanales transparentes y farolillos de aspecto veneciano. Caminan al son de los tambores, bailando y cantando, en parejas, en grupos de cuatro y ocho personas, lentos, brincadores, arrastrándose, removiendo el vientre, agitando los brazos, impávidos, incitadores, haciendo señas, deslizándose en pequeños grupos ondulantes a través de la plaza. Mientras bailan, de vez en cuando cantan con bellas voces, al unísono.

Ro va tras la gente que se apretuja en las aceras, acechando cada grupo en busca de los cabellos colorines de Elsa. No sabe por dónde va.

En una esquina, bajo un frondoso árbol obscuro, en el Prado, da de pronto con

Pinillo.

—¿Dónde está Elsa? —pregunta Ro, roto el aliento.

Pinillo arquea las cejas. Se vuelve a terminar lo que decía a un par de individuos pálidos, tras él. Luego dispara su triunfante mirada negra a la cara de Ro:

—¿Cómo?

—¿Y Elsa? ¿Qué le ha pasado?

Pinillo ríe.

—No se preocupe —contesta en español burlón y familiar. Esas muchachas norteamericanas hacen siempre lo que quieren. Nunca hay que preocuparse mucho de ellas.

Luego se vuelve, burlón, a sus dos compañeros. Parecen éstos divertidísimos con algo que les ha dicho y que Ro no alcanza a entender.

Ro se para ante él, muy tieso.

—Señor Pinillo —dice con tono que no admite réplica—, usted debe saber dónde está.

Pinillo apunta con el dedo hacia el Prado.

Mientras Ro se apresura en la dirección que Pinillo le ha indicado, adivina unos ojos burlones a sus espaldas. La idea del ridículo que hace le mortifica. ¿Cómo ha podido meterse en semejante lío? En tanto camina, examinando cada rostro bajo los oscuros árboles del Prado, recuerda cada detalle de lo ocurrido desde que aterrizó con Elsa esa linda mañana en Rancho Boyeros. Hasta donde logra advertir, cuanto ha hecho tiene sentido. Ha tratado de que todo sea amable para Elsa. Ha tratado de salir de apremios procurándose un trabajo. Pero cuando la suerte de un hombre se vuelve en su contra, pues bien: se vuelve en su contra, y nada más.

Ha llegado al fin del Prado. Es tarde. La calle tiene ya un solitario aspecto. El gentío ha disminuido. Un grupo de toreros y otro de pescadores todavía tratan de unirse al desfile. Ni señas de la pelirroja.

Vuelve velozmente hacia el Parque Central. Casi en la esquina divisa un relámpago colorín entre los espectadores de la acera. Avanza. Es un perro alto con peluca. Los bailarines van en ronda. Los hombres llevan trajes de payasos, y las muchachas, caramillos, y pelucas rojas o rubias.

Ro vuelve al Prado cuando de pronto se siente empujado por alguien. Se vuelve y comienza a disculparse. Acaso ha sido culpa suya. El hombre es un mulato canoso con bigotillo y sombrero de paja. Blande un bastón. Ro es amonestado teatral y truculentamente por el atropello. Al mismo tiempo siente que unas manos le empujan por detrás. El mulato está haciendo gestos de falsa indignación. Ro siente que una mano tira de su cartera. Cuando se vuelve no ve sino la apretada fila de los

espectadores del desfile. Su bolsillo está vacío. No hay señales de que alguien huya corriendo. Cuando se vuelve otra vez, el mulato ha desaparecido.

—Me han sacado la cartera del bolsillo. ¿Dónde puedo encontrar un policía? —le pregunta en español a un hombre que está a su lado. El hombre se asemeja sorprendentemente a uno de los individuos pálidos que conversaba con Pinillo; pero no hay en su cara expresión alguna de reconocerle. Ro advierte una desdeñosa mirada cuando le contesta:

—¡Quién sabe!...

El hombre añade con un gesto de la mano que hay un cuartel de policía en el Parque Central.

Ro jadea, mirando a su alrededor, apretados los puños.

—¿No hay quién ayude? El ladrón debe de estar por aquí —grita.

La gente le mira con sonrisa cortés y se aparta, encogiéndose de hombros. Todos están atentos a las comparsas.

—Alguien debe haberlo visto. —Ro se dirige al vacío. Cuanto puede ver es un montón de hombros que se encogen. Su voz se apaga. Corre hacia el cuartel de policía.

«También he perdido una chica —se dice, metiendo la mano en el bolsillo vacío. Pero no se los puedo decir».

En el cuartel de policía son muy corteses. Ro es conducido ante un joven elegantemente vestido que habla un perfecto inglés. Ha leído en los diarios acerca de *Mr. Lancaster*. Se siente afligido. Le ofrece la hospitalidad de la ciudad. Le desconsiela enormemente lo que acaba de ocurrirle. Una suma tan importante. Bueno: casi puede asegurarle que encontrará la cartera con sus papeles privados, su carnet de identificación, etc... Pero el dinero. ¡Ah!, mucho se teme que eso no. Los cheques pueden ser detenidos.

Ro expresa que tuvo la intención de comprar cheques expresos, pero que se olvidó de hacerlo.

—Imprudencia —exclama el joven—; la imprudencia de los genios —añade.

Se niega a darse por vencido. Un hombre famoso como *Mr. Lancaster*. Semejante pérdida no significa nada para él; para otros menos afortunados hubiera sido desastrosa.

Cuando Ro da el nombre de su hotel, una curiosa mirada ilumina la cara del joven. Comienza a contarle con la mayor satisfacción que tal vez *Mr. Lancaster* se sentirá muy consolado al conocer el afortunado fin de un pequeño incidente. Un incidente pequeñito. Una cosa de ninguna importancia. Ya que se halla en el mismo hotel, acaso conozca a la señorita. El joven habla de sus cabellos pelirrojos con un movimiento circular de la mano en torno de su cabeza. Tan hermosa como una estrella de cine. ¡Qué señorita tan bella!

Ro admite que la conoce.

Estaba bailando en la calle con las comparsas. El sargento temió que se hallara

algo sobreexcitada. Parece que perdió sus zapatos.

Por cierto que él entiende muy bien eso, dice el joven teniente tan bien vestido; estuvo en la escuela en los Estados Unidos. En los Estados Unidos comprendíamos que esas colegialas se divirtieran; pero en un país latino, es seguro que un hombre tan viajado como *Mr. Lancaster* estará de acuerdo con él, la gente es más retrógrada. Hay falta de cultura en la masa. La gente no entiende.

Él y el sargento la invitaron a subir al automóvil de los oficiales y la llevaron a su hotel. Comprendían que estuviera desesperada, ¡sin sus zapatos! Espera que ella no piense que son ellos unos presuntuosos. Acaso *Mr. Lancaster* podrá disculparlos, darle las excusas de toda la fuerza policial de La Habana.

Ro se niega a que le conduzcan al hotel. Vuelve de prisa al «Occidente». Tiene que tratar de encontrar a alguno de esos aviadores de Joe Herkimer para citarlo para el otro día. Tiene que haber alguna manera de que la historia que proyecta vaya adelante.

El comedor privado está vacío. En el comedor principal, los mozos están poniendo las sillas sobre las mesas. El administrador con sus sonrisas llenas de hoyuelos no se ve por parte alguna.

Ro regresa a pie al hotel. Apenas si puede arrastrar los pies por el pavimento. Está cansado a morir. No tiene dinero para un taxi. Un idiota, se dice a sí mismo, por no haber aceptado el coche de la policía.

Ha comenzado a llover. De nuevo está soplando el viento norte con fuerza. Cuando llega al hotel, sus ropas están empapadas. Los dedos de sus pies crujen en el agua.

La puerta de Elsa se halla entornada. La radio suena levemente. Está sentada al borde de la cama, envuelta en su bata, fumando un cigarrillo.

Pone ojos asustados al verle avanzar.

—Estoy segura de que vas a reprenderme... Lo veo en tu cara.

—Elsa, estoy empapado y cansadísimo. He andado buscándote por todas partes.

Se saca la chaqueta mojada y la tira a un rincón. Su corbata está mojadísima. Se la arranca de golpe.

Ella permanece sentada, mirándole con unos ojos redondos y sorprendidos:

—¿Por qué no tomaste un auto? Al menos, yo no me mojé.

—Me robaron la cartera.

—Lo que faltaba.

—¿No es cierto?

Ro toma una toalla del baño y comienza a secarse.

—Odio a la gente a quien roban. Lo hacen a propósito. A Al le robaban siempre.

—Me dijeron en el cuartel de policía que te trajeron aquí.

—¿De modo que me espías? Linda manera de tratar a una chica a la que le pides que se case contigo.

Encendió otro cigarrillo en la colilla del primero.

—Tendremos que hablar de eso —dice Ro con rudeza. Si es que alguna vez llegamos a entendernos. Las palabras se le atropellan en la boca. Nunca parecemos estar de acuerdo. No hay la menor tibieza en ti.

—La hubo, pero me resfrié —dice con lentitud. Me resfrié en la calle.

Bosteza.

Le mira con un esbozo de sonrisa.

—Los dos estamos con un sueño de... Estoy con tanto sueño que no sé ni lo que digo...

Bosteza otra vez y expulsa el humo, cerrados los ojos. Se esfuerza por abrirlos, le dirige una de sus sonrisas y dice casi amistosa:

—Tienes que ponerte un pijama seco. Si te resfrías, me lo pegarás, y yo les llevaré el resfrío a los mellizos... Vuelve después para que hablemos...

Bosteza sin poder contenerse.

—Es decir, si no nos dormimos antes...

Cuando regresa, la encuentra tendida en la cama, de espaldas, vuelta la cara al techo. Ha cerrado los ojos. Su respiración es tan leve que apenas si la oye, El cigarrillo está haciendo un agujero en la alfombra, junto al lecho. Una columnilla de humo azul sube apaciblemente.

Él lo pisotea con su zapatilla. Entra en su nariz el olor a tela chamuscada.

Cierra la puerta, apaga la luz y se desliza en la cama. Trata de acercarla. Con fuerza soñolienta, lo aparta. Se siente demasiado cansado para luchar. Haciendo el menor bulto posible en la cama, se sume gradualmente en un sueño estúpido...

El día que desembarqué del E. T. O. era domingo. El tren vespertino a Washington estaba lleno de empleados que regresaban con sus familias. No había manera de conseguir asiento. Tampoco, de ir al comedor. Me sentía demasiado distraído para leer. Naturalmente, el tren iba atrasado. Nunca me parecieron tan largas esas cinco horas y media. El auto en que me metí en Union Station iba de cuadra en cuadra dejando a otros pasajeros en el camino a Connecticut Avenue. Los minutos parecían horas. Me detuve, nervioso, tratando de oír algún ruido de Grace tras la puerta de nuestro departamento. Tardé un poco antes de atreverme a llamar. Llevaba la llave en el bolsillo, pero no me atreví a usarla.

Vino, por fin, en bata, a abrirme. Bostezaba. Tenía la cara soñolienta. Fue como si nunca hubiese estado yo ausente.

—¡Oh, Ro, qué alegría! —Volvió a bostezar. Temí que fuera algún periodista molesto.

Mientras me decía esto sentí que el comentario idiota de esa columna chismosa no nos separaría; iba a mantenernos más unidos que nunca. Apenas entré mi maleta y cerré la puerta, lanzó una risilla y me abrazó.

—Dime, Ro, ¿quién es tu mujercita? —susurró con su cabeza contra mi pecho.

—¿Quién crees tú?

La aparté con ambas manos para mirarla. Dejó de arreglarse los cabellos. Sus rizos sedosos eran más grises que rubios. Estaba delgadísima. Su tez era transparente. Me estremecí al verla tan pálida y cansada. Era todavía la mujer más linda del mundo.

—¿A quién quieres, Ro? —murmuró en voz bajita.

—¿A quién puedo querer?

—Yo también te quiero. —Volvió a abrazarme.

—Lo primero que voy a hacer es llevarte de vacaciones. Tienes que engordar.

Meneó la cabeza.

—Todavía no... Roger depende de mí aún. Oh, tengo tanto que decirte. Está tan flaco. Wells Hartley lo está atacando tanto en su columna. Las cosas se han puesto horribles para él. Nos necesita a ambos.

—Ya hablaremos de eso.

En seguida me dijo que la familia Perkins se mudaba de nuestra casa de Dumbarton Avenue el 1.º de enero. Era una suerte. Yo siempre odié este maldito departamento. Convinimos en que nos mudaríamos inmediatamente.

Apenas habíamos cambiado unas pocas palabras cuando los niños, de vuelta del cine, aparecieron ante nosotros.

Chips me dio una divertida mirada, como diciéndome: «¿Tú de regreso?». Le

había engordado la cara. La voz se le había vuelto ronca.

—¿De modo que acabó el divorcio? —preguntó.

Louie chilló con su voz aguda:

—Chips me ha dicho que prefiere que Roger sea su papá... Dijo que al menos Roger estará en casa y nos llevará a los partidos de fútbol.

Chips se encogió exageradamente de hombros y se marchó a grandes pasos a su pieza.

—Ustedes, muchachos, tienen que ser más sensatos y no creer todo lo que leen en los diarios —dije con tono que procuré que fuese cortante. Yo les aseguro que no hay una pizca de verdad en todo eso.

—Papá, faltan sólo cuatro días para Navidad —gritó Louie súbitamente. Yo quiero un par de esquíes, y Chips quiere un juego de bastones de golf... Va a sentirse desilusionado con esto del divorcio porque Roger pertenece al Club de Caza. Ahora que has vuelto, papá, ¿no podremos ingresar?

—Tal vez podamos cuando nos mudemos y nos sintamos un poco más tranquilos.

—Niños, a lavarse, porque en seguida vamos a sentarnos a la mesa —dijo Grace con cierta mecánica alegría.

—No te olvides, papá —dijo Louie al irse, silbando, al baño—, que sólo faltan cuatro días para Navidad.

Navidad no era nuestra fiesta favorita, pero tratamos, a causa de los muchachos, que fuera lo mejor posible. Terminada la guerra y de regreso ya los hijos y los hermanos, el país sentíase colmado por la alegría de la celebración. Tuvimos un gran árbol y los niños recibieron sus esquíes y sus bastones de golf. Como parte de mi botín de Alemania, le traje a Grace un juego de porcelana de Meissen y unos refulgentes vasos de cristal para el vino. En la tarde, le pedimos a todo el mundo que viniera a tomar un caldo a la reina. Era la mejor manera de acallar los embustes de Quint Busby. Vino mucha gente, incitada por la notoriedad. Acudieron Herman Boggs y su mujer, Walker Watson, Pauls Graves, los Waring, los Turbeville, Mortimer y Gertrude Ann, Emmaline y Joe Grainger. Algunos trajeron amigos que apenas conocíamos. Se quedaron boquiabiertos al ver a Roger Thurloe, fresco y animoso, en compañía de Alicia.

Los cabellos de Alicia estaban blancos, con leve matiz azulado. Se veía hermosa con un bien cortado vestido azul, pero tiesa como Coldstream Guard en uniforme de parada. Parecía más que nunca una dama inglesa noble.

Vino rectamente a Grace y a mí y puso una de nuestras manos en cada una de las suyas.

—Mi linda, estoy tan contenta de verte —dijo casi gritando. Si vieras lo curioso que parecían todos —añadió con una risilla seca y susurrante, para que sólo la oyéramos nosotros—, al vernos llegar así de repente... Si cambiaras la gente de donde vengo por la que aquí tienes —prosiguió con voz enfática—, no se vería la menor diferencia. ¿No se morirían todos si lo supieran?

Riendo ruidosamente, nos miraba aguardando que riéramos también. No supe qué contestar. Rehusó beber.

—Roger dice que has pintado mucho, Alicia —balbuceó Grace.

Alicia volvió los ojos hacia el techo:

—Blanco, blanco y blanco —murmuró. Los colores son negros. Cuando haga una exposición la llamaré la psicopatología de la vida cotidiana... Pero no se inquieten por mí; estoy muy bien —añadió precipitadamente.

Tranquilizada porque parecía tener algún dominio de sí misma, comencé a charlar un poco con los invitados de en torno. Se advertía que la mayor parte de ellos parecían un poco asustados de Alicia. Me conduje tratando de dar la impresión de que era muy natural que se comportara tan extrañamente.

Herman Boggs no se preocupaba. Como de costumbre, se había arrinconado y contaba con oyentes por la acidez de sus observaciones acerca de todo y de todos. Acababa de presentarle su renuncia al Presidente.

—Por primera vez en doce años soy libre —exclamaba. Ahora voy a decir realmente lo que pienso.

Joe Grainger trataba de provocar una reacción dando su nombre como candidato progresista a la Presidencia para el 48.

—Sería un La Follette —aulló Herman. Los comunistas le darán a los progresistas el beso de Judas, recuerden mis palabras —dijo. No. Ahora estoy al lado afuera de todo eso, —Dio una mirada amenazadora a su alrededor. Probablemente escribiré mis memorias.

Al oír la palabra «presidencia» vi una rápida y temerosa mirada en los hendidios ojos de Walker Watson, tras sus abultados párpados. Una mueca torció las largas arrugas de su rostro. Durante un segundo tuvo la apariencia culpable del hombre a quien sorprenden en flagrante delito. Todos parecieron congelarse al oír la palabra «presidencia».

—¿Qué debe hacer un hombre para que aparezca a punto de ser elegido Presidente? —preguntó Roger, fanfarrón.

Grace les había hecho a los niños una sopa a la reina sin licor. Se la tomaban en un rincón de la sala cuando oyeron la voz de Roger. Ambos eran partidarios de Roger.

—¿Por qué no es Presidente usted, Roger? —murmuró Louie con su voz chillona. Queremos de Presidente a Roger Thurloe —declaró Chips.

Roger avanzó hacia ellos riendo ruidosamente.

—Lo malo es —dijo— que tendría que esperar mucho para el voto de ustedes.

Metió su boca en el tazón de sopa de los niños. Yo me di prisa para evitar mayores indiscreciones; la gente se siente fácilmente cohibida al oír mencionar la presidencia en las recepciones de Washington.

—Entonces seríamos de veras célebres —dijo Chips.

—Sería estupendo —chilló Louie. Hasta papá hizo noticia en la hora de Quint Busby. Lo oí en la radio.

La expresión de mi cara hizo callar a Louie y deslizarse fuera de la sala. Chips le siguió casi en seguida. Roger advirtió que muchos habían dejado de hablar para oír. Perdió la sonrisa. Apretó las quijadas. Pronto se reunió con Alicia y se marchó.

Ni Grace ni yo supimos qué decirles a los invitados. La reunión se volvió fría. Advertí que Grace estaba muy cansada para preocuparse de eso. Los invitados se fueron. Hasta Emmaline se marchó pronto.

—Todos se dan prisa en irse a casa a hablar de nosotros —murmuró Grace al marcharse el último invitado.

Frunció el ceño y se encogió de hombros, desalentada.

—¿Qué vamos a decirles a los niños? —Y me dejé caer sobre una silla. ¿Enmendaríamos algo dándoles una zurra?

—Es demasiado tarde —me contestó. Me miró con lágrimas en los ojos. Ro, bien sabes que no hay nada que hacer.

—Claro. Claro.

El asunto era demasiado penoso para hablar más.

Cuando comenzaron las mañanas de primavera, después de habernos mudado a Georgetown, volví a dirigirme a la ciudad con Roger, como lo hiciéramos en otros días. Nunca mencionó el asunto de Grace, pero habló muchísimo de la columna de Wells Hartley. Verdades a medias, insistía. Estaba haciendo lo posible por mantener fuerte al país; un poquito más y lo convertirían en partidario de la guerra y en militarista. Antes de que viniera a Washington había dado seguridades a varias compañías que tenían ahora contratos gubernamentales. Darle a eso una vueltecita apenas y dirían que había disfrutado personalmente con su programa de defensa.

—Después de todo, para eso me buscó el pueblo norteamericano —añadió con tono infantilmente quejumbroso—; para que sirviera a su defensa nacional.

De súbito se volvió a mí con su sonrisilla crispada. Esperábamos que la señal del tránsito fuera verde.

—Ro —dijo—, ese hombre es un tipo inteligente... ¿No convendría que alguien fuera a verle y le explicara lo que estoy tratando de hacer?

—No veo quién. —Y sacudí fuertemente la cabeza.

—¿Qué tal estaría Mortimer Price?

—Le hablaré a Mortimer —repuse, sabiendo de antemano lo que Mortimer diría.

El resto del camino por el parque, junto al río, lo hicimos sin hablarnos. Antes de que me dejara para cruzar el puente hacia el nuevo y amplio edificio del lado de Arlington, de nuevo se detuvo.

—En Inglaterra les fue fácil con el Primer Ministro —dijo. Le echaron... Pero yo no creo que el pueblo norteamericano desee echarme. Pienso que están de acuerdo con lo que trato de hacer. Son unos chismosos los demás. A menudo recuerdo lo que dijo el gran viejo. ¿Recuerda?... A ratos me asusta cómo estoy perdiendo la memoria... Fue algo así como... «la herrumbre de la inercia, la confusión de propósitos y el tremendo miedo de ser grandes»...

Parecía falto de aliento y mascullaba un poquito las palabras al repetir las; pero daban la impresión de que lo animaban.

Me guiñó un ojo de repente y cruzó el puente con su paso vigoroso.

Concerté una cita formal con Mortimer en su oficina para estar seguro de que tendríamos una conversación sin interrupciones. Cuando traté de bosquejar el programa de Roger, me escuchó con ceño fruncido e impaciente.

—El hombre se ha vuelto megalómano —dijo. Enloqueció a su mujer y ahora les está envolviendo a usted y a Grace... Si no fuera un buen amigo de ustedes, Ro, todo esto que me dice me parecía extrañísimo, viniendo de usted...

No pude evitar que me molestara. Poniéndome rojo, me levanté de un salto.

Mortimer me miró, asustado, y me acompañó hasta la puerta, fruncidas las espesas cejas y entreabierta la boca preocupada.

—Amigo, no se moleste por lo dicho... Me conoce desde hace años... Cuando pienso algo, lo digo, como bien sabe.

Me abrazó.

—Mire, Ro... Conozco a Wells mejor que usted. Cree que Thurloe está tratando de deshacer todo lo grande de la administración pasada... La unión pacífica de las naciones... La paz del mundo debe fundamentarse en la comprensión... Las naciones, después de todo, son como las personas. Si sólo hasta cierto punto se las acoge, también acogerán sólo hasta cierto punto.

Arrellanó su largo cuerpo en la silla, detrás de su escritorio, se echó contra el respaldo y bostezó.

—Estamos colgando a los criminales de guerra en Alemania y el Japón; no podemos, pues, criar aquí unos cuantos —dijo con su tono más pontifical. Resopló, fijando los ojos en el techo.

Yo le hablaba distraídamente, yendo y viniendo por la oficina, en busca de alguna frase que pudiera convencerle, cuando sonó el teléfono. Inmediatamente di la conversación por inútil.

—No lo tome a mal, Ro —murmuró suavemente, siguiéndome hasta la sala de recibo para despedirme. Sé lo desagradado que debe estar usted. Gertrude Ann y yo hemos estado preocupados de ustedes... Lo que debe hacer con Grace es salir de la ciudad y tomarse unas largas vacaciones.

Grace y yo nos tomamos unas vacaciones ese verano. No sospechábamos que era la última. Habíamos encontrado lo que nos pareció, en verdad, un campamento perfecto para los muchachos, dirigido por un hombre que enseñaba trabajos manuales ante un pequeño lago al norte de Vermont. Grace se las había arreglado para tomar todas las licencias que tenía acumuladas en el departamento. La noche antes de que nos lleváramos a los niños y tuviéramos ya todo empaquetado y listo para la partida, Grace y yo estábamos estirados en unas sillas, cansados, en la sala de recibo de la casa de Georgetown. Los muchachos se habían ido a acostar.

Se levantó ella de su silla y se sentó en mis rodillas.

—Ro —dijo—, tendré que soportar una pequeña operación. —Apoyó la cabeza en mi mejilla. El Dr. Andrews dice que será una operación sencillísima. Me golpeó los hombros y se apartó un poquito, mirándome con ojos muy abiertos:

—Pero, Ro, ¡estoy tan asustada!

Era un quiste en el pecho, pequeñísimo. No sería nada, se apresuró en decirme. Aunque no lo quiso, inmediatamente llamé a la casa del Dr. Andrews. Su voz profunda era tranquilizadora. Operación preventiva, me dijo. Los riesgos estaban en que él se mostrara más cauto de lo debido; pero no podía estar seguro de nada hasta que no viera qué había allí.

—¿Por qué no la operamos en seguida, entonces?

Hasta dentro de tres semanas no contaría con una sala de operaciones; los hospitales todavía no se habían recobrado de los trastornos de la guerra. Como principio general, sin embargo, más bien prefería esperar hasta que la señora Lancaster estuviera un poquito descansada. Había trabajado con exceso. Parecía agotada. No se sentía él muy contento con el corazón:

—Llévela por ahí en un viajecito corto que tenga un cambio completo. Estaremos listos el 15 de julio. Que lo pasen bien —añadió. No se inquiete usted, ni deje que ella se inquiete.

—Ya lo ves —dijo, llorosa, Grace, cuando colgué el fono. No tengo fuerzas para nada... Ve lo testarudo que fuiste al no volver antes del Pacífico... Bien: me decidí a esperar y ayudarle a Roger; pero todo eso no ha servido de nada...

En seguida fue espaciando sus palabras, lentamente, como si le explicara algo a un extranjero:

—Roger es el único gran hombre que hemos tenido.

Dejamos a los muchachos en su campamento de Vermont y nos marchamos al norte, en Canadá. Hacía años que no viajábamos los dos juntos en automóvil. Estuvimos en los mejores hoteles de Montreal y Quebec y comimos a nuestro antojo. Hablamos muchísimo acerca de antiguos viajes que hicimos, años atrás, a Florida, México y Europa, y esa travesía con los Turbeville ese verano en torno a Sicilia y las islas griegas. Nunca habíamos hablado de eso, pero no podíamos olvidar cuán rápidamente caían los días del calendario.

Dimos una vuelta por la península de Gaspé, bajo un rudo viento nordeste. Cuando empezaban la lluvia y el viento, las montañas y los ríos se cubrían de niebla. Nos gustaba aquello: negros abetos empapados, y los grandes ríos, rápidos y grises, y las rizadas olas blancas sobre las rocas llenas de algas. Nos zambullíamos en las frías aguas de playas desnudas, o en pequeñas pozas bajo los riscos. Vivíamos de salmón y bacalao, y de vino francés que comprábamos en los depósitos. Fue una semana feliz. Demasiado pronto tuvimos que despertar de nuestro sueño en el norte tempestuoso para regresar al sur, a paisajes conocidos, familiares.

Washington nos pareció horrible en medio del calor del verano. Grace insistió en que nadie supiera que estábamos allí. Permanecimos una noche sintiéndonos como

fugitivos en nuestra casa cerrada. Desayunándonos en la cocina a la mañana siguiente, nos sentimos más felices de cuanto lo fuéramos en toda la vida. Pasamos lo mejor posible las horas calurosas y en la tarde la conduje al hospital.

El Dr. Andrews era un hombre de cara cuadrada y manos gruesas. Habló como un gran pescador y se burló alegremente de nosotros por no haber pescado un salmón siquiera en Gaspé. Nos aseguró de nuevo que las posibilidades de malignidad eran tan escasas que podían considerarse inexistentes. Dijo que estaba listo para demostrarnos su reputación profesional.

No era una mala pieza. Daba a unos sicomoros del patio del hospital. Traje su maleta y un puñado de libros. Había decidido leer el primer tomo de la «Historia» de Toynbee; pero le traje además a su favorita Jane Austen y «Cumbres Borrascosas», como asimismo una nueva biografía de una de las Bronté. Insistí en que le instalaran un ventilador eléctrico.

Mientras le hacían los diversos exámenes fui a casa en busca de sus anteojos, que había olvidado. Al regreso, me ocupé de comprarle flores, revistas y los diarios de la tarde. Le llevé además una gelatina francesa de ternera. Había oído que esa gelatina era buena para la convalecencia.

Cuando hube cruzado con mis paquetes el corredor que olía a hospital, Grace se hallaba acomodada en una silla, con la linda camisa rosada que se trajera personalmente para esa ocasión. Ante ella estaba la cena característica de hospital, que la enfermera le había traído demasiado pronto. Miraba los platos con la nariz fruncida.

—Cómetela tú, Ro... Yo no puedo.

Cuando la enfermera apareció en busca de la bandeja anunció duramente que los visitantes debían marcharse a las ocho.

—Creo que podré meterme en cama —dijo Grace.

Ninguno de los dos tenía cosa alguna que decir. Pero no deseábamos que se nos separara. Me senté al borde de la cama, tomándole una mano, y miramos el crepúsculo de verano que se desvanecía en las polvorientas hojas de los sicomoros.

—El tiempo va tan rápido, Ro —murmuró estrechándome fuertemente la mano. Enséñame a no tener miedo.

Permanecí recostado contra su almohada, con mi brazo en torno a su cuerpo, hablándole cariñosamente al oído. Mi rostro se hundía en sus cabellos sedosos y grises. No recuerdo lo que dije, pero encerraba cuanto sentía por ella. Hallé en mí fuerzas bastantes para inducirla a ser fuerte.

—El tiempo va tan rápido —dijo de nuevo. Ya no hay tiempo sino para ser valientes.

Cuando volví, temprano, a la mañana siguiente, tras una noche insomne, la hallé dispuesta a animarme.

—¿No somos los dos unos tontos al afligirnos tanto por un quiste chiquito? —murmuró en voz muy baja, para que no nos oyese la enfermera. Yo soy tan poquita

cosa... No podía soportar la idea... Pero ahora ya no me importa... Sólo es así porque nos queremos —añadió cuando la hube besado en la boca.

Se despidió alegremente cuando la pusieron en la camilla y se la llevaron a la sala de operaciones.

Me senté a aguardar, lleno de miedos incontenibles. Una enfermera ayudante vino en mi busca. El Dr. Andrews deseaba hablarme. Estaba el Dr. Andrews en la puerta de la sala de operaciones, un hombre recio, cuadrado, metido en su delantal blanco y con sus guantes de caucho. Su máscara de gasa pendía de una de las orejas. Su rostro era inexpresivo. El laboratorio había descubierto que el quiste era maligno, me dijo. Necesitaba mi autorización para continuar con una operación mayor. Esperé dos horas. La próxima vez que la vi, estaba muerta...

... Ro despierta sobresaltado.

Sufre horrible, profundamente. Yace de espaldas junto a Elsa, apretando fuertemente sus brazos en sus costados, temeroso de que el menor roce la despierte.

Tiene que compartir su malaventura.

«Tienes que darte cuenta de lo que esto significa —se aplica a sí mismo sin palabras—: meterte a callejear con una loca pelirroja, con tres mil dólares en los bolsillos».

Tendrá que decirle:

«Debí haberme dado cuenta de que era muy tarde. Dijiste que lo hicieron a propósito. Y lo que dijiste era la pura verdad. Al fondo de toda mala suerte, siempre asoma la elección equivocada, el deslizamiento de la voluntad que abre la puerta al desastre.

”El desastre. No es estar quebrado. Lo he estado antes. No es el tratar de pasarlo bien con una mujer; antes lo he hecho. Todos lo hacen, tarde o temprano. Casanova no le dio importancia. Si al principio no tienes éxito, ensaya, ensaya, otra vez. Pero en todo amor entre hombre y mujer hay un momento en que se abre una puerta del corazón. Cuando tu corazón pudo haberse abierto no tuve bastante hombría para entrar. Ahora es demasiado tarde. Dijiste que te habías resfriado en la calle Sé lo que quieres decir con eso.

”No es que trate de que me consueles, Elsa; lo que debes hacer es entenderme. Entender es perdonar, bien lo sabes. Y eso es más de lo que puede soportar un hombre.

”Cuando era niño alguien me dijo que si podía aguantar la infelicidad de la adolescencia todo sería después muy fácil; pero esto es peor, Elsa: la frustración de la derrota cuando ya se está viejo.

”Cuando era niño, cómo odié la Universidad, las chácharas insubstanciales en las reuniones de profesores que papá y mamá tenían en casa, y el aburrimiento, el rancio Scioto deslizándose perezosamente bajo los puentes, y el aire acorralado de los campos, y papá sentado en su escritorio con unos pocos y pálidos mechones siempre caídos sobre su frente calva, y esa sonrisa anodina que nunca se hizo valer bajo los anteojos redondos que le escondían la mirada.

”Con todo, él fue un verdadero hombre.

”Le odié y le quise; pero ahora sé, muertos papá y mamá, hace tan largo tiempo, que su visión de cómo deben ser las cosas era la verdad que trataba de encontrar.

”Elsa, era la religión, realmente, una creencia que pone dentro de cada hombre, en el acontecer de cada día, a un eremita sentado en el desierto donde Jesús fue tentado y donde Moisés recibió la ley con palabras de fuego. Ahí, en el atemorizado silencio

íntimo de la conciencia, el hombre debe escoger el bien o el mal. Sólo se escoge a uno de ellos. No hay manera de buscar una componenda. Yo escogí el bien —recuérdalo cuando pienses en mí, Elsa—; tuve la entereza para no seguir la senda fácil con la aburridora multitud. Pero fui débil para hacer que el bien prevaleciera».

Está de pie junto al lecho. Se agitan sus labios:

—No pienses muy duramente de mí, Elsa. —Cuchichea hacia ella, profundamente dormida. Eres bastante joven para buscar otras cosas, otros hombres. Creo que a mí, no. Ya no puedo más.

Asomó la cabeza por la ventana. Ni un soplo de aire. Las luces de la calle brillan tras una niebla rojiza, como las luces de una cárcel. Tiene que salir.

De puntillas sale del cuarto. Demora mucho en cerrar la puerta, cuidadosamente, para no despertarla. En su cuarto, la luz le encandila. Frunce los ojos para coger los pantalones; se pone los zapatos.

La cama vacía le induce a salir del hotel.

De pantalones y con la chaqueta del pijama, baja a la calle, entre los muros de coral descompuesto. El aire es caliente. La calle, agria. La noche huele a sudor. Cada luz, al pasar, brilla como una estrella roja. Miasma, piensa. Así fueron las noches de los viejos días, cuando la peste amarilla iba de puntillas sobre las piedras, anticipándose a las cuadrillas de hombres de blusa parda y de recogedores. Que viniera de nuevo, para que Pinillo tuviese su merecido. Qué fácil salida. El menudo escozor nunca sentido, el dolor de cabeza, la fiebre, los calambres, el vómito negro, y hundirse bajo los cobertores de una fiebre lenta en la perdurable obscuridad.

Ahora un hombre verdadero tiene que buscar su propio fin.

Ro se para a orillas del muelle de piedra. No hay la más leve frescura en el puerto. El agua quieta huele a sentina. Racimos de botes se mueven en la débil marea. Ro recuerda el cerdo muerto. «Ahogado —recuerda la odiada voz de Pinillo—, como los americanos»... La aleta en forma de foque.

El puerto está colmado de tiburones. Nadar a través del agua cenicienta, nadar, nadar hasta que... Pero después será tarde para arrepentirse. Los tiburones darán cuenta de él. Turista comido por los tiburones. Los diarios no publicarán tal cosa. La Cámara de Comercio no cree en los tiburones... Se trata de loco. Comienza a trabajar su mente. Es el momento oportuno, antes que sea demasiado tarde.

Baja los escalones de piedra y se desliza.

El miedo le recorre como un relámpago.

Resbala sobre las nalgas por los viscosos peldaños. Se aferra, hunde aterrado las uñas en la piedra, a través del limo del puerto.

Trabajosamente vuelve a alzarse hasta la altura del muelle.

Se sienta en la piedra, largo tiempo, tiritando. Limpia el fango de sus manos. Un guardia con una linterna avanza lentamente hacia él. Maldito loco, tú no quieres morir, se dice Ro a sí mismo, y luego se levanta y se aleja...

... Cuando otros hombres pensaron que la vida era insoportable no creyeron demasiado duro el ponerle fin voluntariamente. Roger Thurloe no vaciló. Cuando sintió que no había para qué seguir viviendo preparó la oportunidad, y se lanzó por una alta ventana del hospital.

Hubo una intimidad nueva entre nosotros las escasas veces que le vi, durante el postrer año de su vida. A causa de Grace. Entre todos los hombres del mundo, sólo ambos supimos lo que era estar sin ella. Esto engendró entre nosotros como una penosa hermandad. Al fin, hasta este vínculo se perdió.

Después de la muerte de Grace, Jane, la hermana de Roger, y Edwin G. fueron inmensamente afectuosos. Me invitaron con los niños a pasar el invierno con ellos en su gran casa de Farmington, mientras Emmaline Cowles se las arregló, cosa que me fue imposible hacer, por incapacidad absoluta, para vender nuestra casa de Georgetown y embalar los muebles y ponerlos en depósito.

Jane Yarborough tenía hijos. Poseía muchísimos de los dones administrativos de su hermano. Se hizo cargo de Chips y Louie con mano firme y cariñosa. Antes que ellos se dieran cuenta los tenía cortando leña y realizando quehaceres domésticos alrededor del granero. Louie aprendió a ordeñar las vacas. Se comportaron muy bien en Farmington High. Cuando los chicos Yarborough se quitaban el uniforme y venían a casa repletos de habladurías del colegio y de las normas fundamentales de los Gis, y de proyectos para el futuro, mis dos muchachos les miraban como a semidioses. Le escribí a Emmaline que yo llevaba la vida de un pariente pobre y que no me desagradaba; pero que bajo todo eso existía el vacío y el dolor de la pérdida irreparable.

La última vez que vi a Alicia fue en los funerales de Grace. Cogió mi brazo al cruzar el cementerio bajo la niebla estival. Sólo entonces advertí cuánto había cambiado. Sus dientes tornáronse amarillos en el rostro arrugado. Su cabello gris se arremolinaba en su frente, bajo un sombrero chato que parecía intencionalmente elegido para que no le sentara. Era justo que se me uniera. Eramos compañeros de agonía.

Esperé que me dijera algo acerca de Grace —sólo oír el nombre de Grace parecía apartarla un poquito—; pero no hizo la menor mención ni al sitio ni a las circunstancias.

—La terapéutica —me decía. Todo el tiempo me están hablando de la terapéutica..., ¿tuvo Jesús alguna terapéutica cuando lo colgaron en la cruz? —Me golpeó las costillas con el codo. Mírelo...

Sólo entonces noté que el hombrecillo con cara de bolsa, con traje matinal, que caminaba delante, era Roger.

Desde que viera las caras duras y acusadoras de los niños, esa mañana, cuando trataba de obligarles a tomar el desayuno —«Papá, ¿por qué no buscaste un buen doctor?»—, sólo tenía una vaga noción de quién era cada cual, entre los rostros familiares y desconocidos que me rodeaban. Cuando Alicia me señaló a Roger recordé que nos habíamos comportado como extraños al darnos la mano esa mañana, fuera de la iglesia.

—Ese necesita terapéutica —me dijo con un acento rudo de sierra mecánica. No es capaz de enfrentar el fracaso. No puede hacerlo. Ha triunfado siempre en la vida... El primero de la clase en la escuela, ganador de todos los premios. Phi Beta Kappa y capitán del equipo de fútbol del colegio. Capitán, es naturalmente un capitán. ¿Pero qué es un capitán sin un equipo? Presidente de su firma. Nunca hizo una inversión sin éxito. Vea cómo consiguió organizar la producción y llevarla a los teatros de guerra. Eso era organizar para la muerte. Ahora cree que puede organizar para la vida. Terapéutica para sanar. Lo que no sabe es que no hay vida, salvo que el Cristo crucificado en nosotros resucite al tercer día.

Su voz terminó en un sollozo.

El sacerdote había comenzado a leer el servicio fúnebre. Traté de que Alicia estuviese quieta.

—No necesito oír —dijo ásperamente. Lo tengo dentro de mí. Soy la resurrección y la vida. Alzó la voz chillonamente.

Entonces una mujer mofletuda vino y se la llevó.

El que Alicia hubiese estado allí me hizo, en cierto modo, menos penoso encontrarme frente a la tumba abierta. El trastorno de su mente me colmó de humildad y respeto. Nunca volví a verla.

Me escribió. Le escribió a Roger casi cada día. Roger solía traer sus cartas a Farmington las pocas veces que podía robarle un par de días a la espantosa batalla en que se había tornado su vida en Washington. Desde el sanatorio, Alicia había entablado correspondencia con los miembros de una secta resurreccionista. Casi diariamente le enviaba a Roger paquetes de recortes de la prensa, en los que metía referencias a capítulos y versículos del Apocalipsis.

—Está tratando de ayudarme —me dijo él. Es maravilloso pensar que está tratando de ayudarme. Lanzó su dura risilla. Casi todos los demás tratan de estorbarme.

Era una tarde prematuramente calurosa de primavera. Vagábamos por la terraza de los Yarborough, mirando los verdes retoños de las ramas desnudas que se reflejaban en el río pardo. Roger parecía cansado e irritable, pero sus ojos brillaban. Se mostraba animoso. Sus pasos eran, como de costumbre, fuertes.

—A decir verdad, el Apocalipsis es tan buen guía como otro cualquiera —dijo. Lo que la bomba realmente significa es que Armagedón es tal como lo imaginaron los religiosos fervientes... Lo que yo quiero que usted diga a las gentes, Ro, es que

seremos poderosos si sólo usamos el poder positiva y sensiblemente para darnos a nosotros mismos y al mundo cien años de paz... Nos tomará cien años en controlar la nueva técnica. Tenemos que saber lo que deseamos hacer... Y hombres como usted tienen que decirlo... No en detalle, sino a grandes rasgos. Deberá haber una teoría de la democracia norteamericana, como hay una teoría marxista...

Le repuse que había estado estrujándome el cerebro en torno al proyecto durante todo el invierno. Y no era el único. Centenares de hombres estaban tratando de expresarlo.

Roger me tomó de la solapa. Hablaba rápidamente. Respiraba con fuerza contra mi rostro. Estaba tan juvenilmente ansioso que sus ademanes me sugirieron la imagen de los que debió tener años atrás, cuando recién salido del colegio comenzó a vender bonos.

—Durante un par de siglos, antes de que se hicieran añicos, los ingleses supieron enseñarlo a sus hijos... Usted debe recordar lo que le dijo el viejo Wells acerca de que debíamos tomar el peso del imperio, ¿verdad?, esa noche que comió con él no mucho antes de que muriera... Toda esa basura sobre el imperialismo y la explotación capitalista... Las Filipinas representan nuestra manera de ser imperialistas, la buena manera... Lo que los intelectuales, con toda su jerigonza sobre el hombre común, no alcanzan a ver, es que si dejamos a ese pueblo conquistar el mundo, eso significaría la más brutal explotación del hombre común que haya visto la historia... Tenemos el poder en nuestras manos para impedirlo... Justamente por unos pocos años... No será por mucho. Lo que necesitamos es saber usarlo...

Nos interrumpieron los invitados de Jane que venían a comer. Cuando los dos primeros cruzaron la terraza para acompañarnos, sellamos la boca culpablemente, como si proyectáramos el robo de un Banco.

La vez siguiente que tuve una conversación privada con Roger fue en Nueva York. Chips estaba en Dartmouth y Louie se preparaba para su pupilaje bajo la mirada vigilante de Jane, en Farmington. Había ido a Lafayette, en Nueva York, a corregir las pruebas del libro para el cual había encontrado, por fin, un editor: «Planes para el futuro».

Roger se hallaba en Nueva York para dar una conferencia. Cuando fui a verle al Baltimore llevé conmigo las pruebas. Su sala de recibo estaba llena de gente. Olí el humo de los cigarros que se colaba por debajo de la puerta. Al golpear, su secretaria me indicó con la cabeza y con palabras que me dirigiera a su dormitorio.

Salió del baño en mangas de camisa secándose las manos con una toalla. Parecía pequeño y encogido, aunque las mandíbulas mostraran aún su agresiva rigidez.

—¡Qué gusto de verle, Ro! —Hizo un gesto con la cabeza hacia el otro cuarto. Allí está lleno de cigarros políticos y oropeles. Todos hablan acerca de cómo los demócratas pueden perder este voto o aquél... Lo que pienso decirles es que

supongamos que son los Estados Unidos lo que perdemos...

Lo felicité por su nombramiento en el cargo más importante del Gabinete, en realidad. Era, por cierto, el más difícil.

—Es probablemente el mayor depósito de cadáveres de la historia —me dijo sin sonreír.

Saqué mi paquete de pruebas. Lo cogió y lo depositó encima de la cama sin mirarlo.

—Deseo ver eso. Tengo que leerlo cuidadosamente. Si al menos tuviera tiempo para pensar y trabajar. Usted sabe lo que es esto, Ro. Después de ponerle atajo a todo lo inútil, y bien sabe Dios cómo me las arreglo despiadadamente para eso, tengo de ocho a diez horas diarias de conferencias realmente indispensables. Así, ¿cómo puedo tener tiempo para pensar debidamente en algo? Dígamelo, Ro.

Alguien llamó a la puerta que llevaba hacia el resto de las habitaciones. Se abrió un poquito la puerta y se oyó un murmullo respetuoso:

—Es *Mr. Blakeman*, señor. Ha traído a esos señores de la asociación de fabricantes con los que usted deseaba hablar, señor.

Roger estaba frente a la mesa del tocador cepillándose la cabeza y mirándose, sin verse, en el espejo. Su rostro demostró una desacostumbrada perplejidad.

—Ya ve lo que es esto —dijo con voz cansada e infeliz.

Apenas tomé mi sombrero y mi impermeable para irme se dirigió a mí con el acento de su antigua energía:

—¿Aludió a la bomba de aire comprimido? Hable mucho de esa bomba que salvó a Berlín... Ésa es la clase de cosas que sabemos hacer.

Nunca tuvo tiempo para leer mis pruebas. Por último debí enviar el libro a prensas sin las instrucciones que de él esperaba.

Pocos días antes de la aparición del libro, en otoño, Jane me llamó por teléfono. Estaba intranquila por su hermano. Le había estado rogando que renunciara antes de que lo despidieran. Insistía en que debía mantenerse ahí hasta después de las elecciones.

—Dice que no sabría qué hacer consigo si renunciara. —Su voz se apagó penosamente. Dice que no podría mirarse al espejo sin llamarse a sí mismo un desertor... El pobre está de tal manera agotado que no parece el mismo. Tiene metida esa idea en la cabeza y no hay cómo arrancársela. Le discuto y vuelvo a discutir, como hacemos todos. Lo único que contesta es que, aunque eso sea un egotismo, como todos creen, tiene que seguir en su labor. Dice que es una víctima de la escena de Washington.

Antes de colgar el fono me hizo prometer que iría a Washington a hablarle. A la mañana siguiente, herido por el recuerdo de Grace que siempre este viaje me traía, subí al tren de Washington.

Demoré varios días en obtener una cita con Roger. Cuando le encontré arrellanado tras su escritorio de jefe me miró con ojos hostiles. Sacó de un cajón el

recorte de un discurso de Herman Boggs, en que le atacaba con el mejor estilo boggsiano.

—Creí que alguno de mis amigos podría haberle contestado oportunamente —dijo con amargura. En realidad, Herman está ensuciando muchas cosas en estos días.

Murmuré que yo había estado ocupadísimo con mi libro. Traté de explicarle que no era cosa fácil encontrar dónde publicar ideas impopulares.

Sin oír lo que le decía, me mostró un montón de recortes de artículos de Wells Hartley.

—Lléveselos. Estúdielos. Haga algo con ellos —dijo con dureza.

Sonó el teléfono. Cuando le dejé, fue cortés apenas.

Con los recortes en mi bolsillo, llamé a Wells Hartley y le invité a almorzar. Tras muchísimas disculpas acerca del trabajo y de previos compromisos, súbitamente cambió el tono y me dijo que, si quería almorzar con él, por qué no lo fijáramos para el otro día. Pensé inmediatamente que deseaba ver qué podía arrancar de mí.

Almorzamos en la mesa acostumbrada de Wells Hartley, en el «Mayflower». Hartley tenía unos ojos azules inquietos, pelo descolorido y cara más bien sebosa. Su expresión era cambiante, indecisa. Al echarse atrás en la silla para mirarme comprendí que lo que más le agradaba era sentirse dueño de la situación. Tal vez no; tal vez se trataba del interés público. Sus modales eran suaves. Sonrió al decirme:

—Naturalmente, sus amigos pensarían que era demasiado malo; pero cuando un hombre ha sobrevivido a su utilidad en esta ciudad, lo mejor que puede hacer es retirarse.

No supe qué decir. Sentí que mi silencio era desleal para Roger; pero no hallé cómo contestar. Hartley se sentía tan seguro de su rectitud.

—¿Leyó el discurso de Herman? —prosiguió. Ya sabe usted que Herman es un hombre muy benévolo, a pesar de sus bravatas... Habló como lo hizo porque sintió que ése era su deber. Así sentimos todos en esta ciudad.

Fue un almuerzo muy desagradable. Cuando finalmente comencé a tratar de explicarle el programa de Roger tuve la misma sensación de pesadilla que el día que hablé con Mortimer. Usábamos las mismas palabras; pero las palabras no significaban lo mismo para cada uno de nosotros.

Inmediatamente después de la elección tuve que ir a Chicago a trabajar en esa historia para el «Picture Magazine», que demandó tantos meses, tantos viajes, y que, por fin, nunca publicaron. El día en que leí la renuncia de Roger Thurloe llamé a larga distancia a Jane Yarborough desde mi hotel. No me atreví a llamar a Roger directamente.

Jane estaba animosa. No se sentía él tan mal como ella lo había temido. Claro es que se sentía terriblemente agobiado. Había algo físico, creía ella, al fondo de esa depresión. Lo había llevado a un hospital de Nueva York para que lo examinaran; pero, sobre todo, para que pudiese descansar. Creía ella que debían someterlo un tiempo a una vigilancia médica.

—Ro, le haré saber apenas Roger quiera verlo... Creo que Roger lo querrá, en cuanto se haya repuesto un poco —añadió con su voz cordial.

De vuelta a la gran Estación Central, cogí un diario de la tarde y leí en grandes titulares que Roger se había suicidado. En cierto modo, fue un golpe más profundo que el de la muerte de Grace. No era, exactamente, la pérdida personal. Lo único que Roger y yo teníamos en común era hondamente penoso para ambos. Era la quiebra de cuanto habíamos esperado. Fue su derrota la que compartí cuando leí la minuciosa y patética narración de su fin. Su muerte sellaba el fracaso de ambos para siempre...

... Ro despierta solo en su cuarto del viejo hotel español. El sol brilla. El cielo es azul. La brisa del mar mueve el visillo de la ventana. Toca el timbre y pide café y jugo de naranjas a una criada de rostro satisfecho. Se levanta y empieza a afeitarse. Es lunes, se dice. Comienza una nueva semana.

El recuerdo de ayer no despierta sentimiento alguno. Sin dinero, sin mujer, y se sorprende haciéndole una mueca, en el espejo, a su cara vieja y estragada.

Gracias a Dios que Mortimer está en la ciudad. Una conversación con Mortimer le recordará los viejos y felices días. Embromar un poco a Mortimer le entonará los nervios. Hasta podrá pedirle una buena suma, al menos unos quinientos, lo suficiente para que pueda escribir ese artículo. En ocasiones semejantes es cuando un hombre necesita un amigo.

Se da prisa con el pan, la mantequilla y se bebe todo el café de la cafetera. Luego echa a andar a pie por la ciudad, hacia el Nacional, para ahorrar el gasto del taxi.

Las calles de piedra y estuco brillan con el sol. La brisa huele a mar. El brillo del sol reverbera en el esmalte y las carrocerías de los automóviles, en las oscuras hojas de los arrayanes, en los cabellos rizados; la luz del sol relampaguea en los ojos de las mujeres. Las calles están colmadas con el bullicio de los días de trabajo. Cada cual parece rodeado de activos negocios. Sólo Ro se siente con los ojos hundidos y friolento. Le duele la espalda; en su encogimiento siente una anticipación de la humildad aduladora del mendigo. Tendrá que pedirle a Mortimer algún dinero.

Al presentarse ante el escritorio del gran vestíbulo del hotel, fresco y verdoso, y preguntar por *Mr. Price*, siente un asomo de sospecha en la mirada escudriñadora del empleado. Trata de adoptar el aire del hombre acostumbrado a que le respeten, pero le pesan las piernas; el cuello de su camisa está húmedo de sudor. El empleado señala desdeñosamente hacia la cabina del teléfono. Ro imagina cierta sorpresa en la cara del empleado cuando la voz baja de Mortimer contesta: «Suba».

Apenas ha levantado Ro la mano para llamar a la puerta del departamento de Mortimer, la puerta se abre y aparece un mozuelo acicalado con un portapapeles bajo el brazo. La cara del mozuelo sonrío presuntuosamente. Hay una pequeña onda alisada en sus cabellos.

Ro desea repentinamente ser ese mozo un instante, para hallarse libre un rato de su endiablada persona.

Se abre la puerta hacia un vestíbulo. Ro se olvida de sí mismo presintiendo una animada charla con Mortimer. Siente cómo sus labios moldean la sonrisa de otros días, cómo sus pasos adquieren la confiada seguridad de antaño.

—Bien, Mortimer, ¿cómo se siente hoy el gran hombre?

Mortimer se pasea a lo largo de las ventanas, con su vieja bata y fruncido el ceño

de su cara de mastín. Le hace a Ro una seña perentoria para que se siente y se acomoda en el escritorio, para seguir dictando en el dictáfono algo acerca de... «simpática comprensión del punto de vista de las naciones amigas..., paciente explicación del significado de la política liberal interna..., ayuda generosa en las mejores condiciones de la nación».

La vieja bata de Mortimer con sus rayas púrpuras y cafés le traen recuerdos. Mortimer tenía esa bata en la famosa noche frenética de Lisboa, después de la travesía de ambos en *clipper*. En las mañanas libres, en su pieza, en el Dorchester, acostumbraba ponérsela sobre el traje para protegerse del frío de Londres, mientras Ro abotonaba su casaca y ambos se arrellanaban en sus sillas ante una botella de whisky y charlaban. Mortimer con su vieja bata rayada.

Siente afecto por ese tipo, piensa Ro, mientras mira la cara de Mortimer saturada de importancia cuando pronuncia sus frases en el dictáfono. Es la expresión campanuda de Mortimer, como la llama Ro. Siempre hubo cosas acerca de las cuales no podían hablar; pero a Mortimer le agradó extraordinariamente la vida en las tabernas con los del «Mundo», de Nueva York, remedar el papel de un cacique de Tammani, y lo que llamó sus cien días de Hollywood. A Ro le gustaba su aspecto inexpresivo cuando le daba a su frase algún giro cómico, y la manera con que fruncía el ceño tras sus anteojos antes de soltar la risa.

Mortimer no fumó nunca. Sus cuartos olieron siempre a pasta de dientes y listerina. Prodigaba las gárgaras, pues se quejaba siempre de las amígdalas. Ahora mismo, Ro siente cierto agrado de reminiscencia al percibir esa leve vaharada de listerina en el aire, en el departamento de Mortimer, en el Nacional.

—Excúseme, Roland. —Mortimer ha dejado el dictáfono y avanza hacia él. Tengo que terminar un párrafo. ¿Nunca ha usado uno de estos aparatos? Ahorra mucho tiempo. Mi secretario viene en la tarde. En las mañanas me paseo por la pieza y me oigo pensar. Bien. Bien. Golpetea aquí y allá la mano de Ro. Siempre el mismo trotamundos. ¿Qué está haciendo aquí?

Mira caprichosamente la cara de Ro como contrariado de verle en La Habana sin su permiso.

Ro murmura algo acerca de un artículo, acerca de la creación de ejércitos hostiles en el Caribe, acerca del país que ha ido debilitando su posición en el mundo. A pesar de sí mismo, su voz ha adoptado un tono de disculpa.

—¿Para qué todo ese melodrama, Roland? —estalla Mortimer súbitamente, acercando su cara a la de Ro. Ustedes están sufriendo una neurosis de guerra.

Ro admite que es posible que se exagere —tartamudea como un escolar que no se sabe la lección—; pero ¿no es útil publicar de vez en cuando alguna opinión contraria?

—Si mira el mapa, tiene que advertir cómo el mundo occidental ha mermado.

—Tanto mayor razón para no hacer oscilar la nave —estalla Mortimer. Cuando necesitamos por sobre toda cosa un amplio y razonable acercamiento bipartito,

vienen ustedes con sus monsergas reaccionarias... Insultan a la administración. Nos vuelven ridículos ante el mundo.

Ro lanza una carcajada.

—Ahora, Mortimer, hágame el favor de sentarse y dígame qué entiende por reaccionario.

Mortimer pasea de arriba abajo ante su escritorio.

—No hay que atrasar el reloj —declara. Tenemos que contar con las fuerzas nuevas.

Mueve los brazos como si corriera.

—Es precisamente lo que yo decía; pero ¿no cree usted que eso debe explicarse?

—Por inteligencias liberales y progresistas, pero no por cazadores de brujas. Ustedes sufren la neurosis de la guerra. Ven fantasmas debajo de todas las camas. La crítica tiene que ser constructiva. ¿Para qué todo ese melodrama? —repite insistentemente.

Melodrama. En una leve pantalla dentro de la mente de Ro, aparece repentinamente una negra imagen de sí mismo, de pantalones y con la blusa del pijama, aferrado en la noche al fango de los escalones, al borde del puerto. «¿He sido yo ése? ¿Acaso no tiene razón Mortimer?».

Se deja caer en la silla.

—Quizás es posible que uno sienta demasiado apasionadamente el futuro del país —dice, calmado. Y trata de cambiar de tema—: ¿Ha visto a George Elbert?

Claro es que Mortimer vio a George Elbert en París, hace un par de semanas; el mismo viejo George, aunque más gordo y grosero. Las cosas que dijo acerca de Roland más vale no repetir las. Sus artículos recientes eran magníficos. Trabajaba en una radio. Ahora bien, George Elbert era un tipo que permanecía hasta el fin, sin atar ni desatar, ante cosas que no entendía. Su nueva mujer era encantadora. Mortimer los verá en Roma. Lo está pensando... Dos semanas en Roma con los Warner.

Ro contempla sus zapatos sucios.

—Sé que no le importo mucho ahora —murmura.

Ro piensa en París, un París lisonjero y antediluviano en cuyas calles hubo siempre olor a fresas cuando el joven Georgy Warner solía traerle sus artículos al hotel para que se los revisara, antes de cablegrafiarlos; piensa en cómo se sentaban a tomar cerveza en cafés baratos, leyendo a los clásicos para mejorar su estilo narrativo; en el amigo de Georgy que poseía un sistema que los iba a enriquecer a todos en las carreras de caballos —aún por entonces, Georgy tenía siempre a su alrededor algún amigo de tal calaña—; en la carrera de obstáculos en que el magnífico caballo negro a que habían apostado como ganador se lanzó como un rayo y saltó todos los obstáculos en dirección equivocada; no dejaron de reírse durante una semana.

—Tuvimos unos días felices —dice Ro, pensativo—, cuando vivimos juntos. Se levanta y va, sonriendo, hacia Mortimer, a quien le brillan las quijadas tras el

escritorio. Para ti también fueron buenos, hombre importante, mi viejo...

Mortimer sonríe un poco, pero inmediatamente vuelve a ser el maestro que sermonea a un discípulo rezagado:

—¿Por qué no rompe con todo, Roland, y se pone a escribir una novela sobre los pueblecitos de Ohio, cuando usted era niño? Usted contaba divertidas historias sobre eso. Y a todo el mundo le gustan los pueblecitos de Ohio.

—Más bien, fueron de Grace —dice Ro. Además, Columbus no es un pueblecito.

—Claro es que usted y Grace fueron una pareja prometedora —suspira Mortimer. Ro comienza a sonreír de nuevo, pero los ojos de Mortimer no miran hacia los suyos. Eso fue en los días de Lou —dice Mortimer y vuelve a suspirar. Pobre Lou... Lou fue mi mujer en esos días; una de esas mujeres como las que tienen todos los hombres... —Mortimer atruena de pronto, retrospectivamente. ¡Dios mío, Dios mío!... Uno de estos días, tal vez, podamos juntarnos y volver a ser un poco lo que fuimos una vez...

Mortimer mira su reloj de pulsera. Carraspea.

—Tal vez está usted muy ocupado —se oye tartamudear Ro. Pero ¿qué tal si almorzamos juntos? —Ahora su voz se afirma. ¿Recuerda ese almuerzo el día que lo llevé por primera vez a ver a los Molloy? Comenzó en el Plaza de Nueva York, y nos fuimos todos en un Stutz rojo, y terminaron por tratar una casa en Long Island, y como era carnaval nos subimos en todas las ruedas giratorias; ese almuerzo duró veinticuatro horas.

—¿Qué le hace recordar eso? —pregunta Mortimer.

Carraspea y tose.

—Maldita garganta —dice y lanza a Ro una curiosa mirada inquisitiva. Por un instante, su rostro se ablanda; pero en seguida vuelve a ser el personaje público. Nada me hubiera gustado más que almorzar con usted, pero, mi querido amigo, el tiempo no me pertenece. Estoy comprometido. Como en la Embajada, y mañana me voy en avión. Un hombre no se pertenece en estos días, Roland. Precisamente, ahora hay gente que me espera abajo.

Mortimer se levanta y se encoge de hombros, como enfrentando un deber desagradable. Vuelve a carraspear.

—Déjeme decirle, Roland, aquí mismo y directamente, que yo vería con muy malos ojos un artículo como al que usted ha aludido, en estos momentos. No entiendo por qué un hombre de su valer, Roland, se deja llevar por tales cosas. Por cierto que sé que las revistas tienen que tener cosas sensacionales y que usted tiene que ganarse el dinero para poder vivir; pero no espere que yo lo lea.

Ro está ante la mesa, sosteniendo el sombrero y moviéndose de un pie al otro, mientras espera estrechar la mano de Mortimer. Se siente como un menudo empleado de oficina que va a ser despedido. Tratando de advertir una chispa de la vieja amistad, mira de arriba abajo la larga cara de Mortimer, con sus mejillas oscuras. Los ojos nunca hacia los suyos.

Cuanto puede ver en esa cara, ahora, es la determinación de verse libre dé un

visitante no deseado.

—Bueno. Tal vez en próxima ocasión —dice de prisa Ro, volviéndose para marcharse; pero bien sabe en su corazón que no habrá próximas ocasiones.

Sólo cuando va por el corredor del hotel, hacia el ascensor, recuerda que intentaba pedirle dinero prestado a Mortimer. ¿Crees que te lo adivinó?, se pregunta. Mortimer fue siempre mezquino con su dinero. Ro no puede dejar de sonreír al pensarlo. Se deja caer en un banco frente al ascensor. Sin amigo, sin préstamo, sin mujer. En otros días, cuando las cosas iban mal, solía cocinar un viaje.

Pero, idiota, estás en un viaje. Un viaje endemoniado. De súbito se siente desesperadamente cansado. No es que estén cansados sus músculos; es el hastío. Es cosa maldita eso de malgastar la vida corriendo tras las mujeres y el dinero. Está fatigadísimo para levantarse.

La puerta del ascensor se ha abierto y cerrado una docena de veces antes de que se meta en él, haciendo un esfuerzo. Elsa estará preguntándose dónde se encuentra. No podía dejar que Mortimer lo hallara sentado allí, como una momia.

En la puerta principal del hotel, Ro alcanza a detenerse cuando está a punto de llamar un taxi. Va hacia la esquina y toma un tranvía.

Ahí, montones de gentes en los asientos, gentes mañaneras, gentes sin medios visibles de sostén: gentes sin plan alguno. Dos dueñas de casa van de compras; un hombre de cierta edad, con un sombrero de paja pasado de moda cuya ancha cinta negra no parece estar atada en parte alguna; una vendedora de tienda, con licencia, que no se ve ni peor ni mejor de lo que podría; un par de obreros españoles sin trabajo, y que lo buscan en alguna parte: gentes inconexas, gentes desocupadas y pobres como él mismo.

Ro, entre ellos, se siente como en casa. Gente ajena a todo, obviamente.

Lo que Mortimer ha tratado de manifestarle de cruda manera, se dice a sí mismo, es que Roland Lancaster es ahora un hombre ajeno a todo, un ser con quien no desean perder su tiempo los que no son ajenos a nada. La próxima vez que procure verle, es probable que haga decir que no está.

Con el retintín chillón de las ruedas sobre los rieles, el tranvía va sacudiendo su ruidoso camino por los agudos rincones de las calles angostas.

Supongamos que Ro encuentre algún pequeño trabajo como su amigo el sargento, años antes, junto al mar, y Elsa traiga a los niños; vivirán como los cubanos. Enviar los niños por encomienda. Si queda ella preñada, me casaré con ella, y no importa lo demás, se lo he prometido. Un niño los unirá. Ella lo sabe también. Entiende extrañamente tantas cosas. Pero entonces aparecerá Pinillo, acechándolos, para echarlo a perder todo. Supongamos que empiece a acostarse con Pinillo o Cóndor Negro. ¡Santo Dios!

Ro vuelve en sí, estremecido. Una mujer gorda con un puñado de paquetes le pisa un pie al pasar junto a él. Se excusa profusamente en arrullador cubano y se sienta enfrente. Se saca él su sombrero y sonríe. No es nada. Sigue ella excusándose y

devuelve la sonrisa. Su sonrisa le da a él un sentimiento de confianza.

El tranvía para en el Parque Central y vuelve a partir hacia el Vedado, antes de que él se dé cuenta de dónde está. Tiene que pagarle al conductor, nuevo pasaje. Se baja y permanece, ofuscado, en una esquina. Está en el lado del sol, en la calle, fuera de toda brisa. Su cara se llena de sudor.

—¿Qué hago ahora? —se murmura vagamente. Por cierto que Elsa... Debe de estar pensando dónde he ido.

Bajando por Obispo, recuerda la oficina cablegráfica. Se envían y reciben mensajes. Vacila un poco ante la puerta. Entra al aire frío, bajo el ventilador que cuelga del techo, oye que alguien escribe a máquina y el acostumbrado rumor del teletipo. Buenas noticias o malas, le gusta el lugar. El hombre de detrás del mesón le ha reconocido y le pasa un cable, sonriendo.

Antes de abrir el sobre, Ro sabe lo que dirá. Mortimer es papel tornasol. Las nociones de Mortimer siempre anticipan el estado mental de los pensadores exactos. Lástima. No se ha convencido. No es aconsejable. Sid lo siente mucho. Cuántas palabras emplea. Todo acerca de un diario puertorriqueño en marcha, de unos artículos sobre las islas de Sotavento.

Sin leerlo por completo, Ro estruja el mensaje entre sus dedos y lo echa al canasto.

Y echa a andar por la calle hacia el hotel.

... «Planes para el Futuro». Nadie lo leyó. ¿Para qué escribir cosas que nadie, lee? Creo que no encontré las palabras precisas, las palabras que Roger tan lastimosamente me pedía. Acaso si Grace hubiera vivido lo hubiéramos pensado juntos. Todo eso que nos esperanzó en esos días fue una pesadilla, una pesadilla que suele volver. En mi sueño, tomaba un bote de vela contra una marea menguante. En mi sueño, surcaba una leve brisa en una corriente que se vertía en un banco de arena. Más allá estaba el puerto y otros barquichuelos orzaban hacia el desembarcadero. Luz de sol en las velas. Caletas azules y amparadas... Primero una bordada, luego otra; pero por bien que lo hiciera, por cuidadosamente que ajustara la vela mayor y el foque —ya toma velocidad, ya coge el viento, ya va dejando una estela—, cada vez que enfrente la islita me interno más y más en el mar. Una bordada y otra. Las gaviotas chillan, burlonas, en lo alto. No hay bastante viento. No soporto la marea contraria. El océano implacable se vierte contra el refugio, me barre hacia el olvido...

... La puerta de Elsa está entornada. No responde cuando llama Ro. Entonces la abre. Está tendida en la cama, en camisa. Asomados en su cara blanca, bajo una almohada de cabellos rojos, sus ojos miran oscuros y agobiados como los de una ardilla cogida en una trampa. Una bandeja desordenada, con el desayuno, se ve en la mesa de noche junto a ella; una taza casi llena de café frío que ha desbordado sobre el platillo, unos panecillos desmigajados, unas colillas de cigarrillo en el plato de la mantequilla.

—Me siento morir —le dice. Estoy muy mal. Retortijón de tripas. Dame un trago de gin.

Ro cierra la puerta y va al teléfono. Se apoya débilmente en el muro, cerrados los ojos, con la boca en el fono. Siente que le punza la cabeza. No es preñez. Siente repentino alivio; luego una súbita caída, como de ascensor que se descompone.

Descuelga el receptor. Responde una voz en español amable. Pide, hosco, dos gins dobles con amargo, y cuelga.

Cuando vuelve a ella la cara, le está mirando, inquisitiva, pero amistosa, desde el lecho. Hasta sonrío levemente.

—Pareces un agonizante, Ro. ¿Mucho trabajo esta mañana con ese artículo?

Ro permanece en medio de la pieza con las manos en los bolsillos, mirando por la ventana abierta el resplandor azul del mediodía. Los visillos brillan al sol como una lámina de metal caliente. De la calle suben el bullicio, las bocinas, las voces y los gritos del tránsito. El corazón de Ro le zumba en el pecho. Tiene frías las manos en los bolsillos. Las cosas que desea decir se le clavan en la garganta. Por último puede murmurar algo acerca de que ha andado vagando por las calles durante la noche.

Quita el arrugado vestido verde de ella y se deja caer en el sillón. Cierra, por un segundo, los ojos.

—Creo que necesito dormir —dice.

Bosteza.

Está en el sillón con los ojos cerrados y la luz se torna roja a través de sus párpados; respira el olor de la gasolina quemada, el del café tostado, el del almuerzo que preparan y, de alguna parte, una densa fragancia que bien puede ser de nardos. Eso es lo que había pensado disfrutar: la muchacha, el calor, la fragancia, el alboroto tropical de la ciudad.

Está irremediablemente cansado. Sus párpados rozan los hinchados globos de los ojos cuando los abre.

Busca la mano larga de ella, que cuelga del borde de la cama. Ella permite que la tome. Permanece un instante con la mano atrapada y mira alrededor de la pieza con ojos compasivos: el vestido que ha lavado y cuelga en la puerta del baño, las medias húmedas envueltas en una toalla y posadas en el respaldo de una silla, y el roto sostén

que se ve en la cómoda, donde un pote volcado de crema yace sobre una tela arrugada en medio de un desparramado montón de polvos para la cara. Sus dos pobres maletas de mimbre están abiertas contra la muralla, bajo un montón de ropa sucia coronado por un desvalido zapato de lona.

—Elsa —dice—, ¿no quieres que veamos a un doctor para que nos fortalezca un poco con hormonas?

—Ro, ya te dije que no se trata de ti, sino de mí.

Su tono le obliga a levantarse. Se para junto al lecho, sosteniéndole una mano, y la mira a la cara. Tiene rojos los párpados como si hubiese llorado. Tiemblan todos los menudos músculos de su rostro.

—Tienes que creer las cosas que te digo —murmura, vehemente.

Trata de reír.

—¿No somos un par de náufragos? —Carraspea. Elsa, es mejor que te lo diga; Mortimer no es ninguna ayuda. Piensa que soy un retrógrado y ya nada hay que hacer con el artículo. Recogí un cable al pasar.

—Tendremos que volver a casa —lloriquea. Lo comprendo.

Golpean a la puerta.

Ro no presta atención y sigue:

—Lo que tenemos que decidir ahora mismo es lo siguiente: o vendemos nuestros pasajes de regreso y nos quedamos aquí aporreándonos, o volvemos a casa.

Ella no le oye ya. Está pensando en alguna otra cosa.

Vuelven a golpear.

Antes de que Ro alcance hasta la puerta, el mozo entra con la bandeja.

Es un joven de cara ovalada, un mozo español recién llegado de algún pueblo de Galicia. Su tez es rosada y amarilla y un tanto velluda, como un durazno. Cuando sonrío muestra una fila perfecta de dientes. Pasa de prisa junto a Ro y deposita la bandeja en la mesita del centro. Cuando advierte a la muchacha, en camisa, tendida en cama, su rostro se torna profundamente rojo. Se inclina sobre la bandeja y se afana inexpertamente con los vasos. Hay cuatro botellitas de gin, limones, un enorme trozo de hielo, la peor clase de amargo, y un sifón de soda. En este hotel nunca han podido entender las bebidas anglosajonas.

—Déjeme que lo haga yo —dice ásperamente Ro.

Las tiznadas manos del mozo parecen tomar la bandejita con el vale más apretadamente de lo necesario, cuando la tiende a Ro para que lo firme. Ro advierte que el muchacho no puede dejar de echarle una mirada al lecho. Durante un segundo, Ro piensa en cómo ve la escena el mozo: la linda pelirroja, la cama deshecha, los tragos a mediodía, el millonario americano, en suma, la solapa de una novela popular. Mientras pone una moneda de veinte centavos en la palma del mozo y le indica que salga del cuarto, Ro capta una mirada de furiosa envidia en sus ojos.

—Excúsame —dice gravemente, al regresar, de la puerta.

Elsa no le presta atención. Su cara está vuelta a la pared.

Ro vierte el gin sobre el hielo, en los dos grandes vasos, deja caer unas gotas de amargo y echa un poco de agua del sifón.

—Yo quería un buen gin y ha resultado un mal Martini —dice tratando de reír.

Elsa no le escucha. Se sienta en la cama y alcanza, ansiosa, el vaso.

—Recibiste un cable —dice en tonillo averiguador.

Después de beber dos o tres grandes sorbos, comienza a hablar con quejumbroso sonsonete. Sabe que es culpa suya, dice varias veces. Todos le han dicho que ella es la culpable. Gov acostumbraba a asegurarle que siempre la culpa era suya. No pasaba día sin que le dijera que era suya la culpa, el muy infeliz.

Empieza a gimotear un poquito, sentada en la cama, sosteniendo el vaso entre ambas manos. Sus ojos ofendidos están fijos en la cara de Ro. En la refracción de la luz que viene de la ventana, la piel alrededor de sus ojos adquiere un matiz azul. Mientras bebe, habla rápidamente con su vocecita ofendida y dice cómo la obligaron a ir donde el doctor de Gov, y cómo el doctor de Gov le dijo que se comprometía a sanarla si se dejaba psicoanalizar. Por cierto que a Gov lo psicoanalizaba. Ese doctor le arrancó sus buenos miles de dólares a Gov. Por cualquier cosa que pasaba, el doctor hacía que Gov lo llamara por teléfono. De manera que Gov no hacía la menor cosa sin llamar al doctor. «Naturalmente, por fin tenía el doctor que hacerme unos pases a mí».

Bebe el resto del vaso.

Ro no sabe qué decir.

La brisa que entra por la ventana les refresca el rostro. Un avión que vuela muy bajo ruge y apaga los rumores de la calle.

—Pobre tipo —tartajea Ro—, debe de haberlo pasado mal. Creo que lo noté algo desequilibrado. Sentí por él cierta simpatía. —Trata de reír. Y no esperé que iba a encontrarme en las mismas...

—Ustedes, los hombres —dice Elsa—, no piensan sino en sí mismos.

—Pero él saldrá de sus dificultades —exclama Ro. Su banquero lo sacará de ellas.

Elsa mira la cara de Ro con ojos redondos y duros como guijarros.

—Bien se ve lo mucho que le conoces —dice, y aprieta los labios. Deposita el vaso vacío y hunde la cabeza en la almohada. Ya sospechaba yo que algo horroroso iba a ocurrir —lloriquea a través de la almohada.

Mientras Ro se agacha para coger el vaso de junto a la cama, comienza a sonar el teléfono.

—Si es Joe Herkimer, no quiero hablar con él —dice Elsa sin incorporarse. Ya no me importa nada. Ninguno de ustedes me importa nada. Ya sé cómo los hombres se tratan entre sí.

Con el vaso en la mano. Ro va hacia el teléfono del muro. Una voz mimosa se excusa por quitarle el tiempo a un hombre tan ocupado. Tarda Ro en reconocer la pronunciación de las vocales de la gente de Brooklyn.

—Es Eddy —dice la voz. ¿No me reconoces?

Eddy espera que *Mr. Lancaster* le reciba un momento, porque precisamente se halla abajo con un ejemplar de su artículo. Está decidido a probar suerte y a hacer que *Mr. Lancaster* le vea. Es el momento oportuno. Lo va a soltar en cualquier momento. Lo que tiene que hacer *Mr. Lancaster* es leerlo y transmitirlo por cable, aunque tal vez sea un poco fuerte. Cualquiera revista lo acogerá si *Mr. Lancaster* lo recomienda.

Cuanto más le asegura Ro a Eddy que no tiene poder alguno para hacer que publiquen algo, ni siquiera lo suyo, tanto más insiste Eddy. Por fin, Ro tiene que decirle que le deje el manuscrito en la oficina, en un sobre con su nombre.

—Esperaré en el bar de la esquina —murmura Eddy, testarudo, antes de colgar el fono.

Cuando Ro vuelve encuentra a Elsa sentada al borde de la cama con su vaso en la mano. Le está bebiendo su gin a pequeños sorbos, mirando pensativamente sus pies desnudos, todavía sucios con el barro de la noche pasada.

Todo lo que le dijo el doctor acerca de la imagen del padre —murmura— la hizo pensar que tal vez debía enamorarse de un viejo. «Mi pobre padre dejó que mi madre lo dominara toda su vida. No creo que nunca se diera cuenta».

Levanta la vista y trata de sonreírle a Ro a través de sus lágrimas.

—Acaso nunca debiste dejar a Al —responde Ro con un murmullo cortés.

Se sienta.

—¿Y perder mi vida tratando de que ese maldito flojo hiciera algo? Estás loco.

Sonó de nuevo el teléfono. Esta vez es Joe Herkimer, que explica con su voz ronca que sospecha que algo anduvo mal la noche anterior. ¿No sería mejor que se juntaran para estudiar el asunto? Lo que realmente desea es que los muchachos no caigan en la trampa. Un artículo con circulación en el país lo conseguiría. ¿Por qué Ro no lleva a Elsa a tomar un par de copas esa tarde?

Ro pone la mano sobre el fono. El ruido de la calle le ensordece.

—No quiero ir —grita Elsa desde la cama. No quiero ver a nadie.

—Lo llamaré más tarde —le dice a Joe Herkimer, tras una penosa búsqueda de sus palabras. Ahora no puedo decidir nada.

—Perfectamente, viejo —contesta Joe Herkimer. Su voz parece disgustada. Que sea así, si lo prefieres.

—Volveré a llamarlo —dice Ro. Y empuja la ventana.

—Va a suceder todo como en la obra de Gov —murmura Elsa, chillona. Me da en los nervios. Nadie hará nunca nada porque son todos unos gánzapiros.

Ro está de pie junto a la cama tratando de levantarle el pelo caído sobre la frente.

—Tomemos esto con tranquilidad y decidamos lo que tenemos que hacer.

Se echa ella en la cama, apretando la almohada contra su rostro.

—Ya sé como va a resultar todo —dice a través de la almohada. Yo volveré a Milwaukee, metida en casa con mi madre y los chiquillos, y todos vueltos locos.

Un cable metido en un sobre azul cae al suelo desde debajo de la almohada.

—Léelo —le chilla. Léelo. Si lo lees, sabrás lo que estoy diciendo.

El cable viene de Chicago.

Mi amigo gobernador Haines matóse anoche. Creí debías saberlo. Rube.

Ro dobla cuidadosamente el papel y lo mete en el sobre.

Comienza a pasear de arriba abajo por el cuarto. Trata de no mirarla.

—¡Qué extraño! —dice en voz alta, pero para sí mismo. Éste también... Pero alguno de nosotros tiene que seguir viviendo —añade, hablándole al techo.

Otra vez el teléfono.

Esta vez es Primus Hicks con su voz aterciopelada, que ruega a Roland y Elsa que asistan a una manifestación dada esa noche, en su honor, por algunos prominentes ciudadanos de la República insular; se sentiría honrado y complacido si todos sus amigos afamados aprovecharan esta gloriosa oportunidad para afirmar su solidaridad con su cruzada de las libertades humanas y cuanto a ellas atañe, sin distinción de razas o de credos. Mientras las untuosas frases pasan por los oídos de Ro, a éste le parece verlas grabadas indeleblemente en el muro, ante sus ojos. Teniente Hicks, responde inmediatamente, por cierto que lamenta el no poder hallarse presente en tan memorable ocasión; pero el caso es que ha recibido un cable urgente. Tiene que partir a su país. Estará presente en espíritu, añade ceremoniosamente.

Elsa se levanta de sopetón y corre hacia él, en camisa. Ro se apresura en colgar el fono.

—Su voz calienta el cuarto —dice, cortado el aliento. Aún está en el fono. Es la voz más bella del mundo.

Ro pasa ante ella, abre la ventana y tiende la cara hacia la brisa que viene del mar. Se inclina hacia la calle que hierve.

Se imagina un condenado que se asoma a través de los barrotes de una celda, en alguna de las viejas fortalezas grises al otro lado del puerto, para mirar hacia fuera por última vez al azul del cielo y al blanco del sol y al delicioso ocre de las techumbres que se arraciman en torno de las soberbias espirales que rematan los reforzados muros de la antigua catedral, y al trémulo e interminable resplandor del mar.

El gallo que vive en la vecindad ha empezado a cantar.

Cuando se vuelve, ve a Elsa que ya ha comenzado a meter el montón de ropas en las maletas. Sus anchas nalgas se dibujan bajo la camisa, mientras se halla inclinada. El pelo le cae sobre la cara.

—Hubiera sido una linda fiesta —murmura sin mirarle.

Ro ha regresado al teléfono para llamar a la aerolínea.

Elsa le tira de la manga.

—Ro —le dice. ¿No podríamos quedarnos un día más para ir a esa fiesta? Tal vez no me porte ahora como una perra.

—Ya —contesta una voz desde la oficina de la aerolínea.

—Reservas, por favor —pide Ro firmemente.

Pone la mano sobre el fono.

—¿No puedes entender —murmura débilmente por encima del hombro— que no puedo quedarme más?

Quita la mano del fono.

—Sección reservas de pasaje —dice con voz firme..., ¿cuál es el primer avión a Miami?...

El joven de rostro curtido tras el mesón de la oficina de la aerolínea, en Miami, es excesivamente cortés. Por cierto que cancelará los billetes de ida y vuelta. ¿Un cheque? Indudablemente que puede pagar en dinero contante y sonante si a *Mr. Lancaster* no le importa esperar.

—Puedo esperar —dice Ro.

Refiriéndose con voz cantarina a la firma de un recibo, el joven desaparece en la oficina del fondo.

—No tengo ninguna prisa —se oye decir Ro.

Permanece con un codo sobre el mesón, mirando por la ancha ventana a la gente que se apretuja en la acera del Flager, viejas parejas fofas y arrugadas como globos pinchados en sus desaliñados trajes deportivos, grupos de adolescentes de largo cuello con acné en las mejillas, caras largas bajo cabellos pajizos con briznas de tabaco en las comisuras de la boca, hombres pálidos de caras astutas, con camisas floreadas y ejemplares de «*Racing Form*» bajo el brazo. Apariencias mecánicas, descarnadas. Semblantes arrugados. Expresiones hiposas. «Mi propio pueblo — piensa Ro—; para bien o para mal, a ellos pertenezco».

El vendedor de periódicos en una esquina es una mujer; una cara como de muchacha, pero con mil arrugas, como si viniera saliendo de una choza de las montañas de Ozarks; su rostro habla de una descarada independencia.

—Aquí está, señor. —Ro levanta la vista, estremecido. El joven de curtido rostro mira, ansioso, a Ro, como si advirtiera su angustia. Lamento haberme demorado tanto, señor. Comienza a contar los billetes sobre el mesón. Lamento no tenerlo con nosotros en el vuelo, señor —murmura. No nos olvide cuando haga sus reservas de pasajes, señor. Adivino que ha decidido quedarse aquí un tiempo.

El joven de rostro curtido pone sus ojos de castor, vehementes, en la cara de Ro con un interés casi personalísimo. Por un instante, Ro tiene el impulso de contárselo todo; pero sólo murmura:

—Por un tiempo —y mete el puñado de billetes en su bolsillo.

—No se apure por nada, señor —le anima el joven de rostro curtido, saliendo del mesón.

—Mientras se pueda —se oye decir Ro suavemente, apresurándose luego hacia la puerta.

Esperando entre la gente la señal del tránsito para cruzar la calle, mira las grandes nubes de borde rosado, del Gulf Stream, que van de viaje por sobre la ciudad. Al fondo de la calle están púrpuras de lluvia. Recuerda otra vez sus pasos, cuando se aferró de la escalera, y el dolor de trepar, sus pies que resbalaban, el sudor que le cegó los ojos, el miedo que se adueñó de su mente. Y levantarse otra vez. Otra vez.

¿Cuántas vidas tiene que vivir un hombre? Recuerda al muchacho que apagó la bomba incendiaria en Covent Garden con su bolsa de repollos; al plantador de Oklahoma que bajaba alegremente del cerro, ante el grupo de nativos, a recibir a los aviones en Granja Ocho; al vendedor de diarios de Great Yarmouth que se marchaba a su ronda nocturna con paso contoneado; no recuerda sus nombres, no puede recordar nombre alguno. Sólo el de Grace. La delgada y pequeña mano de Grace que tan cariñosamente se agitó desde la camilla cuando la entraban en la sala de operaciones.

Aquí estamos, piensa Ro mientras cruza la calle con la gente, al cambiar las luces, al cruzarla con toda esa gente sin nombre.

A la entrada de la estación de ómnibus, un hombre carente de una pierna, con un montón de diarios bajo el brazo, grita los titulares: «Cazador de conejos atrapa al violador. Chubascos en el Norte». Un muchacho bullanguero de gorra rotulada vocifera pregonando un viaje barato a Nassau y La Habana.

—Gracias, ya hice el viaje —se oye decir Ro.

La estación de ómnibus está repleta. Aquí estamos, se dice Ro a sí mismo, aquí, en esta estación de ómnibus. Hay un grupo de marineros curtidos, soñolientos Gis, un viejo en silla de ruedas movida por dos mujeres; un rotario retirado que distraídamente mira su reloj; tres matronas del Oeste, ya maduras; mujeres que hacen resonar sus collares de conchas, sus vistosos brazaletes; una numerosa familia negra con chiquillos de coleta y bonetes rosados. Un holgazán moreno dormita en un banco. Cerca de él están sentadas dos muchachas altas, recién salidas del salón de belleza, y que parecen dactilógrafas en vacaciones; luego un hombre de cabello acerado, en mangas de camisa, con una cara larga de maquinista; un lustroso y pequeño judío con una bolsa de naranjas entre sus rodillas. Hay gente sin trabajo, gente que cambia de quehaceres, gente que cambia de vida, gente sin nombre.

Es esa gente cuyos nombres nunca se sabe y que se levanta en la hora de la necesidad, se dice Ro. Como desde una gran distancia, como a través del extremo errado de un telescopio, se ve a sí mismo, sentado allí, sin nombre, entre la gente de la estación de ómnibus.

Aguardando a Elsa, su mirada va de un rostro a otro. Sus ojos se detienen un rato en la cara de un muchacho de hombros cuadrados, con casaca deportiva. La cara le repele, pero hay algo patéticamente indefenso en ella, un ademán de brutalidad viril que principia a asomar a través de la velluda apariencia juvenil. Y que ya va hacia su término. Ro mira del lado a que el muchacho está mirando.

Elsa está sentada en un rincón, entre una campesina flaca, con un chico en brazos y un viejo cubano narigón y pensativo con su hijo, narigón también, que estudian juntos, agachados, un itinerario. Mientras Ro se dirige a ella, mira, como el muchacho de la casaca deportiva está mirando, sus pies mal calzados con zapatos de lona, firmemente asentados en el suelo sucio, entre cáscaras de naranjas y envolturas de caramelos y puñaditos de celofán traídos por la brisa marina, y luego sus largas

piernas firmes y el hermoso busto erguido y la cabeza coronada por el cabello indomable.

Está leyendo el diario de la tarde. Apenas le divisa, alza el diario para mostrarle los títulos principales: TORMENTA EN CHICAGO. TEMPERATURA BAJO CERO. Agita los hombros. «Y yo con mi casaca de cuero echada a perder con el viaje».

Ro saca el puñado de billetes y se lo muestra.

—No aquí, en la estación —protesta ella, pero ya sus dedos se estiran a los billetes. ¿Y qué dejas para ti, Ro? ¿Qué vas a hacer de ese cheque con que pagaste la cuenta en el hotel de La Habana?

—Ya me ocuparé de eso cuando llegue, el momento. —Ro se asombra de lo firme y clara que es su voz. Dame treinta dólares para comprarte el pasaje.

—¿Preguntaste cuánto demora? —Le mira ansiosamente cuando regresa él de la boletería.

—Cuarenta y dos horas —contesta.

—Ya sabes cómo me siento en los omnibuses. Me voy a sentir muerta.

La mujer con el niño se ha marchado. Elsa le hace hueco a Ro junto a ella. Se sientan juntos sin hablarse, largo tiempo.

—Elsa —dice él, mirando hacia el frente—, hay cosas en este mundo contra las cuales uno nada puede.

—Me voy a quedar muy preocupada por ti, Ro. —Habla con una vocecilla temerosa. Aunque no lo creas.

—No hay por qué preocuparse, Elsa —responde amablemente. Para mí, lo peor ha pasado ya. La vida tiene en sí misma un significado. Trata de sonreír. Pude haberme convertido en un VIP como Mortimer.

Ella le mira en la cara con sus ojos castaños.

—No sé qué quieres decir, Ro. —Y le sonríe con esa sonrisa franca y firme de otros tiempos.

—Creo que sólo así empieza un hombre a darse cuenta de sí mismo, con toda claridad.

—No veo dónde está lo bueno en eso —dice ella.

La voz del altoparlante ha principiado a dar nombres: Jacksonville, Atlanta, Knoxville, Cincinnati, Indianápolis y Chicago... Expreso de Chicago.

Se levanta ella. Coge él las dos maletas de mimbre. Habla apresuradamente: «Tal vez pueda hacerse algo». Si tuviera tiempo podría explicarse. «Así es la vida, en realidad». Camina ella delante, con un lindo paso lento. «Por eso es que no quiero que pienses mal de mí, ni de Gov, ni de nadie». Le habla apresuradamente en el oído mientras la sigue a través de la barrera. Ya el chófer le horada el boleto.

—Pero, Ro —se vuelve en el estribo del ómnibus—, ¿qué vas a hacer tú?

No le mira. Observa al muchacho de la casaca deportiva que está junto a ella.

—Me quedaré aquí un tiempo —dice Ro. Algún día pueden necesitar me.

Sus labios se entrecienden en una sonrisa, pero ya no le mira más.

—Bien. Gracias por el maravilloso paseo —dice.
La gente se apretuja tras ella. Se pierde entre el gentío, en el ómnibus.



JOHN DOS PASSOS. (Chicago, EE. UU., 1896 - Baltimore, EE. UU., 1970). Escritor estadounidense integrante de la llamada «generación perdida», cuyas novelas, amargas y profundamente impresionistas, atacan la hipocresía y el materialismo de los Estados Unidos entre las dos guerras mundiales y tuvieron una honda influencia en varias generaciones de novelistas europeos y estadounidenses. Estudió en la Universidad de Harvard. Su experiencia como conductor de ambulancias en Francia durante la guerra le sirvió como telón de fondo de su primera novela, *Iniciación de un hombre*: 1917 (1920).

El reconocimiento de la crítica y del público le llegó con su siguiente novela, amarga y antibelicista, *Tres soldados* (1921). *Manhattan Transfer* (1925), una visión panorámica de la vida neoyorquina entre 1890 y 1925, tuvo un éxito inmenso. Esta poderosa novela, construida con fragmentos de canciones populares, titulares de prensa, pasajes de monólogo interior y fragmentos naturalistas de las vidas de una multitud de personajes sin relación entre sí, determinó el estilo de las mejores de sus últimas novelas. Su *trilogía USA* (reunida en 1938), en el mismo estilo, amplió su panorama para abarcar todo el país. Comprende las novelas *El paralelo 42* (1930), *1919* (1932) y *El gran dinero* (1936), y describe el crecimiento del materialismo estadounidense desde la última década del siglo pasado a la Gran Depresión.

Tras la publicación de *USA*, Dos Passos sufrió un cambio en su filosofía. Dadas sus dotes observadoras, viajó por Europa, Oriente Próximo y Marruecos como periodista y el resultado fue una gran desilusión política que plasmó en otra trilogía, *Distrito Columbia*, compuesta por *Hombre joven a la aventura* (1939), *El número uno* (1943)

y *El gran proyecto* (1949).

Continuó escribiendo mucho: varias novelas, libros de observaciones personales, de historia, biografía y viajes. El mejor recibido fue *Mediados de siglo* (1961), una novela que retomaba la técnica caleidoscópica de sus primeros éxitos para narrar otra visión panorámica de la posguerra en Estados Unidos.

En el momento de su muerte, el 28 de septiembre de 1970, en Baltimore (Maryland), Dos Passos había terminado la mayor parte de una novela, *La crónica decimotercera*. Póstumamente se publicó *Isla de Pascua* (1971), un libro de viajes, y *La crónica decimocuarta* (1973), sus diarios y correspondencia.